EDUARDO DE GUZMAN

NOSOTROS, LOS ASESINOS

MEMORIAS DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA 1936-39

En *Nosotros, los asesinos*, narra Eduardo de Guzmán, con desgarrada y dolorida sinceridad, una impresionante experiencia vivida en los años más trágicos de su vida y de buena parte de los españoles. Relata los hechos como sucedieron, con precisión de fechas, nombres, apellidos y lugares. *Nosotros, los asesinos* constituye un fuerte alegato contra el fanatismo, la intolerancia, la crueldad y la guerra, con cuanto esta última lleva aparejada. Es el relato de una gran tragedia colectiva y una lección para evitar que todos, dejándonos arrastrar de nuevo por el huracán de pasiones y violencias, volvamos a cometer el terrible error de descender al infierno de una guerra civil.



Eduardo de Guzmán

Nosotros, los asesinos

Memorias de la guerra civil 3

ePub r1.1
Titivillus 17.09.16

Título original: *Nosotros, los asesinos*
Eduardo de Guzmán, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



HUMILDE Y SINCERA EXPLICACIÓN PRELIMINAR

Lo único bueno de las guerras es el final. Por largas, crueles y sangrientas que hayan sido, todas concluyen tan felizmente como los cuentos de hadas. En efecto, el triunfo del esforzado paladín que en los relatos infantiles mata al dragón, desencanta a la princesa y se casa con ella, tiene una exacta equivalencia en el triunfo de la verdad, la razón y la justicia con que acaban indefectiblemente las contiendas bélicas. Así ha ocurrido en el pasado, sucede en el presente y seguirá aconteciendo en el futuro por los siglos de los siglos, amén.

Toda guerra termina con un alto el fuego, recibido con unánime alborozo por cuantos han estado expuestos a perecer en él. El armisticio cierra definitivamente una época dura y difícil de sacrificios, dolores y muertes, e inicia otra de gozosa tranquilidad, de fecundo trabajo, de paz y contento generales. Como la historia la escriben siempre los vencedores, es natural, obligado y lógico que recoja y refleje tan venturosas realidades para transmitírselas a las generaciones venideras como lección ejemplar y mensaje de esperanzas.

Cuantos luchan honradamente por una causa, creen tanto en su bondad intrínseca como en el error y la maldad de quienes se oponen a ella. Ni siquiera resulta excesivo que los creyentes victoriosos atribuyan una parte fundamental del éxito logrado a la protección divina. No ya por la cínica y manida irreverencia de que Dios esté siempre al lado de los más fuertes batallones, sino porque infunde en quienes pelean en Su defensa la fe que

mueve montañas y les permite aplastar al enemigo, por grande que sea la superioridad material de éste.

Si durante siglos se considera el duelo como un Juicio de Dios, las guerras modernas continúan siéndolo en el sentido de que la victoria es siempre la justificación moral y suficiente de los vencedores y la condenación metafísica de los vencidos. Sobre todo cuando éstos callan, más que por el peso de la derrota, por el de sus graves y ya irremediables errores. Nadie puede objetar nada a la justicia que ahorca en Nuremberg a los jerarcas nazis, culpables de crímenes horrendos. Nadie hubiese tenido nada que objetar, tampoco, si, de ser diferente la suerte de las armas, quienes dejaron caer las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki hubieran sido decapitados en Londres o Nueva York. El triunfo glorifica a quienes lo alcanzan en la misma medida que la derrota convierte en criminales a cuantos la sufren.

Siempre ha sucedido lo mismo, probablemente porque así debe ocurrir en estricta justicia. Un hecho tiene más fuerza que cien razonamientos que intenten negarlo, y nadie puede negar realidad ni elocuencia a las victorias guerreras. Prueba suficientemente la tenemos, de un lado, en su repetición invariable a través de la historia; de otro, en la felicidad que acompaña a la conclusión de las grandes conflagraciones y el formidable avance que cada una significa para la Humanidad. Los vencidos, con sus intereses, ideas e incluso dioses, desaparecen sin dejar rastro sustituidos y reemplazados por otros ideales, otros intereses y otros dioses superiores.

Cualquiera que sea la suerte que se depare a los vencidos, los vencedores la calificarán siempre de humanitaria, generosa y magnánima. Y las frases no serán sólo palabras en sus labios, sino traducción exacta de un convencimiento íntimo, razonado y profundo. En realidad, lo es la simple supervivencia física de quienes, al oponerse por la fuerza de las armas a los designios de la Providencia, incurrieron en los delitos más imperdonables. El verso clásico, tan repetido hace siete lustros, de que «mientras vive el vencido, venciendo está el vencedor», constituye una sublimación poética de ese mismo sentimiento. Como lo constituye la frecuente reproducción de tres cuadros famosos de otras tantas rendiciones —Granada, Breda y Bailén—, en que los pintores nos muestran la

caballeresca cortesía de los monarcas y generales hispanos hacia sus enemigos derrotados.

Existe absoluta coincidencia —entre nosotros, al menos— en que el español, que sabe «quedar como Dios» en el momento azaroso de la pelea, y más aún en el trágico de su propia muerte, no se distingue precisamente por la bondad franciscana de su carácter. Llegan algunos al extremo de atribuirle una espantosa indiferencia frente al sufrimiento ajeno y al derramamiento de la sangre del prójimo. Incluso no faltan quienes, hablando de los tres cuadros a que antes aludimos, señalan que el pincel de Velázquez ennoblece cuanto toca y llega a conferir a un humilde bufón deforme la dignidad de un emperador; que la suerte de los moriscos granadinos rendidos no tuvo nada de envidiable y menos todavía la que corrieron los soldados de Dupont, que un día de julio de 1808 capitularon ante Castaños en las estribaciones de Sierra Morena.

Pero, aun admitiendo lo poco o mucho que haya de cierto en esas alegaciones, debemos rechazar el resto como fruto de la leyenda negra que hace siglos se esgrime contra nuestro país. Acaso convendría recordar a quienes lo dicen, que España no inventó los campos de exterminio ni las cámaras de gas; que tampoco sabe nada de genocidios, ingenios nucleares, bombardeos con napalm que convierten a las víctimas en antorchas humanas, bacterias que propagan las más terribles enfermedades, ni herbicidas que acaban con toda sombra de vida vegetal o animal durante siglos enteros en una comarca determinada. Todo esto, y más, es obra de naciones cristianas y supercivilizadas que se enorgullecen de la educación cívica de sus ciudadanos amantes de los animales, de las plantas y de la naturaleza entera. Claro está que toda esta barbarie se produce siempre durante y a consecuencia de las guerras que son, desde sus remotos orígenes, azote, flagelo y vergüenza de la Humanidad.

En todos los tiempos, los pueblos han celebrado con alegría el final de las guerras, seguidas invariablemente a través de milenios por etapas de satisfacción sin límites. Pero acaso conviniera que nos fijáramos un poco más y advirtiéramos que esa felicidad alcanza únicamente a los vencedores, que son precisamente quienes cuentan una historia de la que se consideran protagonistas exclusivos. En verdad, el destino de los

derrotados nunca ha tenido nada de feliz. Por grandes que hayan sido sus errores e incluso sus crímenes, la magnitud de los castigos los supera con creces. En la remota prehistoria, los prisioneros sirven para saciar el hambre de los clanes vencedores, en tiempos más cercanos y civilizados se les deja la vida no sólo para que figuren como obligados comparsas en los desfiles triunfales, sino para que pasen el resto de sus días trabajando como esclavos. Todos los viejos imperios tiene como base sustentadora la esclavitud humana. Durante siglos y siglos los esclavos cultivan los campos, desarrollan las incipientes industrias y levantan, a costa de los muertos que sean, las pirámides egipcias, los jardines babilónicos o las murallas chinas. Si los ciudadanos griegos pueden idear o perfeccionar ciencias, artes y letras, lo deben a los ilotas que mueren laborando a la fuerza para que sus amos dispongan del ocio necesario para pensar, discutir y probar. Por su parte, los romanos imponen su paz al mundo conocido a base de guerras ininterrumpidas para conseguir los esclavos necesarios para que no decaiga el esplendor de la ciudad imperial. Siglos más tarde el triunfo de la revolución industrial se asienta sobre la esclavitud material, efectiva, incluso legal, de millones de hombres, mujeres y niños.

No; la suerte de los vencidos jamás resulta placentera. Su esclavitud es a lo largo de la historia humana, causa, objetivo y finalidad de contiendas que cuestan ríos de sangre y océanos de lágrimas. Incluso ahora, cuando la esclavitud ha sido oficialmente abolida —aunque fuera legal en todo el mundo hasta hace poco más de un siglo y en España concretamente hasta 1873—, las guerras, catastróficas siempre para los derrotados, siguen siendo fuente de males para cuantos en ellas intervienen. Pasa con las guerras, en fin de cuentas, algo semejante a lo que el viejo apólogo oriental dice del hombre a quien los dioses dieron a elegir entre la embriaguez, ofender a su madre y asesinar al anciano vecino. Creyendo elegir lo menos malo, el interesado se entrega a la bebida, pero una vez borracho pega a la madre y asesina al vecino. La gran embriaguez cegadora del mundo sigue siendo la violencia y la guerra. Aun cuando se recurra a ellas por el afán de evitar mayores males, ineluctablemente acaban ocasionando otros cien veces más espantosos que todos los que tratábamos de eludir.

Enemigo constante de la violencia y la guerra y de cuanto llevan aparejadas, pretendo que «Nosotros, los asesinos» sea un fuerte alegato contra ambas. Narro en sus páginas, con desgarrada y dolida sinceridad, una angustiosa experiencia, personalmente vivida en los ya lejanos años de mi juventud. Relato los hechos conforme sucedieron, con precisión de nombres, fechas y lugares, sin acentuar su dureza, antes atenuándolo para impedir que pueda exceder de la credulidad de muchos. Es posible que aun así haya quien se resista a creer posible lo que cuento. Nada habría resultado más grato para mi que no lo hubiera sido, desgraciadamente lo fue para unos pocos supervivientes y especialmente para quienes murieron antes que se desvaneciera la dantesca pesadilla. Ahora que brilla la aurora y la noche quedó atrás, podemos evocar con serena objetividad una época para muchos desolada. Si «no hay mayor dolor que recordar el tiempo feliz en la miseria», la evocación de las sombras pasadas puede aumentar nuestra satisfacción presente y servir a todos de lección para no incurrir de nuevo en el error de descender una vez más a los infiernos.

No escribo este relato impulsado por ningún torpe anhelo de vengativa revancha, opuesta a mis ideas de siempre y contraria hoy a mis más caros deseos. Si tengo el firme convencimiento de que la violencia engendra inevitablemente una violencia mayor en un triste encadenamiento de barbaries que nadie será capaz de predecir a dónde pueden conducirnos, no voy a caer en tan peligroso error cuando me encuentro en los linderos de la senectud. Menos aún pretendo culpar a nadie, individual o colectivamente. No sólo porque la inmensa mayoría de los que pudiera nombrar habrán muerto seguramente en los muchos lustros transcurridos desde entonces, sino porque no creo, hablando con absoluta sinceridad, que hubiese culpables personales.

Toda la tragedia fue consecuencia de la guerra, del clima intolerable e intransigente que acompaña a todas las contiendas bélicas y de su inevitable secuela de heridas sin cicatrizar, pasiones desbordadas, injusticias y rencores. Mil veces nos llamaron criminales, y aunque nuestra conciencia rechazaba como terriblemente injusta la palabra ofensiva, acaso lo fuéramos realmente por haber recurrido también a la violencia cuando siempre habíamos abominado de ella. Pero en tantas ocasiones nos

escupieron la palabra insultante, sin que en ninguna pudiéramos contestarla, que por una reacción altanera de la dignidad herida, llegamos a proclamárnoslo nosotros mismos con el más amargo y cruel de los sarcasmos. Es un pecado de soberbia que reconozco y proclamo pasados muchos años de reflexión, cuando a nadie culpo ni acuso, torturado por la posibilidad de que, de estar cambiadas las tornas, acaso hubiéramos procedido en idéntica forma. Y cuando, tras varios lustros de dar constantes vueltas al problema, sigo sin saber en qué lado me hubiera contrariado más estar, exclusivamente desde el punto de vista moral y ético.

Sin alardes ni pretensiones literarias, con la máxima sencillez y llaneza posibles, cuento hoy lo que fueron unos años terribles para muchos españoles, que de todo corazón deseamos que no vuelvan a tener repeticiones de ninguna clase. Quien pretenda alimentar la llama mortecina de viejos rencores con cuanto a continuación se narra, haría bien en no seguir adelante. Al relatar un calvario ya pasado, una dantesca pesadilla difuminada entre las brumas de un ayer lejano, únicamente pretendo resaltar los lamentables excesos a que conducen la incomunicación, el odio y la intolerancia. En realidad, en toda gran tragedia colectiva tan digno de lástima son las víctimas como los victimarios, los reos como los verdugos. En la nuestra, todos fuimos por igual inocentes o culpables, porque a todos nos arrastró un huracán de pasiones frente al que nada podía la voluntad individual de cada uno.

Desearía que las páginas que siguen constituyeran una lección que se grabase a fuego en la mente de quienes las lean y, muy especialmente, de las generaciones nuevas para que eviten caer en los mismos errores que las anteriores. Aunque por desgracia nadie escarmienta en cabeza ajena, quisiera repetir y subrayar que todo lo que se cuenta en los capítulos que siguen fue fruto directo y en cierto modo inevitable de la violencia general alimentada por un irrazonado fanatismo. Si la guerra es siempre el mal, la guerra civil es en todo trance, ocasión y circunstancia el mal absoluto y definitivo. La peor de las paces resulta siempre preferible a la mejor de las guerras, cualesquiera que sean las razones, argucias y pretextos con los que se pretenda conducirnos por el más desastroso camino que conocieron los pueblos a lo largo de sus respectivas historias.

EL AUTOR

I

MADRID, CALLE DE ALMAGRO

—Esta noche van a *picarme*.

Lo dice en tono apagado, sin levantar la voz ni poner un énfasis especial en las palabras. No me sorprende oírle y apenas si vuelvo ligeramente la cabeza para mirarle. Dadas las circunstancias, el anuncio de su próxima muerte tiene que parecerme enteramente lógico. Más que compadecerle, habrá que envidiarle por terminar de una vez.

Fidel Losa Petit ha estado varias horas tumbado sin sentido en el centro de la habitación. Le trajeron a primera hora de la mañana arrastrándole entre cuatro, con la ropa en jirones, la boca partida, un ojo amoratado y varios chirlos y descalabraduras. Apenas se cerró la puerta, Navarro, Molina y yo hicimos por él lo poco que podíamos hacer; lo poco que, cambiadas las personas, pueden hacer los demás por nosotros: lavarle un poco la cara para limpiarle la sangre y ponerle su propia manta debajo de la cabeza. Más tarde, mucho más tarde, cuando empieza a volver en sí y a quejarse, darle unos sorbos de agua y ayudarle a sentarse en el suelo recostado contra la pared.

No le prestamos demasiada atención. En realidad, ni lo ocurrido tiene nada de asombroso ni nos han sobrado el tiempo y las ganas. La jornada ha sido movida, agitada y dramática. La tarde no se diferencia de la mañana ni de la noche precedentes. Iguales exactamente a cualquiera de los diez

interminables días que llevamos aquí, durante los cuales escenas semejantes se repiten una y otra vez hasta convertirse para todos en una obsesión enloquecedora.

Cada poco rato, de día y de noche, sin aviso previo, tregua ni descanso, vienen a buscar a cualquiera de nosotros. Cuarenta o cincuenta minutos después le traen de nuevo, desfigurado y sangrante, generalmente a rastras porque los golpes recibidos le han sumido en una profunda inconsciencia. Le tiran al interior desde la puerta abierta de par en par mientras reclaman a gritos:

—¡Venga, Cayetano! ¡Te ha tocado el premio…!

Cuando no llaman a Cayetano, lo hacen a José, Manuel, Antonio, Avelino o Germán. A veces escucho mi nombre sin el menor agrado. Al ponerse en pie y avanzar vacilante hacia la salida, ninguno de los llamados se hace ilusiones. Teme lo peor y acierta en el 99 por 100 de las ocasiones. Oficialmente va a ser interrogado respecto a su actuación durante la guerra, aunque casi nunca se molestan en preguntarle nada. O los golpes se anticipan de tal modo a las cuestiones que cuando formulan alguna pregunta el interesado no está ya en condiciones de pronunciar una sola palabra.

—Me molieron a palos y se rieron mucho; pero ni siquiera me preguntaron como me llamo.

Es algo tan extraño que al principio no acertamos a explicárnoslo. Al cabo de semana y media seguimos sin comprenderlo, pero ya no nos extraña ni sorprende. Cuando un hecho anormal se repite durante doscientas veces en sólo diez días, acaba por parecer normal, hasta obligado, incluso a quienes lo padecen. Constituye indudablemente una forma sádica de diversión que supera con mucho nuestra capacidad de comprensión, pero resulta evidente, juzgando por sus carcajadas y exclamaciones, que esta crueldad inútil les proporciona un agudo placer. Algunas veces, por entre las tinieblas que invaden nuestros cerebros, creemos escuchar posibles explicaciones:

—¡Así irás haciendo memoria para cantar de carrerilla cuando te preguntemos…!

—¡Pero si estoy dispuesto a contestar ahora mismo a todas las preguntas…!

—¿Tienes prisa, cabroncete? Pues a nosotros nos sobra el tiempo y queremos divertirnos un poco antes de que la *espiches*…

Sin embargo, con algunos han terminado ya, prácticamente antes de haber comenzado. Quizá no fuera ese su propósito, pero se les fue un poco la mano y, que sepamos, tres de los nuestros han fallecido en estos días. Dos estrellados contra las losas del patio, luego de atravesar una ventana, el tercero destrozado materialmente a patadas. Cabe temer que a los demás nos ocurra lo mismo en cualquier instante. A Fidel Losa parece haberle llegado el turno.

—Al amanecer me llevaron al cementerio y me pusieron contra una tapia —añade con un susurro—. Dijeron que iban a matarme y empezaron a disparar, pero las balas no me rozaron siquiera. Lo hacían por reírse un poco de mí y para que me sirviera de advertencia. Esta noche, en cambio…

Tirarán a dar. Furiosos por su obstinación en no despegar los labios han decidido liquidarle al anochecer. Losa, que al parecer les conoce mucho mejor que cualquiera de los demás, tiene la plena seguridad de que lo harán, y no tengo razones para contradecirle. No sé qué responderle, convencido de que una mentira piadosa ni le engañaría ni serviría absolutamente de nada. Callo, y él sigue hablando, sin levantar la voz ni poner dramatismo en las palabras. Pretenden que diga lo que sabe y lo que no sabe; que acuse a antiguos policías, compañeros suyos, de todos los crímenes habidos y por haber, aunque no haya en sus acusaciones una sola palabra de verdad.

—Nos ayudarás a fusilarles a todos, naturalmente. Pero de todas formas, hables o no hables, acabarán en el paredón. Tu verás lo que te interesa y conviene.

—¡Yo no soy un chivato!

—¡Bah, tampoco lo era el hijo de puta de Sandoval y ya sabes lo que le pasó! De cualquier manera, serás el primero en *palmar*. En cuanto anochezca volveremos por ti…

Losa se detiene cada tres o cuatro frases, mirando receloso hacia la puerta, como si temiera que los guardias que constantemente vigilan tras ella pudieran oírle y entrar. Antes de abrir la boca siquiera ha tenido buen cuidado de comprobar que Amor Buitrago no está presente. Como todas las tardes y no pocas mañanas —unos dicen que como premio a habernos

señalado en Alicante y Albatera, otros que para utilizarle como cebo, paseándole por las calles en aparente libertad para cazar a cualquiera que se acerque a hablarle— le han sacado del calabozo. Volverá, como de costumbre también, al cabo de unas horas, corrido al ver nuestras miradas acusadoras fijas en su rostro; dolido porque nadie —ni su propio padre que figura entre sus víctimas— le dirige la palabra y todos le volvemos la espalda si nos dice algo, y pidiendo auxilio a gritos para que acudan en su socorro los guardias de la puerta cuando se imagina que cualquiera de nosotros está a punto de aplastarle como una sabandija.

—Desde luego, me matarán antes del amanecer…

—¿Crees que podemos hacer algo por impedirlo? —pregunto angustiado, desesperado por mi absoluta impotencia.

Mueve la cabeza en gesto negativo. De sobra sabe que ni yo ni cuantos estamos en el calabozo podemos hacer nada por mejorar su triste suerte; que todos, en situación semejante a la suya, tenemos muy escasas posibilidades de salvar la propia piel. Losa no sueña despierto ni pide imposibles, y está resignado a lo que considera de todo punto inevitable. Al hablar como lo hace, pretende algo muy distinto:

—Tengo una mujer enferma y unos chicos pequeños. Deseo únicamente que si llegas a salvarte, si consigues hablar con algunos compañeros que se libren del paredón, o del paseo, les digas cómo y por qué he muerto. No quiero nada para mí, pero si unos u otros pudieseis hacer algo por mis hijos el día de mañana, yo…

El hilillo de voz se le quiebra en un contenido sollozo que le estremece de pies a cabeza. Me impresionan sus palabras, aunque parezca imposible que luego de lo pasado en los últimos meses pueda impresionarme nada. Quiero decirle algo, pero no acierto a pronunciar palabra porque tengo un nudo en la garganta. Le miro y veo en sus ojos un brillo de lágrimas. Me tiende la mano en silencio y yo se la estrecho con fuerza.

Transcurren con lentitud las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche. Cada vez que se abre la puerta miro a Losa, que ahora está recostado contra la pared al otro lado del calabozo y advierto su instintiva y dolorosa crispación; pero vienen a buscar a otros. Al cabo del tiempo empiezo a acariciar la idea de que cuanto me ha relatado sea una simple

amenaza de nuestros guardianes; un intento de asustarle sin el menor propósito serio de llevar a la práctica lo anunciado. Aunque no cruzamos una sola palabra, tengo la impresión de que el interesado empieza a pensarlo también, y en su pecho se abre paso una remota esperanza. De pronto:

—¡Sal de prisa, Fidel! Si tenemos que volver a llamarte, o nos haces perder medio minuto…

Deben ser las dos de la madrugada y el ruido de la puerta al abrirse de golpe y los gritos de llamada me arrancan del sueño inquieto ay azaroso que, pasada ya la medianoche, me ha forzado a cerrar los ojos. Al abrirlos veo que dos individuos, cuyas caras he visto en diversas ocasiones, acucian a Losa para que se incorpore y salga. Ya de pie, Fidel vacila un instante, mirando indeciso la manta en que un momento antes estaba tumbado. Uno de los que están en la puerta le apremia impaciente:

—¡Llévatela si quieres…! ¡Para lo que va a servirte…!

El interesado recoge la manta como quien se agarra a un clavo ardiendo, como si el simple hecho de llevarla consigo le garantizase que le dejarán volver a dormir. Cuando sale, uno de los que han ido en su busca, le empuja violentamente por el pasillo, mientras vocifera amenazador:

—¿Creías que no vendríamos por ti esta noche? ¡Pues hemos venido y antes de una hora tu…!

El ruido de la puerta al cerrarse de golpe me impide oír el final de la frase. Me lo imagino sin la menor dificultad y supongo que a los demás les ocurre lo mismo. Sentado en el suelo, paseo la mirada pensativo en torno mío. Aunque las voces han despertado a todos los encerrados en el calabozo, ninguno hace el menor comentario. Varios han seguido tumbados, fingiendo dormir. Los que como yo se incorporan un momento, vuelven a tumbarse con gesto de resignación e impotencia. Les imito y, cerrados los ojos, hago esfuerzos desesperados por no pensar en nada. Lo consigo a medias y vuelvo a dormitar con uno de los brazos tapándome la cara. La luz sigue encendida, naturalmente, para que a través de la mirilla de la entrada puedan ver lo que hacemos quienes desde el otro lado de la puerta nos vigilan constantemente.

La noche no se diferencia poco ni mucho de las precedentes. Todavía llaman a Félix España y Cayetano Continente, y los traen una hora después maltrechos y ensangrentados. Amanece pronto porque estamos a finales de junio y los días son largos. Pero la luz del sol no cambia en absoluto nuestro panorama. Guardias y policías se relevan cada no sé cuántas horas; nosotros, no. Desde la madrugada del 16 de junio participamos en una sesión ininterrumpida de día y de noche con una monotonía desesperante. Siempre son otros los que insultan, pegan o matan, y nosotros los que aguantamos insultos y sufrimientos o morimos. A veces, las tres cosas a un tiempo.

—¡Venga ya! ¡Los que tengan ganas de cagar que lo digan…!

Es el número de todas las mañanas. Antes de relevar los guardias que vigilan en la puerta y el pasillo, permiten que evacuemos nuestras necesidades. Los que estamos en condiciones de andar salimos de uno en uno y vamos hacia el retrete que se halla al otro lado del pasillo. Nos acompaña un guardia, que no nos pierde de vista un solo segundo. Aunque hace días que condenaron con unos fuertes tablones la ventana que da al patio, la puerta ha de estar abierta de par en par.

—Es por bien vuestro, hijitos. Nadie está libre de una mala tentación y debemos hacer lo posible por protegeros.

Se lo hemos oído varias veces a un caballero menudo de cuerpo, que debe rondar el medio siglo, impecablemente vestido de negro, que al decirlo nos mira con aires de paternal y bondadosa protección, pero cuyo rostro no se inmuta cuando asiste a la pateadura de cualquiera de nosotros por sus numerosos subordinados. Guardias, milicianos y policías suelen ser menos comedidos en sus expresiones. Si uno tarda arriba de dos minutos tiene que escuchar una advertencia amenazadora.

—¡Acaba ya, cabrón, o entro para hacerte comer tu misma mierda…!

En ocasiones la amenaza se cumple al pie de la letra. Sea, porque el interpelado responde a la advertencia o simplemente porque algunos quieren divertirse a nuestra costa, el guardia penetra en el «water» y, con la ayuda voluntaria y complacida de varios compañeros, cogen al infeliz de turno y meten a viva fuerza la cabeza del preso en la taza. La primera víctima de broma tan ingeniosa y delicada es Antonio Prieto, que una

mañana, cuatro días después de nuestra llegada, vuelve al calabozo con la cara llena de excrementos y vomitando hasta las tripas.

Por las mañanas podemos desayunar también si tenemos con qué hacerlo porque hayamos reservado una parte del paquete traído en días anteriores por el familiar de alguno. Cuando no lo tenemos, ayunamos todos. Oficialmente recibimos un cacito de un líquido negruzco que llaman café; la mayor parte de los días se les olvida traérnoslo y no lo lamentamos demasiado porque sabe mal y sienta peor. Avanzada ya la mañana vienen en busca de Amor Buitrago. Aprovechando su ausencia, José Rodríguez Vega pregunta algo que a todos inquieta, aunque hasta este momento no hayamos hablado de ello.

—¿Cuándo traerán a Losa?

—No creo que volvamos a verle —respondo.

—¿Por qué lo dices?

Relato en breves palabras cuanto Fidel me dijo la tarde anterior y termino diciendo lo que pienso:

—A estas horas probablemente estará ya muerto y enterrado.

Todos asienten con leves inclinaciones de cabeza. Tras una breve pausa, Navarro Ballesteros comenta pensativo:

—Acaso sea lo mejor para él. Dada nuestra situación, lo único que pueden inspirarnos los muertos es envidia.

* * *

Me estremezco al oírle. Con distintas palabras, Navarro repite una frase escuchada tres meses antes y que durante doce interminables semanas de dolores y angustias ha resonado una y otra vez en el fondo de mi cerebro. Recuerdo perfectamente el momento, el escenario y las circunstancias. Fue en la mañana del 1 de abril de 1939, cuando abandonábamos los muelles de Alicante donde habíamos pasados varios días esperando unos barcos de evacuación que nunca llegaron. La tarde anterior varios millares de antifascistas hubieron de entregarse al enemigo. Debimos salir todos, pero la salida fue interrumpida al caer la noche. Allí, en el puerto, cercados por tierra y por mar, sin la menor esperanza de huida, quedaron varios centenares de personas que en esta forma pasamos las postreras horas de

libertad. Hubo en el transcurso de aquellas horas quienes discutieron seriamente si convenía suicidarse o no. Al amanecer, los partidarios del suicidio se quitaron la vida y el resto, formando una pequeña columna, fuimos apresados. Cuando pasábamos delante de los cadáveres de dos compañeros y amigos que acababan de, morir voluntariamente para no caer prisioneros, alguien que caminaba a mi lado, exclamó:

—¡Pronto envidiaremos a los muertos…!

Mentalmente le di la razón entonces y mentalmente no he dejado de dársela un solo momento en los ochenta y siete días transcurridos desde entonces. Porque estos ochenta y siete días han constituido para nosotros una espantosa pesadilla, una terrible odisea, cuyos sufrimientos han sobrepasado con creces cuanto los más pesimistas pudieran imaginar por anticipado. Nuestro calvario se inicia en la marcha desde el puerto de Alicante a lo que muy pronto conoceríamos con el nombre de Campo de los Almendros, durante la cual vemos asesinar a uno de los que caminan cuatro filas delante de nosotros y contemplamos a un lado y a otro de la carretera numerosos cadáveres de quienes oficialmente quisieron fugarse.

En el Campo de los Almendros pasamos seis días dramáticos. Cuarenta y cinco mil hombres, guardados por fusiles y ametralladoras, padecemos jornadas enteras de absoluto ayuno. Sin comer ni beber durmiendo a la intemperie, soportando la lluvia y el frío, muchos enferman y algunos mueren. Impulsados por la necesidad nos comemos primero los almendrucos verdes, después las hojas tiernas y al final la hierbas y las raíces que podemos encontrar. Si no hay agua para beber, menos la hay para lavarse, y los piojos se multiplican con asombrosa rapidez. La única distracción consiste en la visita de las comisiones de los pueblos de la región que vienen —como los famosos cazadores de hombres del oeste americano— a buscar sus víctimas entre los vecinos de su localidad respectiva que han caído prisioneros.

Entre la tarde del Jueves y la mañana del Viernes Santo se desaloja por completo el Campo de los Almendros. Catorce o quince mil prisioneros son conducidos a pie y formando largas columnas a la plaza de toros de Alicante y a los castillos de San Fernando y Santa Bárbara. Al resto —que no cabemos ya en el coso taurino ni en las fortalezas— nos trasladan al

campo de concentración de Albatera. Hacemos el viaje desde Alicante hacinados, apilados unos encima de otros, en trenes renqueantes que nos llevan hasta la estación de Catral. Son tales las condiciones de la conducción que algunos mueren en el camino. Los supervivientes —alrededor de treinta mil— son metidos a viva fuerza en un recinto cercado por alambradas donde no caben ni de pie.

Albatera es un infierno sin comida, agua, cobijos, espacio para moverse ni lugar para poder dormir con las piernas estiradas. Pasan semanas enteras de completo ayuno; llueve sin descanso durante quince días y el campo se convierte en un terrible barrizal, la falta de alimentación determina un estreñimiento general que convierte en verdaderos partos las escasas deposiciones. La suciedad determinada por el amontonamiento y la falta de higiene, incuba plagas de parásitos, y pulgas, piojos, chinches y mosquitos atormentan a los prisioneros. El tifus y la disentería multiplican los enfermos. Fallecen muchos y los más fuertes y jóvenes parecen fantasmales espectros, vestidos con ropas que les sobran por todas partes.

La vida en el campo resulta tan dramática e insoportable que tenemos motivos sobrados para envidiar a los muertos y desear estarlo nosotros. ¿Por qué no nos suicidamos? Me lo pregunto muchas veces sin acertar con la respuesta. Acaso la razón estribe en que el instinto animal de conservación aumenta en la misma proporción que disminuyen las reservas vitales del individuo. En épocas normales son pocos los viejos que se quitan la vida porque todos se aferran con ansias desesperadas a la poca que les queda. Algo semejante nos ocurre a nosotros en Albatera, envejecidos, debilitados, enflaquecidos hasta extremos increíbles por la falta absoluta de alimentación. En cualquier caso, muchos que en el puerto, cuando aún conservan todo su vigor, tienen que hacer esfuerzos desesperados para dominar la tentación de volarse la tapa de los sesos, no se sienten impulsados a la misma determinación unas semanas o unos meses después.

Quizá en su actitud influya, más que la remota esperanza de conseguir salvarse, la completa desesperanza de poder lograrlo. Si tenemos la completa seguridad de que moriremos sin gran tardanza, ¿por qué ahorrar trabajos a nuestros enemigos, facilitándoles su labor y liberando su conciencia del menguado peso que puede significar nuestra muerte? Manuel

Amil dice en los muelles la noche en que discutimos seriamente la conveniencia de un suicidio colectivo unas frases que muchos repiten semanas después en Albatera:

—Si me quieren muerto, tendrán que matarme. Yo no les ahorro crímenes.

Pero las muertes abundan en Albatera. Aparte de las ocasionadas por el hambre, la sed y las enfermedades las hay —de los tipos más variados—. Están en primer lugar las más espectaculares —pero no las más numerosas— de los fusilamientos oficiales que los prisioneros han de presenciar formados en el campo y mantenidos inmóviles por unas ametralladoras cuyos fuegos cruzados pueden acabar con todos en contados minutos. Millares de hombres contemplan como al otro lado de las alambradas acaban con la vida de compañeros suyos a los que se acusa de haber intentado fugarse. ¿Lo intentan realmente? Es posible porque ningún preso está a gusto en su encierro; pero también es posible que influyan otros motivos. Por ejemplo, que a los moros que nos custodian se les den veinte duros por haber frustrado una fuga y algunos se los ganan acusando a voces y manteniendo inmóvil bajo la amenaza de sus armas a quienes inadvertidamente se han acercado a las alambradas. La ejemplaridad de las ejecuciones se refuerza, haciendo desfilar de cuatro en cuatro a los prisioneros por delante de los cadáveres todavía calientes de los fusilados.

Más calladas, pero también más abundantes, son las determinadas por las constantes visitas de las comisiones de vigilancia de cualquier pueblo levantino, manchego, andaluz o aragonés. Es raro el día que no hay que formar para que cuatro o cinco grupos distintos nos pasen revista, miren escrutadores a las caras de los prisioneros y acaben llevándose a los que conocen o creen conocer. ¿Cuántos de ellos llegan a sus puntos de destino? Lo ignoramos, naturalmente. Pero por Albatera circula con insistencia el rumor de que muchos de los presos no han ido muy lejos.

Por otro lado, todos los días se llena el barracón que hace las veces de calabozo y todas las mañanas se vacía porque los recluidos en él —identificados por alguna carta familiar, por la delación de cualquier chivato o reclamados por quien sea— son trasladados a Orihuela. Aunque Orihuela está a menos de veinte kilómetros, en el campo existe una total ignorancia

de lo que sucede en la capital de la vega baja del Segura. Aunque cabe la remota posibilidad de que los detenidos se encuentren allí en mejores condiciones que en Albatera, todos se ponen en lo peor y nadie tiene deseos de que le trasladen. Yo, que por causas ignoradas permanezco en el calabozo durante más de un mes en unión del diputado socialista Amós Acero y de seis o siete más, no experimento la menor prisa porque me lleven, pese al hacinamiento y la falta absoluta de higiene del barracón en que nos tienen metidos.

Nos sacan del calabozo y del campo de Albatera en la mañana del jueves 15 de junio de 1939. Recordando los sufrimientos y las carencias padecidas allí debiéramos celebrarlo. No nos alegramos, escarmentados por recientes y trágicas experiencias. Si en el Campo de los Almendros estuvimos mal, en Albatera lo pasamos peor. ¿Quién puede garantizamos que estaremos mejor donde nos lleven? No es, como dice la copla popular, que el preso tome cariño a las rejas de su prisión, sino que tiene el resquemor de que cualquier cambio de encierro empeorará su situación.

A los treinta que sacan de Albatera se suman otros setenta procedentes de Alicante y Orihuela para formar la expedición de un centenar de presos que vamos destinados a Madrid. Lo hacemos en cuatro camiones vigilados por guardias, esposadas las muñecas y atados con cuerdas los pies. Conozco a muchos de los ciento uno seleccionados por los policías madrileños que han ido a Levante en busca nuestra. Están entre ellos elementos destacados de las organizaciones sindicales y de los distintos partidos políticos. Republicanos, socialistas, comunistas y libertarios vamos en busca de un destino desconocido, que en ningún caso puede tener nada de agradable.

—¿Cuántos crees que seguiremos vivos a final de año?

—Me figuro que muy pocos, si es que todavía alienta alguno.

El viaje dura veinte horas y no hay en ellas un solo instante placentero. Sentados en unos tablones, chocamos unos contra otros en el constante traqueteo de los camiones; las esposas se nos clavan en las muñecas, las cuerdas en los pies y la forzada inmovilidad hace que se nos duerman las extremidades. Hacemos repetidos altos en los pueblos del trayecto sin que nos consientan apearnos para desentumecer las piernas o ponernos de pie un instante.

—¡Más carne para el matadero…! —anuncia a voces un individuo en La Roda al contemplar los presos amarrados y entre fusiles.

Allí y en otros lugares, los policías que nos custodian avisan a sus amigos y nos exhiben como monstruos:

—¡Mirad, mirad, lo que llevamos…!

David Antona, secretario del comité nacional de la CNT el 18 de julio; José Rodríguez Vega, que ocupa el mismo cargo en la Unión General de Trabajadores; Ricardo Zabalza, diputado socialista, Navarro Ballesteros y yo, somos presentados a voces a los grupos alborozados que rodean los camiones en las plazas de los pueblos, y sobre nosotros llueven insultos, burlas y amenazas.

—¡Esto no es nada, rojillos! ¡Ya veréis cuando lleguemos a Madrid…!

Lo vemos, en efecto, apenas llegados a la ciudad de la que salimos difícilmente el 28 de marzo anterior. El recibimiento que tenemos en un segundo piso de la calle de Almagro, no puede ser más demostrativo y contundente. Tanto que, cuando una hora después nos reúnen en el sótano del hotelito que se alza en la confluencia de las calles Zurbano y Zurbarán, algunos muestran en el rostro y en el cuerpo señales inequívocas del trato recibido. Las perspectivas no pueden ser más desoladoras y todos, molidos por el viaje interminable, maltrechos por los golpes, vejados por las burlas e insultos, vemos acentuarse la negrura de las tintas del cuadro. Empieza a amanecer cuando la puerta del sótano se abre y llaman a gritos a Antonio Trigo Mairal, antiguo gobernador de Madrid.

Lo traen a la media hora, pero resulta difícil reconocerle. Está sin sentido, destrozado materialmente, con la ropa hecha trizas y el rostro ensangrentado. Cuando recobra el conocimiento, se sienta en el suelo y cuenta, mientras acometido por unas terribles náuseas vomita una y otra vez, lo que han hecho con él. El relato es impresionante porque tiene en su aspecto la más elocuente confirmación de sus palabras.

—¡Mataros…! —clama angustiado entre sollozos y bascas—. ¡Mataros, si os llaman, antes de subir…! Lo que han hecho conmigo, lo que harán con vosotros es algo espantoso… ¡Mataros si os llaman…!

Acaba de decirlo cuando la puerta del sótano se abre de nuevo. Unos hombres aparecen fusil en mano en la entrada, ordenando a voces:

—¡El director de *Castilla Libre* y el del *Mundo Obrero* que salgan inmediatamente! ¡Si tenemos que entrar por ellos…!

Manuel Navarro Ballesteros, director de *Mundo Obrero*, y yo nos incorporamos lentamente. Vacilamos un segundo antes de echar a andar. Los que nos llaman se impacientan:

—¡Salís de una vez u os sacamos a tiros…!

Con un gesto de resignación nos dirigimos a la salida. Cuatro individuos, armados con fusiles, cierran la puerta apenas salimos.

—¿Quién es el comunista?

—Yo.

—¡Toma, para que aprendas, cabrón…!

El puñetazo en la boca hace retroceder tambaleante a Navarro. Yo que contemplo impresionado la escena, recibo un culatazo en los riñones que me tira de bruces contra los escalones de cemento que conducen al jardín. Simultáneamente oigo decir como explicación a quien me ha pegado:

—¡Para que no te rías…!

—¿Los traéis ya, o qué? —les apremia otro individuo que se ha quedado en lo alto de la escalera del sótano.

Subimos sintiendo en la espalda la presión de los fusiles que empuñan quienes han bajado en nuestra busca. Al terminar la ascensión nos damos de cara con un individuo hosco y malencarado que ríe divertido al advertir nuestro aspecto.

—Ahora, hijos de puta, vais a saber lo que es bueno. ¡Ya veréis la fiesta que os preparan arriba…!

La fiesta se inicia apenas penetramos en el espacioso vestíbulo del segundo piso de una casa de la misma calle. Esperando nuestra llegada se han reunido quince o veinte individuos vestidos de paisano, casi todos jóvenes, muchos de ellos en mangas de camisa, que acogen nuestra entrada con gritos y algazara:

—¡Aquí están ya…!

—¡Duro con ellos…!

Diez o doce se abalanzan sobre nosotros, pegándonos puñetazos, patadas y vergajazos. Recibo un culatazo entre los dos omóplatos y caigo hacia adelante, al tiempo que un puño se estrella contra mi nariz y las gafas

que llevo puestas salen lanzadas. Instintivamente alargo los brazos en un vano intento de mantener separados a los agresores. El gesto sólo sirve para centuplicar su furor y ruedo por el suelo al recibir una patada en la ingle izquierda. En tierra ya, un puntapié en el costado me corta la respiración y otro en el vientre me hace perder un instante el conocimiento. Confusamente creo escuchar unos gritos sorprendentes:

—¡Quietos, quietos, que lo vais a estropear todo…!

—¡Basta ya! Si os los cargáis se acaba la diversión…

—¡Y tendremos un disgusto! ¡Quietos, repito!

Disminuyen los golpes y cesan por completo cuando dos o tres individuos apartan a viva fuerza a sus compañeros. Puedo sentarme en el suelo, mientras Navarro, tan maltrecho como yo, hace esfuerzos por incorporarse. Alguien nos apremia:

—¡Menos cuento y en pie! Esto es sólo el aperitivo…

Al incorporarme miro en torno mío buscando las gafas. Están a dos pasos de distancia, en apariencia intactas. Alargo la mano para recogerlas, y un tipo pálido y delgaducho me pisa violentamente la muñeca. Sin poderme contener lanzo un quejido que suscita una carcajada general.

—¡Pues no sois delicados ni *naa*! —comenta uno sin dejar de reírse.

—¡Mira lo que hago con tus gafas! —dice, satisfecho, el sujeto que me pisó la mano, haciendo lo mismo con los lentes.

—¡No te preocupes! —me anima, burlón, otro—. Para lo que vas a vivir, de poco podían servirte…

Acabo de incorporarme y alguien me empuja hacia el centro de la estancia al lado de mi compañero de infortunio. A nuestros costados y detrás se sitúan los milicianos armados de fusiles que bajaron al sótano. Desde la meseta de la escalera y de la entrada de uno de los pasillos varios guardias contemplan silenciosos la escena, sin intervenir en ella ni hacer nada para protegernos.

Frente a nosotros, divertidos y contentos, quedan ahora tanto quienes nos golpearon como los que con sus gritos y órdenes lograron que cesase de momento la paliza que estábamos recibiendo.

—Silencio, por favor —dice el que parece mandarles, un hombre de alrededor de treinta años, corpulento, en mangas de camisa y con un

pistolón a la cintura—. Voy a decir algo a estos rojillos, para que sepan que no podrán engañarnos. ¿O esperáis todavía equivocarnos?

La pregunta va dirigida a nosotros, que no nos molestamos en contestarle. No se nos pasa siquiera por la imaginación la posibilidad de engañar a nadie, ni creemos que pudiera servirnos de nada. En vista de nuestro silencio, el sujeto continúa hablando:

—Os conozco perfectamente y sé todo lo que habéis escrito. Estuve toda la guerra en Madrid, enchufado en el CRIM, gracias a un carnet del partido comunista, y os leía a diario.

Y yo —salta el jovenzuelo que pisó mis gafas—, que estuve como practicante en un hospital de la CNT.

—Yo tuve menos suerte, y pasé año y medio en una Embajada.

—A mí los socialistas me metieron en el Ayuntamiento…

—A mí los republicanos en Intendencia.

—Pues yo servía de enlace entre la Quinta Columna y el cuartel general. ¡Claro que tenía avales para parar un tren!

Quitándose unos a otros la palabra, todos alardean de haber engañado a los partidos y organizaciones antifascistas. De creerlos, estaban en todas partes, trabajando abiertamente por los nacionales en nuestras propias narices.

—No tenía mucho mérito, porque erais tan brutos que cualquiera que supiera leer y escribir hacía con vosotros lo que le daba la gana.

Les oímos sin excesiva sorpresa. Es posible que sea cierto lo que dicen, pero también que formen entre los muchos que corren en el último minuto a subirse a la trasera de todas las carrozas triunfales. Probablemente, de haber llegado a triunfar nosotros, estarían ahora a nuestro lado.

—¡Menuda carrera llevabais! —exclama el que parece mandar el grupo —. ¡A vuestros años y directores de periódicos en Madrid! Si dura un poco más la guerra, habríais llegado a ministros. ¿Me equivoco?

Me encojo de hombros, desdeñoso. ¿De qué serviría contestarle? Dijera lo que dijese, cualquier palabra que pronunciara tendría como inmediata consecuencia que volvieran a llover los palos. Continúo mirándole en silencio, mientras habla. Por lo que dice y donde se encuentran deduzco que son policías. Posiblemente no lo fueran antes del 28 de marzo ni lo sigan

siendo durante, mucho tiempo; pero ahora lo son. Les miro con atención y me sorprende no ver entre ellos a ninguno de los que fueron a buscarnos a Levante y nos acompañaron durante el traslado a Madrid. Como si adivinase lo que pienso, uno de ellos comenta:

—Los camaradas que os trajeron se fueron a dormir; pero nos encargaron que amenizásemos vuestra estancia en esta casa. ¡Lástima que haya de ser tan breve!

Aunque de sobra nos imaginamos lo que quiere decir; lo explica para que no pueda cabernos la menor duda. Parece que los periodistas rojos son considerados como los máximos culpables. Si hubo muchos criminales en nuestra zona, sobre nuestras cabezas recae la responsabilidad de no haber evitado sus tropelías.

—Ninguno escapa del paredón. ¿Lo dudáis? Pues voy a daros un dato para que no abriguéis la más remota esperanza. ¿Conocíais a Federico la Morena?

Le conocíamos, en efecto. Federico la Morena era el redactor taurino del *Heraldo*, que jamás escribió de política, que le tenía totalmente sin cuidado. Ni pertenecía a ningún partido, ni se metió nunca en nada.

—Pues le juzgamos ayer y esta misma mañana le hemos *cepillado*. ¡Imagínate lo que vais a vivir vosotros…!

Lamento que le hayan fusilado, porque era una buena persona; pero su triste final no destruye ninguna de mis esperanzas, porque ya hace tiempo que dije adiós a todas. A Navarro le sucede lo mismo. Tanto él como yo sabíamos de sobra la suerte que nos esperaba de perder la guerra, y hemos perdido. Pero hay algo que no acabo de comprender. ¿Nos han llevado allí únicamente para decirnos que han ejecutado al redactor taurino del *Heraldo*?

—Ni pensarlo. ¡Queremos ver cómo os pegáis!

—¿Nosotros? —pregunta Navarro, creyendo haber oído mal—. ¿Pegarnos Guzmán y yo?

—¡Naturalmente! ¿No os habéis llevado siempre como el perro y el gato? ¿No os combatíais mutuamente en vuestros respectivos periódicos? ¡Pues ha llegado el momento de demostrar quién es el más fuerte de los dos!

Haciendo un esfuerzo por dominar la indignación que siento, midiendo con cuidado las palabras, digo lo que ambos pensamos. Políticamente podíamos discrepar en determinados puntos, reflejarlo así en artículos doctrinales en que exponíamos la opinión de las organizaciones a que pertenecíamos; pero ni yo tenía nada contra él, ni creo que él tenga personalmente nada contra mí.

—Somos amigos hace años, y no hemos dejado de serlo en ningún momento, pese a que defendamos diferentes posturas políticas.

—¿Quieres decir que no vais a pegaros ahora? —pregunta el individuo que lleva la voz cantante, en el límite del asombro.

—Lo ha dicho Guzmán y lo repito yo —interviene Navarro—. No tenemos por qué peleamos, y menos para serviros de diversión. Aunque sólo fuera por eso, yo…

—¡Tú te vas a comer los dientes, cabrón! —le interrumpe uno de los milicianos, propinándole un violento puñetazo.

Luego, volviéndose hacia mí, ordena:

—¡Pégale ya!

Muevo la cabeza en gesto negativo, mientras me cruzo de brazos. Furioso, el individuo que afirma haber estado enchufado en el CRIM durante toda la guerra chilla, iracundo:

—¡Sacúdele ya, para que aprenda…!

No ha terminado de hablar cuando recibo un patadón en el bajo vientre que me hace doblarme dolorido mientras mi cara debe cambiar de color. Volviéndose a Navarro, el sujeto de antes vocifera:

—¡Pégale tú también!

—Prefiero que me peguéis a mí —responde, firme, Navarro.

—¿Y tú?

—Lo mismo.

—¡Pues vamos a daros gusto…! ¡Pegad sin miedo, muchachos…!

Los «muchachos» caen de nuevo sobre nosotros como una jauría de perros rabiosos. Pegan en los puntos más sensibles de nuestra anatomía, aunque parecen tener cierto cuidado de no darnos en la cara, quizá para no dejar huellas demasiado visibles. De cualquier forma, al minuto rodamos por el suelo y no tardamos en perder el conocimiento.

Unos cubos de agua echados sobre la cabeza me ayudan a volver en mí. Cuando, dolorido, empiezo a levantarme, veo que a Navarro le están propinando también una ducha. Respiro al advertir que casi todos se han apartado del sitio en que estamos tendidos, dándose quizá por satisfechos.

—Levantaos sin miedo —indica, sonriente, el que parece mandarles—. Ha terminado la primera parte de la función.

—¿La primera?

—¡Seguro! ¿Acaso nos crees tan mal educados como para no invitaros a desayunar?

—¿Desayunar nosotros? —inquiero, receloso y escéptico.

—Si no cenasteis anoche, ¿puede haber algo más natural que os demos algo de comer por la mañana?

—No arruguéis la jeta, rojillos; no queremos mataros de hambre.

Parecen hablar perfectamente en serio. Han dejado de reírse y nos miran con cierta conmiseración. No obstante, y digan lo que quieran, continuamos desconfiando de que vayan a darnos nada de comer. Pero a ellos les tiene totalmente sin cuidado lo que podamos pensar.

—¡Venga, vosotros! Llevarlos para el pasillo a fin de que se convenzan que les vamos a alimentar.

Marcha delante y tenemos que seguirle, empujados por quienes nos rodean. Andamos con cierta dificultad como consecuencia lógica de los porrazos recibidos, y algunos nos ayudan con violentos empellones y tal o cual puñetazo asestado en la espalda. A mitad del largo pasillo, el individuo que estuvo en el CRIM se mete en una habitación de la derecha.

—Asomaros para ver el banquete que os tenemos preparado.

Los que están delante de nosotros se echan a un lado para dejarnos pasar. Empujados, penetramos en una habitación de regulares dimensiones con una mesa y unas sillas que han arrinconado contra la pared del fondo para dejar más espacio libre. El jefe del grupo nos pregunta, sonriente:

—¿Qué os apetece comer? La mesa está bien surtida y podréis elegir libremente. ¿Qué decidís?

En un principio no entiendo nada. Estoy aún mareado por los golpes y no se me ocurre más que mirar encima de la mesa, sobre la que no veo nada que pueda ser comestible.

—¡Cegato! Tienes la comida delante de las narices y no la ves.

Señala el suelo con la mano derecha extendida, y miro en esta dirección. Incluso entonces no acabo de comprender su intención. Extendidas por el suelo hay doce o catorce láminas en colores con retratos de distintas figuras del movimiento obrero mundial, y esencialmente del español.

—No sabes elegir ¿eh? Tendré que adivinaros los gustos y elegir yo por vosotros.

Se agacha un momento y se levanta al siguiente tras coger dos de las láminas. Una me la entrega a mí, y la otra a mi compañero.

Ya sé que te gustaría más la puta de La Pasionaria —dice a Navarro—, pero se nos agotaron las existencias, y tendrás que conformarte con la puta de Lina Odena. Para ti —añade, dirigiéndose a mí— no hay dudas posibles: Durruti.

Maquinalmente cogemos las láminas entre la algazara y las risas de cuantos nos rodean. El individuo de antes sigue hablando en el mismo tono burlón.

—¡Sin cumplidos, rojillos! De sobra sé que estáis muertos de hambre. ¡Adelante, y que aproveche…!

Con un ligero estremecimiento comprendo lo que pretenden. Desean que nos comamos las láminas, pero no estamos dispuestos a complacerles.

—¡Basta de remilgos, amiguitos! Veréis qué bien sabe la carne de vuestros jefes. Pero ¿no queréis comer?

—No.

—¿Que no? Pues vais a comerlas aunque sea por los ojos. ¡Ayudadles un poco, camaradas…!

Los «camaradas» no necesitan que repita la indicación. Incluso podría decir que se anticipan a ella. Antes de que su jefe termine de hablar ya están de nuevo encima de nosotros. Uno, el mismo tipo enclenque y pálido que me pisó las gafas, me arranca la lámina de las manos y la agita ante mis narices, ordenando:

—¡Abre la boca, cerdo, o tendré que abrírtela yo…!

A las palabras acompaña un puñetazo en la boca. Pretende asestarme otro a continuación, y en movimiento instintivo alargo el brazo derecho.

Tropieza con mi puño, y el tropezón basta para hacerle retroceder tambaleante en medio de las risas y burlas de los demás.

—¡Todavía con ínfulas, canalla! Voy a dejarte la cara que…

Aunque estoy debilitado por las hambres pasadas y los golpes sufridos, tengo la completa seguridad de vencerle sin la menor dificultad de pelearnos a solas y en igualdad de condiciones. Pero ni estamos en igualdad de condiciones, ni hay lucha posible. Dos individuos me sujetan de los brazos, y otro me echa las manos al cuello, saltando sobre mi espalda. Sólo me quedan libres los pies, y consigo asestar un puntapié al de las gafas, que aúlla rabioso:

—¡Me las pagaras…! ¡Vaya si me las pagarás…!

Se las pago con réditos usurarios. Sujeto de brazos y piernas, el individuo puede pegarme a gusto con absoluta impunidad. No contento con propinarme seis o siete puñetazos en la cara, la emprende luego a patadas. Encuentra quien le secunde con el mejor entusiasmo. Un minuto después de nuevo estoy en el suelo, y un golpe en la cabeza me deja medio atontado.

—¡Abridle de una vez la boca…!

Para obligarme a abrir la boca utilizan un procedimiento expeditivo. Como no les basta con taparme la nariz, empiezan a apretarme la garganta. Pugno desesperadamente por librarme de las manos que me oprimen el cuello, pero sólo consigo que me propinen una nueva ración de golpes. Estoy tirado en el suelo; varios individuos me inmovilizan brazos y piernas, mientras otro ha ido a sentarse encima de mi pecho.

—¡Ya abre la boca…! ¡Ahora…!

La abro con ansia buscando el aire que ya me falta en los pulmones. El individuo de antes aprovecha el momento para meterme en la boca parte de la lámina convertida en una pelota de cartulina. Como difícilmente me cabe, empuja con fuerza y oigo el chasquido de uno de los dientes. Pero no es esto lo peor, sino que el papel obstruye por completo la garganta, y no puedo respirar.

—¡Mira qué colorado se pone…! ¡Ni que le diera vergüenza…!

Todos ríen divertidos comentando el cambio de color de mi cara. Alguno advierte entonces que a Navarro, en situación idéntica a la mía, le sucede lo mismo.

—¡Este parece que va a estallar en cualquier momento…!

—¡Cuidado, camaradas! —grita de pronto el tipo que lleva la voz cantante—. ¡Aflojad un poco, porque están *palmando*…!

—¿Tú crees?

—¡Y tú si te fijas! ¿No veis que no respiran…?

No respiramos, en efecto, y se asustan un poco. Temen haberse pasado de la raya y habernos matado. Dejan de apretarme el cuello, se levanta el sujeto sentado sobre mi pecho y llegan hasta el extremo de sacarme la pelota de cartulina que me han metido a viva fuerza en la boca.

—¡Mojadles un poco la cara para que se les pase el susto!

Nos echan agua por la cabeza para que nos recuperemos un poco, e incluso nos permiten luego sentarnos un momento en el suelo para respirar con ansias. Desgraciadamente, nuestro descanso dura poco.

—¡Ya está bien de pamplinas! ¡Que se los coman de una vez…!

Nos hacen incorporar, pero ya de pie nos tienen sujetas las manos y los pies. Incluso uno nos echa las manos al cuello. No aprieta tanto como antes, pero sí lo suficiente para que tengamos que abrir la boca.

—¡Meterles en la boca los retratos, pero poco a poco!

—¿Y si no quieren tragarlos?

—Apretáis bien el cuello, y *sanseacabó*.

Acabamos comiéndonos las láminas. A viva fuerza, con varios sujetos inmovilizándonos, tapándonos las narices o apretándonos la garganta cuando no abrimos la boca con la rapidez que desean. Metiéndonos trozo tras trozo de cartulina en la boca y forzándonos a masticarlos primero y a tragarlos después. Recibimos no pocos golpes y tardamos un buen rato. Incluso, decididos a complacerles, ya que no podemos resistir más, lo vamos haciendo lentamente.

—Echándole mucha saliva pasa mejor.

Es verdad, pero no tenemos la suficiente saliva. Los trozos de cartulina forman una especie de estropajo que sólo con grandes trabajos cruzan la garganta en dirección al estómago. El papel sabe mal, y las tintas de la impresión, mucho peor. Sentimos algunas bascas que hemos de dominar con un esfuerzo ante una clara amenaza:

—Si vomitáis, tendréis que volver a comerlo —nos advierten.

No vomitamos, afortunadamente. Pero tenemos reseca la boca y un nudo en la garganta cuando terminamos de ingerir lo que siguen llamando entre carcajadas nuestro «desayuno».

—¿Agua? ¡Toda la que queráis… y un poco más!

En volandas —difícilmente nos sostenemos en pie— nos llevan hasta el cuarto de baño. A mi memoria acude lo que hicieron una hora antes con Trigo Mairal, y me estremezco pensando que nos deparen la misma suerte. Sin embargo, introducen una sensible modificación. No nos meten la cabeza en la taza del water y tiran de la cadena. Se conforman con forzarnos a viva fuerza a introducirla en la bañera llena de agua y sujetarnos fuertemente para que no podamos sacarla durante un par de minutos.

Contener la respiración durante dos minutos es relativamente fácil, en circunstancias normales cualquier experto nadador bucea por debajo del agua más tiempo. Pero ni las circunstancias son normales para nosotros, ni Navarro ni yo presumimos de nadadores precisamente. Sobre todo cuando la resistencia física de los dos, harto quebrantada por las hambres de los últimos meses, ha quedado totalmente agotada por las recientes pateaduras.

La prolongada inmersión constituye una prueba dura, pesada, insoportable. Intento, sin conseguirlo, sacar la cabeza, siento que el agua entra no sólo por la boca, sino por las narices y los oídos; me falta oxígeno en los pulmones y tengo la clara sensación de que van a estallarme, y el martirio se prolonga.

—¡Bah, ni siquiera dos minutos! —dice, desdeñoso, uno que está consultando su reloj cuando por último cesa la tortura.

Es probable que tenga razón y sean sólo dos minutos; pero a Navarro y a mí se nos antojan dos siglos. Cuando nos sueltan, nos dejamos caer al suelo, con el brazo derecho apoyado en el borde de la bañera, tosiendo y respirando con ansias desesperadas, mientras sentimos el cuerpo empapado en sudor y notamos en la garganta un sabor de sangre.

—¡Bueno, ya no falta más que el epílogo del divertido espectáculo!

El epílogo programado guarda estrechas semejanzas con el prólogo. Como al principio, quieren divertirse haciendo que nos peguemos. Como al principio, nos negamos en redondo, y, como al principio, vuelven a llover sobre nosotros patadas, vergajazos y golpes de todas clases. Rodamos varias

veces por el suelo y nos obligan a levantar a fuerza de palos. Y todo, todo, en medio de una algarabía de gritos, de risas, de insultos y carcajadas. Cuando al cabo se cansan de pegarnos o temen que de continuar la paliza fallezcamos, estropeándoles la diversión, deciden hacer un alto.

—Ya podéis bajarlos —dicen a los milicianos que fueron a buscarnos al sótano y que han participado activamente en el alegre espectáculo—. Por ahora tienen suficiente.

Cogiéndonos de los brazos, los milicianos nos ayudan a incorporar y se disponen a sacarnos a la escalera. Antes de que le perdamos de vista, el individuo que según él estuvo toda la guerra enchufado en el Centro de Reclutamiento e Instrucción Militar de Madrid nos advierte:

—Continuaremos mañana a esta misma hora. Si para entonces seguís vivos, sentiréis que no os matásemos hoy.

* * *

Con gran dificultad, porque cada paso nos produce intensos dolores, volvemos al sótano del hotelito que hace esquina a las calles de Zurbano y Zurbarán. Sigue allí el centenar de prisioneros que con nosotros llegó desde Alicante, y la atmósfera del lugar es más sombría aún que en la madrugada anterior. Tropezando con algunos que están tumbados en el suelo, y ayudados por otros que se dan cuenta de nuestro estado, regresamos a los sitios que ocupábamos hace dos horas. Algunos nos preguntan:

—¿Qué tal?

Contestamos con un gesto expresivo. No creemos que sean precisas muchas palabras para responder. Nuestros semblantes desencajados, las heridas y moraduras claramente visibles, la ropa sucia de revolcarnos por el suelo y el gesto desolado y hosco resultan más elocuentes que todas las frases. Secamente replico:

—Mal, muy mal.

Me dejo caer al suelo. Sin hablar, Manuel Amil me tiende un cigarrillo encendido. Se lo agradezco. Recostado contra la pared, fumo, hundido en pensamientos que nada tienen de agradables. A quince o veinte pasos de distancia, Navarro, sentado sobre su maleta, con los codos apoyados en las rodillas y la cara oculta entre las manos, debe estar pensando algo parecido;

probablemente, recordando como yo las dolorosas escenas que acabamos de padecer.

Con doler mucho, son los golpes lo que menos duele. Más que las patadas y los puñetazos duelen los insultos. Y cien veces más aún las burlas, la chacota y el cachondeo cobarde con quienes no pueden ni replicar ni defenderse. A un hombre se le puede matar en el fragor de la lucha e incluso cuando, terminada la contienda, se le sigue considerando un peligro. Pero lo que no se puede —no se debe al menos— es humillarle, ofender su hombría, herir su dignidad, reírse de sus dolores y convertir los sufrimientos que gratuitamente se les infringen en fuente sádica de diversión y placer.

Desde que hace dos meses y medio caímos prisioneros en el puerto de Alicante hemos pasado muchos trances angustiosos y soportado amarguras y dolores sin cuento. Pero nada, absolutamente nada, se nos antoja tan indigno y bochornoso como lo que acabamos de padecer. Con un exceso de comprensión podríamos encontrar a los terribles hacinamientos de los Almendros y Albatera la disculpa de una falta de organización; el hambre cabía achacarla a la escasez de alimentos luego de treinta y dos meses de guerra; los cazadores de hombres que los pueblos lanzaban a la busca y sacrificio de sus vecinos de izquierda, a la brutalidad cruel y al ansia ciega de venganza de determinados individuos aislados; las ejecuciones de los que se suponía que habían intentado fugarse, al afán de escarmentar al resto de los prisioneros. Pero ¿qué explicación lícita, qué justificación moral podía tener que unos jovencitos —que según propia confesión habían pasado toda la contienda escondidos en nuestras filas— dieran rienda suelta a sus instintos sádicos, vejando y apaleando a quienes por su propia indefensión como prisioneros debieran respetar?

Con los ojos cerrados, pero con el ánimo bien despierto, le doy muchas vueltas en la cabeza sin acabar de comprenderlo. La generosidad de los triunfadores engrandece su victoria tanto como la achica la mezquindad y el rencor. Un jefe pagano y bárbaro como Breno podía lanzar su lapidario y estremecedor «Vae victis!». Pero unos hombres civilizados, que se pregonan cristianos, vencedores en lo que ellos y la Iglesia denominan «cruzada», no debían imitarle. Peor aún, porque no sólo mataban a los derrotados, sino que antes les convertían en espectáculo halagador de su

innata morbosidad. Era exactamente lo contrario de lo que los periódicos anunciaban a diario, repitiendo los versos clásicos de que «mientras vive el vencido, venciendo está el vencedor». Porque aquí no sólo morían los vencidos, sino que su muerte iba precedida de torturas y humillaciones, alegremente presenciadas por gentes que en ello encontraban un extraño placer.

Pronto, sin salir de este sótano, compruebo que el caso de Navarro y mío nada tiene de único y excepcional. Lo que han hecho con nosotros no difiere en absoluto de lo que antes hicieron con el antiguo gobernador civil de Madrid Trigo Mairal y el comisario Lebrero, jefe de Policía de Alicante entre el 1 de abril y el 12 o 14 de junio de 1939. Tampoco se diferencia del trato que reciben en horas sucesivas el diputado socialista Ricardo Zabalza, el jefe de división Antonio Molina, el doctor González Recatero y otros varios a los que van llamando en el transcurso de la mañana. Aunque algunos de ellos vuelvan al sótano por su pie, a la mayoría tienen que traerlos a rastras. En cualquier caso, todos muestran al regresar huellas inconfundibles del apaleamiento sufrido. Al comenzar la tarde, resulta evidente que nada tiene de envidiable la suerte de los que tienen que cruzar la calle Almagro y subir al piso segundo de una casa de la acera de enfrente.

—Pegan duro esos condenados —gruñe por todo comentario Cayetano Continente, un campesino aragonés de mediana edad y estatura, cuando una hora después de traerle recobra el conocimiento.

—No podré resistir otra paliza —dice Felipe Sandoval, limpiándose con un pañuelo, luego de arrojar una bocanada de sangre—. Me han roto algo en el pecho y los pulmones…

—Del fascismo no podíamos esperar otra cosa —afirma Juan Ortega, que, pese a sus años y a su débil contextura física, aguanta el dolor con increíble estoicismo.

—¿Incluso las humillaciones y las burlas?

—Eso antes que nada —responde, convencido—. Es la única manera que tienen de demostrarse a sí mismos su superioridad sobre los trabajadores.

Ni hemos cenado la noche anterior, ni nadie se preocupa de darnos de comer este mediodía. Los Almendros y Albatera nos han entrenado para

soportar prolongados períodos de ayuno. Sea por esto o por el clima tenso y sombrío que impera en el sótano, ninguno sentimos hambre; por lo menos, ninguno se queja de la falta de alimentación. Cuando la puerta se abre, y lo hace con excesiva frecuencia, no esperamos que nos traigan un poco de pan y un plato de rancho, sino que se lleven a cualquiera para divertirse un rato con él.

Va mediada la tarde, cuando oímos pasos en la escalera que conduce al sótano. Aguardamos expectantes al abrirse la puerta. En el umbral aparece entonces uno de los policías que fue a buscarnos a Alicante, acompañado de varios guardias. Trae unos papeles en la mano y dice, con voz claramente audible en el intenso silencio que repentinamente se ha hecho en la estancia.

—Que vayan saliendo con todo lo que tengan los que vaya nombrando.

Hace una breve pausa, y luego, comprendiendo sin duda lo que la mayoría piensa y teme, agrega con una sonrisa:

—¡No asustarse, muchachos! Los que nombre serán trasladados a la cárcel.

—En las cárceles —murmura alguien a mi lado— no matan a palos a los presos.

Asiento en silencio. En Albatera, basándonos en lo que decían quienes desde Madrid iban a comunicar con sus familiares, sabíamos ya del duro trato de que en comisarías, cuartelillos y otros lugares de interrogatorio se hacía víctima a los detenidos. Lo que nosotros habíamos presenciado y sufrido en las doce horas que llevábamos aquí no se apartaba mucho de lo esperado, aunque lo superase en brutalidad. Pero si esto resultaba cierto, también debía serlo que las palizas y las torturas no se aplicaban en las cárceles. De las cárceles sacaban a diario muchos hombres para fusilarlos; pero no se divertían destrozándoles antes moral y físicamente.

—Salid de prisa los que nombre. Julián Fernández… Secretario de la Federación Local de Sindicatos, delegado de prisiones en 1937 antiguo y entusiasta luchador obrero, Julián Fernández recoge su menguado equipaje y se dirige hacia la salida. Otros le siguen a medida que el policía va nombrándoles. Entre los que se van, contentos por escapar de momento del infierno del sótano, están, entre otros, Trigo Mairal, Ricardo Zabalza y

Manuel Amil. Cuando lleva nombrados a treinta y cuatro el policía se guarda los papeles diciendo:

—¡Basta por ahora! Luego volveremos por más.

—¿Vamos a la cárcel? —pregunta al pasar por su lado Amil.

—Sí. A Santa Engracia, que está cerca.

Al cerrase de nuevo la puerta, los sesenta y tantos que quedamos en el sótano nos miramos un instante en silencio. Todos pensamos lo mismo. Envidiamos a los que se han ido y deploramos continuar allí. La salida de nuestros compañeros no significa, ni mucho menos, su liberación; antes o después, volverán para ser interrogados o serán conducidos a otro lugar parecido, y una mayoría de ellos, tras ser juzgados en un consejo de guerra sumarísimo de urgencia, acabarán fusilados. Pero la perspectiva de quedarse aquí es todavía peor. Hay, sin embargo, quienes poniendo a mal tiempo buena cara, sostienen que es igual.

—En definitiva, nos matarán a todos.

—Pero yo prefiero que me fusilen a que me maten a palos.

Según parece, las numerosas prisiones madrileñas están abarrotadas; los presos, amontonados, comidos por la miseria, faltos en absoluto de higiene, y hambrientos, no viven precisamente en una deliciosa Capua. No obstante, peor se está en las comisarías, donde a todas esas circunstancias se unen las burlas y los palos. Desgraciadamente, nuestra opinión no cuenta para nada.

—No podemos elegir, porque son ellos quienes eligen por nosotros.

Aguardamos con impaciencia la nueva lista, un tanto esperanzados en ser incluidos en ella. En el peor de los casos —y aquí no hay ninguno mejor —, la cárcel significa unos días o unas semanas más de vida sin la amenaza constante de una paliza que en cualquier instante puede rompemos todos los huesos. Una hora después de la marcha de los primeros, torna el mismo policía con una segunda lista.

—Salid rápidos los que llame. Cuanto antes acabemos, mejor.

La nueva lista es ligeramente más amplia que la anterior. Comprende un total de treinta y siete nombres. Entre ellos, igual que en la anterior, hay republicanos, socialistas, comunistas y libertarios; muchas personas conocidas personalmente o por los cargos ocupados durante la guerra, y otras que nos son totalmente desconocidas. ¿Qué criterio informa la

selección tanto de los que se van como de los que nos quedamos? No acierto a comprenderlo por más vueltas que le doy. Al final llego a la conclusión de que las listas se deben al capricho o al azar, y no a ningún plan cuidadosamente establecido.

Si entre los conducidos a la cárcel hay diputados, gobernadores civiles, alcaldes, dirigentes sindicales y jefes de división y brigada, figuras de parecida significación aparecen entre los que nos quedamos. De la treintena que continuamos en el sótano, la mitad como mínimo no han tenido la más remota relación conmigo en toda la guerra, y de una tercera parte ignoro incluso ahora los nombres, la filiación política y lo que hayan podido ser o hacer durante la contienda. Y exactamente igual que a mí les sucede a Rodríguez Vega, González Recatero, Germán Puerta, José Leiva o Navarro Ballesteros.

—Para que no podáis quejaros, vamos a daros de cenar.

El anuncio que algunos, escarmentados por lo sucedido aquella misma mañana, recibimos con recelo y desconfianza, se cumple cuando la tarde llega a su final y la bombilla pegada al techo no consigue disipar las sombras que invaden el sótano. La cena no es muy abundante ni suculenta. Consiste en la cuarta parte de un chusco y tres sardinas en aceite.

—Con esto ya podéis dormir a pierna suelta.

Interpretamos la frase como indicación de que habremos de pasar la noche en el sótano, aunque tememos mucho que será poco lo que nos dejen dormir por la frecuencia de las llamadas. Nos equivocarnos de medio a medio, porque cuarenta minutos después la puerta vuelve a abrirse con estrépito, y un policía, al que ahora acompañan varios milicianos fusil en mano, ordena a gritos:

—¡Coged todo lo que tengáis, y andando…!

Torcemos el gesto al escucharle. Es noche cerrada ya, y muchos se ponen en lo peor. Tardamos un poco en incorporamos y recoger nuestras cosas, aunque algunos como yo no tengamos más que lo puesto. Hay varios que no se han recuperado de los golpes recibidos, y apenas pueden andar. El policía que ha ido en nuestra busca se irrita:

—¡O salís de prisa u os sacamos a patadas…!

Tres o cuatro de los milicianos que le acompañan penetran en el sótano y nos apremian amenazando con las culatas de sus armas. Encarándose con el policía, Juan Ortega le pregunta:

—¿Donde nos lleváis?

—Cerca, cabrón. Seguro que no te cansas en el paseo.

El tono despectivo, y sobre todo el subrayado de las últimas palabras aumentan temores y recelos. Pero no nos queda más remedio que obedecer, porque los milicianos que han penetrado en el sótano nos empujan hacia la salida en forma nada amistosa. Al pie de la escalera que conduce hasta el jardín del hotelito, uno de los milicianos que por la mañana acudieron a buscarnos a Navarro y a mí pregunta al policía que aparece a su lado fija la mirada en mí:

—¿Cómo está aquí ése si escribía en *Libertad*?

—No lo hacía en *Libertad* —le aclara, sonriente, el otro—, sino en *La Libertad*, un periódico madrileño republicano y masón, que es muy distinto. Luego dirigió un diario anarquista llamado *Castilla Libre*. ¿Qué te parece?

—¡Que ahora sí que es libre Castilla!

Les oigo mientras subo los escalones de cemento que conducen a la planta baja y a la salida del hotelito. En el jardín, esperándonos, hay varios policías más y diez o doce guardias.

—Formad de dos en dos, y en marcha.

—¿Hacia dónde?

—Ya lo verás cuando llegues. ¡Si vuelves a abrir la boca…!

Aunque no deben ser más de las nueve de una espléndida noche primaveral, no hay apenas tráfico en la calle de Almagro. Pasan rápidos tres o cuatro coches en ambas direcciones, y algunos curiosos nos miran de lejos sin atreverse a acercar. Cruzamos la calzada, rodeados por guardias, milicianos y policías que ni un solo momento sueltan sus armas, y subimos hacia el paseo del Cisne por la acera de los pares.

No llegamos hasta allá, sin embargo. Ante el amplio portal que tan bien conocemos, torcemos el rumbo y penetramos en el edificio. Subimos hasta el segundo piso. Voy en los últimos lugares, precediendo únicamente a Lebrero, Sandoval, Recatero, Ortega y Continente, que andan con cierta

dificultad. Junto a mí va Germán Puerta; delante, Leiva y Navarro; dos filas más allá, Antonio Molina y Rodríguez Vega.

—¡Más de prisa, idiotas! No vamos a pasarnos toda la noche esperándoos…

Guardias y milicianos nos empujan hasta llegar al vestíbulo de entrada del segundo piso. Allí tenemos que hacer un breve alto. Parece que todas las habitaciones que hacen las veces de calabozos están llenas y no saben dónde meternos.

—Los tenemos en los retretes y en los pasillos. ¿Qué diablos quieren que hagamos con éstos?

* * *

A una docena de los que subimos del sótano consiguen, no sé cómo, acoplarles en otras dependencias. El resto nos quedamos aquí. Tenemos que alinearnos de pie junto a las paredes, dejando libres las puertas y la entrada de los pasillos. Incluso tres o cuatro tienen que situarse delante del amplio ventanal que da al patio central del edificio. ¿Que alguno puede intentar fugarse por allí?

—Descuida. Abajo hay vigilancia, y le cazarían antes de llegar al portal. Sólo podrían escapar volando, y no creo que sean angelitos.

—¿Angelitos esta partida de asesinos?

Algunos no pueden sostenerse de pie y se sientan en el suelo. Antes o después todos acabamos imitándoles, pese a las protestas, insultos y golpes de quienes vigilan en la meseta de la escalera o entran y salen en las diferentes habitaciones, cruzando el vestíbulo. Pero si en un momento dado nos obligan a levantarnos, al siguiente tornamos a sentarnos.

—Espero que no hagáis ninguna tontería. No serviría más que para agravar vuestra situación. Ya habréis visto que somos generosos y os tratamos como no merecéis. ¡Ah, que conste que nosotros no damos paseos, y procedemos en todos los casos con serenidad y justicia! ¿Tiene alguno algo que objetar?

Podríamos objetar muchas cosas, pero las callamos, convencidos de que abrir la boca tendría como consecuencia que nos la rompieran antes de pronunciar cuatro palabras. El individuo que nos habla en tono de paternal

condescendencia debe ser el jefe del centro en que nos hallamos. Es un hombre mediano de cuerpo, que ronda la cincuentena y viste un traje oscuro de buen corte. No lleva armas a la vista, pero sí las llevan en el cinturón o la sobaquera los cuatro policías en mangas de camisa que le rodean. Sin contar naturalmente, los guardias y falangistas que nos vigilan fusil en mano desde la entrada del piso y los pasillos.

—El que no se haya manchado las manos de sangre —continúa luego de una breve pausa— no tiene nada que temer porque nada habrá de pasarle. Somos respetuosos con las ideas, incluso aquellas que juzgamos equivocadas. Nuestra justicia es rigurosa, en cambio, con ladrones y asesinos. Quienes no lo sean podrán vivir y trabajar en la nueva España con toda clase de respetos y garantías. Es, como no tardaréis en comprobar, todo lo contrario de lo que sucedía en la zona roja.

Jamás he robado nada ni matado a nadie. No creo que ni mis mayores enemigos —políticos e ideológicos, porque personales presumo de no tenerlos— puedan acusarme de crímenes o latrocinios de ninguna clase. Algo semejante podrían decir sin faltar en absoluto a la verdad, no pocos de los que trajeron conmigo desde Levante. Sin embargo, en las diecisiete o dieciocho horas que llevamos en la calle de Almagro, tenemos razones sobradas ara poner en tela de juicio sus afirmaciones. Un segundo me asalta la tentación de decírselo; por fortuna, logro contenerme a tiempo, recordando lo sucedido por la mañana.

—¿Y tú qué piensas, desgraciado? ¿Que eres el mayor cabrón y asesino de esta taifa de criminales?

El tono ha variado por completo. El aire bonachón y paternalista de antes ha dejado plaza a un acento duro, ofensivo, hiriente. Habla ahora mirando con desprecio al comisario Lebrero, al que indudablemente conoce de antiguo. El aspecto del que durante unos meses fue jefe de policía de Alicante no puede ser más lamentable. Recostado contra la pared, con la ropa sucia, la cara llena de cardenales, la nariz aplastada y un profundo corte en la mejilla izquierda, respira con dificultad y se queja sordamente. Pero, lejos de inspirar lástima al otro, parece suscitar en su ánimo una rabia fría y viscosa. Cuando ve que Lebrero no le responde, que ni siquiera se

atreve a levantar la cabeza para mirarle, echa a andar, advirtiendo a los policías que le rodean:

—¡Cuidado con ese canalla…! ¡Duro con él sin compasión! Todo, todo lo tiene sobradamente merecido, porque…

* * *

La noche es todo lo movida, azarosa y dramática que podemos prever por anticipado. Aunque la anterior no hemos pegado los ojos, tampoco en ésta nos dejan conciliar el sueño. Constantemente está cruzando gente por el vestíbulo, y ninguno de los que entran o salen piensan en nuestro descanso, y si lo piensan hacen lo posible y lo imposible por perturbarlo. Hablan a voces, abren y cierran con fuerza las puertas, pisan a los que estamos tumbados o los apartan a puntapiés del camino que siguen. Pero hay algo que influye en mayor medida en que el sueño huya de nuestros párpados: las llamadas.

Se pasan buena parte de la noche sacando de sus improvisados calabozos a unos para llevarlos a declarar a otras habitaciones. A la ida y el regreso atraviesan por el lugar que nos encontramos. Impresiona el cambio experimentado en pocos minutos por la mayoría. Impresiona doblemente cuando se trata de una mujer. No podemos hacer nada por ayudarlas, pero sólo verlas nos revuelve el estómago, y muchas veces tenemos que cerrar los ojos.

Por otra parte, estamos toda la noche temiendo que vengan a buscarnos. Lo sucedido por la mañana demuestra con toda claridad lo que podemos esperar si nos llaman. Por si alguna duda remota pudiera cabernos, contemplamos lo que ocurre a varios de los que están con nosotros porque formaron parte de la expedición de los ciento uno traída hace veinticuatro horas de tierras levantinas.

Todos los que llaman reciben un trato duro, cruel, inhumano. Entre ellos están Félix España, Antonio Prieto, Ortega, Cabrejas y Victoriano Buitrago. Pero hay otros tres contra quienes la violencia alcanza su punto álgido: el comisario Lebrero, Felipe Sandoval y el doctor González Recatero. Al primero le traen inconsciente, con la cara llena de sangre y una pierna tan

monstruosamente hinchada que parece a punto de reventar la pernera del pantalón.

—Deben haberle fracturado la tibia y el peroné —murmura Rodríguez Vega, que, como yo, le mira de lejos sin posibilidad de acercarse a socorrerle, porque lo impiden quienes nos guardan.

Acaso sea peor todavía el aspecto de Felipe Sandoval. Le han pegado sin compasión, y tiene más cara de muerto que de vivo. Arroja varias bocanadas de sangre que un policía le obliga a limpiar del suelo, aunque cada movimiento le arranca dolorosos quejidos.

El doctor González Recatero es más joven y fornido que los otros dos. Acaso por ello ha encajado con menor daño aparente la terrible paliza sufrida. Ni siquiera ha perdido el conocimiento cuando le traen, pese a mostrar huellas inconfundibles de la forma en que ha sido tratado. Sentado en el suelo debajo de la ventana, recostado contra la pared, le vemos morderse los labios para contener las exclamaciones de dolor. Permanece serio, cejijunto, pensativo y ensimismado. De vez en cuando un relámpago de ira cruza por sus pupilas, le tiembla ligeramente la barbilla y aprieta con rabia los puños.

Pese a su juventud, Recatero es un médico excelente antes de comenzar la guerra. Iniciada ésta, se pasa los treinta y dos meses que dura curando heridos en los frentes de batalla. Culto, inteligente, cumplidor incansable de su deber, salva muchas vidas con una labor abnegada que desdeña riesgos y acepta voluntaria todos los sacrificios. Dirige la sanidad de un batallón primero; de una brigada, después; de una división, más tarde. Cuando concluye la lucha desempeña la jefatura de sanidad del Ejército de Levante.

Permanece en su puesto hasta el último segundo, y el 29 de marzo va a parar, como todos nosotros, al puerto de Alicante. Posteriormente está en los Almendros y Albatera formando parte del grupo esforzado de médicos que, sin medicinas ni instrumental quirúrgico, muriéndose de hambre como los demás, luchando para que el tifus y la disentería no acaben con los millares de hambrientos hacinados en los inhóspitos campos de concentración. Ahora, luego, de la segunda paliza sufrida, permanece largo rato pensativo y silencioso. Al fin, parece llegar a una decisión que expresa en voz lo suficientemente alta para que podamos oírle varios.

—Conmigo no volverán a divertirse esos cobardes…

* * *

Pomposamente anuncian por la mañana que van a darnos el desayuno. El anuncio hace que Navarro y yo cambiemos una rápida mirada, recordando lo sucedido veinticuatro horas antes y la promesa del emboscado del CRIM de que hoy tendríamos que sentir estar vivos. Por fortuna, el individuo en cuestión no aparece, y se cumple el ofrecimiento de darnos algo. Muy poco alimenticio, desde luego, por cuanto se trata de un simple caldo negruzco, probablemente un poco de malta. Ni que decir tiene que el llamado café no ha visto el azúcar, y que no recibimos ni una migaja de pan para acompañarlo.

—Si no queréis morir de hambre, tendrá que traeros comida la familia. En caso contrario, os quedaréis en los huesos.

Quien nos habla es un sargento de Seguridad que presencia cómo ingerimos con ansias el líquido cuyo calor reconforta un tanto nuestros vacíos estómagos. Está dispuesto a enviar aviso a nuestros deudos de dónde y cómo nos encontramos y la urgencia de mandarnos comida. No lo hace por iniciativa propia ni a espaldas de sus superiores, sino que se limita a cumplir las instrucciones recibidas.

—Aquí tenéis unos trocitos de papel. Cada uno debe escribir con toda claridad su nombre, el de su familiar más cercano, las señas de éste y el número de teléfono, si lo tiene. Antes de mediodía le darán el recado.

Conforme se apresura a añadir ni guardias ni policías piensan tomarse la molestia de visitar a nuestros deudos para informarle de dónde nos encontramos. Pero en esta casa de la calle de Almagro, además de los presos llegados veinticuatro horas antes de Alicante, hay otros muchos detenidos. A varios les traen familiares suyos la comida y la ropa. Serán esos familiares los que se preocupen de telefonear o ir a nuestros domicilios para dar el recado.

—Irían aunque fuese a rastras —añade el sargento—, porque todas las mujeres que vienen son más rojas que vosotros.

Pongo en el trozo de papel que me entrega mi nombre, el de mi madre y sus señas en Madrid. No sé lo que podrá traerme, porque su situación

económica es más que crítica; pero al menos sabrá dónde me encuentro. La mayoría hace lo mismo que yo. Sin embargo, algunos devuelven el papelito en blanco.

—No tengo familia ni conocidos en Madrid —dice Cayetano Continente.

—Entonces, que te den de comer los demás, o cierras por defunción —replica, encogiéndose de hombros, el sargento.

Pero por mucha prisa que se den los familiares de los otros detenidos en avisar a los nuestros, resulta más que problemático que podamos comer algo a mediodía. Como es lógico, vienen con sus paquetes a última hora de la mañana o primera de la tarde. Por muy pronto serán las dos o las tres cuando se enteren nuestros deudos, y aunque corran en prepararnos algo y traerlo, serán las cinco o las seis cuando el primer paquete —luego de ser cuidadosamente registrado en el cuerpo de guardia— llegue a nuestras manos.

—¡Qué le vamos a hacer! Con que tengamos algo para cenar…

La mañana es también agitada y dramática. Los policías, milicianos y guardias de la noche anterior se han ido a dormir, pero quienes les sustituyen emplean los mismos procedimientos. Por el vestíbulo cruzan algunos de los individuos que la mañana anterior nos dieron el «desayuno» a Navarro Ballesteros y a mí. Pero aunque cada vez que los vemos nos estremece pensar que vienen en nuestra busca, o han olvidado sus amenazas de veinticuatro horas antes, o no pensaron en ningún momento en llevarlas a la práctica. Quizá todo se deba a que estén demasiado atareados con otros y de momento se olvidan de nosotros.

Quienes difícilmente podrán olvidarlos a ellos son, entre otros muchos, Antonio Prieto, Avelino Cabrejas, Ariño, Villarroel y Barbado, que son interrogados en la forma acostumbrada. Algo parecido, o peor aún, les su cede a Lebrero y Sandoval, que reciben otra nueva y monumental paliza. Por la mañana también ocurre algo cuyas causas no acabamos de comprender que traigan de la cárcel a varios de los que ayer se llevaron y se lleven en cambio algunos de los que dejaron. Entre ellos, a José Leiva, secretario de las Juventudes.

—En Santa Engracia hay más de un millar de presos —dice uno de los recién llegados a Almagro, con el que podemos hablar un momento—. Aunque amontonados materialmente, pueden dormir con cierta tranquilidad. ¡Ah, también se come! Malo y escaso, pero más que aquí.

Ignora por qué se lo llevaron ayer y por qué le han traído hoy, pero no le hace ninguna gracia. Teme lo peor, y nosotros no estamos en condiciones de mentir para animarle.

* * *

La tarde es una continuación, corregida y aumentada, de la mañana. Los policías se muestran más activos y abundan los interrogatorios. Aunque no los presenciamos directamente, el ruido de los golpes, las voces de insulto y los lamentos no autorizan la más ligera duda acerca de lo que sucede en ellos. Son varios a los que vemos cruzar renqueantes por el vestíbulo, y ante los ojos tenemos en todo momento los ejemplos sangrantes de Lebrero y Sandoval. Nuevamente se los llevan por la tarde y los traen al poco rato materialmente deshechos. Sandoval continúa con sus vómitos de sangre y quejándose de grandes dolores en el pecho. Lebrero ni siquiera tiene fuerzas para quejarse. Con los ojos abiertos, pero sumido en una especie de sopor permanece recostado contra la pared y las piernas extendidas. Le han reventado la izquierda, que tenía hinchada anoche, y por la pernera del pantalón se le escapa una mezcla de sangre y pus que forma un charquito en el suelo.

Tiene que encontrarse muy mal. Al anochecer, ya alguno de los guardias avisa, asustado, que se está muriendo. Vienen varios policías a verle, y uno, que debe ser médico, le toma el pulso y le ausculta. Parece que no hay motivos para la alarma. Así debe decírselo al caballero elegantemente vestido, que desempeña la jefatura de esta comisaría o lo que sea, que sonríe despectivo al dirigirse a Lebrero:

—No le eches tanto teatro, bandido. Eso son varices; nada más que varices. ¡Si vuelves a molestarnos con tus cuentos…!

Da media vuelta, seguido por los demás policías, y dejan que continúe desangrándose. La visión del pobre hombre, la de Sandoval, que también parece próximo a morir y los lamentos que nos llegan procedentes de las

diferentes dependencias, bastan para amargarnos la digestión de los pocos bocados que comemos de dos paquetes —sólo dos a repartir entre once personas— que consienten pasarnos, porque, dada la hora, rechazan los demás que nuestros familiares nos traen.

Son ya las nueve de la noche cuando sucede lo inesperado. Un policía llama desde el pasillo del fondo al doctor González Recatero. Como el médico tarda en responder a su llamada, amenaza como de costumbre:

—Si tardas medio minuto en salir…

González Recatero se levanta despacio. Mira un momento a Lebrero, que continúa tirado en el suelo, y a Sandoval, que se queja con lamentos entrecortados. Brilla en sus ojos una firme determinación, mientras aprieta con rabia los puños y afirma.

—No iré.

—¿Que no quieres salir? —pregunta el policía, estupefacto.

—No. Ni tú ni esa partida de asesinos volveréis a divertiros conmigo.

—¿No, eh?, —reacciona, violento, el policía, echando mano a la pistola y dando dos pasos hacia adelante—. ¡Voy a enseñarte!

—¡Cobarde! —le escupe, desdeñoso, Recatero, mirándole con fijeza.

El policía se detiene un segundo, intimidado. Luego busca con la mirada a los guardias que nos vigilan fusil en mano que han levantado sus armas apuntándonos a todos. Envalentonado de nuevo, ordena.

—¡Vamos por él…!

Los guardias avanzan para colocarse a su lado. Recatero, que está de pie, junto a la ventana abierta, no duda ni vacila un segundo. Apoya las manos en el pretil y se lanza de cabeza al vacío, gritando:

—¡Viva la libertad…!

Todavía resuena el eco de su grito cuando escuchamos el estrépito de su cuerpo al romper la claraboya del patio primero y estrellarse a renglón seguido contra las losas del sótano. El policía, que se asoma pistola en mano para ver dónde ha caído, exclama satisfecho:

—¡Se ha matado…!

Acuden a la carrera varios policías y guardias más, todos nerviosos y excitados, apuntándonos con fusiles y pistolas para impedirnos realizar el menor movimiento.

El doctor González Recatero es el primero en morir de la expedición de los ciento uno. ¿Cuánto viviremos los demás?

II

DOS SEMANAS, Y TRES MUERTOS

La muerte del doctor González Recatero provoca un revuelo considerable en el segundo piso de la casa de Almagro. Durante un buen rato todo son nervios, gritos, carreras y recriminaciones mutuas. Policías y guardias van de un lado para otro, bajan al patio y tornan a subir de cuatro en cuatro los escalones, irritados y gesticulantes. Algunos de ellos nos meten materialmente por las narices las pistolas y fusiles que empuñan como si quisieran cortar una fuga masiva en la que ninguno de nosotros ha pensado. Pero como la intensidad de un fenómeno suele estar en proporción inversamente proporcional a su duración, a la media hora de la tragedia todo vuelve a la más completa normalidad. O, para ser más exactos, a lo que en este lugar y circunstancias pudiera considerarse como normal.

En definitiva, todo se reduce a que la ventana del vestíbulo, que ha estado abierta desde que llegamos —aliviando un poco el calor madrileño de mediados de junio—, sea cerrada a piedra y lodo. Ante ella sitúan dos centinelas armados con órdenes terminantes de partirle la crisma al primer detenido que se acerque. Como antes han echado de allí a las tres personas que en unión del doctor ocupaban aquel lado de la habitación, los supervivientes quedamos un poco más amontonados y con mayor calor porque ni siquiera en las horas del mediodía permiten entreabrir las maderas para que pueda llegamos un poco de aire fresco.

—Lo hacemos por vuestro bien —dice, con su acostumbrado aire de bondadoso paternalismo, el caballero cincuentón y atildado a quien todos obedecen—. Además de un pecado mortal, el suicidio es una cobardía impropia de hombres. Hacer lo que hizo ese desgraciado no tiene excusa ni perdón. Especialmente cuando aquí hacemos estricta y generosa justicia y ni siquiera al mayor criminal le tocamos el pelo de la ropa.

Miente con toda la boca, y lo sabe tan bien como nosotros. Le bastaría mirar a Lebrero, Sandoval o cualquiera de los varios «interrogados» para descubrir en sus rostros huellas inconfundibles del trato recibido. Por otro lado, es evidente que más que la muerte de Recatero lamenta que al suicidarse haya puesto punto final al sadismo de quienes disfrutaban con sus humillaciones y sufrimientos. En cualquier caso, ni las palabras del caballero ni el reciente suceso cambian en lo más mínimo ni el ambiente sombrío en que estamos inmersos ni los procedimientos utilizados contra nosotros.

Apenas ha transcurrido una hora de la tragedia cuando vuelven las llamadas a los detenidos y tomamos a oír insultos, gritos de dolor, ruido de golpes y caídas. Igual que la noche anterior, traen a rastras a muchos de los llamados, y cuantos regresan a su sitio andan renqueantes y parecen haber envejecido varios años en contados minutos.

—No creo que pueda aguantar vivo otra paliza igual —se queja Antonio Paulet cuando, tras un rato tumbado en el suelo, puede empezar a hablar.

Le han pegado duro, muy duro, pero no tanto como a Lebrero y Sandoval, a quienes esta noche dejan en paz, quizá temerosos de que un solo golpe más determine su fulminante fallecimiento. Ambos están materialmente deshechos, y es difícil comprender cómo pueden seguir vivos. En poco más de treinta horas han sido apaleados en tres ocasiones distintas, y cada vez con mayor ensañamiento. Por grandes y graves que sean sus culpas, no pueden ser mayores que las de quienes en cuadrilla les matan a palos. El simple hecho de que no hayan expirado aún demuestra que morir es más difícil de lo que generalmente se piensa, y que en las más adversas circunstancias la resistencia humana, las ansias instintivas con que todos nos aferramos a la vida, alcanza límites insospechados.

Con un exceso de optimismo he llegado a pensar que a las doce de la noche cesarán las llamadas y los «interrogatorios». Los hechos no tardan en demostrarme que una vez más me he dejado engañar por las ilusiones y los deseos. Aunque el día siguiente, 18 de junio de 1939 es domingo, ni los policías descansan ni dejan descansar unas horas a los detenidos. Cuando se lo digo a Rodríguez Vega, que está a mi lado, comenta, sarcástico:

—Son tan buenos cristianos, que no encuentran mejor manera de celebrar el día del Señor que pasárselo íntegro aplastando cabezas de infieles a Su mayor gloria.

Los infieles somos nosotros, naturalmente, y si la noche del sábado tiene mucho de aquelarre enloquecedor la madrugada del domingo la supera en dramatismo. Fidel Losa recibe en estas horas un aviso elocuente y expresivo de lo que serán para él las jornadas venideras. Algo parecido le sucede a Guerrero —trabajador onubense, comandante de brigada en el Jarama que ayer se llevaron a Santa Engracia y hoy han devuelto a la calle de Almagro—, a Juan Ortega, Buitrago padre, Molina, Continente y varios más. Prácticamente, al cumplirse las primeras cuarenta y ocho horas todos los que veníamos en la expedición de los ciento uno y continuamos aquí hemos recibido alguna «caricia».

—Sólo hay tres excepciones —respondo a Navarro, que ya de mañana me lo hace notar—: Amor Buitrago, Germán Puerta y Rodríguez Vega continúan incólumes.

Lo del primero tiene una fácil explicación; aunque de sobra sabemos que «el traidor no es menester siendo la traición pasada», Amor continúa sirviéndoles como cebo cuando le sacan a pasear por Madrid. Lo de los otros dos sorprende y desconcierta a los propios interesados. José Rodríguez Vega es secretario de la ejecutiva nacional de la Unión General de Trabajadores desde que a mediados de 1937 sustituyó al anterior secretario, Francisco Largo Caballero; Germán Puerta, por su parte, es hasta el 28 de marzo de 1939 diputado provincial de Madrid y secretario de la FAI. ¿Cómo los han respetado hasta ahora?

—La cosa no puede estar más clara —afirma Navarro en tono burlón, luego de hacerme un ligero guiño—, y lo extraño es que no lo hayáis comprendido aún.

—¿Comprendido qué? —pregunta Rodríguez Vega.

—Que ni Germán ni tú tenéis para ellos la menor importancia —sigue Navarro, irónico—. A los demás, a todos los demás, nos consideran peligrosos. A vosotros, en cambio.

El gesto de contrariedad y enfado de Rodríguez Vega, que no acaba de comprender la broma, hace que, pese a lo dramático de las circunstancias, todos los integrantes del pequeño grupo colocado contra la pared del fondo sonriamos divertidos. Todavía un poco amoscado, el interesado gruñe:

—¿Es que no estaréis contentos hasta que me rompan algún hueso como a los demás?

—Acaso el más contento en ese momento seas tú.

—¿Yo, por qué?

—Porque tendrás la satisfacción de saber que te toman por quien eres y no te confunden con cualquier *chorizo*. ¿O no?

Tras pensarlo un momento, Rodríguez Vega acaba por asentir con la cabeza. Aunque no lo diga, le molesta un poco el olvido en que parecen tenerle. Tanto Navarro como yo recordamos su comentario cuando le tomaron la filiación la madrugada en que llegamos a Madrid y los policías se encogieron de hombros al afirmar orgullosamente que era el secretario nacional de la UGT. Masculló entonces que debían haberle confundido con el secretario de cualquier pueblo, y es posible que lo siga pensando ahora, viendo que unos más y otros menos casi todos hemos sufrido «interrogatorios» en los que hubo más palos que preguntas. Luchador obrero, defensor de sus ideas sin debilidades ni cobardías, le duele en el fondo no recibir el mismo trato que los demás. Incluso se siente un poco avergonzado.

—Lo recibirás, no te preocupes —comenta Ortega—. Ninguno de nosotros saldrá de aquí sin que antes le rompan la crisma. ¡Y posiblemente con los pies por delante…!

Si González Recatero ha sido el primero en morir, los restantes no podemos hacemos ilusiones de ninguna clase. Los temores de la madrugada del viernes han tenido plena confirmación durante las dos jornadas siguientes. Ahora, ya en la mañana del domingo, parece centuplicada su furia. Félix España vuelve sin sentido de su interrogatorio. Con Manteca y

Valcárcel —yerno y suegro, a los que se llevan juntos— alcanza su sadismo un grado máximo.

—Quisieron que pegase a mi suegro, y me pusieron un vergajo en la mano —dice Manteca cuando puede hablar—. Como me negué, nos patearon las tripas a los dos.

La pateadura de tripas es algo más que una frase. Valcárcel —un hombre de cuarenta y tantos años, bien conservado y fornido— tiene marcados en el vientre los tacones de varios zapatos. Manteca vuelve sangrando por una descalabradura, con un pómulo tumefacto y doblado sobre sí mismo.

—Dijeron que pensáramos lo que nos conviene, porque mañana nos darán una oportunidad.

La «oportunidad» consiste en que se destrocen mutuamente para mayor diversión y jolgorio de quienes pretenden obligarles a hacerlo. Es, prácticamente, lo mismo que trataron hacer con Navarro y conmigo. Igual que probablemente tomarán a intentar mañana o pasado con nosotros o con cualquier otro.

* * *

Esperamos recibir hoy algunos de los paquetes familiares que, por llegar más tarde de la hora indicada, no permitieron ayer que arribasen a nuestras manos. Desgraciadamente, hoy se repite la historia corregida y aumentada.

—Los domingos no se admiten paquetes. Libran algunos camaradas, y los que estamos de servicio no vamos a serviros como criados.

No queda nada de los dos paquetes que nos entregaron ayer y cuyo contenido repartimos entre once. Ayunamos de nuevo como en los peores tiempos de los Almendros y Albatera. Pero, a diferencia de los dos campos, en Almagro apenas hablamos de comida y ni siquiera tenemos hambre. Hay otras amenazas de muerte más dolorosas e inminentes que la producida por inanición que nos tienen en vilo y atormentados durante toda la tarde.

Aunque el día de finales de primavera es espléndido fuera, dentro del piso no hay más que zozobras y angustias. En cinco o seis horas tornan a ser interrogados en la forma acostumbrada una tercera parte de los treinta hombres que seguimos aquí de los traídos desde Levante, y otros tantos por

lo menos de los que ya estaban antes de nuestra llegada y que se hacinan en las diversas habitaciones que hacen las veces de calabozos. Aunque no pocos son totalmente desconocidos para nosotros, la escucha de sus gritos y lamentos durante las entrevistas con sus guardianes y la visión de su aspecto cuando les devuelven a sus lugares de reclusión basta para encoger el ánimo. Por si no fuera bastante, constantemente estamos oyendo insultos y amenazas.

—¡Ha llegado el momento de saldar cuentas, bandidos…!

—¡Ya podéis ir rezando lo que sepáis, asesinos…!

—¡Cuando acabemos con éstos, vendremos por vosotros…!

Si las amenazas no se cumplen esta tarde en lo que afecta a unos cuantos —Molina, Vega, Puerta, Navarro, Continente, Ortega y yo—, se ponen en práctica con los restantes. Varios de ellos aún no se han repuesto de los palos de la mañana, de la noche anterior o de la víspera. No por ello les tratan con mayor delicadeza. Todos vuelven desencuadernados y maltrechos. Algunos no ocultan su asombro porque les han vuelto a pegar sin molestarse siquiera en preguntarles su nombre.

—Lo hacen sólo para reírse de nosotros.

Cuando los policías aparecen en el vestíbulo, uno no puede evitar el pensamiento de que van en su busca. Si hace días pude creer que era yo el único en pensarlo, pronto compruebo que a todos les sucede igual. Nadie está seguro de nada, y todos tememos lo mismo. Es totalmente indiferente lo que haya hecho o dejado de hacer en guerra; ni siquiera —como demuestra el caso de Lebrero— sirve de garantía haber cooperado con ellos ni haber sido detenido y condenado en la zona republicana como enemigo del régimen. Prácticamente a todos los detenidos nos tratan en forma muy semejante, y hay individuos a los que «interrogan» una y otra vez, sin darles tiempo ni oportunidad para reponerse.

Pese a que anoche estaba destrozado, Sandoval es nuevamente «interrogado» al amanecer. Le traen una hora más tarde sin haber perdido el conocimiento, pero quejándose sordamente de varios golpes recibidos en el pecho y el vientre. Tendido en el suelo sufre varios accesos de tos. Se lleva un pañuelo a los labios y lo retira lleno de sangre. Los que se encuentran a su lado le oyen murmurar.

—¡No puedo más…! ¡No puedo aguantar más…!

Está mal, desde luego; muy mal. Pero Lebrero, el comisario de Policía, se encuentra mucho peor. En todo el día no ha podido levantarse; ni siquiera sentarse en el suelo. Tumbado, con los ojos entreabiertos, respira con dificultad; a veces su respiración se convierte en un doloroso estertor. Si tiene en el rostro huellas visibles de golpes y la ropa sucia y desgarrada, lo que más impresiona es su pierna. Aunque se le han abierto en ella diversas bocas por las que brota sangre mezclada con pus que forman charquitos en el suelo, sigue teniéndola monstruosamente hinchada.

A media tarde vienen a buscarle, pero desisten de llevársele, acaso porque hubieran tenido que cargar con él. El que viene en su busca avisa a sus compañeros, y en torno al comisario se forma un grupito. Ninguno de sus interrogantes muestra la menor compasión por Lebrero:

—¿Todavía no palmó este hijo de puta?

—Alienta, pero no durará mucho.

—¡Lástima! Merecía estar así por lo menos tres meses.

Al poco rato el caballero de untuosas palabras y aires de bondadoso paternalismo que dirige el centro hace su aparición para ordenar a sus subordinados que no pierdan el tiempo mirando al antiguo jefe de Policía. ¿Que se encuentra grave? Tras contemplarle desdeñosamente, el caballero comenta.

—¡Bah, no tiene más que unas vulgares varices! Lo demás, todo lo demás es cuento.

Le dejan más abandonado que a un perro rabioso. Sin que nadie le cuide, atienda o haga el menor caso, permanece durante horas interminables. La noche del domingo al lunes resulta relativamente tranquila. La mayoría de los funcionarios han debido irse a dormir, cansados por el duro ajetreo de la jornada, nosotros también podemos dormir pasadas las doce, en que devuelven a los últimos interrogados.

Aunque tenemos sueño atrasado, descansamos poco y mal, y no sólo debido a la dureza del suelo. La mayoría estamos magullados, y el menor movimiento maquinal, el roce con la pared o con cualquiera de los compañeros, nos arranca un gemido de dolor y nos fuerza a abrir los ojos. Hay algo peor todavía, y son los quejidos de Sandoval y el impresionante

estertor de Lebrero. Si el primero deja de quejarse de madrugada vencido por el sueño, el segundo tenemos la impresión de que se va agravando de hora en hora. Cuando se interrumpen sus estertores creemos que ha muerto, y nos sentamos en el suelo para mirarle. En tres ocasiones distintas nos acercamos para convencernos de que sigue vivo; la cuarta.

—Si se muere, que se muera —chilla, amenazador uno de los guardias —, pero a mí no me meten un paquete por dejar que le contempléis. Al primero que se mueva para acercarse le parto la jeta.

Por la mañana nos dan unos sorbos de lo que llaman café. Incluso nos permiten ir de uno en uno al retrete para que evacuemos nuestras apremiantes necesidades. Los guardias llevan su amabilidad hasta el extremo de permitir que nos lavemos rápidamente las manos y la cara, si bien nos advierten:

—Daros prisa. Si viene el jefe y se entera de que os he dejado lavar…

Nos damos prisa, no porque creamos que lo hace sin permiso de sus jefes, sino porque no nos interesa molestar al sargento que manda la guardia de la mañana, y que de enfadarse es capaz de privamos de un elemental y sumario aseo que tanto necesitamos. Si cuando salimos de Albatera estábamos plagados de piojos, su número ha tenido que aumentar forzosamente en los cuatro días transcurridos desde entonces, y en los que ninguno se ha cambiado de ropa ni apenas ha visto el agua.

—Bueno, rojillos, preparados para un traslado —nos anuncia alrededor de las diez de la mañana uno de los policías.

—¿A la cárcel? —inquiere, esperanzado, Molina.

—Ya iréis a la cárcel, pero calma. Por ahora seguiréis en el piso.

Han debido desalojar alguna de las habitaciones interiores, y van a convertirla en calabozo para nosotros. Quieren dejar libre el vestíbulo, y que no veamos a todos los que entran en la planta ni que ellos vean nuestro lamentable aspecto.

—Los que tienen maletas o equipaje, que los dejen aquí, para entregárselos a sus familiares cuando vengan. Cuanto menos bultos, más claridad.

Tiene una lista de los que van a ser trasladados, y nos incorporamos a medida que les nombra. En total somos catorce los que vamos a ocupar el

calabozo. Nombran primero a Amor Buitrago y a su padre; siguen después por Paulet, Negro, Avelino, Ariño, Molina, Ortega y Prieto, y se los llevan en dos grupos a lo largo del pasillo del fondo. Un grupo de cinco en que estamos Vega, Navarro, Puerta, Continente y yo cerramos la marcha. Aún quedan otros seis o siete.

—Irán a otro sitio.

—¿Y ése? —pregunta Continente, señalando con un gesto a Lebrero, cuyos estertores son cada vez más débiles.

—A ése tendrán que llevarle al cementerio.

(No le trasladan al cementerio este mismo lunes. Por lo que oímos al día siguiente, unas horas después de sacarnos del vestíbulo, y en vista de que había entrado en un coma profundo, decidieron llevarle al hospital. Cuarenta y ocho horas más tarde el sargento de los guardias habla de él con Ortega cuando le vigila en el retrete:

—Decían que podía salvarse si le cortaban la pierna; pero murió antes de que empezase la operación).

* * *

La habitación es amplia, pero no lo suficiente para que catorce personas puedan moverse con desahogo. Al intentar pasear por ella tropezamos unos con otros, y cuando nos tumbamos —y estamos tirados en el suelo la mayor parte del tiempo— apenas cabemos, y tenemos que encoger las piernas para no tropezar con el cuerpo de los demás. No contiene muebles de ninguna clase, y el suelo y las paredes están bastante sucios. No somos los primeros que encierran en ella, y las manchas de sangre o de repetidos vómitos indican que los anteriores huéspedes no fueron mucho mejor tratados que nosotros.

—No tendréis quejas del hotel —dice burlonamente un policía que se asoma a la puerta—. ¡De lujo, y totalmente gratis!

Tenemos muchas quejas, pero, sólo un deficiente mental intentaría formularlas en este momento. Estamos amontonados y sudando, porque dentro hace bastante calor. No hay ninguna ventana, y la única ventilación procede de la puerta que da al pasillo, y que está siempre cerrada, y de su

montante, pequeño y pegado al techo, que da también al mismo pasillo. Basta una mirada atenta a las paredes para descubrir algo desagradable.

—Tenemos más chinches aún que en el calabozo de Albatera.

Las paredes están empapeladas, aunque con grandes desconchones. El cable que sostiene la bombilla aparece materialmente cubierto por los bichitos. Entre ellos y los piojos que todos traemos…

—Acabarán chupándonos la poca sangre que nos queda.

El panorama tiene poco de agradable. Según nos indican, aunque la puerta permanecerá cerrada, habrá siempre un guardia al otro lado, vigilándonos a través de una especie de mirilla y viendo todo lo que hacemos.

—Por si fuera poco un chivato, dos —masculla Ortega, malhurnorado, mientras sus mirada va desde la puerta a la cara de Amor Buitrago.

Por desgracia, no podemos librarnos de ninguno. Acaso el más molesto de los dos sea el segundo. Sin él, aun admitiendo que los guardias estuvieran mirando constantemente por la mirilla, podríamos hablar con cierta libertad, cambiar impresiones en voz baja, ponernos de acuerdo en lo que fuera. Con él delante no hay manera de hacer nada por inocente que sea. Le faltará tiempo para ir a contar a sus amigos policías no ya lo que podamos decir, sino lo que él se imagine o se le ocurra para hacer méritos.

—Lo mejor sería acabar de una vez apretándole el cuello —dice, rabioso, Ariño tan pronto como Amor abandona la habitación para pasar un rato de charla con nuestros guardianes.

Creo que ninguno —acaso ni su propio padre— sentiría que le aplastásemos la cabeza como una culebra venenosa. No se la aplastamos, sin embargo, no sé si porque nadie quiere mancharse las manos al tocarle o porque siempre está pegado a la puerta, reclamando la ayuda de los guardias en cuanto alguno se le acerca con aire amenazador o le llama por su nombre.

—Vamos, Fidel. Tenemos que darte un recadito…

Se llevan a Losa, que tarda dos horas en regresar. Cuando le traen es fácil deducir por su aspecto que ha sido tratado como de costumbre, pero vuelve por su pie, lo que no es poco. Sin embargo, aunque evidentemente le han pegado menos que la víspera, parece más afectado e incluso hundido.

Se deja caer en un rincón, mete la cabeza entre las manos sin hablar palabra con nadie y queda absorto en meditaciones que no deben tener nada de placenteras. No nos sorprende su silencio, porque Amor ha vuelto diez minutos antes y le observa de lejos.

—Bueno, rojillos, hoy podréis comer hasta hartaros.

Lo dice al abrir la puerta un guardia que trae en la mano un paquete.

—Es para ti, Guzmán. Lo ha traído una vieja con el pelo blanco.

La vieja con el pelo blanco es mi madre. Parece que está en la puerta de la calle desde las ocho de la mañana, porque el sábado llegó tarde y no le admitieron el paquete, y ayer domingo, tampoco. Aunque el paquete es modesto —un poco de pan, una tortilla de patatas, un filete y dos manzanas —, debe representar para ella, dada su situación, un verdadero sacrificio económico. Desde su visita a Albatera sé que no nada precisamente en la abundancia; que todo está racionado, el estraperlo a la orden del día y que los precios del mercado negro superan sus posibilidades. Es probable que ella y mi hermana se hayan quedado algún día sin comer para mandarme algo a mí.

—Puedes recibir paquete dos veces por semana. La vieja pregunta si tendrás bastante hasta el jueves.

—Dila que no se preocupe por la comida, porque aquí comemos opíparamente —respondo.

Luego, ante el gesto de sorpresa del guardia, añado:

—Es una mentira piadosa, desde luego; pero te lo agradeceré y te lo agradecerá ella.

Junto a la comida mi madre me manda algo que le han dicho que puedo necesitar una manta para tumbarme, un plato de aluminio y una cantimplora con agua.

—Es más de lo que necesito.

Minutos después traen otros cuatro paquetes. Son para Rodríguez Vega, Navarro Ballesteros, Negro y España. Se diferencian poco del mío, y me figuro que a todos los familiares les habrá costado un esfuerzo parecido al que ha debido realizar mi madre. Sin ponernos previamente de acuerdo hacemos con los paquetes lo mismo que hicimos el sábado: repartirlos entre todos por partes iguales.

—Si uno pasa hambre, será porque la pasemos todos.

Es probable que ninguno comamos lo suficiente para saciar las hambres pasadas y presente. Dado que habrá alguno o algunos que —por no tener familia en Madrid, porque se halle encarcelados el resto de sus familiares o no poder dar con ellos— no recibirán paquete, es dudoso que nos baste con los dos paquetes que recibiremos semanalmente el resto. Pero por la imaginación de ninguno pasa siquiera la idea de quedarse con lo poco o mucho que sus deudos le envíen. Ingerimos lo que nos han mandado, y el estómago lleno disipa un poco la lobreguez de la situación. Acaso el más optimista de todo sea Antonio Ariño, pese a que le llaman a última hora de la mañana y no le tratan con excesivos miramientos.

Ya veréis cuando la marquesa se entere de que estoy aquí —dice, ufano y contento—. Con el paquete que mande podremos comer todos durante un mes, por lo menos.

Pero si el paquete que espera Ariño de la supuesta marquesa —que es posible que sólo exista en su calenturienta imaginación— no llega en toda la tarde, recibimos una visita que nos molesta tanto o más que si recibiésemos una paliza, que en esta ocasión no se produce. Deben ser alrededor de las seis cuando se abre la puerta del calabozo y entran dos policías nerviosos y excitados:

—De pie todos, formados y pegados a la pared. El jefe viene a veros con unos señores. Si alguno rechista o hace el menor gesto…

Oímos pasos en el pasillo, y al medio minuto tenemos allí la visita anunciada. Viene el caballero de untuosos modales acompañado de tres señores a los que trata con muestras de respeto y deferencia. Deben ser personajes de cierta importancia, juzgando por sus aires de suficiencia y desdén. Uno es alto, gordo, coloradote; el segundo —bajo, delgado y paliducho— parece el reverso de la medalla. El tercero, un tipo de edad indefinible, de mirada fría y medio calvo. El alto viste sahariana clara con correaje y pistola al cinto; los dos restantes, trajes oscuros, de paisanos.

—¡Vean ustedes lo que tengo aquí! —exclama, con una sonrisa de suficiencia, el caballero jefe de la comisaría o como quiera que sea y se llame el centro en que nos encontramos—. ¡Una espléndida colección de asesinos; quizá la más importante que existe en Madrid…!

—¿Qué eran estos sujetos? —inquiere con voz chillona el individuo bajo y delgado.

—¡De todo…! De todo lo peor naturalmente. Tenemos comisarios de Policía que mataron a sus compañeros por servir a los rojos; miembros de los tribunales chequistas —populares los llamaban esos criminales—; secretarios de partidos y organizaciones; alcaldes, concejales, jefes de división y periodistas.

—¿Y ese que parece un campesino? —pregunta el tipo medio calvo, señalando a Continente.

—Acaso el más peligroso. Mandaba un batallón de guerrilleros que se infiltró varias veces detrás de nuestras líneas para cometer toda clase de fechorías. Tiene muchos muertos sobre su conciencia. ¡Claro que si tuviera conciencia! —rectifica rápido.

Habla a continuación de Molina, que vino combatiendo desde Huelva a Madrid y aquí llegó a mandar una división; de Ortega, luchador anarquista desde su juventud; de Antonio Ariño, al que llama gángster, fugado de la Guayana francesa, de Buitrago, concejal del Ayuntamiento de Vallecas; de Avelino, que según él ha estado en todas partes, desde el cuartel de la Montaña a Fomento, pasando por Toledo y Guadalajara; de Negro, Paulet, España y Prieto, que no merecen nada mejor que la horca.

—Para lo último he dejado las mejores piezas de la colección. Ese es Germán Puerta, secretario del comité regional de la FAI. ¡Nada menos que de la siniestra FAI! Aquél, José Rodríguez Vega, secretario nacional de la UGT, que ocupó el puesto que desempeñaba antes Largo Caballero y es tan criminal como él. Y esos otros dos, Manuel Navarro Ballesteros, director del órgano oficial del partido comunista, *Mundo Obrero*, que recibía directamente sus instrucciones del Kremlin, y Eduardo de Guzmán, director de *Castilla Libre*, periódico de la CNT. ¿Qué les parece, señores?

—¿Cómo están vivos aún? —pregunta, cejijunto, el individuo alto y gordo embutido en una sahariana clara—. ¿Por qué no los han fusilado ya?

—Por no hacerles un favor.

—¿Un favor fusilarles?

—El mayor que podrían soñar estos cerdos. ¿Lo dudan? Cualquiera de estos canallas vendería gustoso su alma al diablo por acabar de una vez. En

pocos días han muerto dos, y si nos descuidásemos se matarían todos.

—¡Déjelos! «Muerto el perro, se acabó la rabia».

—La rabia sólo termina cuando mueren todos los contagiados. ¿Suponen que son éstos los únicos? ¡Ni pensarlo! Tanto o más peligrosos son sus amigos y secuaces. Tenemos que arrancar las raíces del mal para que no pueda reproducirse.

—¿Entonces ésos…?

—Morirán, pero a su tiempo. Antes tendrán que darnos los nombres y direcciones de todos sus cómplices y seguidores.

—Dudo que se los den sabiendo que no tienen salvación posible.

—¡Me los darán, vaya si me los darán…! Alguno ya ha empezado; al final lo harán todos. Aunque no lo crean, hay algo peor que la misma muerte. ¡Y tendrán que saborearlo antes de que acabemos con ellos…!

La energía con que habla, el convencimiento que pone en sus palabras satisface a sus acompañantes, que sonríen al marcharse, tras dirigirnos unas miradas cargadas por igual de odio y desprecio. Nosotros no sonreímos precisamente cuando la puerta se cierra a su espalda y tornamos a sentarnos en el suelo. Todos tenemos una absoluta seguridad en que uno y otros han dicho la verdad acerca de sus intenciones y propósitos. Van a terminar con nosotros, conforme podíamos imaginamos desde el primer momento; pero antes de morir sufriremos humillaciones y torturas sin cuento, cosa que no llegamos a imaginar ni en los instantes de más acentuado pesimismo.

A la luz de lo que acabamos de oír empieza a tener lógica todo lo que hemos padecido en estos cuatro días y que hasta ahora se nos antojaba incomprensible y disparatado. Los golpes antes de preguntar nada constituyen, aparte de una diversión sádica para quienes los propinan, un procedimiento eficaz de persuasión. Creen ablandarnos con ellos, madurarnos de tal manera que hablemos de corrido cuando nos formulen cualquier pregunta. Incluso que vayamos mucho más allá de sus cuestiones y denunciemos a quien sea, con verdad o mentira, a fin de librarnos de una nueva pateadura, simplemente para lograr, como suprema merced, que nos lleven a la cárcel donde seremos muy pronto condenados y fusilados.

Aunque todos debemos pensar lo mismo, no hablamos palabra durante más de una hora. No queremos hacerlo delante de Amor Buitrago, seguros

de que le faltaría tiempo para repetir a los policías, ampliado y desfigurado, cuanto pudiéramos decir. Al anochecer vienen en busca del chivato y entonces llega el momento de que cada uno diga lo que piensa.

—No nos dejan otra salida que el suicidio —sostienen varios.

Es la opinión predominante. González Recatero lo comprendió perfectamente al lanzarse en la noche del sábado a través de la ventana. Cuanto más vivamos será peor, porque no tendremos un solo minuto de alegría y sí muchas horas de intensos sufrimientos. Lo malo es que ni siquiera el suicidio está a nuestro alcance.

—El doctor pudo matarse porque tenía a su lado una ventana abierta, pero aquí no hay ninguna ni abierta ni cerrada —dice Negro.

—La vida de una persona —afirma Ortega— depende siempre de su voluntad. Si se quiere matar tiene en cualquier instante medios para lograrlo. Pero conste que yo, personalmente, estoy en contra del suicidio.

Repite aquí y ahora los argumentos que ya expuso en el puerto en la madrugada del primero de abril. Entonces no esperaba salvarse y menos lo espera en este momento. Los meses transcurridos desde que fuimos hechos prisioneros han confirmado su pesimismo. Sin embargo, continúa opinando que todavía puede prestar un servicio a las ideas que siempre defendió no quitándose voluntariamente la vida. En la cárcel, si le mandan a ella y tardan unas semanas en fusilarlo; en el mismo calabozo de una comisaría cualquiera, incluso en esta habitación puede haber otros menos formados que él, con una conciencia proletaria más débil que la suya y que en el último segundo sientan vacilar sus convicciones.

—Modestamente —termina— quiero ayudarles con mi ejemplo.

Aunque difieren las personas, y más aún las circunstancias, tornamos a repetir la discusión del puerto en torno al suicidio. Discrepan los pareceres como hace tres meses, pero la polémica es más breve que entonces. No sólo por ser menor el número de opinantes, sino porque allí gozábamos aún de cierta libertad de movimientos de que carecemos aquí. Por otro lado, en los muelles tenía cada uno a mano los elementos precisos para poner en práctica de manera inmediata sus decisiones, y en el calabozo, no.

—¿A qué perder el tiempo discutiendo algo que está fuera de nuestras posibilidades en estos momentos?

La mayoría piensa que es un debate puramente teórico y, por lo tanto, inútil. Aunque decidiéramos suicidarnos en bloque, ¿cómo podríamos hacerlo? ¿Forzar la puerta y arremeter contra nuestros guardianes?

—¡Bah! Desarmados, debilitados por los ayunos y los golpes, sin que la mitad de nosotros podamos tenernos en pie, no conseguiríamos absolutamente nada.

—Nos dominarían sin grandes esfuerzos y únicamente lograríamos que se riesen un poco más de nosotros.

No parece que esto pueda ofrecer grandes dudas ni merezca la pena hablar más de ello. Sin embargo, Antonio Ariño discrepa. Recuerda que hace unos minutos dijo Juan Ortega que en cualquier momento y circunstancia un hombre podía siempre quitarse voluntariamente la vida.

—¡Olvídalo! —le ataja desdeñoso el interesado—. Tú no eres de los que se suicidan por una idea. Primero tendrías que tenerla.

—No la tendré —replica irritado Ariño—, pero tampoco soy un chivato. Podrán hacerme pedazos, pero no conseguirán que acuse a nadie.

—Digo lo mismo —afirma Cabrejas—. Ni muerto lograrán sacarme una sola palabra.

Varios de los presentes se apresuran a sostener idéntica postura. Tanto los viejos militantes obreros que han demostrado su entereza en trances parecidos como los más jóvenes que han de afrontar por primera vez —y probablemente última— una situación desesperada, mantienen idéntico propósito de inquebrantable firmeza. Hablamos con cierta extensión del problema de la resistencia física y moral frente al sufrimiento. Que es precisamente la amenaza que gravita con mayor apremio sobre todos nosotros.

—Aunque sólo fuera por no dar una alegría a esos perros —asegura Paulet— moriría cien veces con la boca cerrada.

En términos semejantes se expresa la mayoría. Yo puedo hacerlo con absoluta tranquilidad de conciencia. Incluso si en un momento dado, porque me fallaran las fuerzas, quisiera complacer a nuestros guardianes me encontraría en la imposibilidad absoluta de hacerlo. Cuanto pudiese hablar del periódico lo saben de sobra, como saben los diversos diarios en que he escrito y lo que en ellos he dicho. Soy responsable, desde luego, de cuanto

se haya publicado en *Castilla Libre*. ¿Que lo considerarán suficiente para llevarme al paredón? Es probable.

—Pero eso no es lo que andan buscando. Parece que sólo les importa lo que otros pudieran hacer, y yo no podré decírselo en ningún caso por la sencilla y definitiva razón de que lo desconozco.

—Que es, exactamente, lo que me sucede a mí —afirma Navarro—, aunque no por ella tenga la menor esperanza de salvar la piel.

Existe unanimidad de criterios, pese a que algunos no hayan despegado los labios. Muchos de los presentes han probado su temple en los frentes y no van a, arrugarse ahora. Con cierta sorpresa para todos, Fidel Losa, que ha guardado completo silencio desde que le trajeran al calabozo luego de ser interrogado de nuevo, rompe para decir algo inquietante:

—Esos propósitos están muy bien, siempre que no sean sólo de boquilla.

—¿Qué quieres decir?

—Que había quien parecía más decidido a callar que todos nosotros y, sin embargo, habla ya más de la cuenta.

—¿Quién?

—Sandoval. Aunque aguantó con entereza las primeras palizas, se ha derrotado por completo.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Le has visto siquiera?

—Sí. Le vi hace unas horas. Está destrozado, sin apenas tenerse en pie escupiendo sangre y convertido en una piltrafa humana. ¡Pero decidido a entregar a su propia madre con tal de que no le sigan pegando!

* * *

Por mucho que nos resistamos a creerlo, hay que rendirse a la evidencia. Si en un principio varios se niegan a creer lo que Losa dice, cualquier duda se disipa en el transcurso de la noche y la mañana siguiente. Avelino, Paulet y Negro, que son interrogados en estas horas han de enfrentarse con el mismo individuo. Todos coinciden en que está materialmente deshecho, que habla de visible mala gana y únicamente lo hace bajo la amenaza de unos golpes que probablemente no podría aguantar vivo, pero habla para confirmar las acusaciones lanzadas contra los demás detenidos.

—A vosotros no voy a engañaros —afirma Cabrejas—. Lo que dice de mí es falso del principio al fin. Repite de una manera maquinal lo que le ordenan, pero puede hacer mucho daño.

—Como sea y por las razones que sean —gruñe Losa—, lo indudable es que se ha convertido en un chivato.

Un chivato en estas circunstancias puede ser mortal para algunos, no sólo por lo que sepa de ellos y descubra, sino por lo que se invente o le fuercen a inventar los que le obligan a hablar. Yo apenas conozco a Felipe Sandoval, que siempre me inspiró una repulsa instintiva y con quien posiblemente no habré cruzado la palabra antes de verlo en el puerto de Alicante. Supongo que sabrá de mí tan poco como yo de él y no me preocupa personalmente lo que pueda contar. Pero algunos de los que están en el calabozo —Avelino, Ariño, Prieto y España— han tenido mayor contacto durante la guerra.

—No preocuparse —dice rabioso Antonio Ariño—. Si me lo ponen delante, le silencio definitivamente de un tortazo.

Mide más de uno ochenta de estatura, tiene una anchura de hombros impresionante, manos como mazas y fuerzas hercúleas. Presume de haber sido campeón antillano de los semipesados y aunque ya ronda la cuarentena no parece que los años ni el hambre del encierro le hayan debilitado gran cosa. Da por descontado que cuando le careen con Sandoval estarán varios guardias presentes. Sin embargo…

—Aunque se meta un batallón por medio, le doy un puñetazo y acabo con él —afirma fanfarrón.

—Sólo lograrás que te peguen más fuerte —le advierte Ortega— y que te rompan antes la cabeza.

Se la rompen, efectivamente, unas horas después. Le llaman a las diez y media de la mañana y a las once le vuelven al calabozo descalabrado, sin sentido, con una ceja partida, los pómulos hinchados y moraduras y cardenales en todo el cuerpo.

—Tenías razón —reconoce sincero al volver en sí, dirigiéndose a Ortega—. No pude ni siquiera acercarme a ese cabrón. Cuando lo intentaba me sacudieron un culatazo en la nuca y una vez en el suelo me brearon entre todos.

La pateadura que acaba de sufrir habría terminado posiblemente con cualquiera de nosotros. Dando pruebas de fortaleza y vitalidad, Ariño se recobra con increíble rapidez. Si a los diez minutos de traerle ya está hablando sentado en el suelo, dos horas después da la impresión de que no le ha pasado nada.

—Soy más duro que ellos —afirma satisfecho cuando se lo hacemos notar—. Eran seis a pegarme y ya veis. En cambio, si llego yo a meterle el puño a cualquiera…

Su contento sube de punto alrededor de la una. Le traen un paquete mucho más voluminoso y surtido que todos los que recibimos desde que llegamos a Madrid. Si no bastará conforme nos había anunciado para mantenernos a todos durante un mes, si es suficiente para que en dos o tres días podamos comer hasta hartarnos los que estamos en el calabozo.

—Ya sabía yo que la marquesa no dejaría que me matasen de hambre.

—Pero no impedirá que te maten a palos, ¿verdad? —le interrumpe burlón e hiriente Avelino Cabrejas.

Ariño protesta irritado. Está seguro de que la marquesa anda loca por él y se lo ha demostrado en infinitas ocasiones. Por salvarle, hará lo que pueda y lo que no pueda. Se salió de una Embajada donde estaba refugiada con su marido para quedarse a su lado en Madrid, renunciando a irse al extranjero como el resto de su familia a mediados de 1937.

—Tiene dinero e influencias para parar un tren. ¡Ya veréis lo que tarda en sacarme de aquí para que me largue con ella…!

—¿Y el marido qué? —tercia Rodríguez Vega—. Habrá vuelto del extranjero, donde se fue con la Embajada, será quien maneje el dinero y no dejará que su mujer y tu…

—¡Pero si está encantado! —exclama Ariño—. Tres veces fue a verme a Alicante y en todas me dijo…

Nos echamos a reír al oírle, con gestos inequívocos de absoluto escepticismo. Si lo de la marquesa se nos antoja un cuento de Ariño, menos admitimos que el marido puede mover un solo dedo por ayudar al amigo de su mujer.

—¿Creéis que miento, eh? ¡Pues habla tú, Avelino…! Diles lo que sabes.

Lo que Avelino Cabrejas sabe y que sólo accede a contar ante las apremiantes peticiones de su compañero confirma lo que Ariño ha dicho e incluso lo supera en inverosimilitud. Parece que, en efecto, el marqués ha estado en repetidas ocasiones en el reformatorio de Alicante —donde llevaron a Ariño desde Albatera— llevándole comida, entregándole dinero y escribiéndole en unión de su mujer cartas en extremo afectuosas en que le daban la seguridad de que no le pasaría nada.

—Y no creáis que la marquesa es una vieja chalada y ridícula. Está imponente y no tiene más de treinta años. No sé cómo ha podido enamorarse de este animal, pero se derrite materialmente cuando le mira y, aunque Antonio la trata a patadas, la tía bebe los vientos por él.

Resulta un poco raro, pero puede ser. No sería ni el primero ni el último caso en que una mujer culta, fina y delicada se enamorase locamente de la fuerza física y la tosquedad sin pulir de un hombre. A mi memoria acude lo que Cervantes cuenta en el «Quijote» de la bachillera casada con un patán a quien sus familiares reprochan haberse unido con un hombre que no sabe leer ni escribir «Para lo que yo le quiero —responde la dama— sabe más filosofía que Aristóteles». Es probable también que para lo que la marquesa le quiere, Ariño sepa más que Platón, Descartes y Kant unidos en una sola persona. Sin embargo, hay algo que sigue sin entrarme en la cabeza: la actitud del esposo.

—Oye —le inquiere con abierto cachondeo Molina—, ¿no será que os acostáis juntos la marquesa, el marqués y tú?

Todos nos echamos a reír, pero a Ariño hay que sujetarle entre cuatro o cinco para que no la emprenda a puñetazos y patadas con su interlocutor. A voces proclama orgulloso que es más hombre que nadie y lo único que hace cuando se encuentra con algún invertido es partirle la boca. Las voces y el escándalo hace que la puerta del calabozo se abra y asomen el sargento y dos guardias con los fusiles en la mano.

—¡A callar todos! ¡Si continuáis alborotando va a terminar llorando más de uno! ¡Silencio…!

Se hace el silencio y cada uno va a sentarse en supuesto. Navarro, que continúa sonriendo burlón, me pregunta:

—¿Qué te parece el trío?

—Que es el mismo caso de Carlos IV, María Luisa y Godoy viviendo juntos, no sólo en Madrid, sino en su exilio romano.

El enfado de Antonio Ariño se disipa por completo en contados minutos. Quiere que todos participemos de su paquete, igual que ha participado él de los que nos trajeron a los demás. Con la sensible diferencia de que con el suyo aplacamos por completo nuestras hambres atrasadas. Incluso obliga a Amor Buitrago a que se coma un buen bocadillo.

—Que seas un cobarde no basta para que te deje morir de hambre. ¡Pero cuidadito! Si te ocurre mentarme siquiera hablando con los perros, te estrangulo. ¡Y no volveré a avisarte…!

Pero si la satisfacción de no sentir en el estómago un vacío desolador levanta un poco los ánimos, no tardan en decaer durante la tarde del martes. Vienen en busca de varios y cuando los traen resultan difíciles de reconocer. Uno de ellos es Fidel Losa, al que han pegado con mayor ensañamiento y dureza que las veces precedentes.

—¡Ese cabrón de Sandoval…! —le oímos murmurar todavía medio inconsciente, revolcándose en el suelo.

Cuanto más pienso en ello, más difícil me resulta comprender la actitud de Sandoval. ¿Pueden los palos, el sufrimiento físico, el terror pánico a continuar siendo atormentado convertir a un hombre en traidor a sus compañeros e incluso a sí mismo?

—No son sólo los palos —dice Ortega, con el que hablo en voz baja—, sino la falta de una formación moral. Cuando se tienen unas ideas sólidamente arraigadas uno puede sobreponerse a todos los sufrimientos; cuando se carece de ellas…

Felipe Sandoval no las tiene ni las ha tenido nunca. No es un obrero que se rebela contra la injusticia, que busca las razones éticas que abonen su rebeldía y encuentra en ellas energías para soportar prisiones y martirios. No pasa de ser un estafador vulgar un delincuente común que un día se encuentra en la cárcel con la para él inexplicable generosidad y abnegación de unos obreros que se jugaban alegremente la vida con absoluto desinterés en defensa de sus hermanos de clase.

—Los compañeros trataron de redimirle, haciéndole comprender que él mismo, que tan listo y hábil se creía, no pasaba de ser una víctima más de

una sociedad podrida que había que destruir para edificar un mundo mejor. Creo que Sandoval, que admiraba su valor y resolución, se dejó convencer sinceramente por sus argumentos y cuando salió de la cárcel buscó trabajo honrado y comenzó a frecuentar los círculos obreros y participar en sus luchas.

Llega la guerra antes de que los compañeros hayan podido poner a prueba la solidez de la regeneración del antiguo delincuente. Lucha bien en los primeros días e incluso marcha al frente, de donde tienen que retirarle por incapacidad física. No sólo es de constitución débil, sino que padece, entre otras enfermedades —secuela en parte de azarosa existencia— una tuberculosis que va corroyéndole los pulmones. Cuando la contienda termina los médicos no crean que pueda vivir arriba de seis o siete meses.

—Es sorprendente que no le matasen en las primeras palizas —concluye Ortega—. Para él hubiera sido cien veces preferible porque ahora morirá con el estigma de su vergonzosa chivatería.

Aun siendo tan débiles físicamente como él, otros verdaderos luchadores proletarios hubiesen muerto cien veces antes de caer en la más indigna de las degradaciones. Aquí mismo, en el calabozo, hay otros hombres más viejos que Sandoval —Continente, Paulet, el mismo Ortega que me habla— que han sufrido un trato semejante al suyo y que probablemente padecerán mayores dolores en un futuro inmediato, sin que por ello cometan la avilantez de acusar a sus camaradas.

—Lo peor de ese tipo no es su debilidad, sino su carencia de ideas generosas por las que merezca la pena sacrificarlo todo, incluso la propia vida.

La costumbre de llevarnos uno por uno al retrete a primera hora de la mañana para que evacuemos nuestras necesidades y podamos lavarnos contra reloj la cara se inicia el martes y queda establecida veinticuatro horas más tarde. Un guardia nos acompaña hasta el water y o se mete con nosotros o queda vigilante en la puerta abierta de par en par. Al entrar el segundo de estos días en el cuarto de baño advierto una sorprendente modificación. La mitad de la habitación, concretamente la parte de la bañera, ha sido separada del resto por una mampara de madera. Mientras me lavo creo oír al otro lado de la mampara una tosecita. ¿A quién tienen

metido allí? Con disimulo quiero mirar por una de las rendijas, pero el guardia, que se da cuenta, me lo impide.

—¡Ojo, muchacho! No metas las narices en lo que no te importa.

No soy el único curioso, naturalmente. Los que van detrás de mí advierten también que hay alguien detrás de la mampara. Durante un rato hacemos cábalas acerca del ocupante de la bañera. Rodríguez Vega, a quien el guardia ha impedido mirar por una rendija, cree que pueda tratarse de Ricardo Zabalza, que según ha dicho Amor a su padre lleva algunos días en Almagro —pese a que le mandaron a Santa Engracia el día de nuestra llegada— y que está sometido a una rigurosa incomunicación. Lo mismo piensa Navarro Ballesteros.

—Es el chivato de Sandoval —dice Félix España, que, aprovechando un segundo de distracción del guardia, ha visto por una raja al ocupante de la bañera—. Está tumbado y debe encontrarse muy mal. No creo que dure mucho.

—Durará lo suficiente para hacemos la puñeta a unos cuantos —masculla irritado Losa.

Tanto el como Avelino, Prieto y Negro, que es a quienes mayor daño puede hacer con sus delaciones, desearían que estuviese muerto ya, pero no lo está. ¿No habría alguna manera de acelerar su final para impedir que complique a unos cuantos más? Ortega señala una posible solución hablando de algo ocurrido diecisiete años antes en Barcelona.

Es un episodio bastante conocido en los medios confederales. En una época en que el terrorismo alcanza su máxima virulencia, son detenidos dos militantes y conducidos a los calabozos de una comisaría. Quieren arrancarles una importante confesión: el lugar en que se guardan algunas armas de los grupos de defensa. Para conseguir hacerles hablar se recurre a todo. Durante dos días los militantes aguantan sin doblegarse las mayores torturas. Al final, la entereza de uno de ellos se hunde.

—No puedo más —confiesa a su compañero—. Si vuelven a pegarme diré dónde están las armas.

El compañero trata de disuadirle, animándole a que resista por encima de las fuerzas humanas. Cuando se convence de que el otro está decidido a hablar, se le anticipa hablando con el jefe superior de policía. Sabe dónde

están las armas y está decidido a decirlo inmediatamente. Sólo pone una condición inexcusable y previa, la muerte inmediata de su compañero de calabozo.

—Lo hago, naturalmente, por salvar la piel —explica—. Pero Juan sabrá que he sido yo, y si se salva lo comunicará a la organización, que no me perdonará. Si quieren las armas, tendrán que matarle antes.

Consigue convencer a sus guardianes. Por la noche conducen a Juan a la cárcel, intenta «fugarse» en el camino y es muerto a tiros. El jefe superior habla de nuevo por la mañana con el otro sindicalista preso.

—Aplicamos la ley de fugas a Juan, cumpliendo nuestra parte del compromiso. Ahora tienes tú que cumplir la tuya, diciéndonos dónde están las armas.

—Pueden matarme cuando quieran porque no lo sé ni lo he sabido nunca. Era Juan quien estaba a punto de hablar destrozado por los palos y ya no podrá decírselo.

Conozco de sobra el episodio que he oído contar en diferentes ocasiones. Me produce, no obstante, la misma impresión que la primera vez que lo oyese, convencido ahora y siempre de su absoluta veracidad. Ignoro si los demás que rodean a Ortega —aprovechando que Amor Buitrago está en uno de sus habituales paseos— lo conocen también con anterioridad o resulta totalmente nuevo para ellos. En cualquier caso es visible el efecto que el relato les produce. Todos quedan un minuto en silencio, rumiando sus propios pensamientos. Al cabo es Losa el primero en hablar.

—Bien pensado, pero no creo que nos sirva.

—¿Por qué? —inquiero yo sin saber dónde quiere ir a parar.

—Porque por muy bien que hablemos no vamos a convencer a estos polis para que piquen a Sandoval con la promesa de hablar nosotros después.

Igual que Losa opinan y se expresan quienes más perjudicados pueden resultar por las confidencias del chivato. Avelino Cabrejas, Victoriano Negro, Antonio Ariño y Félix España opinan que la situación es totalmente diferente y que no es posible repetir con éxito el sacrificio del compañero barcelonés de 1922. De pretender algo por el estilo, el resultado sería contraproducente.

—En lugar de acabar con Sandoval, le vigilarían con cien ojos de día y de noche para que no le pasase nada.

—Incluso traerían buenos médicos para procurar prolongarle la vida unas semanas más y que siguiera hablando.

Coincido con ellos, como coinciden el resto de los que estamos en el calabozo. De intentar engañar a nuestros enemigos, no precipitaríamos la muerte de Sandoval, sino que prolongaríamos su vida. Es probable que no dure mucho, si su tuberculosis alcanza un grado extremo y las palizas sufridas le tienen materialmente deshecho.

—Por mucho que nos duela —dice Avelino—, no queda más remedio que esperar a que se muera.

—Excepto si decide anticipar su muerte suicidándose, ¿no? —pregunta suavemente Ortega.

Todos le miramos sorprendidos y desconcertados. Un momento pensamos que quiere gastamos una broma, pero habla perfectamente en serio.

—¿Suicidarse Sandoval? —pregunta escéptico Losa.

—Sí. ¿Te sorprendería mucho?

—¡Natural! De quererse matar, lo habría hecho antes de empezar a denunciamos a nosotros.

—La única forma de que se suicidase —afirma Avelino— sería cogerle por el cuello y tirarle por una ventana.

—¿No resultaría más fácil que se tirase él por su propia voluntad? —insiste Ortega.

Quitándose unos a otros la palabra, le contestan cuatro o cinco. Admiten, desde luego, que resultaría más fácil y cómodo que Sandoval se suicidase, pero descartan en absoluto que lo haga. Si habla impulsado por el instinto de conservación, ¿cómo va a ser capaz de superarlo, atentando contra una miserable existencia que tanto interés tiene en conservar?

—Convenciéndole de que va a morir de todas las maneras y que debe morir como un hombre, no como un perro traidor.

—¿Lo crees posible?

—Y lo creeréis vosotros en cuanto lo penséis un poco.

Habla con claridad y lógica exponiendo su punto de vista. Pese a sus antecedentes y a lo sucedido en los últimos días, cree que a Sandoval tiene que dolerle traicionar a unos hombres que un día le tendieron la mano esperando regenerarle y a las ideas por ellos defendidas. Está seguro de que no lo ha hecho por la esperanza de conseguir dinero, sino única y exclusivamente para lograr que no le pegasen más cuando las fuerzas le habían abandonado por completo.

—Según todos vosotros, que en estos días fuisteis careados con él, no está en actitud cínica, sádica ni triunfal. Por el contrario, ni siquiera se atreve a sosteneros la mirada, trémulo, avergonzado, lloriqueante…

—Pero —le interrumpe Losa— diciendo que sí con la cabeza a todas las acusaciones de la Policía.

Ortega continúa sin hacer mucho caso de la interrupción. Sin ser ninguna lumbrera, Sandoval nada tiene de tonto. Sabe de sobra que han dejado de pegarle de momento para utilizarle contra otros presos, pero que cuando acabe de decir lo que les interesa volverán a martirizarle. Debe saber incluso más: que aun cuando no volvieran a pegarle, su vida no se prolongaría muchos días.

—En el colmo de la suerte podría vivir dos o tres meses más, pero esto sólo le serviría para terminar, de manera fatal e ineluctable, en el paredón de los fusilamientos. ¿Lo duda alguien?

Todos movemos la cabeza en gesto negativo. Tras su paso fugaz por los frentes parece que Sandoval actuó en la retaguardia como policía. Con solo esto sería muy difícil que pudiera salvarse; dados sus antecedentes, la dificultad se convertía en auténtica y plena imposibilidad. Ya habíamos visto lo sucedido con Lebrero, antiguo comisario de policía que durante unos meses prestó servicios en la zona republicana y al que no sirvió de nada colaborar con la quinta columna y ser condenado en 1938. En forma alguna, Sandoval puede esperar mejor suerte.

—Es posible —admite Avelino—, pero para suicidarse necesitaría que alguien le diese un empujoncito.

—El empujón puede ser moral y no físico. A veces, muchas veces, resulta mucho más eficaz.

Expone con claridad su pensamiento. A Sandoval le tienen en el cuarto de baño, separado del lugar en que se encuentran el water y el lavabo por una mampara de madera. A todos nos dejan ir allí por la mañana para mojamos un poco las manos y evacuar necesidades. Siempre va un guardia con nosotros, pero suele quedarse a la entrada, con la puerta abierta y sin perdernos de vista un segundo.

—Pero existe la posibilidad de que, mientras defecamos o nos lavamos, pronunciar unas cuantas palabras en voz baja. El guardia no la oirá o no las concederá la menor importancia. Para él, sin embargo pueden ser suficientes.

Varios expresan su conformidad con el plan. En pocos minutos se ponen de completo acuerdo. Cada vez que vayan al lavabo con uno u otro pretexto pronunciarán unas palabras dirigidas al chivato, exhortándole a morir como un hombre, a no seguir haciendo el juego a unos enemigos que premiarán sus servicios matándole a palos o a tiros.

—No creo que pueda aguantar mucho antes de tirarse por la ventana.

Yo callo angustiado. No me agrada el propósito ni estoy dispuesto a cooperar en la muerte de nadie. Comprendo que un hombre se suicide en determinadas circunstancias y admiro el valor con que muchos lo han hecho incluso en mi presencia. Delante de mí se mataron, entre otros Viñuales y Máximo Franco en el puerto de Alicante y el recuerdo de su gesto no lo olvidaré mientras viva. Antes y después me ha tocado presenciar otros suicidios en los muelles alicantinos, en el campo de los Almendros y en Albatera. Aquí mismo, hace cuatro días tan sólo, he visto al doctor González Recatero saltar por la ventana para estrellarse contra las losas del sótano. Pero una cosa es que una persona se mate por su propia decisión e impulso y otra muy diferente indicar, aconsejar, incluso imponer moralmente a otra que se quite la vida.

Apenas conozco a Felipe Sandoval, lo poco que sabía de él antes de que la guerra finalizara no decía nada en su favor; cuando se pasaba horas enteras tirado en el suelo, destrozado y sangrante, me inspira compasión y pena, mientras su comportamiento posterior sólo merece el desprecio y el asco generales. Sin embargo, ni aun así puedo ayudar con mis palabras a

precipitar su muerte. Se lo digo una hora después, hablando en voz baja con Ortega, quien comprende y se explica mi postura. No obstante…

—El sentimentalismo —reacciona— es un lujo que no podemos permitirnos en estas circunstancias.

—Pero incitar al suicidio a un hombre, aunque sea un desgraciado como Sandoval…

—Es el mejor favor que podemos hacerle.

Probablemente tiene razón, pero desconfío del éxito del plan. Creo que Ortega comete una equivocación al medir a los demás por su elevado rasero moral. Para un hombre como él, y lo demuestra en todos los trances y situaciones, la dignidad personal, las exigencias de la propia conciencia están por encima de la misma vida. Verse despreciado por los demás y comprender que tienen razón, advertir que se ha caído en la máxima abyección es motivo sobrado para desear la muerte inmediata por anulación total del ansia de vivir. Pero esto, que es cierto en un grupo minoritario de luchadores idealistas que impregnan su existencia de un fuerte contenido ético, no lo es en individuos como Sandoval, en cuya encallecida conciencia rebotarán las palabras, los improperios y los apremios de aquellos que un día tuvieron la ingenuidad de considerarle compañero suyo.

—Nadie es tan malo como parece —replica Ortega cuando se lo digo—. Aunque lo dudes, es posible que incluso gente como Sandoval tengan corazón y conciencia.

Yo lo dudo y los hechos parecen darme la razón durante setenta y dos horas. Cada uno que va al lavabo, y algunos procuran ir dos o tres veces al día, pronuncia unas palabras hirientes y demoledoras para el individuo encerrado al otro lado de la mampara de madera. Las frases, que varían bastante, son por igual acusadoras:

—¿Qué esperas conseguir, canalla, traicionando a tus compañeros?

—¿A qué aguardas para morir como un hombre, tirándote por la ventana?

—¿No sabes que de todas formas acabarán matándote como el perro sarnoso que eres?

—Judas tuvo la hombría de ahorcarse al final, a ti tendrá que ahorcarte el verdugo, porque no tienes valor ni para eso.

—¿Cómo no te mueres de vergüenza de ti mismo, cabrón?

Sandoval no contesta a ninguno, aunque tiene que oír a la mayoría. Todo lo que hace es quejarse y lloriquear. Yo mismo le oigo llorar cuando entro en el lavabo y se me hace un nudo en la garganta que me impide pronunciar una sola palabra.

—Se pasa así todo el día —dice el guardia que me vigila desde la puerta.

Ni Losa ni Cabrejas creen que está tan hundido y deshecho como algunos suponemos. Quizá en su parecer influya decisivamente el hecho de haber sido maltratados por negarse a confirmar algo que contra ellos ha dicho Sandoval. Pero Ariño, al que han vuelto a carear con su acusador, afirma mezclando como de costumbre palabras catalanas e inglesas con las castellanas.

—¡Ese *son a bitch* se ríe de todos nosotros, *la mare qu'en va parir*! ¡Parece que llora mientras se burla de Dios y su madre! Si pudiera cogerle un segundo por el cuello…

* * *

Nuestra situación no experimenta ninguna variación sensible en los dos días siguientes. Continuamos encerrados en el calabozo, totalmente incomunicados con el exterior, asándonos de calor, amontonados unos contra otros y acribillados por los piojos y los chinches que parecen multiplicarse de hora en hora. Algunos han recibido ropa interior junto con los paquetes de comida; pero para acabar con los bichitos que nos invaden necesitaríamos cambiarnos todos de ropa al mismo tiempo, quemar la que llevamos puesta que está infectada y podernos lavar por entero y no mojamos sólo las manos y la cara un momento cada veinticuatro horas largas.

No pasamos hambre, porque aunque recibimos paquetes menos de la mitad y generalmente poco voluminosos —Ariño no ha vuelto a recibir un nuevo envío de la marquesa— tenemos comida de sobra. De un lado porque los Almendros y Albatera han acostumbrado nuestros estómagos a contentarse con muy poco, y de otro porque las escenas que se repiten a cualquiera hora del día y de la noche bastan para quitar el apetito a

cualquiera. Llaman a muchos en estas jornadas y con todos parecen ensañarse con mayor virulencia que antes. Es raro el momento que no hay en el calabozo alguno «interrogado» sin sentido y sangrando. Vivimos en una tensión nerviosa extremada, incluso aquellos que tenemos la suerte de librarnos momentáneamente de los palos, pero que podamos sufrirlos en el momento más inesperado.

Perdemos la noción del tiempo; dormimos un poco a salto de mata aprovechando los momentos de calma, despertándonos sobresaltados al oír pasos en el pasillo o abrirse de golpe la puerta. Como la luz está encendida a todas horas y allí no llega la claridad exterior, confundimos los días con las noches y no sabemos exactamente en qué día vivimos. Por eso, ignoro si es el viernes, el sábado o el domingo, por la mañana o por la tarde, cuando en un momento de profundo silencio nos sobresalta un gran estrépito. El ruido lejano de una caída va seguido de carreras por el pasillo y de gritos y voces cuya razón no acabamos de comprender.

—¡Debe haberse fugado alguien! —dice Paulet, que está junto a la puerta cerrada, con el oído pegado a la madera—. El sargento echa la culpa a voces a uno de los guardias.

El alboroto cesa a los pocos minutos sin que nadie se moleste en decirnos lo que ha ocurrido. Durante más de dos horas hacemos cabalas sobre quién pueda ser el fugado y si habrá conseguido o no escapar. Amor Buitrago no está en el calabozo, porque los policías le han sacado como tantas otras veces. Su padre, que unas horas antes ha sido concienzudamente vapuleado y que sigue sentado en el suelo porque apenas puede tenerse en pie, dice tímidamente:

—Mi hijo tiene que saber lo que ha sido, y cuando venga…

No se atreve a concluir la frase, impresionado por el gesto desdeñoso con que acogemos la referencia a Amor Buitrago. Aunque, sin excepción, todos sentimos gran curiosidad por lo sucedido, ni uno solo cambiaría palabra con él para preguntarle nada. Victoriano Buitrago, que lo sabe, hace un gesto de resignación. Pero cuando un rato más tarde vuelve su hijo, le falta tiempo para inquerir apenas el guardia cierra de nuevo la puerta tras dejarle entrar.

—¿Quién se fugó?

—¿Fugarse? —parece sorprenderse el hijo—. ¡Nadie!

—Entonces, ¿el alboroto de esta tarde…?

—Fue Sandoval. ¡Se tiró por la ventana del water y murió en el acto!

Nos impresiona el dramático final de Felipe Sandoval. No tanto por ser el tercero de nosotros que muere en menos de ocho días, como porque, contra lo que todos suponíamos con excepción de Ortega, haya tenido la hombría precisa para matarse antes de continuar acusando a sus antiguos compañeros.

—Creo que tenías razón —digo a Ortega.

—¿En qué?

—En que nadie es tan malo como suponemos. Al final ha resultado que hasta Sandoval tenía conciencia. ¡Y a veces la usaba…!

* * *

Aunque me esfuerzo por no pensar en ello no puedo dejar de imaginarme su tortura luchando durante días entre el instinto animal de conservar la poca vida que le quedaba y la vergüenza de la propia indignidad que le empujaba a la muerte. Nunca lo sabremos, naturalmente; pero es posible, probable incluso, que los sufrimientos morales de las últimas jornadas hayan sido superiores a los físicos. Sus últimas horas, las que precedieron al instante en que se arrojó por la ventana, tuvieron que ser de angustiosa y lacerante agonía.

Acaso hayamos sido injustos con él, pese a que la chivatería no puede tener justificación en ninguno de los casos. Pero siempre resulta fácil juzgar y condenar cuando no se atraviesan las críticas circunstancias en que hubo de encontrarse un hombre en el instante de su máxima claudicación. Quizá en su traición influye, más que la cobardía personal, la educación recibida, el medio en que se desenvuelve, la ausencia de una sólida formación ideológica e incluso taras y deficiencias físicas. De llegar a conocer exactamente todo esto, es posible fuésemos menos duros, más indulgentes y más comprensivos.

—No te ablandes —aconseja Ortega—. Aunque la compasión sea la fórmula ínfima del desprecio, no debemos desperdiciarla con los chivatos.

—Todos los chivatos deben morir —afirma rotundo Cabrejas—. ¡Empezando por ése!

Señala con el brazo extendido a Amor Buitrago, que continúa junto a la puerta del calabozo. Confiado quizá en que el guardia que vigila constantemente a través de la mirilla acuda en su auxilio rápidamente, Amor se engalla:

—¿Qué decías de mí?

—Que te faltan los cojones precisos para imitar a Sandoval, porque además de chivato.

—Yo…

—Eres un hijo de puta, aunque tu madre fuera una santa. Ni siquiera tu padre, que es una víctima tuya, derramará una sola lágrima el día que revientes como carracuca.

—Si llamo a los…

—¡Hazlo y es lo último que harás! Podrán matarme luego, pero tú irás por delante. ¡Prueba…!

Volviéndose hacia la puerta, Amor alza el puño para llamar. No tiene tiempo de hacerlo. Anticipándose a Cabrejas, Ariño está a su lado en un salto, le sujeta el brazo en el aire haciéndole girar sobre sus talones y cuando le tiene de cara asesta un violento puñetazo contra el estómago de su oponente, que lanza un ahogado gemido mientras sale proyectado contra la pared, rebotando en ella y rodando por el suelo medio atontado.

—¡Vamos por él de una vez…!

Victoriano Buitrago se interpone. Desprecia, como todos, al chivato, pero los lazos familiares le impulsan a defender a su hijo. Impresionan su gesto, que refleja la intensa lucha sostenida en su interior entre los más contradictorios sentimientos. Abrazándose a Ariño para contenerle, clama angustiado:

—¡Dejadle, compañeros…!

Victoriano tiene ya el pelo blanco y en pocas semanas ha envejecido treinta años. Sobre el efecto de las hambres, de las palizas y de la desesperanza general sufre la tortura moral de la conducta del hijo. Es un hombre entero y duro, que soporta con estoicismo golpes y sufrimientos, pero con quien está acabando la cobardía y vileza del retoño. Suplica.

—¡Hacedlo por mí…!

Amor está tirado en el suelo, doblado sobre sí mismo, con ambas manos en el estómago y la boca muy abierta como un pez sacado bruscamente a tierra. Me parece percibir unas voces y unos pasos precipitados en el pasillo. El guardia de la puerta ha debido oír el alboroto de dentro y pedido ayuda a sus compañeros.

—¡Cuidado, la puerta! —digo, cogiendo de un brazo a Cabrejas para forzarle a volver a su sitio.

Ortega, Puerta y Rodríguez Vega intervienen también para serenar un poco los ánimos. La puerta se abre de golpe y aparecen dos guardias con los fusiles en la mano, tras los que aparece un policía acariciando la culata de la pistola que lleva en la sobaquera.

—¿Qué diablo pasa aquí?

—Nada, absolutamente nada —me adelanto a contestarle—. Charlábamos tranquilamente y quizá alguno levantó un poco la voz.

—Me parece que oí algo más que voces —interviene receloso uno de los guardias, seguramente el que estaba de centinela al otro lado de la puerta.

—¿Y ése? —continúa el policía, mirando a Amor Buitrago—. ¿Qué le ocurre a ése?

—Que le gastaron una broma y le hizo tanta gracia que se tiró al suelo revolcándose de risa.

—¿Es eso cierto? —pregunta al agente dirigiéndose a Victoriano Buitrago—. Tú, que eres su padre.

—No le pasa nada —le ataja con un esfuerzo Victoriano.

—¡Venga, Amor, responde tú mismo! ¿Te ha sacudido alguno de estos bandidos?

Con visible esfuerzo, el jovenzuelo se ha sentado en el suelo. Tarda unos segundos en responder, mientras su mirada va temerosa de una a otra de nuestras caras. Lo que debe leer en el gesto del resto de los presos le asusta lo suficiente para mentir atropelladamente:

—¿Sacudirme? ¡Ni pensarlo! Estaba… riéndome…

Ni el policía ni los guardias le creen, naturalmente, pero acaban encogiéndose de hombros. Dando media vuelta para abandonar el calabozo,

el policía amenaza.

—Se acabaron las risas, ¿eh? ¡Os juro que esta noche no vais a tener muchas ganas de reír!

* * *

Si no las tenemos en este momento, menos motivos de alegría encontramos en las cuarenta y ocho horas siguientes. Sea porque el suicidio de Sandoval les ha irritado o porque obedezcan a un plan anteriormente trazado, los días que suceden a su muerte revisten un acentuado carácter pesimista y dramático en el calabozo. Losa, Cabrejas, Ariño, Paulet, Negro, Ortega, Continente, Prieto, España, Buitrago padre y Molina, y muy especialmente los cinco primeros, son «interrogados» una y otra vez y en todos los casos abundan más los palos que las palabras.

Durante muchas horas el calabozo tiene cierto aspecto de hospital de campaña en primera línea y en pleno combate, con la mitad de sus ocupantes ensangrentados, desmayados e incluso delirantes. Son horas de verdadera pesadilla. Ni siquiera los pocos que atravesamos indemnes estas jornadas —Vega, Puerta, Navarro y yo— tenemos un minuto de tranquilidad. Sobre cuidar y atender en lo poco que podemos a quienes vuelven destrozados tememos en cada instante sufrir el mismo trato al minuto siguiente.

—¡Pronto empezaremos con vosotros! —nos amenazan—. Estáis en turno en cuanto acabemos con éstos.

En estas circunstancias no me sorprende que Fidel Losa, al que en estos días han pegado varias veces, me diga una tarde que aquella noche van a picarle. Tarde o temprano, más bien temprano, harán lo mismo de una manera u otra con todos. Tiene razón Navarro, como la tenía otro compañero en el puerto de Alicante, al afirmar que, más que compasión, los muertos nos debían inspirar envidia.

—A los que habrá que compadecer en realidad es a los que queden vivos, si es que queda alguno.

Cuando Losa no vuelve a la mañana siguiente, todos unimos mentalmente su nombre a los de Recatero, Lebrero y Sandoval. Nuestra

certidumbre se acentúa cuando unas horas después traen a otro para ocupar el puesto dejado vacío en el calabozo.

—Para que no os aburráis os traemos compañía.

Mulsa es un militante de Cuatro Caminos. De mediana edad y estatura, interviene en las luchas obreras desde mucho antes de proclamarse la República. Es hombre sereno, poco hablador, de carácter firme y aire concentrado. Vino con nosotros desde Levante y le llevaron a Santa Engracia, donde ha permanecido unos días.

—De la cárcel han traído a varios para ser interrogados. Entre ellos, a Ricardo Zabalza. Lo tienen por ahí, pero no sé dónde.

Como nos hallamos totalmente incomunicados desde que hace quince días nos trajeron a Madrid, conocemos poco de la situación y la vida en la ciudad. Mulsa tampoco ha estado un solo segundo en libertad desde el final de la guerra, pero en la cárcel ha hablado con muchos que la disfrutaron durante unos días, unas semanas o unos meses. Por otro lado, en la cárcel se habla cada semana durante quince minutos con los familiares, y aunque es difícil entenderse en la algarabía de una comunicación numerosa en la que todos gritan y pocos se entienden, se reciben algunas noticias.

—Esta casa —nos informa— es el centro de una de las diversas policías que están actuando simultáneamente. Al mismo tiempo, se detiene e interroga en las comisarías, los cuartelillos, los centros de Falange, la Dirección General de Seguridad, que está instalada en Gobernación, y otros muchos sitios.

Deben ser cerca de un centenar los sitios parecidos a éste en que nos hallamos. Los métodos y procedimientos de todos guardan estrechas semejanzas, si bien algunos parecen proceder con mayor dureza que los restantes. En Santa Engracia, sea porque haya muchos que ya han pasado por aquí o que teman venir, Almagro figura entre los más destacados.

—No creo, sin embargo, que haya grandes diferencias. Según me dijeron el mismo día que me trajeron para acá, en Gobernación ha muerto destrozado, entre otros, el compañero Amor Nuño.

Sentimos la muerte de Amor Nuño, aunque no puede sorprendernos después de lo que estamos viendo. Amor Nuño, militante joven, inteligente

y enérgico, forma parte por designación de la CNT de la primera Junta de Defensa de Madrid en la mañana del 7 de noviembre de 1936.

—Cárceles hay muchas —prosigue Mulsa—. No sé cuántas, pero muchas y todas, al parecer, tan llenas como Santa Engracia.

Ignora cuántos presos puede haber en ellas. No parece saberlo nadie. La mayoría ni siquiera se atreven a hacer cálculos más o menos aproximados. En cualquier caso están presos —y muchos muertos— cuantos militantes obreros y republicanos conocemos.

—Incluso Melchor Rodríguez, al que llamaban el Ángel Rojo, que está encerrado en Duque de Sesto.

Funcionan a diario cuatro o cinco consejos de guerra ante los que comparecen semanalmente más de un millar de acusados, la mitad de los cuales como mínimo son condenados a muerte. Fusilamientos hay todas las mañanas, excepto los domingos.

—En cuatro días que estuve en Santa Engracia hubo tres sacas. Entre los ejecutados había siete compañeros.

Junto a esta impresión dolorosa y dramática de la extensión alcanzada por la represión, Mulsa nos aporta otros datos igualmente pesimistas sobre la situación económica. Aunque buena parte de los trabajadores están presos, abundan los obreros en paro forzoso. Los que tienen ocupación han visto considerablemente reducidos sus ingresos. Los jornales han vuelto al nivel que tenían durante el bienio negro e incluso a los niveles de antes de la República, mientras que el poder adquisitivo de la peseta ha disminuido sensiblemente. Con dinero, con mucho dinero, se puede conseguir casi de todo.

—De estraperlo, naturalmente, porque están racionados el pan, el tabaco, el aceite, el café, las legumbres, la leche, el arroz y los huevos.

—¿Cómo puede vivir la gente?

—De milagro; pero los milagros no alcanzan como es lógico a las familias de los rojos.

Si las perspectivas de quienes están en libertad y han pasado la guerra en la zona republicana nada tienen de placenteras, todavía son mucho más sombrías para quienes se hallan condenados, procesados o simplemente detenidos. Allí, en el calabozo de la calle de Almagro, tenemos en los días

finales de junio constantes y elocuentes demostraciones. De las que no se libra precisamente Mulsa.

* * *

Una mañana, dos días después de haber ingresado Mulsa en el calabozo, cuando Navarro espera recibir un paquete con alguna comida, dos agentes vienen en su busca con aire amenazador.

—¡Te hemos descubierto, cabrón! —dicen a modo de saludo—. Ahora vas a contarnos todo eso del Socorro Rojo.

Se lo llevan con muy malos modales, y cuando lo devuelven hora y media después no está en condiciones de explicar nada de lo sucedido. Un rato más tarde recobra las fuerzas precisas para sentarse en el suelo y hablar; me cuenta en pocas palabras lo que le ocurre.

—Aseguran que soy el jefe del Socorro Rojo que está funcionando en la calle. El resto puedes figurártelo.

Me lo figuro sin el menor esfuerzo, especialmente advirtiendo las huellas dejadas en su físico. Por lo que puedo entender, los policías consideran demasiado abundantes los paquetes que recibe —pese a que hasta este momento no le ha llegado más que uno, tan parco y modesto como los de la mayoría— y creen que sólo pueden sufragarse con dinero suministrado por el Socorro Rojo.

—Vas a decirnos cómo y dónde funciona y quiénes son sus dirigentes, o te deslomamos.

Le desloman, en efecto, porque Navarro Ballesteros no puede decirles lo que ignora por completo; más aún, lo que tiene la seguridad de que no pasa de fruto de la calenturienta imaginación de cualquiera de los policías.

—Si lo supiera, me habría dejado matar antes de despegar los labios —afirma—, pero la pura verdad es que no lo sé.

Continúa sin saberlo por la noche, luego de sufrir por la tarde un nuevo y más prolongado interrogatorio. Le han tratado como de costumbre, pero no son los propios golpes lo que más le duele. Hay algo que le indigna cien veces más.

—La salvajada que han hecho con la pobre Conchita —dice apretando rabioso los puños— es digna de una partida de hienas o gorilas.

Sé quien es Conchita, porque en alguna ocasión la he visto con él. Se trata de una muchachita muy joven, agraciada, inteligente y simpática, por la que siente extraordinario afecto. Ignoro si son novios o simplemente amigos, pero me resisto a creer que por el simple hecho de serlo se hayan metido con ella.

—¿Qué le pasa a Conchita?

—La tienen detenida. ¿Y sabes por qué delito? Porque ayer fue su cumpleaños y alguien la regaló una cajita de bombones. ¡Ojalá no lo hubieran hecho!

Llevada por su afecto hacia Navarro, la chica tuvo la malhadada ocurrencia de mandarle los bombones dentro del paquete. Encontrar la cajita suscitó las mayores sospechas en quienes revisan los paquetes antes de entregárnoslos. Tras consultar con sus compañeros dieron por descontado que en el interior de los bombones venían instrucciones para un levantamiento de los detenidos; tal vez armas misteriosas para imponernos a nuestros guardianes. Cuidadosamente deshacen uno tras otro la docena de bombones con la desilusión de no hallar absolutamente nada.

—Entonces dieron por hecho que eran una indicación de que el partido comunista seguía funcionando en la calle; que se trataba de una señal convenida para que yo lo supiera y que habían sido comprados con dinero del Socorro Rojo.

La continuación podía considerarse en cierto modo lógica: detuvieron a la chica y la interrogaron detenidamente sin conseguir la confesión esperada. Conchita, pese a su amistad y afecto por Navarro, no pertenecía ni al partido ni al Socorro Rojo. Formaba parte de una familia de la clase media, y sus relaciones con el director de *Mundo Obrero* eran puramente personales.

No quisieron creerla. Tampoco creyeron a Navarro cuando le preguntaron por el funcionamiento en la calle del Socorro Rojo y sus relaciones con él. Aun maltratándole por la mañana no le hablaron de los bombones —cuya existencia desconocía—, ni menos aún de que Conchita estuviera detenida allí mismo.

—Lo mejor que puedes hacer es cantar de corrido, porque esta tarde te carearemos con alguien que está al corriente de todo y no podrás seguir

mintiendo.

El interrogatorio de la tarde es mucho más largo, desagradable y dramático que el de la mañana. Navarro vuelve a negar con la misma energía y entereza de la mañana. Ahora, en lugar de pegarle, sus interrogadores se limitan a reírse burlones.

—Bueno —dice el jefe del grupo al cabo de un rato—, traerla ya.

Dos individuos traen casi a rastras a Conchita. La pobre muchacha viene amedrentada, con los ojos enrojecidos por el llanto y sin atreverse a levantar la mirada del suelo.

—¿Qué, cerdo? ¿Te atreverás a negar todo lo que ella nos ha dicho?

Pálido, con la mirada fija en la muchacha, Navarro se da cuenta de su gesto desesperado, de los moretones que tiene en la cara. Antes de que pueda decir nada, Conchita se le adelanta:

—¡Te juro, Manolo, que no les he dicho nada…!

Vibra en las palabras de la muchacha un aire de rabiosa sinceridad. Navarro la cree; la hubiese creído de todas las maneras, porque ni ella ni él saben nada de lo que pretenden hacerles decir. El jefe del grupo se encoleriza con sus hombres.

—¡La pringasteis, idiotas! —chilla irritado—. ¿No os dije que no la dejaseis hablar? Ahora…

Uno de los «idiotas» procura reparar su torpeza descargando las culpas sobre la muchacha con una bofetada que le vuelve la cara. Navarro no puede contenerse, y desasiéndose de quienes le sujetan se lanza hacia adelante. Consigue asestar un puñetazo en el hombro al que ha pegado a la chica, pero lo paga caro. Mientras dos le cogen de los brazos, el individuo en cuestión le propina un patadón en el estómago. Luego, los palos llueven sobre el detenido, que acaba rodando por el suelo.

Cuando se incorpora empieza la parte más vergonzosa del espectáculo. Le pegan delante de la muchacha para incitarla a hablar y hacen luego lo mismo con Conchita, para que sea él quien abandone su mutismo. Al cabo de un rato, convencidos sin duda que por este procedimiento no conseguirán nada, cambian de métodos.

—¡Desnudarla ya! Quizá encontremos entre las ropas la prueba de lo que niega…

Horas, días, inclusos meses después, Navarro Ballesceros tiembla de rabia e impotencia al recordar lo sucedido entonces. Sus motivos son perfectamente comprensibles. Ver a una partida de salvajes rijosos y sádicos desnudar a viva fuerza a una muchacha, riéndose de sus pudores, arrancándole violentamente las prendas más íntimas mientras la prodigan los insultos más soeces de su amplio repertorio, hace perder en repetidas ocasiones la cabeza al hombre, sin conseguir otra cosa que se la rompan de nuevo por algún punto distinto.

—¡Maldita zorra! —gruñe uno, al tiempo que propina a la chica un puñetazo que la lanza sobre la mesa—. ¡El mordisco que me ha dado merecía…!

—¡Cuanto más puta, más vergonzosa! —comenta otro divertido—. Cualquiera diría que esta furcia se ruboriza cuando está deseando que…

El vergonzoso espectáculo se prolonga durante minutos interminables, convertido en juerga para sus innobles organizadores. La muchacha llora mientras trata de taparse con las manos el sexo y los senos. Los individuos acogen con grandes risotadas sus gestos y actitudes. La escena debe producir náuseas hasta a las personas de más encallecida sensibilidad, pero quienes la presencia la acogen con estentóreas carcajadas.

—¡Menos cuento, muñeca! ¡Al fin y al cabo eres roja como todos esos asesinos…!

La diversión termina cuando, al fin, alguien reacciona humanamente. Es uno de los jefes que, al enterarse de lo que ocurre, echa violentamente en cara a los culpables la tropelía cometida.

—Lo que estáis haciendo es mil veces peor que lo que ellos pudieron hacer. Si tuvieseis un ápice de vergüenza se os habría caído la cara.

Ordena que le sean devueltas sus ropas a la muchacha y que la dejen vestirse libre de las miradas de todos. Incluso hace que a Navarro le ayuden a volver en sí y le deja reponerse un rato sentado en un sillón. Luego, cuando le acompaña hasta la entrada del calabozo, condena en términos enérgicos lo sucedido.

—Prefiero cien veces que me fusilen —responde el interesado— a pasar de nuevo por esto.

—Lo comprendo y le aseguro que no volverá a repetirse. Nadie tocará a esa pobre muchacha, y los culpables serán castigados.

Navarro puede reponerse de los golpes sufridos porque en los días sucesivos le dejan tranquilo. Si le llaman una tarde es para que el mismo que terminó con el vergonzoso espectáculo de los bestias que ofendieron a Conchita, le diga que la chica, que ha sido trasladada a la cárcel de mujeres, será puesta pronto en libertad, porque no hay ningún cargo grave contra ella. Sin embargo…

—No creo que ni ella ni yo podamos olvidar lo sucedido mientras vivamos.

Pero si a Navarro le dejan relativamente tranquilo, no sucede lo mismo con otros de los detenidos. Mulsa, Avelino, Negro, Paulet y Prieto son llamados una y otra vez, y casi siempre vuelven medio destrozados. Un día, cuando ya llevamos dos semanas de pesadilla en la calle de Almagro, Cabrejas, que parece hondamente preocupado, me pregunta de pronto:

—¿Estás muy seguro de que mataron a Losa?

Respondo con la verdad. No le he visto personalmente muerto, pero no creo que quepan muchas dudas a este respecto, teniendo en cuenta lo sucedido a Recatero, Lebrero y Sandoval. Repito lo que me dijo la tarde antes de que se lo llevaran y afirmo mi creencia en su desaparición del mundo de los vivos.

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé, no sé —contesta dubitativo—. Yo también creía que estaba muerto. Pero esta tarde me hablaron de algo que sólo Losa sabía y empiezo a pensar que bien pudiera seguir viviendo.

III

EN LA CALLE DE ALCALÁ

Termina un mes y comienza otro. Aunque para nosotros los días sean tan iguales que difícilmente acertamos a decidir en cuál vivimos, llevamos aquí más de dos semanas. Dos semanas de pesadilla en las que han muerto por lo menos tres de nosotros. Cuatro, si las sospechas de Cabrejas careciesen de fundamento con respecto a Fidel Losa. Como llegamos a Madrid en la madrugada del 16 de junio, ya hemos entrado en julio.

—Debemos quedar veintiséis o veintisiete de los treinta que seleccionaron el primer día. ¿Cuántos seguiremos vivos al finalizar este mes?

Es una pregunta que nos formulamos con frecuencia, acaso porque cada vez se nos antojan más problemáticas las perspectivas de supervivencia. Pero no podemos mejorar las condiciones en que vivimos —si a lo que hacemos puede llamársele vivir—, y menos calcular con alguna probabilidad de acierto cuál será el destino inmediato de cada uno de los componentes del grupo.

—En treinta y un día pueden y tienen que pasar muchas cosas; pero ninguna que sea agradable para nosotros.

Dormimos poco porque las noches suelen ser agitadas, pero no soñamos despiertos. Lo que sucede a nuestro alrededor, lo que nos ocurre a nosotros mismos, no permite acariciar ilusiones de ninguna clase. Ni siquiera Ariño,

con todo su inconsciente primitivismo, confía ya que su famosa marquesa pueda sacarle del angustioso trance en que se encuentra.

—La cosa está muy negra —dice moviendo la cabeza de un lado para otro—. Cuando no me ha sacado con toda su influencia.

Los demás no tenemos influencia ni conocemos marquesas que se preocupen por nosotros. Probablemente no nos servirían de nada, pero no las tenemos. Luchamos en defensa de una causa y, aun derrotados, no nos arrepentimos de haberlo hecho con todas sus consecuencias. Hubo muchos cucos que jugaron habilidosamente con dos o tres barajas a un tiempo; yo no estuve entre ellos. Jugué sólo con una, perdí y estoy pagando. Creo que lo mismo pueden decir la mayoría de los muchos miles que en este momento se hallan en situación parecida a la mía. Los más habilidosos se las arreglaron para cruzar la frontera con una misión u otra mucho antes de que finalizase la guerra. De los que ahora penamos en este calabozo, varios —Puerta, Navarro, Vega, Ortega, Molina o yo mismo— pudimos conseguir a tiempo que se nos encomendaran gestiones al norte de los Pirineos, y estaríamos en París, Londres, Buenos Aires o México; pero aguantamos en nuestros puestos hasta el último segundo y estamos aquí.

—La cosa no puede ser ni más clara ni resultar más sencilla.

—¿Qué es lo que no puede estar más claro ni resultar más sencillo? —pregunta curioso Ariño que me oye.

—Que ni Lebrero, con su ayuda a la Quinta Columna; ni tú, con tu enamorada marquesa; ni nosotros, que ni auxiliamos a la Quinta Columna ni amparamos títulos con la esperanza de que nos echaran una mano, escaparemos de ésta ni con alas —replico con sinceridad y crudeza.

—¡Bah! De otras peores escapé.

Fanfarronea, más que por la fuerza de la costumbre, por darse ánimo a sí mismo. Habla con demasiada frecuencia de su vida agitada y azarosa, de sus avatares en Francia, de su fantástica huida de la Guayana y de sus aventuras en el Caribe y Norteamérica para que podamos interpretarlo de otra manera. Y lo mismo ocurre con sus alardes de valor, resistencia física y fuerzas excepcionales.

—En el fondo —dice Continente— está más asustado y desesperanzado que ninguno.

Cayetano Continente es moral y físicamente el polo opuesto de Ariño. La corpulencia de éste contrasta con la pequeña estatura de aquél. El primero calla todo lo que el segundo habla de más. Si uno mezcla en su charla palabras catalanas, francesas e inglesas, el otro se expresa en rotundo castellano. Antonio adopta aires cosmopolitas de aventurero internacional; Cayetano tiene aspecto de lo que realmente es y no trata de disimular en ningún momento: un campesino aragonés recio, duro y estoico. Mientras el catalán alardea jactancioso de sus hazañas, el maño de Tauste silencia modestamente las suyas.

—Hice lo que pude —dice como máximo— y creo haber cumplido con mi deber.

Si hay un abismo entre ambos, todas las ventajas están de parte de Continente. Ni ahora ni en ningún momento desde que conocí su existencia he tenido la menor amistad ni sentido ninguna simpatía por Ariño. Él lo sabe de sobra porque nuestro primer encuentro fue violento en extremo, y no he recatado nunca la opinión que me merece. Sin embargo, me hace un gran favor en las dramáticas circunstancias que vivimos en el calabozo a primeros de julio.

—Los *perros* tenían mucho interés en que les hablase de ti —dice una tarde al regresar al calabozo luego de ser interrogado con los procedimientos habituales.

No me sorprende oírlo. Es lógico que la policía pregunte a cualquiera de nosotros por el resto de los que estamos en el calabozo, y especialmente que lo hagan con Ariño, del que probablemente esperan sacar más que de ninguno. En definitiva, lo que importan no son las preguntas, sino las contestaciones.

—Les dije *la veritat y res mes que la veritat*.

—¿Qué verdad les dijiste?

—¡La fetén! Que debí picarte el día que publicaste que le había dado gusto al dedo en un pueblo donde no había puesto los pies. ¿O vas a negarlo?

No lo niego porque es verdad y lo recuerdo perfectamente. En un suelto publicado en la primavera de 1937 pidiendo enérgica y rigurosa justicia contra un grupo de indeseables que había perpetrado una larga serie de

desmanes en un pueblo de la provincia de Madrid, se hablaba de un sujeto cuyas señas físicas coincidían con las suyas. Se dio por aludido, fue a buscarme en actitud airada, y tuvimos un choque violento que no acabó a tiros por verdadera casualidad.

—¿Es todo lo que les dijiste?

Niega con la cabeza al mismo tiempo que con las palabras. Ha dicho bastante más, siempre en tono despectivo para mí, bien adobado con una sarta de insultos de su especial vocabulario. En su opinión soy un tipo finolis y cursi que abomina de la violencia y tiene horror a la sangre; un vegetariano empapado en legalismos trasnochados que condenaba el que cualquiera se tomase la justicia por su mano, se encrespaba contra los paseos y demandaba los más duros castigos para cuantos cometían atropellos y tropelías.

—De haber hecho caso a ese *sonabitch* —concluyó diciéndoles— me habrían colgado hace dos años. Si ahora le ahorcan a él, yo…

Escucho con interés su relato, pasando por alto los insultos que no pueden herirme, ni siquiera molestarme, dado el momento y la ocasión en que fueron proferidos. Hay mucho de verdad en lo que dice. En público y en privado he sostenido siempre —y en las columnas de *Castilla Libre* queda clara constancia— que las barbaridades cometidas con cobarde impunidad eran un obstáculo tanto para ganar la guerra en que estábamos empeñados como para realizar la revolución justiciera soñada. Quienes las perpetraban eran enemigos, cualesquiera que fuesen el pretexto o el carnet con que pretendieran ampararse, y como tales debían ser tratados.

—¿Tienes algo que decir? —pregunta Ariño con aire de aparente desafío cuando termina.

—Darte las gracias únicamente —respondo.

Parece asombrarse de mi reacción, pero tengo la impresión de que la comprende perfectamente. Sabe de sobra que al hablar como lo ha hecho con los policías, a más de decir la verdad me ha hecho un favor. Probablemente no me servirá de nada, porque con haber dirigido un diario confederal en Madrid durante casi toda la guerra tengan de sobra para condenarme. Lo haya hecho de manera consciente o inconsciente —y me

inclino por lo primero, aunque quiera dar la impresión de lo segundo— debo agradecérselo, y se lo agradezco.

* * *

—¡De prisa, rojos! Preparados con todo, porque vais a largaros.

—¿A la calle? —pregunta Rodríguez Vega, con ingenuidad perfectamente simulada.

—¡A la mierda…! —responde colérico el guardia—. ¡Y da gracias que no te rompo la cara por la bromita…!

No es mucho lo que tenemos que hacer para el traslado que se avecina. Ponernos la camisa o la chaqueta, los que no la tienen puesta, y recoger la manta, el plato y la cantimplora los que la tienen.

—Salid al pasillo a medida que os nombre —dice un policía que acude con una lista en la mano.

—¿Vamos todos?

—Escucha y lo sabrás. ¡Oído, y no perdamos tiempo!

Me nombran en cuarto lugar y salgo al pasillo, donde me esposan con Antonio Molina. Mientras nos empujan hacia el vestíbulo del piso siguen sonando nombres a mi espalda. La primera impresión es que vamos todos. Sólo más tarde echo en falta a Mulsa y Amor. Celebro la ausencia de este último, pero la alegría sólo nos durará unas horas antes de tener que volver a soportar su presencia.

—Vais ganando, bandidos —nos dice un policía en el vestíbulo—. Os llevan a un sitio en que estaréis más calentitos.

No es calor lo que nos falta precisamente en un día soleado de julio. Pienso que el lugar calentito que nos reservan bien puede ser el infierno, pero no pierdo el tiempo preguntándolo. En el mejor de los casos no se molestarían en contestarme. En el peor, recibiría la respuesta en forma demasiado contundente.

—¡Andando! Hace una hora que os esperan y si tardáis mucho en llegar acabarán impacientándose.

Parado junto a la acera hay un coche celular con la puerta abierta, junto a la cual vigilan unos guardias. Nos obligan a entrar de prisa. Dentro hay ya otras seis personas, totalmente desconocidas para mí. Ignoro si las han

detenido ahora, las traen de alguna otra comisaría o llevaban como nosotros varias semanas en Almagro. Apenas cierran la puerta el coche se pone en marcha.

—¿Tenéis idea de dónde vamos?

Ninguno lo sabe, pero cuatro aventuran otras tantas hipótesis. El más optimista piensa que nos conducen a una de las muchas cárceles de Madrid, el más pesimista que el viaje que emprendemos no tiene regreso posible. Los otros dos opinantes —y yo coincido con ellos— que nos llevan a una comisaría, cuartelillo o centro falangista semejante a Almagro para ser interrogados.

—Hemos cruzado Colón y subimos por Goya —dice uno que por el movimiento del coche parece reconocer el camino.

El viaje no es muy largo, ya que no dura arriba de diez minutos. El coche se para, un policía abre la puerta y una voz enérgica nos apremia.

—¡Bajad de dos en dos, de prisa…!

Como he sido de los primeros en entrar, soy de los últimos en salir. Antes de hacerlo puedo mirar a través de la puerta abierta y me parece reconocer el lugar. Aunque no alcanzo a ver más que un trozo de la calzada, tengo la impresión de que estamos en plena calle de Alcalá, pasado el Retiro y cerca ya de Pardiñas. Lo confirmo al abandonar el coche.

Hemos parado en la esquina de Alcalá y Menéndez Pelayo, delante precisamente del café Pelayo. Ignoro que por allí funcione ninguna cárcel o comisaría, pero desconozco las que puedan existir en Madrid en estos momentos.

—Cruzad la acera y meteros en el portal.

Los que van delante inician la marcha y nosotros les seguimos. El portal señalado corresponde a un edificio alto y moderno, en cuyos bajos está instalado el café. Tanto en la acera como en el portal, guardias y policías forman una especie de pasillo. Avanzamos por entre las dos filas. Antes de meterme en el portal miro con curiosidad a un lado y a otro, e incluso vuelvo un instante la cabeza. Por el centro de la calle, en dirección a Ventas avanza chirriante un tranvía repleto de público que incluso llena los estribos. Desde la entrada del café una pareja y dos camareros nos contemplan con aire de absoluta indiferencia.

—Seguid hasta la escalera.

En contraste con la luminosidad hiriente de la calle, el portal parece envuelto en penumbras. Sigo a los que van delante y llegamos a la escalera de mármol. Ascendemos por ella hasta el entresuelo, cuyas puertas están abiertas para dejamos pasar. En el vestíbulo, aguardándonos, están varios agentes de los que fueron a buscarnos a Alicante y Albatera. Uno nos recibe sonriente y burlón:

—¡Bien venidos a nuestra casa, rojillos! Espero que ahora podamos conocernos un poco mejor.

El verbo conocer tiene en castellano muy varios significados y me figuro que nuestro interlocutor estará pensando en las acepciones menos gratas para nosotros. Mientras que nos quitan las esposas, apartan a un lado a los seis que venían en el coche celular sin formar parte de nuestro grupo.

—Para vosotros tenemos preparado un rinconcito en que os encontraréis contentos y a gusto. Nosotros también porque estaremos muy próximos, a fin de que todos colaboraremos con los mejores resultados. ¡Venid por aquí!

Como no tardamos en comprobar, la planta entresuelo de la casa de Alcalá resulta más espaciosa de lo que parece desde la calle. Aparte del vestíbulo, un salón y unos despachos cuyos balcones se asoman a la calle por encima de la marquesina del café, hay una serie de habitaciones que dan a los patios o a la avenida Menéndez Pelayo. Nos figuramos, sin riesgo de equivocarnos, que la mayoría de ellas serán utilizadas como otros tantos calabozos.

—De momento vais a quedaros aquí, espero y deseo que por poco tiempo.

«Aquí» es una habitación al fondo de un estrecho pasillo de dimensiones parecidas a la de Almagro, pero con una ventana queda al patio interior de la casa. Es una mejora considerable; tendremos luz natural, algo de aire y estaremos un poco más anchos, porque siendo el espacio semejante somos menos a compartirlo, si bien el policía nos advierte antes de marcharse:

—Dejad libre algún hueco porque no tardaremos en traeros compañía.

De los catorce que compartíamos el mismo calabozo en Almagro faltan aquí Mulsa, que ocupó el lugar que Losa dejó vacío; Amor Buitrago, que no

sabemos donde andará, aunque su padre sigue con nosotros; Antonio Prieto, Félix España y Victoriano Negro. Pero si podemos estar más anchos y cómodos, difícilmente nos conservaremos más limpios. La habitación en que nos meten está muy sucia, con montones de basura en los rincones y verdaderas plagas de chinches en el entarimado del suelo, el empapelado de las paredes, el techo y el zócalo o rodapiés de la parte inferior de los muros.

—No podremos quejarnos de aburrimiento, porque tendremos que pasarnos el día entero rascándonos.

Pedimos una escoba y un cubo con agua para limpiar el suelo y las paredes; los dos guardias que vigilan en la puerta que da al pasillo nos proporcionan la primera, no sin largo rato de espera, pero no el segundo. No se si no tienen un cubo, como aseguran, o prefieren no entregárnoslo recelosos de lo que podamos hacer con él.

—Con sacar los montones de basura al pasillo y dejarlos ahí, asunto resuelto.

Lo hacemos así porque no tenemos otro remedio, no por considerar que con un simple barrido la habitación-calabozo queda en condiciones mínimas de limpieza e higiene. Tendremos más suciedad y chinches que en Almagro, y el calabozo de allí estaba lo suficientemente sucio para revolver el estómago a una persona medianamente delicada.

—Podréis tener la ventana abierta —indica uno de los policías—, pero no intentéis ninguna tontería. Ni podríais escapar por ella, porque hay un guardia en el patio a todas horas, ni suicidaros. Está demasiado baja, y en vez de mataros sólo conseguiríais partiros un cuerno.

Aunque pensamos que los cuernos sólo podría partírselos su padre, no le falta razón en el resto. Lo comprobamos cuando al asomarnos un segundo, el guardia que desde el patio no pierde de vista la ventana, amenaza meternos un balazo en la cabeza de no retirarnos en el acto. Por otro lado, el suelo no debe estar más que cuatro o cinco metros más bajo y sería muy difícil matarse, aun tirándose de cabeza.

—Para cagar, el guardia de la puerta os llevará al retrete. Tiene malas pulgas, y si le jodéis más de la cuenta no tendréis tiempo de arrepentiros.

El régimen a que nos someten en Alcalá no difiere gran cosa del de Almagro. La diferencia estriba en que estamos un poco más sucios, pero

también más anchos, al menos de momento; también en que hay una ventana en el calabozo. Por desgracia, está orientada al mediodía, por las tardes da el sol de lleno y en la habitación el calor es insoportable. Pero cosas peores tenemos que soportar.

—¿Qué os parece este ajedrez?

La pregunta parte de Molina, que afirma haber encontrado un ajedrez entre el montón de papeles sucios y pringosos sacados al pasillo. El ajedrez consiste en un pliego de papel de barba, en que uno de los anteriores ocupantes del calabozo ha dibujado, sin demasiadas perfecciones, las sesenta y cuatro casillas de un tablero. Las piezas son trocitos de papel en los que se ha escrito el nombre de cada una: rey, reina, caballo, alfil, torres y peones. Las negras se distinguen de las blancas en que encima del nombre aparece una manchita oscura.

—No es ninguna maravilla, pero puede ayudarnos a matar el tiempo.

—Lo malo es si nos matan antes de que nosotros podamos hacerlo con el tiempo.

* * *

Como consecuencia del traslado, los paquetes que dos de nosotros debíamos recibir hoy brillan por su ausencia, y los nueve que estamos en el nuevo calabozo ayunamos una vez más. Pero si nuestros jugos gástricos descansan bien en contra de nuestra voluntad, también en contra de ella los policías de Alcalá se muestran tan activos como los de Almagro, y Continente, Ortega, Ariño, Paulet y Cabrejas pagan las consecuencias. Los métodos de interrogatorio son muy semejantes.

—Quizá sean éstos menos violentos —dice Ortega al volver—, pero más hábiles y peligrosos.

Continente y Paulet opinan lo mismo. Ariño vuelve obsesionado con Losa. Enfrentándose conmigo al regresar al calabozo me grita agresivo:

—Avelino tiene razón, digas tú lo que quieras.

—¿En qué?

—En que el maldito hipócrita de Losa tiene que seguir vivo.

No es mucho lo que podemos hablar porque han traído a Amor Buitrago al anochecer, y aunque no se atreve a mirarnos, está pendiente de lo que

hablamos. Han metido a dos tipos desconocidos para nosotros y a un muchacho de las Juventudes llamado Villarroel, a quien basta verle para comprender que no le han tratado con ninguna clase de miramientos.

La noche transcurre con cierta normalidad, con los acostumbrados sobresaltos por las irrupciones bruscas de algún policía que abre la puerta con estrépito, las llamadas a cualquiera de los detenidos y el regreso de los mismos, casi nunca por su pie. A los dos desconocidos que meten por la tarde en el calabozo les pegan de tal manera que están más muertos que vivos al regresar.

—¡He firmado lo que han querido! —dice uno por la mañana ya, al volver en sí—. Resistí hasta no poder más, y ahora…

Está destrozado en lo físico y hundido en lo moral. ¿De qué le acusan? Con aire desolado replica:

—¿De qué van a acusarme si soy de Vallecas? ¡Del tren de la muerte como a todos…!

—¿Y a ti? —pregunta Molina al otro.

—Del asesinato de López Ochoa. Cuando le mataron estaba yo en Guadalajara, pero como vivía en Carabanchel…

Los sacan del calabozo a primera hora de la mañana para trasladarlos a la cárcel. Ninguno de los dos se hace ilusiones respecto a su porvenir. Por si acariciasen alguna remota esperanza, el individuo que viene a buscarles se encarga de desvanecerla.

—Con lo que habéis firmado, vais derecho al paredón.

Antes del relevo de los guardias que vigilan en los pasillos, en la puerta del piso, en la escalera y el patio, se nos permite como de costumbre que vayamos a evacuar nuestras necesidades y lavarnos un poco las manos y la cara. Cuando vuelvo de hacerlo, en lo que no he empleado arriba de cinco minutos, advierto que han metido un nuevo detenido en nuestro calabozo. Es Manteca, aunque me cuesta trabajo reconocerle. Podemos hablar un rato, porque afortunadamente Amor Buitrago está fuera.

—La única suerte —dice Manteca— es que me hayan traído aquí, dejando a mi suegro en Almagro. Eso puede significar que la parte más insoportable de mis torturas haya terminado.

Un poco de mala gana, forzado por nuestras preguntas, cuenta algo que podíamos imaginamos por anticipado sin demasiado esfuerzo por lo visto en Almagro, pero que no suponíamos que hubiese alcanzado tales extremos de barbarie: que día tras día hubiesen forzado a suegro y yerno a destrozarse mutuamente a palos.

—¡Y encima se corrían una juerga cuando yo le pegaba a él o él me pegaba a mí…!

Durante más de una semana han estado apaleando mañana, tarde y noche a uno u otro cuando no a los dos juntos, exigiéndoles que se golpeasen mutuamente. Por espacio de muchas horas, Valcárcel y Manteca opusieron una rotunda negativa a sus pretensiones, soportando con resignación los malos tratos.

—¡Vosotros veréis lo que os conviene! Si no accedéis a pegaros un poco, sólo un poco, el suegro al yerno y el yerno al suegro, acabaremos a golpes con los dos. Cuantos antes lo hagáis, mejor para ambos.

Cuatro días antes, destrozado física y más destrozado aún moralmente, Valcárcel incurrió en la debilidad de coger uno de los vergajos que le ofrecían y dejarlo caer sobre los hombros de su yerno. Reaccionó casi en el acto ante las carcajadas de los policías y se negó a seguir golpeándole, tirando el vergajo al suelo.

—Bueno, ahora vas a ser tú quien le devuelva el golpe.

Manteca se resiste, pero los otros encuentran un procedimiento fácil para vencer su resistencia. Sacan un reloj y van contando los segundos. Por cada uno que tarde en pegar a su suegro, recibirá éste un nuevo vergajazo, mucho más fuerte desde luego del que su yerno podía asestarle.

—¡Agradéceselo al marido de tu hija! Además de haberse acostado con ella, quiere ahora, que te matemos a palos.

Consiguen, al final, lo que se proponen. Tras recibir dieciocho o veinte vergajazos, Valcárcel, medio inconsciente ya, pide, suplica a voces:

—¡Pégame…! ¡Pégame ya para que no me maten…!

Con la única variante de que sea uno u otro el que pegue, la vergonzosa escena se repite cuatro o cinco veces en días sucesivos. Cuando el que tiene el palo en la mano se resiste a emplearlo contra su familiar sacuden a éste

con redoblada violencia. Al final, acaban siempre por golpearles a los dos en medio del alborozo de quienes asisten al para ellos divertido espectáculo.

—Han llegado hasta la canallada de decir a mi mujer que yo estaba destrozando a palos a su padre.

En tres ocasiones distintas, Manteca había tenido que cargar con el cuerpo inerte de su suegro para llevarle al calabozo en que les tenían metidos. En otras dos se cambiaron las tornas y fue Valcárcel el que hubo de llevar casi a rastras el cuerpo de su yerno. Incluso en las horas que mediaban entre una paliza y otra, aparecían varias veces por el calabozo para burlarse del estado en que ambos se encontraban.

—Cuando vi que me traían aquí, mientras mi suegro se quedaba en Almagro tuve una gran alegría.

—No te alegres más de la cuenta —le aconseja Ortega— porque aquí nos tratan igual que allí. Con el cambio no hemos ganado nada.

Habla de los interrogatorios de la víspera y de lo sucedido con los dos individuos que se llevaron a primera hora de la mañana. Difícil será que ninguno de los que estamos en el calabozo escapemos con vida.

—A otro cualquiera quizá le mintiese para animarle. Pero tú eres un militante consciente y debo decirte la verdad por dura que sea.

—Te creo, pero aun así estoy contento.

—¿Por…?

—No tener que matar a palos a mi suegro ni que él tenga que matarme a mi. Si nos quieren muertos, habrán de ser ellos mismos quienes carguen con tan sucio trabajo.

* * *

Deben ser cerca de las seis, el sol pega de lleno en la ventana y el aire de la habitación resulta asfixiante. Aguijoneados por el calor, los piojos pican con furia, y rascarse con fuerza sirve de menguado alivio. Si por las noches, nos acribillan los chinches, los otros bichitos les sustituyen con ventaja durante el día. Pasamos muchos ratos casi totalmente desnudos, revisando las costuras de camisetas y calzoncillos, quitándonos animalitos del pecho y de las axilas. Matamos centenares y centenares, pero no

conseguimos nada, porque su número parece multiplicarse con cien veces mayor rapidez.

—¡Trabajo inútil! —gruñe Molina malhumorado—. Por mucho que nos esforcemos la batalla está perdida.

—¡Y ojalá no tengamos más que piojos y chinches…! —exclama Continente.

—¿Qué más podemos tener aquí?

—Sarna, por ejemplo.

La perspectiva tiene poco de agradable, pero menos aún de ilusoria. En la plaza de toros de Alicante y en Albatera, de donde procedemos casi todos los que nos encontramos en el calabozo, había millares de prisioneros desazonados por la sarna, avergonzándose de sí mismos. No parece que la asquerosa infección escasee en las cárceles madrileñas, debido a la falta de higiene y el amontonamiento de presos. Incluso hay sarna, o por lo menos la había no hace más de cuatro días, en este mismo calabozo.

—Cuando la vaciaron para meteros a vosotros —dice Villarroel— llevaron donde yo estaba uno de los que sacaron de aquí. Tenía sama hasta en lo blanco de los ojos.

Todos sabemos que la sarna se propaga con extremada facilidad y rapidez; que la única manera de atajarla es una limpieza extremada del cuerpo y de las ropas; que proporciona molestias muy superiores a los ocasionados por chinches y piojos y que su curación es larga y difícil. Imposible, mejor, en las condiciones en que nos desenvolvemos en el calabozo.

—Si la coge uno cualquiera, pringamos todos.

—Entonces, daros por pringados porque yo creo que ya la he cogido.

Los temores de Rodríguez Vega no parecen tener de momento al menos un fundamento serio. Pero no cabe la menor confianza. Si aquí ha habido algún sarnoso —y no pueden quedarnos grandes dudas de que lo ha habido — más tarde o más temprano, probablemente lo último, estaremos los doce con sarna de los pies a la cabeza.

—Tal vez si hablásemos con los guardias nos dieran unos cubos de agua para limpiar esto.

Lo intentamos sin el menor éxito. Los guardias que vigilan al otro lado de la puerta no saben o no quieren saber dónde hay un par de cubos. Prefieren preguntar a los policías que vienen en busca de Ariño, que se niegan en redondo.

—Unos perros sarnosos como vosotros no pueden esperar sino que la sarna les coma —dice uno de ellos encogiéndose de hombros.

Esto ocurrió ayer por la mañana, y esta tarde todos nos rascamos más que de costumbre, temiendo que la desazón que sentimos no sea obra exclusiva de piojos y chinches, sino que los ácaros hayan hecho su aparición en la piel de cualquiera.

—¡Venga, maricas, basta de exhibicionismo y vestiros rápidos! Vais a tener visita.

No nos agradan las visitas, pero no nos queda más remedio que ponemos las camisas e incluso las chaquetas para estar más presentables. En cualquier caso, nuestro aspecto nada puede tener de atractivo. Quien más, quien menos, llevamos veinte o veintidós días sin afeitar y lavándonos la cara y las manos poco y mal. Tirados constantemente en el suelo, la ropa está arrugada y sucia. La mitad por lo menos aparece un tanto desfigurada por los golpes y estamos materialmente llenos de habones producidos por la picaduras de piojos y chinches.

—Estamos para un concurso de elegancia y belleza, digo irónico y amargado contemplando a los demás e imaginándome mi propio aspecto.

—¡Cuidado, que ahí vienen…!

Son cinco los visitantes, que se quedan en la puerta, sin atreverse a entrar en el calabozo; no por temor a que podamos agredirles, sino por miedo a mancharse con la suciedad de la habitación o a que les endosemos algunos de los millares de animalitos que nos atormentan. Lleva la voz cantante un hombre de alrededor de cuarenta años, mediana estatura, fornido, que viene en mangas de camisa y lleva una sobaquera con una «Astra» del nueve largo. Dos de sus acompañantes lucen camisas azules con correaje y pistola, los otros dos, en los que apenas me fijo, no sólo tienen puesta las chaquetas, sino anudadas las corbatas, pese al calor reinante y al sudor que empapa sus frentes.

—Estos, claro está, son los grandes criminales de que les hablé —dice el individuo de la pistola en la sobaquera—. Son auténticos asesinos, crueles y sanguinarios que tienen bien merecida la horca que les espera. Empezando por ese lado, aquel alto es Antonio Molina, un anarquista de Huelva que llegó a ser comandante de división en el Jarama y que…

Salvo el nombre y el grado militar alcanzado durante la guerra, todo lo que dice de Molina, y es bastante, no guarda el más remoto parecido con la verdad. Según el que habla se trata de un vulgar facineroso, jefe de una horda salvaje y no de una unidad regular del ejército republicano que ha luchado en los más diversos frentes. Pero todo lo malo que dice de él puede considerarse como elogioso, comparado con lo que afirma a renglón seguido de los demás.

—El campesino bajito que está a su lado es un peligroso dinamitero aragonés. Continente mandaba un batallón de guerrilleros que hizo barbaridades en la retaguardia nacional. Ariño, el gorila que le sigue, es una mala bestia sin corazón ni conciencia. Estuvo en Fomento lo mismo que Cabrejas, con lo que está dicho todo.

Con Victoriano Buitrago se ensaña, le considera culpable de todo lo ocurrido en el Puente de Vallecas a lo largo de la guerra como concejal que fue de su Ayuntamiento.

—¿Qué pensarían ustedes de un padre que no quiere bautizar a su hijo? ¿Cabe mayor monstruosidad? ¡Pues ahí tienen ustedes al monstruo!

Acusa a Manteca de ser tan criminal que quiere matar a su suegro y han tenido que separarle de él para que no le estrangule. Paulet ya estaba fichado como pistolero sindicalista antes de la República, igual que Juan Ortega.

—Aunque les cueste trabajo creerlo, los dos pertenecían a la sanguinaria FAI. Y ese otro, con aires de buena persona inofensiva, era nada más y nada menos que el jefe de la siniestra organización.

Se lanza luego a despacharse a su gusto con Rodríguez Vega, secretario de la UGT, sucesor de Largo Caballero.

—Como el funesto individuo al que llamaban Lenin español, también quería entregarnos a las hordas soviéticas para que acabasen con todas las personas decentes.

Deja para lo último a Navarro Ballesteros y a mí, pero no podemos quejarnos. Somos en su opinión los más culpables del grupo. Aunque admite, de visible mala gana y de pasada, que personalmente no hemos matado a nadie, debemos y tenemos que ser castigados con mayor severidad que los asesinos materiales. Somos dos hombres jóvenes, con una amplia cultura, inteligencia clara y habilidad para manejar la pluma. No lo dice, claro está, como un elogio, sino para hacer resaltar mejor la enormidad de nuestras culpas. Pudiendo distinguir entre el bien y el mal, dirigiendo en Madrid dos de los diarios de mayor difusión e influencia política, en lugar de poner nuestro talento al servicio de una causa limpia y noble, lo habíamos utilizado de manera deliberada para encender en las masas las más innobles y criminales pasiones. Al estimular la sangrienta e inútil resistencia marxista, prolongando la guerra con nuestras campañas mendaces, habíamos contribuido directamente al sacrificio de millares y millares de personas decentes.

—Tan enormes son sus delitos —concluye— que no los pagarían con cien vidas que tuvieran.

—¿No será suficiente con que les den garrote una vez? —Inquiere con voz meliflua y sonrisa angelical uno de los individuos de paisano que le acompañan.

—Sí, pero es una lástima.

—¿Por qué?

—Porque aun siendo infamante, el garrote vil es demasiado honroso para estos asesinos.

Los otros hacen gestos de asentimiento mientras vuelven la espalda y se alejan a lo largo del pasillo. Cuando los guardias cierran la puerta del calabozo, Navarro me pregunta burlón:

—¿Qué opinas de tan bondadosas intenciones?

—Que para satisfacerlas, Dios tendría que hacer el milagro de resucitarnos veinte veces para que se dieran el gusto de agarrotarnos otras tantas.

A decir verdad, ni los gestos ni las amenazas ni los insultos nos impresionan a estas alturas. Cuanto más se repite un hecho, menor efecto

causa, y llevamos tres meses sin oír otra cosa. Las injurias resbalan ya sobre nosotros sin producimos el menor efecto.

—Tan acostumbrado estoy ya que el día que no me llamen asesino, voy a creer que lo soy de verdad.

Sin embargo, veinticuatro horas después me saca de quicio oír que alguien me lo llama e igual les ocurre al resto de los ocupantes del calabozo. Nuestra diferente reacción se debe a que quien ahora lo dice es un preso como nosotros, y no un enemigo personal o ideológico. Lo más asombroso y deprimente estriba en que no se trata de un traidor o chivato, sino de un hombre enloquecido por el pánico.

El incidente se inicia a media tarde del 4 de julio, cuando se abre la puerta del calabozo para dar paso a un hombre con su parco petate a cuestas. Es un muchacho joven, de complexión más bien débil, que viene en mangas de camisa, sin corbata, con el pelo alborotado, que de pie en el centro del calabozo nos contempla fijamente con clara expresión de susto. Tengo la impresión de que no me resulta desconocida su cara, aunque no recuerdo con exactitud dónde la he visto.

—¡Hola, Pepe! —le saluda Rodríguez Vega—. ¿Cuándo te han traído aquí…?

Pepe se le queda mirando con ojos de loco. Luego, sin responder una sola palabra, tira su petate al suelo, se sienta encima, oculta el rostro entre las manos y rompe a llorar, con sollozos que le sacuden todo el cuerpo. Sorprendido y afectuoso, Vega se inclina sobre él tratando de consolarle.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Qué te han hecho esos canallas para…?

Se acentúan los sollozos de Pepe, a quien el llanto y la emoción impiden contestar. Todos nos agrupamos en torno suyo, sorprendidos y desconcertados por algo que no estamos acostumbrados a presenciar. Con un gesto pregunto a Navarro, que parece conocerle, quién es. Me lo explica en breves palabras.

—Es un buen camarada socialista, secretario del Círculo del Oeste. Estuvo preso en octubre, se portó bien durante la guerra y le cogieron, como a todos, en Alicante. Vino a Madrid en la misma expedición que nosotros.

—¿Qué diablos le ocurre?

—No lo sé. Como no nos lo diga él mismo…

Tarda un rato en podérnoslo decir. Sólo cuando se tranquiliza un poco y se incorpora ayudado por Vega y Molina puede empezar a hablar. Contestando a las preguntas de todos, empieza por negar haber sido objeto de malos tratos. En favor suyo habían intervenido unos policías amigos que le trajeron a la calle de Alcalá el día mismo de nuestra llegada a Madrid.

—Aquí llevo tres semanas tratado con todo género de consideraciones. He podido ver a mi mujer casi todos los días, y nadie me ha tocado a un pelo de la ropa.

—¿Y ese llanto?

—Me habían dicho que todo iba bien, que mi asunto estaba casi arreglado y que posiblemente me marcharía un día de estos a casa. Y ahora, de pronto, cuando más contento estaba…

—¿Qué?

—Me han traído aquí. ¡Con vosotros! ¡Como si fuese también un asesino…!

Las palabras nos cruzan la cara como un latigazo. Algunos vacilamos creyendo haber entendido mal. Otros reaccionan con violencia.

—¡Oye, mariconazo —chilla Molina, levantándole en vilo—, aquí no hay más asesino que tú y el cabrón de…!

—¡Déjale! —intercede Vega—. ¡No sabe lo que dice de asustado que está!

—¡Como le sacuda yo, sí que va a asustarse…!

Pepe cambia de color nos mira aterrado y tiembla de pies a cabeza. Cuando Molina le suelta, vuelve a dejarse caer al suelo y sigue llorando metida la cara entre las manos.

—Bueno, muchacho —le habla Rodríguez Vega con aire sereno—. Tómate el tiempo que sea, pero tranquilízate. Cuando estés tranquilo, dinos lo que te pasa.

—¡Pero no nos confundas con unos facinerosos o acabaremos tirándote por la ventana!

Tenemos la suerte de que Amor Buitrago, que ahora apenas viene al calabozo más que para dormir, está en uno de sus paseos con los policías. Podemos hablar con relativa libertad, sin temor a que nada de lo que digamos llegue a otros oídos que los nuestros. Transcurren diez minutos

antes de que el muchacho pueda tranquilizarse a medias. Incluso entonces tiene miedo de hablar por si cualquiera de nosotros reacciona con vehemencia irritada ante sus palabras. Mejor que hablar él, quiere que sea Rodríguez Vega, que conoce perfectamente su historia, quien nos la cuente.

—José García pertenecía a las Juventudes Socialistas en octubre de 1934. Vivía en la casa en que estaba el Círculo Socialista de Oeste, y sus padres eran porteros del edificio.

Los miembros del Círculo participan activamente en las luchas de octubre en Madrid. En el local se han repartido armas, y la Policía lo sabe. Pero si recupera algunas, la mayoría siguen escondidas nadie sabe dónde. Pepe es detenido; lo son también sus padres. Para obligarles a hablar, los policías no andan con excesivas contemplaciones.

—Tan duro es el trato, que José García, a más de ver apalear a sus padres, resulta con graves trastornos de los que todavía, y han pasado cinco años, no se ha recuperado por completo.

Tras pasar año y medio en la cárcel, Pepe sale libre en febrero de 1936. Cuando empieza la guerra civil ocupa el cargo de secretario del Círculo. Quiere marchar al frente, pero no puede hacerlo por sus dolencias. Ha de quedarse en la retaguardia, y está al frente de un grupo de milicianos socialistas cuando el 22 de agosto se produce el asalto a la Cárcel Modelo.

—Recibe órdenes de la Casa del Pueblo de presentarse con sus hombres en la cárcel para poner coto a los excesos cometidos por algunos indeseables, y no sin grandes esfuerzos y arriesgando personalmente la vida, consigue, en unión de las fuerzas enviadas por el Gobierno, restablecer un principio de orden.

José García hace algo más. En uno de los patios encuentra aterrados a varios de los policías que le detuvieron y golpearon a él y a sus familiares, veinte meses atrás. Varios de los policías que estaban en la cárcel han muerto ya, y éstos temen seguir su misma suerte. Suplican a José por su vida, y éste toma una resolución:

—Para que veáis que soy más caballero que vosotros, voy a salvaros.

No sin tener que enfrentarse con muchos de los que le rodean, consigue sacarlos hasta la calle y los deja en completa libertad. Pero unas horas después van a verle varios familiares de los liberados. Los policías, que

pertenecían a la Brigada Político Social, son muy conocidos en Madrid. Temen que algunas de las personas detenidas por ellos se enteren de que están en libertad y vayan a buscarles.

—Sólo usted puede salvarles, metiéndoles en una Embajada. ¡Tiene que completar su buena obra, señor…!

José García se deja convencer por las súplicas y los llantos. Parece que los policías ya tienen medio arreglado el asilo en una representación diplomática. Pero en tomo a todas ellas hay una vigilancia estrecha, y les detendrían antes de llegar a la puerta de entrada, caso de que alguien no les reconociera en el camino.

—Si les acompañara en su coche, nadie se metería con ellos.

Pepe lo hace, y los policías hallan refugio en una Embajada en que permanecen hasta el final de la guerra. Es todo lo que sabe Rodríguez Vega, aunque se imagina el resto, hace que sea el interesado el que lo cuente.

—Uno de los policías que fueron por nosotros a Alicante me debía la vida. Aseguró que no tenía nada que temer, porque no habían olvidado lo que hice por ellos, y estaban dispuestos a pagarme en la misma moneda. Añadió que otro de los salvados por mí estaba de jefe aquí, y no me pasaría nada.

Apenas llegados al sótano del hotelito de Almagro, los dos policías se presentaron en su busca y le trasladaron a la calle de Alcalá. Durante veinte días le habían tratado como merecía, repitiendo a todas horas lo agradecidos que le estaban, explicando a sus compañeros lo bien que se había portado con ellos y asegurándoles en todos los tonos que a las pocas semanas estaría en completa libertad.

—Todo marchaba perfectamente hasta hace un rato, que, aprovechando sin duda que mis amigos habían salido, fueron tres individuos a buscarme, me llamaron todo lo peor que podían llamarme, se burlaron de mí y me trajeron aquí.

—Con los asesinos, ¿verdad? —pregunta, hiriente, Molina.

—Eso dicen ellos —replica García—, aunque yo sé que no lo sois. Pero el simple hecho de que me hayan metido en este calabozo…

Un sollozo le impide terminar la frase, y algunos ríen despectivos al oírle. Otros, que nos damos perfecta cuenta de su estado de ánimo, sentimos

pena por él y asco por quienes tan mal le pagan su ingenua generosidad. Tras una breve pausa, aún añade, como quien se agarra a un clavo ardiendo:

—Seguramente han querido asustarte esos tipos, quizá por odio y envidia a mis amigos. Pero en cuanto vuelvan y se enteren de lo que me han hecho…

—Vendrán corriendo a sacarte de aquí y a consolarte —miente, piadoso, Rodríguez Vega, haciéndonos señas para que no digamos la verdad que todos sospechamos.

Aunque de momento se convence, probablemente porque desea desesperadamente dejarse convencer, en el fondo siente cierta desconfianza. Mira esperanzado cada vez que se abre la puerta, confiando que vengan sus amigos a rescatarle, y tuerce el gesto cuando comprueba que no es así; en dos o tres ocasiones se le saltan de nuevo las lágrimas. Al fin le llaman, pasadas las doce de la noche. Se pone en pie de un salto y procura recoger apresuradamente todas sus cosas.

—No las necesitas ahora —le dice un policía desde la puerta—. Ya vendrán por ellas cuando hayamos hablado un poco contigo.

Pese a que la advertencia no tiene nada de tranquilizante, José García se va convencido de que van a ponerle en libertad o poco menos. Todos aguardamos con curiosidad su retorno, que tarda más de una hora en producirse. Cuando vuelve lo hace destrozado moral y materialmente. Si al principio no hace otra cosa que llorar, al cabo, ya de madrugada, nos cuenta lo sucedido.

—Son una partida de malnacidos —dice, entre sollozos—. Se han reído de mí y me han pegado hasta cansarse. Saben lo que hice, pero no les importa. Incluso me han dicho que me matarán a palos aprovechando los ratos que mis amigos no estén aquí.

* * *

Cada uno de nosotros tiene motivos sobrados para temer por su futuro inmediato y no sentirse a gusto con su desagradable presente. No nos sobran el ánimo ni las ganas para compadecer a los demás, cuando tantas razones tenemos para apenarnos por nosotros mismos. Sin embargo,

ninguno puede evitar una profunda compasión por José García, por ser el más débil en cuerpo y espíritu de todos nosotros.

Es, también, el más inocente y crédulo. A pesar de la primera paliza, sigue confiando en sus amigos. No se da cuenta, acaso porque no quiere ni siquiera pensarlo, que tienen que estar perfectamente enterados de que le han metido en nuestro calabozo y le están tratando en forma semejante que a los demás.

—¡No seas panoli! —se enfada a veces Molina—. ¿Todavía no comprendes que están todos de acuerdo?

—Si conocieras a mis amigos no dirías eso. Son dos excelentes personas, y lo que hice por ellos…

—¡Pues hay que ver cómo te lo pagan…!

Avelino, Ariño y Paulet, a quien interrogan en repetidas ocasiones en estos días, saben perfectamente a qué atenerse. No sé si es verdad o lo dice únicamente para demostrar a García que está en el mayor de los errores, pero uno de ellos afirma al día siguiente:

—Los perros se reían a mandíbula batiente hablando de ti. ¡Y el que más se carcajeaba era tu amigo…!

García niega que pueda ser verdad lo que dicen, pero sigue llorando cuando cree que no le miramos. Llora con motivo redoblado cuando sufre un segundo interrogatorio y le traen al calabozo más muerto que vivo. Sin embargo, acaso porque la esperanza es lo último que se pierde, todavía parece confiar en sus amigos.

—¡Cuando vuelvan —suspira— y se enteren de lo que me hacen…!

—Ya estarás en el limbo, de donde no debiste salir…

Aparte de las desventuras del pobre José García, todos tenemos motivos serios de preocupación. A Juan Ortega y Continente les interrogan varias veces, y ninguna vuelven indemnes al calabozo. A Manteca le dejan tranquilo, pero sigue pensando en su suegro, que quedó en Almagro en bastante mal estado. A Villarroel se le llevan una mañana luego de una escena violenta y de amenazarle con que no llegará vivo a la noche. A Navarro y a mí nos llaman una tarde, y afortunadamente es sólo para que nos vean unos cuantos amigos del que nos llama, precisamente el mismo policía que fue a buscarnos a Albatera.

—¿Interrogaros? ¿Para qué? Sé de vosotros todo lo que debo saber y mucho más de lo que os conviniera. Especialmente de ti, Guzmán. En la Embajada leía todos los días *Castilla Libre*. Algunas veces tus artículos me los ponían en la garganta. Ahora eres tú el que debes tenerlos en el mismo sitio.

Para Avelino Cabrejas y Antonio Ariño parece no haber más obsesión que Losa. Cada día que pasa, cada vez que les interrogan están más convencidos de que no le mataron cuando yo pienso, sino que continúa vivo. Sus palabras son siempre las mismas:

—¡Lo que me han dicho sólo lo sabía el cabrón de Losa!

Antonio Molina no parece tener nervios. Aguanta todo lo que haya que aguantar con la misma imperturbabilidad que en el frente soportaba los bombardeos enemigos. A veces es un poco cruel con sus bromas. Cuando de madrugada abre los ojos y ve despierto a José García, que duerme a su lado, le dice, con gesto de resignación:

—¡Paciencia, Pepe, que a ti y a mí nos pican sin remisión los primeros!

Medio minuto después ronca tranquilamente; García, en cambio, solloza a veces con tanta fuerza que despierta a Ariño, que duerme a dos pasos de distancia.

—¡O te callas de una vez —le amenaza Ariño—, o si vuelven a preguntarme algo de Fomento les digo que tú eras el jefe!

La amenaza basta para que García deje de sollozar amedrentado. Cuando Ariño no le oye, trata de justificar su temor:

—Ese bestia es capaz de decírselo.

Una tarde —debe ser el 7 o el 8 de julio— vienen en busca de Manteca, al que han dejado en paz durante varios días. Una hora después vuelve al calabozo. Pero ni vuelve por su pie ni le traen a rastras unos policías o guardias. Lo trae a cuestas, trabajosamente, su suegro. Valcárcel ha envejecido considerablemente en el poco tiempo que llevamos sin verle. Si físicamente las palizas han hecho mella en su cuerpo, el daño moral de que le obliguen a pegar a su yerno o que éste le pegue a él ha minado su espíritu.

—¡Es peor que la misma muerte! —murmura con aire desolado mientras le ayudamos a dejar en el suelo el cuerpo inánime de Manteca.

—¿Te han obligado a pegarle?

—No —responde, sincero—. Fue él quien se negó a pegarme a mí. Pese a que yo mismo se lo pedí a gritos para evitarle el castigo, mantuvo firme su negativa hasta que cayó al suelo destrozado a palos.

Hacemos por Manteca lo poco que podemos hacer: lavarle la cara, colocar su manta para tenderle, y hacerle sorber un poco de agua cuando medio empieza a volver en sí, y esperar con calma a que vaya reponiéndose. Valcárcel se sienta a su lado y le mira fijamente con un brillo de lágrimas en las pupilas.

—Acabaremos lo mismo que el pobre Mulsa —murmura con aire desolado—, y acaso cuanto antes mejor.

—¿Qué le pasó a Mulsa? —pregunta Ortega.

—Murió anteayer. Dicen que se ahorcó con su propio cinturón, colgándose de una tubería. Yo…

—¿No crees que fuera suicidio? —insiste Ortega, viéndole detenerse.

—No podría jurarlo, porque no presencié el suicidio. Pero dos días antes le habían pegado de tal manera que lo único raro es que viviese cuarenta y ocho horas más y aún tuviera fuerzas para matarse.

En cualquier caso, no tiene la menor duda de que Mulsa ha muerto, porque se lo han dicho incluso quienes vieron sacar su cadáver. La tragedia nos impresiona dolorosamente a todos. Es un nombre más que sumar a los de Recatero, Lebrero, Sandoval y Losa, que murieron antes que él y en parecidas circunstancias. Sin darme cuenta he debido expresar en voz alta mis pensamientos, por cuanto Valcárcel me interrumpe:

—¿Te refieres a Fidel Losa?

—Sí, ¿por qué?

—Porque Losa está vivo, desgraciadamente, y convertido en un miserable chivato.

—¡Tenía que ser así! —exclama Cabrejas—. Hay cosas que, de no hablar ese cerdo…

—¿Estás seguro de que continúa vivo? —pregunto, sin acabar de convencerme.

—Si no se ha muerto en estas horas, a mediodía estaba más vivo que tú y que yo.

Preciso es rendirse a la evidencia. Para disipar cualquier duda que pudiera cabernos, Valcárcel sigue hablando. Ignora dónde pudieron tener a Losa desde la noche que le sacaron de nuestro calabozo hasta después de trasladarnos a nosotros a la calle de Alcalá. Sólo sabe que en los cinco o seis últimos días ha estado en Almagro.

—Que yo sepa, le carearon dos veces con España y Prieto, a los que acusó de mala manera. Por cierto que, según Félix, tiene una memoria increíble, fotográfica, que conserva fielmente grabados los más mínimos detalles.

Personalmente no le había visto hasta aquel mediodía cuando le sacaron del calabozo para trasladarle aquí. Se lo encontró en el vestíbulo, moviéndose con cierta libertad y desembarazo. No era, claro está, que le dejasen salir a la calle o no le vigilasen a todas horas.

—Pero estaba sentado detrás de una mesa, escribiendo un montón de papeles. Y no creo que en ellos pueda decir nada que favorezca a ninguno de los que un día le tuvieron por compañero.

No acabo de comprender cómo un hombre puede experimentar en el curso de unas horas o unos días tan radical transformación. ¿Es posible que quien soporta estoicamente los mayores sufrimientos y parece dispuesto a dejarse matar en defensa de un ideal, se convierta de pronto en un despreciable delator? Me cuesta trabajo admitirlo, ni siquiera con el antecedente directo y cercano de Felipe Sandoval. Según Juan Ortega, el caso de este último podría tener explicación en su vida anterior, en su historia como delincuente vulgar.

—¿Acaso lo fue también Losa antes de ingresar en la organización?

—Losa no ingresó en la CNT hasta bien avanzada la guerra, y en ningún momento llegó a ser considerado como uno de sus militantes.

No era, sin embargo, un individuo reaccionario, conservador y fascistizante. Lejos de ello, era un liberal izquierdista, afiliado desde años antes a una de las agrupaciones republicanas más avanzadas. Aun teniendo amigos y conocidos en la CNT, no pertenecía a ella.

—Entre otras razones, porque no existía un sindicato de policías.

Fidel Losa es policía cuando empieza la guerra, y continúa siéndolo hasta su final. A diferencia de Lebrero, no parece que juegue con dos

barajas ni que pretenda hacer méritos ante los posibles vencedores protegiendo sus actividades a medida que la suerte de la contienda se decanta en contra nuestra. Permanece en a su puesto hasta los últimos momentos; sale de Madrid cuando ya está perdida la ciudad, y llega hasta Alicante tan inútilmente como todos.

—Durante algún tiempo fue el hombre de confianza, el secretario o algo así de Benigno Mancebo. ¡Menuda sorpresa para él si llegara a enterarse de que se ha convertido en un chivato!

De Benigno Mancebo no he vuelto a saber nada desde la noche del 31 de marzo, en que escapó de los muelles donde estábamos cercados. Cabe la posibilidad de que lograse salir de Alicante, e incluso de España, también que se encuentre escondido aquí o allá. Pero lo más probable es que haya muerto. La mitad por lo menos de los que intentaron huir del puerto, del Campo de los Almendros o Albatera perdieron la vida en el intento, y muchos no fueron ni siquiera identificados. En este caso concreto debemos ponernos en lo peor, con la casi completa seguridad de acertar.

—No creo que Mancebo —respondo, sincero— pueda enterarse ya de nada.

—Quizá sea lo mejor para él. ¡Si llegasen a cogerlo vivo…!

Me lo imagino sin dificultad. Sobre no tener posibilidad alguna de salvación, su muerte iría precedida de espantosos sufrimientos. El interesado lo sabía mejor que nadie, y todavía recuerdo su desgarrada confesión de uno de los últimos días en los muelles alicantinos, cuando se desvanecía la ilusión de un barco que pudiera evacuamos.

—La revolución no se hace con agua de rosas —decía—. Tiene, como obligada compensación de su grandeza, una parte sucia y fea que alguien tiene que realizar. Para defenderla de sus mucho enemigos alguien tiene que mancharse las manos. En nuestro caso he tenido que manchármelas yo. Mi papel era menos heroico del que peleaba en las trincheras y menos brillante del que hablaba en las tribunas; pero tan necesario como el primero y más eficaz que el segundo. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Lo comprendí a finales de marzo y lo comprendo con mucho mayor motivo un centenar de días después. Por el bien de Benigno Mancebo espero y deseo que esté muerto, caso de que no haya podido alcanzar la

frontera. De continuar vivo aquí, cabe la posibilidad de que un día u otro, un año u otro, den con su paradero. Y si le cogen no le quedará más remedio que lamentar amargamente haber llegado a nacer.

Una mañana, cerca ya del mediodía, la puerta del calabozo se abre con la acostumbrada violencia, y en el umbral aparece la figura sonriente del mismo policía que fue a buscarnos a Albatera. Llama a Navarro Ballesteros y a mí.

—¡Salid rápidos! No quiero que os perdáis un acontecimiento histórico.

Salimos de mala gana, recelosos y desconfiados. Es difícil que llamen a cualquiera de nosotros para algo agradable, y menos aún para presenciar un acontecimiento, sea el que fuere. Lo más probable es que se trate de una broma más o menos ingeniosa, que nos llamen para burlarse de nosotros y hayamos de volver al calabozo con alguna que otra magulladura. El individuo que ha ido a buscarnos se imagina lo que estamos pensando, y dice, sonriente:

—¡Tranquilos, rojillos, que no se trata de ningún interrogatorio! ¿Para qué demonios iba a preguntaros nada si ya están listas las declaraciones y sólo queda ponerlas en limpio para que las firméis?

Le miramos, incrédulos y desconcertados. ¿Cómo pueden saber lo que vamos a declarar para tenerlo ya escrito? Un momento estoy a punto de decirle que no firmaré sino aquello que de verdad diga y que se ajuste escrupulosamente a la realidad de los hechos; me contengo a tiempo tras cambiar un leve gesto con Navarro. Expresar con claridad nuestro pensamiento sólo puede tener en este momento consecuencias desagradables.

—¿No os habéis cansado de escribir que en Madrid se rompería los dientes el fascismo? ¡Pues ahora vais a comprobar que no disteis una en el clavo!

—¿Cómo?

—Con sólo asomaros al balcón. ¡A ese precisamente!

Es el que tenemos más cerca. Da la calle de Alcalá, junto a la avenida de Menéndez Pelayo y frente por frente a Príncipe de Vergara. Antes de llegar a asomarnos ya percibimos el ruido de la multitud y algunos gritos y

canciones. Tres de los policías que están asomados se apartan un poco para que podamos avizorar un panorama tan inesperado como sorprendente.

—¿Qué os parece la vista?

La calle de Alcalá está llena de gentes alborozadas y vocingleras. No sólo se agolpan en las aceras, sino que se desbordan por parte de la calzada, dejando en medio un ancho pasillo. Debe tratarse de una procesión o desfile, y guardias y soldados cubren la carrera. Muchos llevan en la mano banderitas que agitan por encima de sus cabezas. Todos los balcones lucen colgaduras, generalmente con los colores rojo y gualda. Las farolas del alumbrado y los postes del tranvía aparecen engalanados con banderolas italianas y españolas entrelazadas.

—¡Ahí viene! ¡Ahí está ya!

La multitud mira hacia la parte alta de la calle y nosotros la imitamos. Son tres coches descubiertos que bajan por la calzada. No deben ser los que la multitud espera, porque al divisarlos cesan las voces y los empujones de quienes aguardan a pie firme.

—¿Quién viene? ¿Un desfile de tropas?

—Es el conde Ciano, yerno del Duce, ministro de Negocios Extranjeros de Italia, que viene a visitar lo que, según vuestros embustes, habría de ser la tumba del fascismo.

—Pero que lo va a ser, que lo es ya, de todos los rojos habidos y por haber. ¡Empezando por vosotros, naturalmente!

Aunque ya debía haber pasado, según oigo decir, todavía tarda más de un cuarto de hora en aparecer el coche en que viaja el conde Galeazzo Ciano de Cortellazo. Los quince minutos se los pasan algunos de los policías que nos acompañan y custodian en el balón, gastándonos bromas, insultándonos y propinándonos codazos y pisotones. No les prestamos la menor atención, absortos en la contemplación del cuadro que se ofrece a nuestros ojos. La gente que se agolpa en la calle, la profusión de banderas, los gritos y las canciones entonadas por centenares de voces constituyen un verdadero espectáculo.

—¡Ahí le tenéis! ¡Uno de los salvadores de Europa y de los que aplastarán sin tardar mucho a Rusia y a todos los rojos!

Ciano es un hombre joven, recio, fornido, vestido de uniforme, que viene de pie en un coche descubierto, sonriendo triunfante y feliz, correspondiendo con el saludo romano a las aclamaciones de la multitud. La muchedumbre le aplaude y vitorea con increíble entusiasmo, con auténtico frenesí. De no ser por los guardias y soldados que cubren la carrera, las gentes llegarían hasta él para abrazarle, tal vez llevarle en hombros impulsados por la admiración y la gratitud. Un momento pienso que, igual que sucedió hace ciento veinticinco años con Fernando VII en estos mismos parajes; la gente será capaz de alzar en vilo el carruaje y pasear de esta guisa por toda la ciudad a su ilustre visitante.

Cuando la comitiva pasa por delante, el entusiasmo se desborda. Tremolan las banderas, gritan los hombres, chillan las mujeres y todos se parten las manos aplaudiendo. Incluso los policías que nos acompañan enronquecen vitoreando a Ciano, al Duce, a Italia y al fascismo.

Sobre el coche en marcha caen ramos de flores arroja das desde los balcones. Al alejarse la comitiva se forma una impresionante manifestación que desciende hacia la Puerta de Alcalá entonando a pleno pulmón himnos españoles e italianos, alternando con los gritos de rigor y los vivas estruendosos.

—Con que Madrid era la tumba del fascismo, ¿eh? ¡Pues desde la Cibeles hasta el último gato, todo Cristo es fascista!

Los policías rebosan de alegría, satisfacción y optimismo ante el espectáculo que acabamos de presenciar, que constituye para ellos demostración irrefutable de los sentimientos del pueblo madrileño. Cuando de nuevo nos llevan al calabozo, el mismo que nos sacó explica, sonriente, los motivos de su acción.

—No quería que murieseis engañados, creyendo que la gente admiraba y compartía las ideas que predicasteis. Prefiero que muráis con la amargura del completo fracaso.

—¿En qué?

—En todo y por todo. Como habéis comprobado, nosotros no sólo hemos vencido, sino que además hemos convencido. Incluso para vuestros antiguos secuaces no sois más que un estorbo, y nadie derramará una sola lágrima al enterarse de vuestro fusilamiento.

De regreso en el calabozo, varios preguntan, y contamos la verdad pura y simple de lo contemplado. En todos produce visible efecto nuestra referencia tanto a la magnitud como a las palabras triunfales con que lo comentó el policía que nos trajo de nuevo al encierro. Discutimos un rato acerca de la verdadera importancia de la manifestación formada para ovacionar a Ciano y a su posible espontaneidad. Sinceramente, señalo que he presenciado otras varias mucho más nutridas y entusiastas aún, destacando entre ellas la del recibimiento tributado en Barcelona a Companys y demás miembros de la Generalidad cuando en febrero de 1936 regresaron a Cataluña recién salidos del penal de Cartagena.

—En cualquier caso —añado, tratando de levantar un poco el ánimo deprimido de quienes me escuchan—, las multitudes son tornadizas, y que cincuenta, cien o doscientas mil personas aclamen a un individuo no significa que al día siguiente no hagan lo mismo con su contrario.

En apoyo de mis palabras, refiero la conocida anécdota de la triunfal entrada de Cromwell en Londres, luego de haber aplastado a las tropas de Carlos I. El alcalde de la ciudad, que acompaña en un coche descubierto al protector en su paseo por las calles londinenses, expresa su esperanza de que Cromwell esté satisfecho de lo multitudinario del recibimiento que le tributa.

—No tiene gran importancia —responde el interesado—, porque si mañana me ahorcaran vendría todavía más gente a presenciar la ejecución.

—Lo malo —comenta Rodríguez Vega— es que a Ciano no le ahorcarán, como no ahorcaron a Cromwell, sino que los fusilados seremos nosotros.

(En los años de cárcel tengo ocasiones sobradas de recordar nuestra charla en un calabozo de la calle de Alcalá. Porque si muchos de los que allí estaban el 10 de julio de 1939 acabaron ante el paredón, el triunfador Ciano corrió la misma suerte. Todavía seguíamos en presidio los pocos supervivientes cuando el yerno de Mussolini, detenido por orden de su suegro, era pasado por las armas en unión de otros jerarcas fascistas en la ciudad italiana de Verona).

* * *

—No cabe la menor duda. Tienes tanta sarna como yo.

Hace ya días que la sarna ha venido a sumar su incomodidad, molestias, picazón y suciedad a las que nos proporcionan chinches y piojos. Durante veinticuatro horas he tratado de engañarme a mí mismo respecto al significado de unos picores más intensos y unas vejiguitas en las piernas, el pubis y la base de los dedos. Cuando esta mañana he ido al lavabo me he restregado con un estropajo las partes afectadas sin conseguir otra cosa que aumentar las molestias. Cuando le muestro mis manos a Continente, que ha sido uno de los primeros afectados en el calabozo, su impresión confirma los peores temores.

—Lo único raro es que no la tengamos todos ya hasta en el pelo.

Por motivos y razones que no alcanzamos a comprender, quedan aún seis o siete libres del contagio. Son precisamente los que más piojos tienen. ¿Será cierto, como decía burlonamente uno de los médicos presos en Albatera, que los «mierdobios» se comen a los microbios? Lo dudo, pero el hecho cierto es que los más favorecidos por pedículos en su triple variedad —capiti, pubis y vestimenta— disfrutan de una evidente inmunidad frente a las acometidas de los ácaros.

Desgraciadamente, en mi cuerpo parecen convivir amistosamente unos y otros bichitos, sin que ninguno de ellos además se declare incompatible con los centenares de chinches que aprovechan el menor rato de descanso para chuparme parte de la poca sangre que debe quedarme. Frente a los parásitos que llevan meses enteros atormentándonos, la sarna presenta un doble inconveniente: que pica y escuece más, obligando a rascarse con tanta fuerza que uno mismo se produce dolorosos arañazos y que no puede disfrutar de la satisfacción de aplastar entre sus uñas a los causantes de la molestia. Los ácaros se ocultan debajo de la piel, produciendo en ella surcos y vejigas, pero son prácticamente invisibles. Cabe imaginarse que de ésta o aquélla forma hemos conseguido matar a un puñado de ellos, pero siempre nos queda la duda, porque falta la comprobación directa y visual.

Acaso el daño de la sarna sea moral más que físico. Quienes la padecen tienen la seguridad de estar sucios, manchados; de haberse convertido en verdaderos intocables, como si padecieran una forma benigna de lepra. Me figuro que los leprosos, especialmente en los tiempos que su mal era

considerado como un castigo de la divinidad, debían considerarse, como nosotros en el calabozo de Alcalá, inferiores, degradados, marginados por completo de la sociedad. Con la agravante de saber que su mal se va extendiendo hora tras hora y sin posibilidad humana de hacer nada por atajarlo.

De sobra sabemos, sin embargo, que la sarna se cura con relativa facilidad en circunstancias normales. Basta y sobra con una cuidadosa higiene y con aplicaciones de determinadas pomadas curativas. Por desgracia, los detenidos aquí nos lavamos —cuando nos lo permiten— poco y mal; no hay manera de, desinfectar las ropas, y las pomadas están fuera de nuestro alcance. Llevamos cuatro semanas interminables de rigurosa incomunicación, sin poder hablar ni comunicamos por escrito con nuestros familiares. Una y otra vez solicitamos de guardias y policías que nos proporcionen los medicamentos precisos para curar la infección; que, como mínimo, digan a nuestros familiares lo que nos pasa, cuando cada tres o cuatro días vengan a traernos algo de comida. Dicen que lo harán para que nos callemos, pero no llega a nuestras manos medicina de ninguna clase.

—¡Rascaros fuerte, cabrones! —vocifera un policía al que se lo hacemos notar con los mejores modales del mundo—. ¡A ver si a fuerza de rascaros perdéis toda la mala sangre que lleváis dentro!

* * *

El aislamiento y la incomunicación en que vivimos producen los más extraños efectos. A fuerza de permanecer días y días hundidos en un calabozo, padeciendo incomodidades y torturas, oyendo quejarse a los magullados y esperando en cada momento recibir algún golpe, uno llega inconscientemente a figurarse que todo el mundo se encuentra en situación parecida. Quizá lo imaginamos en reacción puramente defensiva por lo que pueda tener de consuelo que el resto de la gente padezca lo mismo que nosotros. En cualquier caso, sorprende, desconcierta e incluso indigna comprobar que la vida sigue con cierta normalidad, que hay gentes que ríen y disfrutan mientras tantos millares de hombres sufren, sin que las tragedias ajenas alteren en lo más mínimo el ritmo de su existencia.

—¿Cómo es posible que todavía haya gentes con ganas de divertirse?

La pregunta refleja la estupefacción de Cayetano Continente una noche, dramática en el calabozo, al escuchar el alboroto y bullicio que sube del café Pelayo, situado bajo nuestros pies, pero tan distante de nosotros como si estuviera en distinto planeta. Su asombro puede parecer ingenuo y pueril a quienes se encuentren en situación distinta a la que estamos viviendo. Pero la indiferencia ajena, la vida ordinaria, las canciones y las risas suenan en nuestros oídos como una ofensa personal, como una burla sangrienta del angustioso drama en que estamos inmersos.

No hablamos con nadie de fuera, no recibimos cartas ni periódicos. Alguna vez, envolviendo el paquete con la comida que traen a cualquiera, viene un trozo o una hoja entera de un diario. Aunque generalmente es atrasado, leemos cuidadosamente incluso los anuncios, procurando hacemos una idea de cómo se desenvuelve la vida en la calle, qué sucede en España y en el resto del mundo. Nuestra información es fragmentaria, parcial, con terribles lagunas.

—Es un fenómeno fetén. Hacía un siglo que nadie toreaba con el salero y la gracia de Pepe Luis.

Se lo oigo decir a uno de los guardias hablando entusiasmado de la corrida de la víspera en Madrid con el que me acompaña hasta el retrete y aguarda con la puerta abierta y sin perderme de vista a que me moje las manos y la cara. Es la primera, noticia que tengo de que, tras el paréntesis de la guerra, se ha reanudado la llamada fiesta nacional. En la misma corrida me parece entender que una res ha matado a uno de los toreros; pero ninguno de los que hablan concede a su muerte la menor importancia.

Otras veces son los guardias o los policías que, hablando entre sí en forma que podamos oírles o dirigiéndose a nosotros, presumen de lo bien que lo pasaron la noche anterior o piensan pasarlo la próxima en las verbenas, los bailes y los múltiples centros de diversión que funcionan en Madrid. Todos, sin excepción, alardean de su éxito con las mujeres, y su jactancia reviste en ocasiones intenciones claramente ofensivas.

—Las gachís se me dan como hongos —oímos comentar a uno en voz alta en la puerta del calabozo—. Apenas hablo dos palabras con una, ya la tengo en los brazos.

—¡Natural! Como los rojos eran maricones, cuando se encuentran con hombres de verdad como nosotros…

En algunas ocasiones las familias, preocupadas por la prolongada incomunicación contra la que de nada valen gestiones, súplicas o amistades, tratan de animamos o sostener nuestra moral por el procedimiento que sea. Otras, —mucho menores en número, porque los detenidos sabemos de su dificultad y de las dolorosas consecuencias que pueden acarrearnos— trata cualquiera de nosotros de transmitirlas un aviso o un recado urgente. Generalmente intentamos decirles lo que nos interesa utilizando a los mismos guardias que nos traen los paquetes con la ropa o la comida y que les devuelven la ropa sucia. Pero aunque elegimos cuidadosamente las palabras para que bajo su aparente inocuidad nuestros deudos comprendan lo que intentamos comunicarles, no tenemos nunca la menor seguridad de que los guardias las repitan, y menos aún que a quienes van destinadas alcancen a descifrar su exacto significado. Más rápido, pero también más arriesgado, son palabras escritas en un papelito bien disimulado en las costuras de las camisas o en los pantalones. Pero casi todas las notas son interceptadas en el camino y más de uno tiene que sentir haberlas escrito. Una de ellas cuesta un grave disgusto a Puerta. Un día de mediados de julio se abre la puerta del calabozo y entra con gesto iracundo un policía, cuyo nombre ignoramos, pero al que por su cara redonda de muñeca llamamos «Pepona» entre nosotros.

—¿Quién es Germán?

—Yo.

—¡Toma, cabrón, para que digas que soy una hiena!

Mas que acompañar, el violento puñetazo precede a las palabras. Alcanzado de lleno en la mandíbula, Puerta es alzado materialmente en vilo para rodar por el suelo una décima de segundo después hundido en una ligera inconsciencia.

—¡Levántate rápido, o te pateo la cabeza…!

Con visible dificultad consigue incorporarse Germán, cuyo gesto refleja estupefacción por lo inesperado de la agresión. «La Pepona» sigue vociferando amenazador.

—¿Quién es la puta desorejada que te manda esta nota?

Exhibe ante las narices de Puerta un pedacito de papel en el que hay escritas unas palabras. Germán mira sorprendido el papel, y un poco confusamente, pero con acento de profunda sinceridad, afirma que no ha recibido ninguna nota ni tiene la más remota idea de quién se la pueda mandar.

—¿Vas a negar que venía en tu paquete?

—¡Pero si no he recibido ningún paquete…!

Es verdad, como varios nos apresuramos a corroborar, desafiando las iras del agente, que parece fuera de sí. Por no tener familia en Madrid, Puerta es de los pocos del calabozo que no ha recibido un solo paquete ni en la calle de Almagro ni en la de Alcalá.

—¿No, eh? ¡Ven conmigo, hijo de puta! ¡Vas a comerte el paquete con la nota y las muelas…!

Se lo llevan a empujones y patadas, y tarda bastante en regresar. Cuando vuelve lo hace por su pie, pero mostrando en el rostro huellas inequívocas del trato recibido. Al principio no quiere hablar, y lo comprendemos, porque Amor Buitrago se encuentra presente. Más tarde, cuando el chivato se va, cuenta lo sucedido.

—No sé quién me mandó un paquete con algo de comida, pero tuvo la mala ocurrencia de esconder una nota en un panecillo, sacando previamente parte de la miga. Descubrieron la nota, y las consecuencias…

Habíamos presenciado la primera de ellas con el puñetazo que le tiró por tierra y le había costado unos dientes. Las siguientes fueron de tipo parecido.

—Y lo peor del caso es que la nota era perfectamente estúpida.

Se limitaba a decir que no estaríamos mucho tiempo presos, porque las cosas tenían que cambiar, y que ya sabían que entre los policías había uno con cara de muñeca de cartón que era una verdadera hiena. Por fortuna, ni la nota estaba firmada, ni los guardias sabían quién había traído el paquete.

—Esa fue mi salvación, porque pude jurar que no sabía quién lo mandaba, ya que no tenía familiares en Madrid ni amigos íntimos que se preocupasen por mí, y que bien pudiera ser una faena de cualquiera que quisiera perjudicarme.

No le creyeron sino a medias, pero bastó para que no se ensañaran con él. (Aunque como medida de precaución incluso hablando con nosotros niega conocer la procedencia del paquete, al cabo resultaría que procedía de una hermana suya que vivía fuera y que pasó unas horas en Madrid. En cualquier caso, el incidente prueba lo arriesgado del procedimiento de comunicación, peligro acentuado considerablemente a partir de aquella fecha).

* * *

—¡Nueve palizas, y no he firmado!

Lo dice al volver en sí con visible satisfacción y orgullo un hombre al que hace dos horas metieron sin sentido en nuestro calabozo. La cara me parece conocida, aunque no sepa concretamente quién es. Parece, sin embargo, que vino con nosotros desde Alicante, y Avelino Cabrejas es amigo suyo. También le conocen José García y Rodríguez Vega. Se trata de un militante socialista llamado González —aunque no estoy nada seguro de que sea éste su nombre efectivamente—, que durante el último año de la guerra perteneció al SIM. Le han traído esta misma mañana a Alcalá, pero antes ha estado en Almagro y en otro centro policíaco de la calle de Jorge Juan.

—Están empeñados en que firme una declaración que tenían escrita antes de preguntarme nada. Yo les dije que no la firmaría aunque me matasen a palos, y cumpliré mi palabra.

Es un hombre joven, fuerte y decidido. Aunque la barba crecida y los sufrimientos pasados le han envejecido considerablemente, no debe pasar de los treinta y cinco años. Están empeñados en que firme una confesión en la que se declara autor de una serie de muertes.

—No es cierto, desde luego —sostiene—; pero aunque lo fuese, no les daría la satisfacción de firmar lo que ellos quieren.

Tiene una voluntad de hierro y una resistencia increíble. No se hace ilusión alguna respecto al final.

—Me mataran de todas formas. Pero, aunque sería preferible que le fusilaran a uno, yo he dicho una cosa y no habrá quien me saque de ella.

Su actitud ofrece el más rudo contraste con la de José García. Mientras éste —probablemente como consecuencia de los palos sufridos en 1934, que han alterado profundamente su equilibrio nervioso y psíquico— se pasa el día y la noche lloroso y gimoteante, González se muestra entero y de buen humor en las horas que transcurren entre una paliza y la siguiente.

—Por lo menos, que vean esos perros que no pueden doblegarme.

A las nueve palizas soportadas cuando entra en el calabozo, se suma otra catorce horas después. Recobra el conocimiento ya en la madrugada del día siguiente. Su primer comentario, cuando logra sentarse en el suelo, es una afirmación parecida a la de la tarde anterior.

—¡Diez palizas, y continúo sin firmar!

Es un caso sorprendente de estoicismo y entereza. Hablando con él, algunos llegan a insinuarle que nada perdería con firmar. ¿Que le fusilarían si firma lo que pretenden los policías? Es probable; pero si no lo firma acabarán con él, porque por grande que sea la suya, toda resistencia humana tiene un límite. Rechaza decidido la sugerencia.

—¡Ni pensarlo! ¡Aguantar hasta el final es para mí una cuestión de honor!

Lentamente van cambiando los ocupantes del calabozo. A Manteca y Valcárcel se los han llevado, creemos que a la cárcel. Paulet no tarda veinticuatro horas en seguirles. Una tarde le llaman a declarar y cuando vuelve parece más animoso y optimista que de costumbre. No quiere decir lo que ha pasado, pero más tarde, hablando aparte conmigo, indica:

—Antonio, que ocupa un alto cargo, ha venido a verme y hará todo lo posible por salvarme.

Antonio es un individuo que pasó toda la guerra en Madrid, del que algunos sospechaban que pertenecía a la Quinta Columna y en cuya defensa intervino Paulet. Ahora parece que, efectivamente, formaba parte de las organizaciones clandestinas de Falange, y se dispone a pagar la deuda contraída con quien le protegió.

—Dicen que mañana podré firmar la declaración sin que me peguen y marcharé a la cárcel. Luego intervendrá Antonio para que no me pase nada.

Otro que abandona estos días el calabozo es Antonio Molina, comandante de división. Sale con rumbo a una cárcel, pero no va a ninguna

de las madrileñas, sino hacia la de Huelva. Le envían allí, en compañía del también comandante Guerrero, por si a más de los cargos militares pueden cargar sobre sus hombros alguna otra responsabilidad.

—¡Salud y suerte, porque no creo que volvamos a vernos!

Germán Puerta y Cayetano Continente desfilan a continuación. Ignoro qué declaraciones han tenido que firmar, y posiblemente lo ignoren ellos mismos. El primero parece tener la impresión de que únicamente le acusan de haber sido secretario del comité regional de la FAI y diputado provincial. El segundo —parco siempre en palabras, duro y estoico— no confía mucho en que no le lleven a su pueblo. De cualquier forma, ninguno de los dos puede mostrarse optimista respecto a su inmediato futuro.

El traslado de estos siete, que llevan más de un mes compartiendo nuestros calabozos en Almagro y Alcalá, no mejora mucho la suerte de los restantes. De un lado, porque además de González meten con nosotros tres individuos más a los que no tratan precisamente con guantes de terciopelo. De otro, porque en la segunda decena de julio extreman la violencia contra varios. Al hundimiento psíquico del pobre José García viene a sumarse pronto el físico. Parece que hay a quien le hacen mucha gracia sus protestas de inocencia y el constante repetir de lo generosamente que se portó con unos policías presos en la Modelo madrileña en agosto de 1936. Clama por sus amigos, pero sus amigos no aparecen cuando más los necesita. Burlonamente puede decir Ariño cuando le oye lamentarse de su ausencia.

—Con amigos como esos, no necesitas ningún enemigo para que te maten a palos.

Tampoco lo pasan nada bien el propio Ariño ni Avelino Cabrejas. Si uno y otro han padecido en diferentes ocasiones prolongados interrogatorios, ahora los sufren con mayor abundancia e intensidad. Raro es el día que no se llevan a uno y a otro, y cuando los traen horas más tarde resultan difíciles de reconocer. Ambos coinciden en echar buena parte de lo que les sucede a Fidel Losa:

—¡Qué pena que no le matasen cuando tú creías!

Ya no cabe posible duda de que continúa vivo. No sólo por lo que Valcárcel nos dijo, sino porque en tres ocasiones distintas le traen a la calle

de Alcalá para carearle con ellos y con Victoriano Buitrago. Todos sienten por él —con sobrado motivo— repulsa y asco.

—Es un tipo retorcido y morboso que disfruta haciendo daño.

—¿Pero es cierto lo que dice? —pregunto a Cabrejas.

—Unas veces sí y otras no. Pero cuando miente, lo hace con tanto aplomo, que consigue que le crean más que cuando dice la verdad.

Parece que el caso de Losa es totalmente distinto al de Sandoval. Mientras éste se limitaba a confirmar lo que decían los policías, movido únicamente por el temor a que siguieran pegándole, Fidel es un sádico que, una vez vencida su resistencia inicial, encuentra en su nuevo papel de confidente un placer extraordinario.

—¿Conseguir que se tire por la ventana como el otro? ¡Ni pensarlo…! Losa se reiría de quien se lo dijese, y le denunciaría en el acto.

Increíblemente sucios, con la barba crecida y asados de calor; molestos por piojos y chinches, cuyo número se multiplica incesantemente; desazonados por la sarna, que lentamente va invadiendo nuestros cuerpos; oyendo a todas horas lamentos y quejidos; con el constante lloriqueo de García —que está muy cerca de la locura, si no ha caído de lleno en ella—, la estancia en el calabozo se hace cada día más insoportable, y llevamos así cerca de cuarenta, en un completo aislamiento. Es difícil comprender cómo no saltan nuestros nervios. Incluso la pequeña distracción del ajedrez ha desaparecido, porque a uno de los guardias se le ocurrió romper el pliego en que estaba dibujado el tablero y tirar todas las fichas.

—Otro mes así y todos acabaremos locos de remate.

Dormimos poco y mal, porque los interrogatorios suelen efectuarse de noche, y cada vez que la puerta se abre todos nos sentamos sobresaltados en el suelo y temiendo cada uno que vengan a buscarle. Aunque se lleven a otro, ninguno puede estar seguro de que dentro de diez minutos, una hora o cuando sea vuelvan por él. Es una espada constantemente suspendida sobre nuestras cabezas.

—¡Once palizas, y sigo sin firmar…!

Vuelvo a dormirme una noche cuando González recobra el conocimiento luego de su undécima pateadura. Tengo la impresión de que apenas han transcurrido cinco minutos desde que cerré los ojos, y me siento

sobresaltado al oír abrirse de nuevo la puerta. En esta ocasión no se han llevado a nadie, sino que han traído a un hombre de mediana estatura que de pie en el centro del calabozo nos contempla con gesto serio y pensativo.

Me cuesta trabajo reconocerlo, no sólo porque no esperaba volver a verle, sino porque un gran bigote contribuye a modificar su rostro. Pero al cabo de dos minutos de mirarle en silencio no puede caberme la menor duda.

—¡Tú aquí…! ¿Dónde han podido echarte mano?

Se trata de Benigno Mancebo, miembro del comité regional de la CNT hasta el final de la guerra, huido del puerto de Alicante en la noche del 31 de marzo. Le suponía muerto durante su fuga o, con un poco de suerte, refugiado en el extranjero.

—¿Cómo has dejado que te cojan vivo? —inquiere Ortega.

Una sonrisa triste entreabre los labios de Mancebo. Tras sentarse en el suelo entre Ortega y Avelino, va respondiendo a nuestras preguntas. Cuando salió del puerto, los centinelas dispararon contra él, pero logró escabullirse entre las sombras de la noche. Quiso marchar hacia la frontera, pero la más cercana estaba a varios cientos de kilómetros, y no encontró medio de llegar hasta allá. También intentó hacerse con una motora o una lancha, pero no parecía haber quedado ninguna en toda aquella parte del litoral. Todo lo que pudo lograr fue un refugio bastante seguro en las cercanías de Alicante. Allí modificó su aspecto dejándose crecer un poblado bigote. Incluso se aventuró en distintas ocasiones a andar por la calle, sin que nadie le reconociera.

—Pero ayer tarde, cuando estaba más tranquilo, cuatro individuos me rodearon de pronto y tenía otras tantas pistolas en el pecho y la espalda antes de que pudiese hacer el menor movimiento.

No pudo resistirse, pero negó ser el Mancebo que los policías aseguraban que era. Aunque mintió con serenidad y aplomo, exhibiendo una documentación a otro nombre, no consiguió equivocar a los agentes. No sólo los que le detuvieron conocían su nombre y antecedentes, sino su aspecto actual y el lugar en que se escondía.

—No acabo de comprenderlo, porque nadie sabía dónde me había refugiado.

—¿Absolutamente nadie? —pregunto.

—¿Por qué? —inquiere, a su vez, sorprendido.

—Porque si lo sabía Fidel Losa era lógico que lo supiera la Policía.

Aunque en un principio se niega a creer que Losa pueda haberse convertido en un confidente, al final tiene que rendirse a la amarga verdad. Lo que dicen Victoriano Buitrago, Avelino Cabrejas y Antonio Ariño, que han sido careados con Fidel, no deja lugar a la más remota duda. Para Mancebo, que ha confiado en él, constituye un duro golpe. Lo encaja con serenidad. Desde que le detuvieron sabe que no tiene salvación posible. Pase lo que pase y ocurra lo que ocurra, le fusilarán.

—Pero si es cierto lo de Losa, yo os aseguro que le fusilarán conmigo.

* * *

En la última decena de julio la pesadilla que vivimos desde hace mes y medio adquiere sus más dramáticos perfiles. Quizá lo que sucede en el calabozo de Alcalá no supere en angustia a lo que ocurre, tanto aquí como en Almagro, en las semanas precedentes; pero nuestra resistencia está mucho más quebrantada, y quizá por ello se nos antoja más difícil de soportar. Jornada tras jornada se repiten una y otra vez las monótonas historias de las llamadas, los interrogatorios, la traída en brazos o a rastras —generalmente a rastras— de los que se niegan a hablar o firmar y el efecto que en el ánimo de todos producen. Junto a esto, ligado con todo esto, el calor, los piojos, la suciedad, la sarna e incluso el hambre, porque la economía de nuestros deudos debe estar muy débil, y el número, tamaño y contenido de los paquetes sufre drásticas reducciones.

—¡Catorce palizas, y continúo sin firmar…!

Son las primeras palabras que el socialista agente del SIM pronuncia al volver en sí, luego de cada interrogatorio. Cada vez está más débil y tarda más tiempo en recuperarse. Ahora apenas puede ponerse en pie en ningún momento, y debe sufrir constantes dolores, que soporta con asombroso estoicismo.

—Acabarán matándole, y pronto, porque ya no podrá resistir mucho más —dice, angustiado, Rodríguez Vega.

Todos tememos por su vida, sin que podamos hacer nada por ayudarle. También tememos por las de otros en estos días calurosos y estas noche sofocantes en que la atmósfera del calabozo se torna más sombría que nunca. Mancebo, Ariño, Cabrejas y Buitrago padre son tratados en forma parecida a la de González. Juan Ortega sufre asimismo dos largos interrogatorios en estas jornadas, y a José García se lo llevan para la cárcel, sin saber lo que ha firmado y totalmente desequilibrado. Aunque lleva muchos días suplicando a voces la presencia de sus amigos, no ha conseguido ver a ninguno de ellos.

—Vosotros, tranquilos —dice un día uno de los policías, dirigiéndose a Rodríguez Vega, Navarro Ballesteros y a mí—. Sabemos de vosotros todo lo necesario, y nada tendremos que preguntaros. Con firmar asunto concluido.

¿Podremos leer las declaraciones que se nos atribuyan? El policía se encoge de hombros. No está muy seguro, pero considera que sería una pérdida lastimosa de tiempo.

—Firmaríais de todas las maneras, y lo único que sacaríais es algún hueso roto.

No cree que podamos aguantar ni la tercera parte de las palizas de otros, mucho más duros y corpulentos. Todos acaban siempre por firmar.

—¿Lo dudáis? Pues hasta ése —y señala a González, inconsciente en ese momento— firmará muy pronto.

En los dos últimos días de julio se confirma su pronóstico. Con voluntad de hierro y entereza sobrehumana, González ha soportado dieciséis palizas. Nadie se explica cómo sigue vivo, porque está materialmente deshecho.

Pero él mantiene su negativa, y al volver dice siempre lo mismo:

—¡Dieciséis palizas, y sigo sin firmar…!

Pero la diecisiete es más fuerte y decisiva que todas y las precedentes. Cuando le traen al calabozo está materialmente agonizando. Tarda cinco horas en volver en sí, y sólo recobra el conocimiento unos instantes para decir con gesto desolado, como avergonzado de haber sido vencido tras su increíble resistencia.

—¡Al final tuve que firmar…!

No dice más. Durante toda la noche se queja sordamente. De madrugada queda en un dramático silencio. Navarro, que se inclina sobre él, dice, conmovido:

—Creo que ha muerto.

Se lo llevan dos horas más tarde. Aunque uno de los guardias nos dice después que sólo sufría un desmayo, todos sabemos que miente. El hombre que resistió dieciséis palizas muere a consecuencia de la que hace el número diecisiete. Es el quinto de nuestro grupo que fallece antes de llegar a la calle.

* * *

—Venga, Navarro, ha llegado tu turno.

La mañana que vienen en su busca ha concluido ya julio y comienza agosto. Vuelve a la media hora. No parece que en esta ocasión haya sido objeto de malos tratos. Ha firmado, desde luego, la declaración que le tenían preparada.

—¿Sin leerla?

—¡Qué más da! Si de todas formas van a matarme, prefiero que me fusilen a que me destrocen a palos.

Le doy la razón. Es la única posibilidad de opción que nos dejan. Tenemos que elegir entre una y otra forma de muerte.

Se lo llevan para la cárcel al poco rato. Vega y yo esperamos ser llamados a continuación. Pero esperamos inútilmente durante cuarenta y ocho horas. Al fin, en la mañana del 3 de agosto, vienen en mi busca. Un policía, al que he visto en repetidas ocasiones, me hace entrar en uno de los despachos. Sonriente, me anuncia:

—Tienes suerte, Guzmán. Vamos a mandarte a la cárcel hoy mismo.

—¿Sin preguntarme nada?

—No hace falta. Ya tenemos escrito lo que debes firmar.

Tuerzo el gesto y voy a decir algo. El policía se me adelanta. Al tener redactada mi declaración no pretenden perjudicarme en absoluto. Se trata simplemente de ganar tiempo. Han perdido demasiado con los que trajeron de Alicante, y de arriba les meten prisa. Además…

—Lo tuyo no tiene complicaciones. Con decir que fuiste redactor-jefe de *La Tierra* y director de *Castilla Libre*, tienes de sobra.

—¿Para qué?

—Probablemente para que te fusilen. ¡Ya ves si soy sincero! Pero con igual sinceridad te aseguro que contra ti no tenemos nada más. Hemos hecho algunas averiguaciones; parece que nadie te quiere mal, y no hablan sino de los periódicos. ¿Satisfecho?

—¿Puedo leerlo?

—¿Vas a dudar de mi palabra? —salta, irritado.

Respondo con cuidado, midiendo mis palabras. No dudo de lo que me dice, pero antes de firmar quiero saber lo que firmo. En definitiva, se trata de un asunto en que me juego la cabeza, y tengo derecho…

—¡Tú no tienes ningún derecho! —me interrumpe, violento—. Sólo decir eso basta para que no te deje leerlo.

¿Que puedo negarme a firmar? Sería la mayor de las torpezas. Llevo más de un mes allí para soñar despierto. Si se lo proponen pueden hacer firmar a cualquiera que mató a su propia madre. ¿Ignoro acaso lo que ha ocurrido con muchos que estaban en la misma situación que yo? Navarro tuvo la inteligencia suficiente para apresurarse a firmar, vencido por sus razonamientos.

—Decide tú, rápido. ¿Firmas ahora o prefieres firmar dentro de ocho días, luego de otras tantas palizas?

No habla por hablar, y lo sé. Tras una ligera vacilación, acabo firmando. En el peor de los casos prefiero, como Navarro, acabar de una manera rápida a que terminen conmigo a fuerza de golpes.

—Has hecho bien, ahorrándote unas cuantas descalabraduras. Y ahora, para tu tranquilidad, repito lo de antes: contra ti no hay más, aunque seguramente será suficiente, que lo de *La Tierra* y *Castilla Libre*.

—¿Qué inconveniente hay, entonces, en que lea lo que he firmado?

—Uno definitivo: que no me da la gana. ¿Está claro?

Es inútil insistir. Me resigno a la fuerza. Cuando de nuevo me lleva al calabozo el policía añade algo, posiblemente para tranquilizarme:

—Podrás leer tu declaración cuando vaya el juez a preguntarte a la cárcel. Comprobarás entonces que no hay en ella más que lo que te he

dicho.

Tengo que darme prisa en recoger la manta, el plato y la cantimplora, porque dentro de un cuarto de hora irán en mi busca para llevarme a una prisión. Me despido rápidamente de quienes durante tantos días dramáticos han compartido mi encierro. Firmemente convencido de que no volveré a ver a la mayoría, deseo a todos un máximo de suerte y salud.

Un rato después me ven marchar con cierta envidia. Con la misma que yo vi salir a otros durante los interminables cuarenta y nueve días que he permanecido en estos calabozos. Lógicamente, debo sentirme animado, porque será muy difícil que pueda sufrir más que aquí en cualquier sitio donde vaya. Pero una dolorosa experiencia me ha enseñado a desconfiar, y cabe la posibilidad de que aún me queden por sufrir pruebas más duras. En cualquier caso, no está en mis manos evitarlas.

Cuando unos años después pienso en la suerte de cuantos estuvimos en Almagro y Alcalá, quedo dolorosamente impresionado. De los ciento un presos que procedentes de la plaza de toros de Alicante, del campo de concentración de Albatera y de la cárcel de Orihuela llegamos a Madrid en la madrugada del 16 de junio de 1936, setenta y uno fueron conducidos horas después a la prisión de Santa Engracia, mientras treinta quedábamos a disposición de la Policía.

De esos treinta, únicamente uno escapó bien por casualidad: José Rodríguez Vega, secretario nacional de la UGT, a quien unos meses después pusieron equivocadamente en libertad, tomándole sin duda por uno más entre los centenares de José Rodríguez que penaban en las diversas cárceles; unas horas más tarde, al advertir el error cometido, le buscaron por todas partes, pero ya había salido de España. Un par de años más permaneció preso Amor Buitrago, al que no le sirvió de mucho su cobardía ni el bautizarse en la cárcel, abandonando su antiguo nombre y tomando el de José Antonio, quizá en los mismos días en que su padre, Victoriano Buitrago, era fusilado.

El destino de todos los demás tiene tintes dramáticos. Cinco de ellos —Recatero, Sandoval, Lebrero, Mulsa y González— mueren violentamente antes de llegar a la cárcel. Otros cinco —Molina, Negro, Puerta, Leiva y yo— somos condenados a muerte, sufrimos meses enteros la tortura de

aguardar todas las madrugadas la ejecución, y una vez indultados pasamos largos años en presidio. Los diecisiete restantes —dieciocho con Victoriano Buitrago— son fusilados.

Al comandante Guerrero le ejecutan en Huelva, adonde le trasladan. A Ricardo Zabalza le fusilan en Madrid en la mañana del 22 de febrero de 1940, en unión de un grupo numeroso de condenados, entre los que están los socialistas José Gómez Osorio, último gobernador civil republicano de Madrid, y Ángel Pedrero. A Manuel Navarro Ballesteros le sacan de Santa Rita en la madrugada del 1 de mayo en unión de Máximo Barbudo, y ejecutan a ambos junto a otros muchos. A Paulet no le sirve de nada el Antonio a quien protegió durante la guerra, por cuanto le sacan de Porlier y le fusilan en el verano de 1940, exactamente igual que a José García no le libran sus «amigos».

Una mañana de la primavera del mismo año son fusiladas en Madrid sesenta personas, entre las que están Benigno Mancebo, Avelino Cabrejas, Antonio Ariño y Fidel Losa. En distintos lugares y fechas perecen también en el paredón Cayetano Continente, Juan Ortega, Valcárcel y Manteca. A suegro y yerno les matan en la misma mañana, dándose un caso doloroso y sensible. Estando en capilla, Manteca rechaza violentamente los auxilios espirituales de un individuo, y éste, colérico e iracundo, le parte la cabeza con el crucifijo que lleva en la mano; con la cabeza abierta y sangrando conducen al condenado al lugar de la ejecución.

Si una mayoría muere en 1939 y 1940, con otros la ejecución se dilata años y años. Es lo que ocurre, concretamente, con Félix España y Antonio Prieto, fusilados el 18 de enero de 1945, casi seis años después de su detención, en unión de Mariano García Cascales, miembro de la Junta de Defensa de Madrid, el 7 de noviembre de 1936. Les matan en Carabanchel un día crudo de invierno en que cae una intensa nevada. Como ninguno de ellos ha querido confesar y comulgar estando en capilla, a sus familiares —que por la mañana pueden seguir el rastro dejado en la nieve por el camión que les conduce al cementerio— no les permiten ver siquiera los cadáveres, que son enterrados en una fosa común.

IV

YESERÍAS

—¿A qué cárcel vamos?

—Cuando os lleven lo veréis. De momento, a ninguna. Volvemos a Almagro, sencillamente.

No me hace gracia oírle. Al salir de Alcalá y montar en el coche —esposado con otros detenidos, custodiados por dos guardias y el policía que conduce— había dado por seguro que iría directamente a una prisión cualquiera. Arrugo el ceño al saber que volvemos al segundo piso de Almagro. Tengo del lugar los peores recuerdos. No me tranquiliza el hecho de haber firmado una declaración que hace innecesario todo nuevo interrogatorio. No olvido que en la mañana del 16 de junio nadie nos preguntó nada en serio a Navarro y a mí, y lo pasamos bastante mal.

A quien no haya pasado por nuestra dolorosa experiencia durante cuarenta y nueve días podrá sorprenderle mi deseo y mi prisa por ingresar en una prisión. Pero la cárcel es para nosotros como un oasis para los viajeros del desierto. De ella sacan todos los días a muchos para fusilarles; pero generalmente no matan a palos a ninguno.

¿Qué me espera en Almagro a mi vuelta? Voy pensando en ello mientras el automóvil desciende por Goya, asciende luego por Génova y atraviesa la plaza de Alonso Martínez. Son las once de la mañana de un día de verano, el sol pega con fuerza y no hay demasiada animación en las calles. Nos

cruzamos con algunos tranvías, viejos y chirriantes, con pasajeros hasta los estribos. Observo que los comercios están abiertos y que la mitad por lo menos de los transeúntes visten uniformes, algunos totalmente desconocidos para mí. En la terraza de un bar de la plaza de Santa Bárbara veo sentado un grupo de moros.

—¡Venga, fuera! Tendré que desinfectar el coche, porque lo habréis llenado de piojos.

Entramos en el portal que tan bien conozco y ascendemos hasta la segunda planta. Si tanto en el arranque de la escalera como en todos los descansillos hay guardias vigilando, la vigilancia se intensifica a la entrada del piso.

—¿Dónde metemos a estos dos?

—Que esperen ahí hasta que vengan los demás.

El policía que nos ha traído desde Alcalá tiene prisa en marcharse. Nos quita las esposas para llevárselas, pero advierte a los guardias que no nos pierdan de vista.

—¡Ojo con éstos! Son dos peligrosos asesinos.

Quedamos en el mismo vestíbulo en que pasamos unos días difíciles de olvidar. Está abierta la ventana por la que se tiró el doctor Recatero. Los guardias nos obligan a pegarnos a la pared de enfrente, dejando libre el centro, por donde van y vienen policías y detenidos. Es el mismo espectáculo presenciado hace más de mes y medio en idéntico lugar. Al cabo de un rato dejo la manta en el suelo y me siento encima con la espalda apoyada en la pared.

—¿Quién te ha mandado sentarte?

—Nadie me ha dicho que estuviera en pie.

—¡Arriba! —masculla, colérico, el policía, dándome una patada—. Cuando hablo a un criminal rojo, no permito que esté sentado. ¡Si no te levantas…!

Me incorporo y el individuo se da por satisfecho, desapareciendo por uno de los pasillos. A los pocos minutos del interior del piso sacan a otros cuatro detenidos. Vienen en tan deplorable estado como nosotros. A uno de ellos le obligan a tirarse al suelo para esposarle a la pata de un radiador de la calefacción.

—¡Los cerdos tienen que estar siempre revolcados por la tierra!

Aunque está bastante desfigurado, le reconozco al fijarme en él. Es un metalúrgico de Cuatro Caminos al que trajeron desde Alicante en nuestra expedición. Tras esposarle, el policía le asesta un puntapié, desdeñoso.

—¡No dejéis que nadie hable con ese perro! —ordena a los guardias—. Si se mueve o protesta, pisadle la cabeza.

Hace un mes que nos sacaron de aquí, pero en los treinta días transcurridos no ha cambiado poco ni mucho la atmósfera de este lugar. Como entonces, estamos en el vestíbulo, esperando no sabemos a qué, preparado siempre nuestro ánimo para lo peor.

—Nos llevarán a la cárcel en cuanto hayan venido los otros —explica en voz baja uno de los que han sacado con el metalúrgico, y que viene a colocarse a mi lado.

Los otros se hacen esperar Acaso no tarden más de una hora, pero a mí se me antoja un siglo. Inevitablemente pienso en lo que me ha tocado ver y vivir aquí. En Recatero tirándose por la ventana; en Lebrero con la pierna rota, y en Sandoval vomitando sangre. Los tres están muertos ya. Probablemente ha sido una suerte para ellos.

Me estremezco de pronto. De uno de los despachos sale Fidel Losa, hablando con dos policías. Hace treinta y cuatro días sentí una profunda compasión por él, convencido de que iban a matarle; ahora lamento que no le matasen. Al principio no me ve o no me reconoce, enfrascado en su charla. Al cabo, se da cuenta de quién soy. Una sonrisa entreabre sus labios, y da un paso hacia mí, posiblemente con intenciones de saludarme. Se detiene vacilante al advertir una expresión de profundo desprecio en mi rostro. No tengo el menor deseo de cruzar la palabra con él. ¿Qué puede decirme y que puedo contestarle con los policías delante?

Como continúa dudando si acercarse o no, le vuelvo la espalda. Acaba marchándose por uno de los pasillos, siempre acompañado de los agentes.

—¿Conoces a ese bicho? —pregunta en voz baja el detenido que antes me indicó que no tardarían en llevarnos a la cárcel.

Asiento con un leve movimiento de cabeza, y mi interlocutor prosigue:

—Es la rata más repugnante que existe. ¡Ya puedes tener cuidado con él!

Me encojo de hombros. Con sujetos de su calaña no sirve de nada tener cuidado. No creo que haya dicho nada de mi, porque nada sabía que pudiera perjudicarme más de lo que por anticipado sabían los policías, aunque cabe la posibilidad de que lo haya inventado. (Estaría seguro, de conocer la declaración que hace una hora tuve que firmar. Ya lo veremos cuando me la lea el juez).

—Aquí dejamos a estos tres. Pero daros prisa, porque el camión está abajo.

Los tres que traen, procedentes de otro centro policíaco, tiene un aspecto muy parecido al nuestro. Indudablemente el trato que han recibido no ha sido mejor que el que tan bien conocemos. En cualquier caso, no nos dejan mucho tiempo para mirarles o para cambiar alguna impresión en voz baja.

—¡Bajadlos ya! Aquí están estorbando.

La orden procede del caballero cincuentón de aire falsamente paternalista, a quien difícilmente olvidaré en lo poco o mucho —en este momento estoy convencido de que será muy poco— que me quede de vida. Varios guardias y policías se apresuran a obedecerle. A empujones nos llevan hasta la escalera, y luego nos obligan a descender precipitadamente hasta el portal.

Frente a la casa, pegado a la acera, hay un camión descubierto. Dentro veo una veintena de presos custodiados por unas parejas de la Guardia Civil.

—¡Atadlos rápidos, y arriba!

Nos atan de dos en dos, y no parecen poner excesivo celo en hacerlo, convencidos, sin duda, de que en pleno día y en el centro de la ciudad no podríamos escapar de las armas de quienes nos custodian. Aunque algunos de los detenidos que traen de otras comisarías van sentados, tienen que ponerse en pie para que podamos entrar los nueve que salimos de Almagro. Dos guardias se sientan junto al conductor del camión, otros dos, con los fusiles en la mano, se sitúan en la parte trasera. Tras del camión marcha un coche pequeño en el que van dos policías con unas listas en la mano.

—¡A San Antón, que está a un paso!

Bajamos por Almagro, cruzamos la plaza de Santa Bárbara y entramos en Hortaleza. En la esquina de Santa Brígida hay unos guardias que no dejan pasar. Las aceras están llenas de mujeres de aspecto triste que nos miran con aire desolado. No hace falta que nadie me diga quiénes son familiares de presos que les traen algo de comida o esperan poder comunicar con ellos.

Nos detenemos frente a la entrada de San Antón. En la puerta vigilan unos soldados, mientras otros montan la centinela en la acera de enfrente con los ojos fijos en las ventanas del edificio. Los policías entran en el portalón, no sin advertir a los guardias:

—Que no baje ninguno hasta saber si hay sitio.

Vuelven a salir tres minutos después con gesto malhumorado. Por lo que les oímos, no pueden admitimos por la sencilla razón de que no cabemos. Uno de los policías comenta, rabioso:

—En Madrid siguen sobrando millares de rojos.

—¿Dónde vamos? —pregunta el conductor del camión.

—A San Lorenzo, por si podemos dejar alguno; luego, a las Comendadoras.

En San Lorenzo ni siquiera tienen que apearse los policías. Un funcionario de prisiones que se pasea ante la entrada, indica:

—No cabemos ni nosotros. Unos cuantos más y la casa reventaría.

El camión sigue su peregrinaje. Saliendo a Fuencarral, tomamos la calle de la Palma, y luego de atravesar San Bernardo llegamos a la plaza de las Comendadoras, dominada por la mole del viejo convento dieciochesco transformado en prisión. Aquí vemos el mismo espectáculo de todas partes, grupos de mujeres mantenidas a distancia por guardias y soldados, que esperan pacientemente entregar sus paquetes, y centinelas que vigilan fusil en mano las ventanas del edificio. Se repite lo de los otros conventos de San Antón y San Lorenzo.

—¿Meter más presos? ¡Imposible! Si nos sobran ya quinientos o seiscientos. ¿Por qué no miráis en Conde Toreno?

Por Amaniel llegamos a la placita de Conde Toreno, a espaldas de la antigua Universidad. Nuevamente se repite la historia. Según oigo decir,

aparte de que esta cárcel es sólo para agentes del SIM y guerrilleros, no cabe ni un alfiler.

—De Barco sacaron esta madrugada unos cuantos. Tal vez allí.

Tampoco en la calle del Barco nos admiten. Es cierto que de madrugada sacaron a unos cuantos —la mujer que llora desesperadamente al recibir un modesto petate debe ser familiar de uno de ellos—, pero antes del mediodía habían ingresado el doble.

—Vamos a la Ronda de Atocha. Está un poco lejos, pero quizá tengamos suerte —gruñe, molesto por la tardanza en desembarazarse de nosotros, el policía de las listas.

No la tienen. La escuela de los salesianos en la Ronda de Atocha es grande; pero si un poco apretados caben dentro mil hombres, tienen ya más de dos mil. Vacilante, el policía cambia impresiones con el conductor del camión. ¿Dónde ir?

—En Porlier y Torrijos no hay que pensar. Tampoco en Duque de Sesto y Santa Engracia. Fuimos esta mañana y nos dieron con la puerta en las narices. Como no vayamos a Carabanchel o Alcalá de Henares…

—Antes vamos a probar suerte en Yeserías.

Retrocedemos hasta la glorieta de Atocha para tomar el paseo de las Delicias. Estoy sorprendido por lo que sucede. A uno de los presos que estaban en el camión cuando subimos, y que según parece permaneció en libertad hasta hace pocos días, le pregunto cuántas cárceles hay en Madrid.

—¡Quién sabe! —se encoge de hombros—. Pueden ser quince, veinte, tal vez más. Cada día abren una nueva, pero todas están abarrotadas.

Yeserías está en el último tramo de Delicias, en una calle transversal, separada del paseo por una manzana de casas. Es un amplio y moderno edificio construido poco antes de la guerra para servir de albergue y asilo a mendigos y vagabundos. El anterior asilo estaba en el paseo de Yeserías, y el moderno conserva el mismo nombre, aunque se halla emplazado en diferente lugar. Pero ¿dónde iremos a dar con nuestros huesos si tampoco nos admiten aquí?

—Carabanchel probablemente —dice uno de los guardias civiles—. Han abierto dos cárceles, además de Santa Rita.

—¿No abrieron otra junto al Manzanares?

—Sí, pero para las mujeres que no caben en Ventas.

En la calle de Jaime Vera, que conduce a la entrada de Yeserías, hay mucha más gente que en las cercanías de las cárceles anteriores. En un primer instante supongo que será porque en esta prisión haya mayor número de reclusos. Acaso existan otros motivos, porque las mujeres chillan y alborotan, pese a que un grupo de guardias de seguridad quieren obligarlas a callarse con no muy buenos modales.

—¡Qué amigas son las mujeres de armar jaleos por nada! —comenta uno de los que nos custodian.

Sin embargo, hay un motivo que las mujeres tratan de decirnos, aunque no acertamos a comprenderlo, cuando cruzamos entre ellas. Gritan algo de paquetes, agitando los que llevan en las manos, mientras los guardias las apartan con violencia del camino que ha de seguir el camión.

—No sé qué dicen de que les devuelven los paquetes.

Las mujeres están ya distantes, porque los guardias han limpiado las cercanías dé la entrada. Las puertas que se abren en el muro exterior están de par en par. No obstante, antes de entrar hemos de esperar que salga un camión semejante al nuestro que marcha completamente vacío.

—Buena señal —murmura satisfecho uno de los civiles—. Al fin podremos descargar e irnos a comer de una puñetera vez.

Entramos en el patio delantero de la prisión. Yeserías es un enorme edificio de ladrillo de solo dos plantas, en tomo al cual se eleva un muro de más de tres metros de altura, con garitas en los ángulos, donde vigilan los centinelas.

—¡Arrimad allí el camión, y que vayan bajando de dos en dos!

El coche pequeño en que van los policías con las listas se nos ha adelantado. Uno de los agentes da la orden de que bajemos, mientras el otro nos mira desde la puerta de acceso al interior del edificio. En el rastrillo del muro exterior que acaba de trasponer el camión hay centinelas, un grupo de guardias y un funcionario de prisiones. Otros dos celadores vigilan este patio, y uno más habla con el policía que lleva las listas.

—Que formen de dos en dos junto a la pared y esperen.

—¿Desatados?

—Sí —indica uno de los carceleros—. De aquí no se va nadie.

Bajamos del camión, formados en dos filas junto al muro, y nos desatan. Aguardamos unos minutos a pleno sol. Al cabo los dos policías salen de la oficina de Régimen, acompañados de dos funcionarios de prisiones. Uno de éstos nos cuenta rápidamente:

—Veintinueve; conforme.

Uno de los policías vuelve a la oficina de Régimen con el oficial de prisiones, mientras el otro se sienta al volante del coche pequeño. El primer policía vuelve un instante después, guardándose las listas en el bolsillo. Se mete en el coche y enfila hacia la salida. Al pasar por delante de nosotros, grita burlón a modo de despedida:

—¡Suerte, rojos! ¡Que os fusilen pronto…!

* * *

Hemos de esperar media hora en el patio. Parece que en la oficina están atareados tomando la filiación a los que vinieron en el camión anterior. De igual modo tendrán que aguardar a que acaben con nosotros los quince presos que traen en una furgoneta veinte minutos más tarde.

—Venga, ya podéis entrar.

Vamos pasando de dos en dos. La oficina de Régimen es grande y destartalada. En la entrada hay un oficial que presencia cómo nos cuenta un ordenanza. Luego otro nos indica a qué mesa debemos dirigirnos. Cuatro individuos —presos, sin la menor duda— se sientan ante otras tantas máquinas de escribir para ir tomando las filiaciones. Dos funcionarios de prisiones pasean de un lado para otro vigilando nuestros menores movimientos.

Cuando me llega el turno respondo a las preguntas dando nombre, apellidos, naturaleza, edad, estado civil, domicilio, profesión y nombre de los padres. Mientras escribe advierto que encima de la mesa tiene la lista entregada por la Policía, en la que figura mi nombre. Mirando con cuidado acierto a descifrar el encabezamiento, según el cual los que figuramos en la relación venimos «a disposición del ilustrísimo juez militar del Tribunal Permanente número 8».

—Pasa ahí para las huellas. El siguiente.

Paso a una mesita inmediata, donde me manchan de tinta el pulgar de la mano derecha para dejarlo impreso en la primera hoja de lo que será el expediente carcelario en que se consignarán todas las vicisitudes desde el punto de vista de la prisión o prisiones por que haya de pasar durante mi reclusión.

Unos presos, bajo la supervisión de un oficial, nos cachean y registran nuestros menguados equipajes.

—Cuidado —advierto al que me cachea—. Lo único que encontrarás son muchos piojos y un poco de sarna.

—Piojos los tenemos todos —responde— y sarna no falta.

Cuando acaban con los veintinueve, nos hacen salir por una puerta de la parte contraria a la entrada. Ganamos así un patio interior de la prisión. Un ordenanza nos lleva directamente a las duchas. Hay cuatro duchas, que probablemente fueran suficientes cuando el asilo albergaba un máximo de cien o ciento cincuenta vagabundos o mendigos.

—Pero somos ya más de cinco mil y hay puñaladas para poderse duchar —aclara el preso que nos acompaña.

Tenemos que aguardar largo rato antes de poder pasar porque están dentro todavía los que vinieron en la expedición anterior. Dejamos en el suelo nuestras modestas pertenecían y parte de la ropa a fin de perder menos tiempo para meternos cuanto antes en el agua.

El cuarto de las duchas es relativamente pequeño. Como apenas cesan de correr un minuto y son muchos los que entran y salen de ellas, el suelo está encharcado. No hay otro sitio en que dejar la ropa que llevamos puesta y la tiramos en el suelo para correr a las duchas. Soy de los primeros del grupo en meterme bajo una de ellas.

Hace cuatro meses que no me ducho, baño ni casi me lavo la cara y las manos. Estoy lleno de piojos y comido por la sarna. El agua es una caricia que me gustaría prolongar durante media hora por lo menos, pero los que esperan meten prisa aguijoneados por los gritos de un oficial que se ha quedado en la puerta y varios presos que tienen a su cargo la vigilancia de las duchas.

—¡Ya está bien, pelmazo! Ni que fuera tuya la ducha.

No tengo jabón, pero tirado en el suelo veo un estropajo sucio. Me restriego con él el pecho, el vientre, las ingles, las axilas, los brazos y las piernas. Reviento muchas de las vejiguitas de la sarna, pero el ligero escozor me produce un verdadero placer. Por desgracia, no puedo prolongarlo arriba de cuatro o cinco minutos. En cualquier forma he debido librarme de unos centenares de piojos, pero la sarna sigue igual.

No hay nada para secarse. En un rincón vemos tiradas dos toallas; están completamente negras por la suciedad y totalmente empapadas en agua. Más que secarnos, nos mojaríamos con ellas y probablemente aumentaríamos el número de bichitos que nos atormentan. Hemos de ponernos el pantalón, los zapatos y la camiseta chorreando agua como estamos. Por fortuna, son las cuatro de la tarde de un día tórrido de agosto.

—¿Comer? Hace tres horas que dieron el rancho y no creo que sobrara nada. Además, hoy no ha habido paquetes.

—¿Por qué?

—Estamos incomunicados.

O no sabe por qué o no quiere decírnoslo por temor a que el funcionario que nos mira de lejos se enfade. En definitiva, no pasa de ser un preso y teme perder el cargo que le permite salir de su galería y andar un poco por toda la prisión.

—Vamos a la jefatura de servicios.

En la jefatura de servicios tienen que decidir en qué rincón nos meten. Es una habitación cerca de las duchas, tan grande como la oficina de Régimen donde trabajan varios presos dirigidos y vigilados por unos cuantos oficiales. El jefe de servicios estalla iracundo cuando nos ve llegar:

—¡Más presos, Dios mío! Pero ¿qué diablos se han creído que es esto? ¡Ni que Yeserías fuese de goma! No cabe ya los que tenemos y encima…

Nos mira furioso como si tuviéramos la culpa de estar allí. Pasea como una fiera enjaulada yendo de un lado para otro, cruzando una y otro vez por delante de los veintinueve como si estuviera pasándonos revista y sin dejar de vociferar.

—¡Se acabó, palabra que se acabó…! Ya no aguanto más. Hablaré con el director para que se entere. Que hagan lo que quieran con los rojos. ¡Que

los fusilen o se los coman, pero que no traigan más! Desde mañana mismo…

—Bueno —dice uno de los oficiales cuando le ve algo más calmado—. ¿Dónde metemos a éstos?

—¡A mí qué me cuentas! —vuelve a encresparse el jefe de servicios—. ¡Que se los meta el director en los cojones…!

Pero no se lo dice al director ni nos manda a buscarle. Sin dejar de chillar dispone al cabo de un rato dividimos en tres grupos, cada uno de los cuales toma distinta dirección, acompañados por un ordenanza. Los diez integrantes del mío cruzamos un patio, ganamos una ancha escalera y subimos a la planta superior del ala derecha de Yeserías. La escalera desemboca en un pasillo amplio que corre a lo largo de toda la edificación. En él se abren las puertas de cinco salas o galerías numeradas de la tres a la siete. En el pasillo, cerca de la escalera de subida, en un lugar desde donde se dominan toda la parte alta del edificio, hay una mesa en torno a la cual están sentados tres oficiales de prisiones.

—¿Más gente? —protesta un funcionario de mediana estatura, gordito, con un bigotito hitleriano en el labio superior y que debe ser por lo que colijo, jefe de servicios de estas galerías—. ¡Llevarlos a otro lado! ¡Aquí no cabe ya ni una mosca!

Es una repetición de lo sucedido en la jefatura de servicios, más breve y menos ruidosa. El caballero del bigotito acaba por coger la lista con nuestros nombres y, tras mirarlos por encima, adopta una decisión salomónica:

—¡Dos a cada una de las salas! Que los metan como sea, aunque sea durmiendo unos encima de otros.

—¡Pero los encargados…!

—¡Que se jodan! Decirles que lo mando yo. Y que si alguno alza el gallo voy a tirarle por la ventana para dejar un sitio libre. ¿Entendido?

Voy, en unión de otro de los que venían en el camión, a la sala sexta. Cuando entramos el espectáculo que se ofrece a mis ojos me produce una profunda impresión. La sala tiene entre veinte y veintidós metros de fondo por unos siete de ancho. En los muros se abren varias ventanas a derecha e izquierda que dan a unos patios pequeños, limitados por otras galerías

semejantes a ésta. Pegados a todo lo largo de la pared, una serie de petates, materialmente incrustados unos en otros; en el centro de la sala hay también otras dos hileras de petates, a uno y otro lado de las cuales quedan unos tres metros escasos libres. Lo de libre es un decir, porque están totalmente ocupados por grupos de presos que andan despacio de un lado para otro o conversan de pie o sentados en el suelo. En un principio no puedo calcular los que habrá, pero en ningún caso deben bajar de los doscientos cincuenta.

—Te quedas corto —dice un instante después uno a quien se lo digo—, porque pasamos de los trescientos.

El jefe o encargado de la sala tiene su petate pegado a la pared de la derecha, cerca de la puerta de entrada. Toda la diferencia con el resto de los presos consiste en unos centímetros más de espacio y una mesita consistente en un taburete con dos entrepaños en los que tiene unas listas con los nombres de todos los presos, unas hojas en blanco y una pluma para ir anotando las altas y bajas. Tiene un auxiliar y dos ordenanzas que le ayudan en su tarea; está exento de los trabajos mecánicos y nombra todos los días los seis que realizan la imaginaria durante las horas de descanso y los diez que se encargan de la limpieza dentro de la galería.

—¿Dónde quieren que os meta? —protesta cuando nos ve llegar—. Sobran más de cien y encima vosotros y los tres que vinieron antes.

El encargado de la sala no sabe qué hacer para resolver el problema que le plantean. Ya tienen que dormir en un espacio de treinta y cinco centímetros de anchura y metro y medio de longitud. ¿Se puede ocupar menos espacio ni siquiera sentados?

—De seguir así, no nos quedará más solución que dormir de pie.

—¿No podemos meterles también en los lavabos? —insinúa su ayudante.

—Están llenos, pero tendrán que apretarse un poco más. Llévatelos para allá.

Los lavabos están en un cuarto que se comunica directamente con la sala sin necesidad de salir al pasillo. A la izquierda, junto a una ventana que da a uno de los patios, se encuentran las piletas con los grifos que permiten lavarse a un tiempo a cuatro personas distintas. Del lado contrario, dos retretes y otros tantos urinarios. En el medio queda un espacio casi

cuadrado de cuatro por cuatro metros. Lo malo es que aquí han instalado ya a veintitantos presos.

—Vosotros veréis cómo os las arregláis para tumbaros en algún sitio.

De momento no vamos a tumbamos porque son las cinco de la tarde y porque constantemente entran y salen presos de la sala para lavarse un poco, coger agua o evacuar sus necesidades. En un lado han amontonado los petates —si pueden llamarse petates la manta y poco más que cada uno lleva—, y yo hago lo mismo con el mío.

* * *

—No esperaba verte vivo, palabra. Hace días dijeron que habías muerto en Alicante.

Me lo dice uno de los detenidos que han ingresado en la sala media hora antes que yo. Le cuesta trabajo reconocerme por la ropa que llevo, la extremada delgadez producto de los prolongados ayunos, el pelo largo y revuelto y la barba crecida. El también tiene la barba crecida, está demacrado y se le han hundido los ojos. Pero ha cambiado mucho menos que yo.

—Me detuvieron hace cinco días —dice a modo de explicación— y afortunadamente, no se han ensañado conmigo.

José Alted es un hombre alto, delgado, de pelo blanco, aire abierto, palabra fácil e inteligencia rápida. Buen bajo cantante hasta que unos años antes de la guerra empezó a fallarle la voz, figura entre los fundadores del Sindicato del Espectáculo de la CNT. Forma parte de una comisión que de acuerdo y en colaboración con el Sindicato similar de la UGT mantiene en funcionamiento la mayoría de teatros y cines madrileños durante toda la guerra, incluso en las jornadas de más intensos bombardeos aéreos o artilleros.

—He estado meses enteros sin salir de casa. Mi familia decía que nada tenía que temer porque no hice daño a nadie ni tenía enemigos, pero…

Alguien de la profesión, probablemente algunos de los favorecidos por él —aunque no sabía exactamente quién— le había denunciado como elemento peligroso. A detenerle fueron unos chavales que le trataron bastante mal. Por fortuna, en la comisaría no le habían pegado, quizá debido

a sus años, a su débil contextura o a que hubo varios actores que, a ruego de su familia, intercedieron en su favor.

—De todas formas, tengo por lo menos para quince o veinte años. Si es verdad, con mi edad.

No está asustado, sin embargo. Cree haber cumplido honradamente con su deber y dispuesto a pechar con las consecuencias. Menos aún lo está uno de los muchachos que trajeron con él a la cárcel y que me conoce a mí, aunque yo no le recuerdo en este momento. Nada me dice su nombre de Manuel Pérez Rodríguez, con que ha ingresado en prisión. Pero sí saber que su verdadero apellido es Del Águila, hermano de un conocido militante de Almería y que ha sido capitán en una brigada confederal.

—Estaba en el frente de Levante, pero me vine a Madrid tras estar tres meses en un campo de concentración. Me detuvieron el otro día por carecer de documentación en una redada que hicieron en Cuatro Caminos.

Ha pasado toda la guerra en los frentes, siendo herido en varias ocasiones. No cree que puedan acusarle de nada grave. Su único temor es que lo lleven a Almería, donde su hermano era uno de los militantes sindicales más destacados.

—Por odio a él serían capaces de colgarme a mí.

No son estos dos los únicos que me conocen o conozco yo entre los cientos de presos de la sala sexta. Por lo que no tardo en saber, una tercera parte por lo menos han pertenecido a la CNT y luchado en alguna de sus unidades. A casi ninguno le resulta desconocido mi nombre, con muchos he hablado en más de una ocasión y unos cuantos son amigos personales.

—Allá, en el fondo de la sala, tienes a los hermanos Sañudo.

Hace años que conozco a Fulgencio Sañudo, que no es la primera vez que padece prisión, cuyas dulzuras saboreó antes de la guerra en alguna ocasión. Es un hombre joven y dinámico, con gran capacidad de organización. Demuestra sus dotes en un momento difícil y crítico. Delegado de abastos del Ayuntamiento madrileño en los meses finales del 36 y primeros del 37, realiza el prodigio de multiplicar los alimentos que llegan a la ciudad asediada, repartiendo equitativamente lo poco que se tiene. Más tarde hace lo mismo en la intendencia del ejército. Su hermano

Paco se ha pasado la guerra en los frentes y otro de los hermanos murió luchando en el Norte.

—Me alegra verte aquí —dice Fulgencio, luego de abrazarnos—, aunque tenga poco de agradable encontrarte en la cárcel. Pero habían dicho que te habían matado y celebro comprobar que sigues vivo. Eso por un lado; por otro…

Para los presos de Yeserías, como para todos los antifascistas que sufren prisión en cualquier punto de España, existe una grave preocupación que en ocasiones se sobrepone incluso al instinto de conservación individual: aclarar y determinar las causas originarias de nuestra común derrota y las responsabilidades en que cada tendencia haya podido incurrir. Dilucidar por qué hemos perdido una guerra que debió ganar el entusiasmo popular, extrayendo para el futuro la correspondiente lección, tiene para la mayoría tanta importancia como conseguir salvar la amenazada cabeza. Aunque varían mucho las opiniones, casi todos defienden la postura de los partidos políticos o las organizaciones sindicales en que militaron.

—Aquí, como en todas partes, generalmente coincidimos con los socialistas; en muchos puntos, con los republicanos, y en casi ninguno, con los comunistas.

No me sorprende oírle porque exactamente igual sucedía en los Almendros y Albatera y hubiera sucedido en los calabozos de Almagro y Alcalá, caso de haber podido hablar libres de la escucha de chivatos, guardias y policías. Por lo que me dicen, apenas llegado a Yeserías son constantes las charlas y discusiones en torno a lo acaecido entre 1936 y 1939.

—Hablamos de todo lo que hay que hablar. Los compañeros quieren saber y muchas veces hacen preguntas difíciles de contestar.

En este sentido yo, como cualquier otro militante más o menos enterado de la política nacional e internacional, puedo ser una ayuda. Porque las conversaciones, iniciadas siempre en tono cordial y amistoso, degeneran con frecuencia en apasionadas polémicas y reñidas controversias.

No parece que el trato que reciben los presos sea demasiado duro, excepción hecha de que la comida es poca y mala y de que tienen que dormir apretados hasta lo inverosímil. Dentro de las salas se goza de una

relativa libertad, salvo ocasiones excepcionales de registro general de petates y personas, los funcionarios de prisiones no suelen penetrar más que dos veces al día para contar a los reclusos a las diez de la mañana y a las ocho de la noche. Como encima no está más que la terraza, sobre la que el sol cae de lleno desde que sale hasta que se pone, hace mucho calor, acentuado por el exceso de personal. Refrescando la atmósfera las ventanas están abiertas constantemente.

Cuando hablamos de las ventanas, en movimiento maquinal me acercó a una de ellas y me asomo para mirar al patio. Dos o tres de los más próximos me cogen en el acto para meterme dentro violentamente. Uno de ellos pregunta alterado:

—¿Estás loco o quieres que te vuelen la sesera?

—¿Volármela quién? —pregunto sin acabar de comprenderle.

—Los centinelas. Vigilan constantemente las ventanas y tiran a dar sin molestarse en avisar primero.

Me encojo de hombros convencido de que exageran. No creo que los centinelas lleguen a disparar porque uno se asome un segundo a cualquiera de las ventanas. Admito que lo harían si sospecharan siquiera que intentaba fugarme; pero si no lo piensan ni lo temen, ¿por qué iban a hacerlo? Matar o herir a una persona nada tiene de agradable.

—¿Qué ganarían con alcanzarme?

—Quince días de permiso. Para muchos resulta suficiente.

Lo ha resultado en varios casos con las más desagradables consecuencias para quienes se asomaron a una ventana o se pararon inadvertidamente delante de cualquiera de ellas. Parece que el caso ha revestido especial gravedad en las salas de los extremos. En la séptima, contigua a la nuestra, varias de cuyas ventanas dan al patio posterior —el más amplio de todos— hubo varios heridos y los restantes hubieron de permanecer largo rato tumbados en el suelo para librarse del plomo que entraba por las ventanas.

—No olvides que nosotros no somos personas, sino asesinos rojos.

Todavía es de día cuando suena el toque de fajina. Salen los gaveteros para buscar el perol con la comida de los presos de la sala y los reclusos van formando en dos largas filas con el plato en la mano para recoger su

condumio. Al poco rato vuelven los gaveteros con su carga. Dejan el perol junto a la puerta de entrada y ante ellos van desfilando los presos, mientras un funcionario vigila con atención el reparto del rancho. Cuando me llega el turno recibo un cacillo de un líquido oscuro en el que sobrenadan dos trocitos de boniato.

Llevo todo el día sin probar bocado y la escasa comida no aplaca ni mucho menos mi hambre. Para colmo de males no he recibido la pequeña ración de pan —porque llegue a Yeserías horas después que se repartiera— ni ninguno de los compañeros puede proporcionármelo.

—No le queda a nadie. Debíamos haber recibido paquetes ayer, pero como estamos incomunicados.

Mastico despacio los trocitos de boniato que tienen un sabor dulzarrón que contrasta con lo agrio del caldo en que nadan y que ingiero a continuación. No caen muy bien al estómago vacío, pero hay que conformarse} porque no hay otra cosa. Algunos, que se quedan tan hambrientos como yo, expresan una remota esperanza:

—Si hubiese reenganche…

Son muchos los que, tras beberse la poca comida recibida, se ponen nuevamente a la cola por si sobrase algo en los peroles. Por desgracia, parece que nuestro número es superior al calculado en la cocina y para que alcance a todos tienen que acortar la ración de la mayoría.

—Desde luego, aquí tampoco engordará nadie.

Apenas terminada la comida se produce, como de costumbre, la invasión de los lavabos donde tenemos nuestros petates. Unos van a lavar los platos, aunque bien poco han podido mancharse; otros a beber agua o llenar sus cantimploras para tenerlas llenas durante la noche; el resto a evacuar cualquier necesidad perentoria.

—Ahora tendremos que formar durante largo rato, sin que nadie pueda abandonar la formación.

Efectivamente, apenas han vuelto los gaveteros que han ido a entregar el perol vacío, cuando suena un toque de corneta y hemos de formar precipitadamente en dos largas filas a uno y otro lado de la galería. Formados de pie hemos de aguardar largo rato, mientras la tarde va cayendo. Al final penetran el jefe de servicios de esta parte de la prisión y

otros dos oficiales. El primero es el mismo tipo rechoncho del bigotito hitleriano que vi en el pasillo a nuestra llegada.

—¡Atención! ¡Firmes!

Un oficial por cada lado va contando rápidamente el número de los que estamos formados. Luego consultan unas listas que el jefe de servicios tiene en la mano, confrontándolas con otra que le entrega el encargado de la sala. Cuando comprueban que todos los números coinciden empiezan los himnos.

—¡Brazos en alto! ¡Empezad…!

Todos los presos hemos de levantar el brazo haciendo el saludo fascista. Inmediatamente el funcionario rechoncho del bigotito empieza a cantar, mientras los otros dos oficiales van de un lado para otro mirando a ver quién no abre la boca para castigarle en el acto. De vez en cuando uno de ellos grita iracundo:

—¡Más alto, más alto! Si no os oigo bien…

Entonan un himno para mí desconocido hasta este momento. Como luego sabré, se trata del *Oriamendi*, de carlistas y requetés. Tiene un aire ligero y un estribillo que se repite varias veces, afirmando que nuestros padres lucharon por Dios, por la patria y el rey y que por Dios, por la patria y el rey lucharemos nosotros también.

> «Lucharemos todos juntos,
> todos juntos en unión
> defendiendo la bandera
> de la Santa Tradición…».

Tras el *Oriamendi* viene el *Cara al sol*. Concluido éste, empieza la marcha granadera prusiana conocida en España como *Marcha Real*. Tiene una letra que unos atribuyen a Marquina y otros a Pemán en lo que se afirma que la España triunfadora marcha hacia un futuro imperial y grandioso «siguiendo sobre el mar el caminar del sol». El coro se termina dando el carcelero del bigotito los gritos de ritual, coronados estentóreamente por las voces:

—¡Arriba España…! ¡Viva Franco…!

Los gritos se repiten precedidos de amenazas cuando quien los lanza considera que no han sido contestados con el suficiente entusiasmo. Al cabo, una vez que juzga que la respuesta tiene el calor y la unanimidad precisa, concluye la ceremonia.

—¡Rompan filas…!

Se marchan los funcionarios de prisiones, cerrando con llave la puerta de la sala. Entonces los presos pueden bajar el brazo y deshacer la formación. El espectáculo se repite dos veces al día como mínimo y según me dicen la primera tarde y no tardaré en comprobar en las sucesivas, es causa y motivo de abundantes castigos que pueden ir desde un simple corte de pelo al cero a un fusilamiento, pasando por una paliza brutal a quienes no canten con fuerza o cambien una sola palabra de los himnos. Lo más frecuente es que saquen de la sala al culpable y le obliguen a estar en el pasillo o el patio cinco o seis horas cantando y con el brazo en alto, recibiendo un garrotazo cada vez que el cansancio debilita su voz o le hace bajar la mano.

—Es un acto de servicio —dicen los oficiales como única y suficiente explicación— y la rebeldía a tomar parte en el mismo merece un castigo severo que sirva de lección y escarmiento a los demás.

Tanto los funcionarios de prisiones como nosotros descartamos en absoluto que con esta ceremonia repetida a diario esperen convencernos y modificar nuestras ideas. Sólo un desequilibrado admitiría que la simple repetición maquinal y forzada de la letra de unos himnos baste para hacernos cambiar de manera de pensar. Más fácil es suponer que únicamente se pretende recordarnos a diario que carecemos de todo derecho desde el momento mismo en que perdimos la guerra. Lo poco que nos queda, incluido el simple hecho de continuar vivos, hemos de agradecerlo a la generosidad de los vencedores.

—Aunque el constante recordatorio no sea precisamente un acto de magnanimidad.

Deshecha la formación queda una hora larga en que gozamos de cierta libertad de movimientos, aunque no es mucho lo que podemos movemos sin tropezar con los demás. Sentados en los petates se charla sin alzar mucho la voz en pequeños grupos o se juega al dominó, al parchís o el

ajedrez con fichas y tableros. Casi siempre en extremo rudimentarios fabricados en el interior de la propia sala. Otros van extendiendo los petates para no tener que hacerlo más tarde en la semioscuridad que sigue al toque de silencio y algunos se tumban para dormir o hundirse en sus propias reflexiones y recuerdos con los ojos cerrados. A las diez suena el toque de silencio, se apagan casi todas las luces, cesan las conversaciones y hay que tumbarse obligatoriamente. De vez en cuando alguno de los oficiales abre la puerta para una visita de inspección.

—Al que le sorprenden levantando o charlando, lo pasa mal.

Los que dormimos en los lavabos somos los últimos en acostarnos. Aun tumbándonos debajo de las pilas de los lavabos, pegados a los urinarios y los retretes no hay sitio para todos y hemos de tendernos materialmente unos encima de otros. Si en la sala disponen de una anchura de treinta y cinco centímetros por metro y medio de largo, aquí no tocamos a más de veinticinco. Ni siquiera tumbados de lado cabemos, pese a que ninguno dispone de mucha ropa y algunas carecen hasta de manta en que tumbarse.

Tardamos bastante en acoplarnos no sin tener algunos roces y discusiones con los que en el último momento pretenden ir a los retretes y urinarios y van y vuelven pisándonos en medio de la casi completa oscuridad que reina en el cuarto, débilmente iluminado por las pocas bombillas que han quedado encendidas en la sala.

Debido al hambre que siento, a la incomodidad de la postura, al picor de los piojos que parecen haber recobrado su actividad un poco adormecida luego de la ducha y al escozor de la sarna, transcurre largo rato antes de que consiga conciliar el sueño. Calculo que no lo consigo hasta pasada la medianoche. No debo llevar mucho tiempo durmiendo cuando me despierta el apagado rumor de pasos y cuchicheos en la sala vecina. Alzo ligeramente la cabeza creyendo que se trata de una ilusión del sueño y me convenzo de que no es así.

—¡Venga, salid de prisa y sin alborotar…!

Las palabras llegan con claridad a mis oídos. Movido por la curiosidad me incorporo y saltando por encima de los cuerpos de dos que se interponen entre el lugar en que descanso y la puerta que comunica con la galería, me asomo a ésta. En un principio no descubro nada anormal mirando hacia el

fondo de la sala. En la penumbra me parece que todo el mundo duerme tranquilamente, aunque más tarde descubro que algunos se han sentado en el suelo. Al dirigir la mirada en dirección contraria veo un grupo junto a la puerta de salida. Unos hombres uniformados rodean a dos presos, obligándoles a salir con ellos. Cierran la puerta a su espalda y oigo sus pasos al alejarse por el pasillo en unión de voces que no alcanzo a entender. Posiblemente esté menos espabilado de lo que supongo y no acierto a comprender el significado de la escena.

—¿Dónde los llevan? —pregunto a uno de los que están de imaginaria cuando pasa cerca de los lavabos al volver a su puesto.

El hombre me mira con gesto sorprendido. No cree sin duda que la escena que acabo de presenciar se preste a ningún género de duda. Malhumorado responde:

—¿Dónde quieres que vayan a estas horas? ¡A fusilarles…!

* * *

No es mucho lo que duermo el resto de la noche. Aunque lo intento, no consigo alejar de mi mente el recuerdo de los dos hombres a quien se llevaron a fusilar. No sé quiénes son ni de qué les pueden acusar únicamente que la tarde anterior acaso hablasen conmigo y en estos momentos van camino del cementerio; tal vez estén ya frente al pelotón o hayan caído cosidos materialmente a balazos. Todavía me impresiona más el silencio de la galería; que muchos de sus compañeros de reclusión no hayan llegado a despertarse o que hayan podido volver a dormir. Sé de sobra que a todo se acostumbra uno; no obstante, me duele la insensibilidad de los demás y me avergüenza la mía propia.

—Sólo sacaron anoche a nueve.

Es la primera noticia que corre de un extremo a otro de la sala tan pronto suena el toque de diana y un tropel de gentes que tiene prisa en lavarse irrumpe en los lavabos obligándonos a incorporamos precipitadamente y a recoger como podemos nuestros escasos pertrechos. Ignoro cómo lo saben ya quienes propalan la triste nueva, que desgraciadamente parece exacta. El encargado de la sala, con quien hablo minutos después, dice algo de un ordenanza de los oficiales de noche que se

lo ha comunicado a no sé quién. Pero si en este punto secundario es un poco vago resulta mucho más concreto y categórico en otro más fundamental.

—Sesenta fusilados sólo de Yeserías en lo que va de semana. ¡Y todavía queda esta noche!

—Y la de mañana, ¿no?

—Mañana no sacarán a ninguno.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque pasado mañana es domingo.

Es la primera noticia que tengo de que los muchos condenados a muerte tienen una noche de respiro en el curso de la semana. Los pelotones de fusilamiento descansan en la jornada dominical. Me sorprende un tanto recordando que la ejecución de los capitanes Galán y García Hernández se efectuó a primera hora de la tarde de un domingo: el 14 de diciembre de 1930.

Alrededor de las ocho nos dan el desayuno. Un cacillo de agua oscura y caliente. Dicen que es malta; es posible que lo sea, aunque sabe bastante amarga, entre otras razones porque no tiene azúcar. No alimenta mucho, naturalmente, pero cae bien en el completo vacío del estómago.

—¿Y ahora qué?

—Esperar el cambio de la guardia y el recuento.

A la diez se repite con muy ligeras variantes la ceremonia de la tarde anterior. Los oficiales de prisiones que entran de servicio nos cuentan en compañía de los salientes para convencerse de que no se ha fugado ningún recluso en el transcurso de la noche. A continuación los cánticos y los gritos de rigor.

—¿Habrá paquetes hoy?

—No. Continuamos incomunicados.

¿A qué se debe esta rigurosa incomunicación que ya dura varios días y que cabe temer que se prolongue otros tantos? Aunque en jornadas anteriores han circulado por la cárcel las más contradictorias versiones, la verdad exacta no se conoce hasta el día 3 de agosto, fecha en que precisamente ingreso yo en Yeserías.

—Hace siete días atracaron en plena carretera y cerca de Talavera a un comandante que viajaba solo en su coche. Intentó defenderse y los

atracadores le mataron para robarle.

¿Qué relación puede haber entre un crimen vulgar perpetrado por unos malhechores a un centenar de kilómetros de distancia y los millares de presos políticos recluidos en las prisiones de Madrid? Son tres conocidos militantes comunistas quienes al regresar de unas diligencias en el Servicio de Información Militar explican lo que sucede. Domingo Girón, que ha sido comisario de Artillería en el Ejército del Centro; Guillermo Ascanio, comandante jefe de la VIII División y Eusebio Mesón, secretario provincial de las JSU fueron sacados hace cuatro días de esta misma sala para ser conducidos a la calle de Concepción Jerónima a fin de ser interrogados. En el mismo centro policíaco, así como en un cuartelillo del final de la Castellana, están interrogando también a numerosos militantes de las juventudes, que llevan tres y cuatro meses presos en diferentes cárceles.

—Les acusan de ser los instigadores de la muerte del comandante que era juez militar en Madrid. Es algo tan absurdo como disparatado, pero probablemente servirá de base para un proceso incoado contra todos ellos.

A Girón, Ascanio y Mesón parecen querer complicarles en el asunto, pretendiendo que son quienes desde la prisión de Yeserías dirigen la reorganización de las juventudes. No sin grandes esfuerzos y de pasar por una serie de largos interrogatorios, consiguen convencer a quienes les acusan que nada tienen que ver, no ya con el crimen, sino con la organización clandestina porque llevan varios meses encerrados y sin comunicación con nadie.

—Pero más que convencerles de lo que deben saber mejor que nosotros —dice Girón— creo que no nos han complicado en este proceso, porque prefieren reservarnos para otro al que piensan dar mayor publicidad contra la dirección del Partido y en el que nos harán aparecer como protagonistas.

Que les hubieran devuelto a su cárcel de procedencia ya demostraba que les habían descartado del proceso en marcha. En el Servicio de Información, en la Dirección General y en otros lugares habían quedado más de medio centenar de muchachos que no volverían a las prisiones en que estaban recluidos con anterioridad hasta después de celebrarse el juicio. Y hasta entonces seguiría lógicamente la incomunicación en las numerosas cárceles de Madrid.

—A los chicos les juzgarán muy pronto, quizá hoy mismo, y el resultado…

No cabía acariciar ninguna clase de ilusiones. Por lo que habían oído en el Servicio de Información los atracadores debían ser delincuentes vulgares, desertores de la Legión; sin embargo, no faltaba quien pretendía que dichos individuos eran antiguos miembros de las juventudes que se metieron en la Legión para camuflar su verdadera personalidad.

—Aunque es dudoso que hayan cogido a ninguno de los autores del crimen, quieren hacer un escarmiento y lo harán. A costa de las juventudes socialistas, naturalmente.

Los pesimistas vaticinios de Domingo Girón tienen plena confirmación pocas horas después. Al atardecer del día 4 traen a Yeserías a tres muchachos que fueron sacados a diligencias unos días antes. Les han juzgado aquella misma mañana con el resto de los encartados. Son quince chicas y cuarenta y cinco muchachos, casi todos los cuales llevan semanas o meses encarcelados. Según las declaraciones que lee el relator y que aparecen firmadas por alguno de los detenidos, el atentado contra el comandante-juez fue organizado desde la cárcel por las juventudes.

—Los autores de dichas declaraciones quisieron negarlas, pero no les permitieron hablar. Como consecuencia nos condenaron a todos a muerte.

No existe ninguna norma que pueda orientar a los sentenciados acerca del tiempo que habrá de transcurrir entre una condena a muerte y su ejecución. Como en años sucesivos tendré sobradas ocasiones de comprobar directamente igual pueden mediar quince días que tres años. Generalmente suele pasar un mes como mínimo entre la sentencia y su cumplimiento. En este caso concreto, no. Condenados por la mañana son trasladados por la tarde a la cárcel, para ser sacados de ella de madrugada y fusilados al amanecer. Entre los sesenta ejecutados están las quince muchachas.

* * *

Cuando en la tarde del 3 de agosto de 1939 llego a la sala sexta de la cárcel de Yeserías, luego de cuarenta y nueve días de permanencia en dos calabozos policiales distintos, llego flaco, sucio, hambriento, comido por

los piojos y desazonado por la sarna. Hasta una semana después, en que se restablecen las comunicaciones, no puedo hablar con mi familia. Para entonces sigo flaco, hambriento, con muchos piojos y bastante sarna, pero mi aspecto ha mejorado bastante.

En estos ocho días he comido muy poco. Exactamente lo mismo que los cinco mil y pico presos recluidos en Yeserías, porque son contadísimos los afortunados que conservan algunas provisiones de anteriores envíos familiares. Toda nuestra alimentación se reduce a un poco de malta sin azúcar como desayuno; un cazo de agua cocida con minúsculas porciones de boniato y una raspa de corvina a mediodía y una cena parecida al atardecer con la única diferencia de que falta hasta la raspa. La ración de pan —un pan moreno con más salvado de centeno que harina de trigo— se reduce a ciento cincuenta gramos por jornada. Aunque quepan grandes dudas acerca del peso verdadero del pan que recibimos.

La mejora de mi aspecto se debe, de un lado, a que ahora me lavo todos los días por lo menos tres veces; de otro, a que un barbero preso ha acortado considerablemente mi pelambrera, librándome de centenares de parásitos y afeitado mi barba. Sigo teniendo piojos en abundancia, porque la cárcel está infectada y no hay forma humana de librarse por completo de ellos, y bastante sarna. Pese a que continúo muy delgado, con veinte o veinticinco kilos menos de mi peso normal, no ofrezco, exteriormente al menos, la deplorable estampa de unos días atrás.

—La sarna es molesta y deprimente —dice Rabasa, un médico joven, preso por haber sido jefe de sanidad en una unidad republicana—, pero no grave. En la calle y en condiciones normales te librarías de ella en cuatro días; aquí necesitas tener paciencia.

En menos de una semana estaría curado de poder ducharme todos los días y desinsectar de vez en cuando la ropa que llevo. Pero los reclusos no tenemos acceso a las duchas más que al ingresar en prisión. En cuanto a la desinfección…

—Existe una autoclave, pero si metes la ropa te quedarás sin ella, porque la destroza, y no vas a andar todo el día desnudo.

Los atacados por la sarna debemos ser alrededor de un millar en Yeserías. No pueden aislarnos en ningún sitio, dado nuestro número, y

menos que en ningún sitio, en la enfermería, que está abarrotada.

—Lo malo no es que no quepa nadie, sino que da igual estar allí que en cualquier otro sitio porque falta lo fundamental medicinas.

Son escasas las probabilidades de curación de cualquiera, dada la falta de alimentación e higiene de la prisión. Pero para no perder hasta la más remota esperanza, los enfermos han de poner las medicinas. Como en la cárcel no hay farmacia, depósito de medicamentos ni nada parecido, han de comprarlas sus familiares en la calle y mandárselas en los paquetes. A veces se pierde tanto tiempo en conseguirlos, que cuando llegan los medicamentos el enfermo ya no los necesita.

Hay una pomada extraordinariamente eficaz para curar la sarna. Por desgracia estamos incomunicados y no es posible saber cuánto tardaré en hablar con mis familiares para que puedan enviármela. En el mejor de los casos, utilizando este procedimiento no podré recibirla antes de ocho o diez días. Rabasa tiene pensada una solución mejor:

—Buscaré quien tenga un tubo casi entero para que te preste la mitad.

Cumple su palabra y pocas horas después tengo en mi poder cierta cantidad de pomada. Aunque tiene un olor desagradable, me gustaría embadurnarme con ella de pies a cabeza. Pero hay que emplearla con tiento por si la incomunicación se prolonga y no es posible renovar la medicina. Por fortuna, aun procurando que dure lo más posible, experimento cierta mejoría desde el primer momento. Todavía tendré rastros de la infección durante todo el mes de agosto. Pero al comenzar septiembre me encuentro libre, al fin, de las incómodas picazones.

Una semana después de mi ingreso en Yeserías se reanudan las interrumpidas comunicaciones. Tenemos derecho a comunicar una vez cada siete días; a escribir o recibir una carta y a que la familia nos traiga algo de comida y ropa en el mismo período de tiempo. Tengo mucho interés en ver y hablar con mis familiares, porque llevo cerca de dos meses totalmente aislado de ellos y han pasado casi tres desde que mi madre me viera en Albatera. Mas que la comida o la ropa que me puedan traer me importa saber cómo se desenvuelven y comprobar cómo mi madre soporta la incertidumbre de mi futuro inmediato, luego de haber perdido en la guerra otro de sus hijos.

Pero si sé poco de mis familiares al comenzar la comunicación no es mucho más lo que conozco al terminarla. Porque si mis visitantes y yo nos pasamos los diez minutos de la comunicación hablando y gritando, apenas si logramos entendernos más que por señas.

El locutorio es una sala larga y estrecha en la que los presos entran por un lado y sus familiares por el opuesto. En medio de la habitación, yendo de un extremo a otro, hay una doble pared; de ladrillos hasta un metro diez o quince del suelo; de espesa tela metálica desde dicha altura hasta el techo. El pasillo entre las dos telas metálicas tienen algo más de un metro de anchura y por él pasea constantemente un funcionario de prisiones atento a lo que hablan unos y otros, aunque resulta más que dudoso que pueda enterarse absolutamente de nada.

Cuando se abre la puerta del locutorio, los presos nombrados entramos a la carrera, deseosos de ocupar las mejores posiciones. Como la habitación está en penumbras, el violento contraste con el sol radiante del patio hace que en los primeros momentos no acertemos a distinguir nada. Incluso cuando los ojos se acostumbran a la escasa luz del locutorio no es mucho lo que acierta a ver, separado de sus interlocutores por más de un metro de distancia y con tupidas telas metálicas por medio.

A ver al preso, a comunicar con él por espacio de unos minutos, suelen ir dos o tres personas. Esto significa que en una habitación no demasiado grande se reúnen entre noventa y ciento veinte personas. Si los treinta reclusos tenemos que estar materialmente incrustados unos en otros para que todos nos situemos frente a la tela metálica, en el lado opuesto tienen que formar en dos o tres hileras. Como todos tenemos muchas cosas que escuchar o decir y tememos que la comunicación se interrumpa antes de haber acabado de decirlas, hablamos rápidamente desde el primer segundo. Lo mismo exactamente hacen nuestros familiares. Consecuencia lógica es que se arma una terrible algarabía en la que sólo de tarde en tarde acertamos a escuchar con relativa claridad alguna palabra suelta.

Para comunicar conmigo vienen mi madre y mi hermana. Aun sin conseguir verlas con la claridad y cercanía que hubiera deseado, me impresiona el aspecto de ambas. Mi madre no parece ni la sombra de sí misma. Si en Albatera la encontré bastante desmejorada, ahora veo que ha

envejecido veinte años. No debe pesar la mitad de hace seis meses, está demacrada, con las mejillas hundidas y los ojos irritados por el llanto o la falta de sueño. Incluso ha disminuido de estatura y anda ligeramente encorvada. Aunque resulta indudable que lo están pasando muy mal, mienten y sonríen para tratar de animarme.

—Vamos bien, muy bien… ¿Económicamente…? ¡Oh, no tenemos apuros!

Yo miento también para asegurar a gritos que estoy magníficamente y no preciso de nada. Aunque es casi seguro que les pase lo que a mí, simulan creerme. Yo hago lo mismo cuando a voces expresan su convencimiento de que no me pasará nada.

—Saldrás pronto, hijo. Todos dicen que no has hecho daño, a nadie y que en cuanto se aclaren un poco las cosas…

Ni siquiera intento contradecirlas al escuchar con dificultad y perdiendo muchas de sus palabras que en Almagro y Alcalá me han tratado con toda deferencia. Hago un esfuerzo y contengo el deseo inicial de poner las cosas en su lugar. ¿De qué serviría contarles la verdad, aparte de amargarlas un poco más de lo que ya están? ¿Podría, aunque lo pretendiera, convencerlas en medio de este griterío de la terrible pesadilla vivida en el mes y medio pasado en los calabozos de uno y otro sitio? Evidentemente, no, y me limito a asentir con repetidos movimientos de cabeza a todo lo que dicen.

La comunicación termina sin que consigamos hablar más. Me han dicho, o al menos así lo he entendido yo, lo que por anticipado me figuraba que me dirían y les he contestado en la forma exacta en que ellas esperaban oírme. Pero por encima de todas las palabras está la triste realidad de mi madre reducida a la mitad, de mi hermana llorosa y de una situación familiar que me imagino poco menos que desesperada. ¿Qué impresión habrán sacado ellas de mí? Me he arreglado cuidadosamente para presentar el mejor aspecto; apenas si he dejado de sonreír un momento y he repetido hasta la saciedad que estoy muy bien, que me siento optimista y que no necesito nada. Pero ¿lo creerán? Tendrían que ser tontas y no lo son; ciegas, y tienen los ojos muy abiertos. Aunque llegasen al extremo de aferrarse al clavo ardiendo de conceder crédito a cuanto puedan decirles respecto al buen trato que recibimos, les bastaría hablar con los familiares de otros

presos, especialmente con aquellos que recogen los petates de sus deudos luego de la ejecución, para saber positivamente a qué atenerse.

Salgo de la comunicación más triste y preocupado que entré. No me alegra tampoco el paquete que recibo ni las diez pesetas que han dejado a mi nombre en peculio. Aunque el contenido del paquete es modesto —una barra de pan, una tortilla, dos filetes empanados, una cajetilla de tabaco y un librillo de papel de fumar— debe significar un enorme sacrificio para mi madre y mi hermana, tal vez quedarse sin comer durante veinticuatro horas. En cuanto a las diez pesetas, tienen que representar para ellas una verdadera fortuna. Aunque ni el dinero ni la comida basten para saciar durante una semana el hambre que siento luego de haber ingerido las minúsculas raciones del rancho diario.

Menos aún cuando habré de compartir lo poco recibido con otros que todavía reciben menos. Ni Alted ni Águila han tenido comunicación y ni paquete. Es lógico, natural, moralmente obligado repartir con ellos lo que tenga, como ellos lo repartirían conmigo caso de estar cambiados los papeles. Lo hacen por propio impulso y sin necesidad de que nadie se lo pida una mayoría de presos de la sala sexta y aun de toda Yeserías. Como lo hacen ya y lo seguirán haciendo durante años en todos los presidios españoles como un deber insoslayable de solidaridad humana.

—No es mucho —digo a mis dos compañeros a mediodía—, pero hoy por lo menos no pasaremos hambre.

En un principio los dos se niegan a comer más que el rancho, alegando que si el paquete representa algo para uno solo, para tres no es nada. Lo dicen tan sinceramente como yo lo dije en alguna ocasión en Albatera o en los calabozos de Almagro y Alcalá cuando fue otro quien recibió el paquete y compartió los víveres conmigo. Pero insisto con la suficiente energía para decidirles a participar en el modesto ágape.

—Lo más agradable es poder fumar un cigarrillo.

Allá veremos lo que dura.

Una cajetilla tiene veinte cigarrillos que convertimos en sesenta porque «delgados también arden». Procurando no encender ninguno fuera de las horas de comer, tendremos para toda la semana. Incluso nos sobrarán, cuando juntando las tres colillas del día podemos liar un cigarrillo más.

—Y hasta podemos comprar más tabaco con las diez pesetas que tenemos.

Las diez pesetas —no en monedas o billetes, sino en bonos de la cárcel — permiten adquirir algunas cosas en el economato de la prisión. No de comer, porque el pan está racionado y las latas de sardinas en aceite cuestan demasiado caras, pero sí sellos para escribir a la familia, hilo con que cosernos la ropa, jabón y, claro está, pagar un real o treinta céntimos al barbero que nos afeite una vez a la semana la víspera de salir a comunicar. No es, desde luego, que nademos en la abundancia, pero un día a la semana no pasamos hambre y el resto conseguimos fumar un cigarrillo después de la malta o el agua con raspas y trocitos de boniato que constituye nuestra alimentación diaria.

—Aquí se descansa mucho mejor que en los lavabos.

Cuando comunico con mi familia hace ya tres días que salimos de los lavabos. En la abarrotada sala sexta se ha producido cierto número de bajas. Aparte de los fusilados, siete han sido trasladados a otras cárceles madrileñas, cuatro han salido de diligencias —de las que posiblemente no volverán— y quince marcharon en una expedición de condenados a Burgos, según unos, o a Ocaña, según otros. Cierto que como compensación han ingresado unos treinta reclusos más. Pero estos recién llegados han tenido que conformarse con hallar cobijo en los lavabos mientras nosotros ocupábamos mejores puestos en la sala general. Alted y yo tenemos nuestros petates pegados a una de las paredes y cerca de una de las ventanas; Águila está próximo, pero entre los que duermen en el centro de la galería.

Hablar de petates constituye evidente exageración porque aquí hay muy pocos petates. No por castigar a los reclusos, sino porque materialmente no caben. Cualquier colchoneta, por estrecha que sea, tiene siempre más de treinta y cinco centímetros de anchura. La dirección de la prisión, deseosa sin duda de evitar discusiones entre los presos, corta por lo sano, obligándonos a todos a dormir en el suelo. Tan sólo se permite dormir en algo más blando que una simple manta a los mayores de cincuenta años. Sin embargo, aun habiendo superado el medio siglo, se tropieza con tantas

dificultades para conseguir meter un petate que la mayoría de los viejos tienen que renunciar a la pretensión.

Dormimos siempre de costado —no cabemos de otra manera—, con las piernas encogidas. Estamos tan juntos unos de otros que cuando, cansados de dormir de un lado tratamos de volvernos, tenemos que hacerlo a un tiempo todos los que integramos una fila. Como a todo llega uno a acostumbrarse, al cabo de poco tiempo cambiamos cada noche cuatro o cinco veces de posturas sincronizando perfectamente los movimientos de todos y en muchas ocasiones sin despertamos por completo.

Cuando nos levantamos y recogemos las mantas —quienes las tienen— en que estuvimos tumbados, podemos movernos un poco de un lado para otro, pero hay tanta gente que cada dos o tres pasos tropezamos y hemos de detener nuestra marcha. Es mucho más cómodo y fácil permanecer inmóviles de pie o sentados, charlando, discutiendo, contando historias o jugando al ajedrez o al parchís. También disfruta de extraordinaria popularidad el juego de las batallas navales. Tiene, sin embargo, un grave inconveniente: que para jugarlo hay que tener unas cuartillas de papel y unos lapiceros y plumas, cosa que no siempre es fácil de conseguir.

Permanecemos encerrados en la sala las veinticuatro horas. Sólo nos dejan salir al patio un rato cada dos días. Existe para ello una razón lógica que resulta pequeño para el número de presos guardados en Yeserías. Lo hacemos por turno riguroso las diferentes secciones de la prisión. Al mismo tiempo que nosotros bajan los ocupantes de otras tres galerías —cuarta, quinta y séptima—, con lo que pasamos de los mil reclusos. Si a ellos sumamos algunos destinos que pueden andar con cierta libertad por el interior de la cárcel, los que se encuentran menos graves de los enfermos que llenan la enfermería y que se asoman a la puerta, los centinelas que vigilan en lo alto de los muros y en determinados puntos del patio y los oficiales que nos vigilan a todos, no podemos andar rápido ni correr un poco como desearíamos para desentumecer las piernas un tanto anquilosadas por la falta de ejercicio.

Con todas sus limitaciones, el patio es un auténtico recreo para nosotros. No sólo porque podemos respirar un poco mejor y movernos con menos ahogo, sino por ver y hablar con otros presos que los recluidos en nuestra

propia sala. En cada una de las otras tres hay un número aproximado al de la sexta y abundan entre ellos los conocidos, amigos y compañeros. Cabe siempre la posibilidad de que cualquiera de las otras galerías tengan noticias distintas a las nuestras, opinen de diferente manera en algunos puntos concretos o desmientan los bulos que circulan por la nuestra o viceversa. En cualquier caso significa un cambio muy apreciable. Especialmente cuando, como sucede todas las veces, algunos destinos —que por estar ocupados en comunicaciones, paquetes, peculio, jefatura o régimen— están más en contacto con el mundo exterior, hablan con algunas personas o tienen ocasión de leer los periódicos, vienen a buscamos al patio —donde su acceso es mucho más fácil que al interior de las salas— para contarnos lo que han visto, leído o escuchado. Aunque entre lo que cuentan abundan extraordinariamente los bulos, siempre recibidos con interés y agrado; unas confidencias, casi siempre teñidas de optimismo acerca de la posibilidad de una mejora en nuestra situación o una contienda internacional que modificará radicalmente la situación en Europa y en España.

—¡Hitler invadirá Polonia en cualquier momento…!

—El Papa ha pedido a Franco que no se fusile a nadie más.

—Cuando el Gobierno venga a Madrid darán una amnistía.

—Las cosas van tan bien, que antes de fin de año estaremos todos en la calle.

El patio es un hervidero de bulos disparatados, de rumores sin pies ni cabeza que saltan con increíble rapidez de uno a otro grupo. ¿Los cree alguien? Parece que sí, porque muchos los repiten con aire convencido. Sin embargo, lo más probable es que quienes fingen creerlos no pretendan otra cosa que engañarse a sí mismos para no caer en la absoluta desesperación.

—Acaso —dice Rubiera, reanudando una discusión sostenida hace meses ya en el Campo de los Almendros— convendría simular nosotros también que los creemos para mantener alta la moral de todos.

Carlos Rubiera está con Rafael Henche y Gómez Egido en la sala quinta de Yeserías. El diputado socialista, subsecretario que fue de Gobernación y presidente de la Diputación madrileña, ha venido desde Alicante a esta cárcel en unión del último alcalde republicano de Madrid, pasando por la Dirección General de Seguridad. Recorrido parecido ha hecho José Gómez

Osorio, recluido en la sala séptima. A Gómez Osorio, secretario del Sindicato Ferroviario, una de las figuras más respetadas y venerables del partido socialista, le trajo la policía desde tierras levantinas en el mismo coche que a Aselo Plaza, redactor jefe de *CNT*, con el que compartí las primeras semanas de Albatera.

—A Plaza le llevaron a Conde Toreno tras una larga estancia en Gobernación. Lo sé porque me ha mandado recuerdos con un familiar que fue a esa cárcel a comunicar con Sócrates y Bienvenido.

Bienvenido y Sócrates son hijos de Gómez Osorio. No es el único que tiene buena parte de la familia en la cárcel. Hay incluso familias cuya totalidad está en una u otra prisión. Es el caso concreto de Joaquín Dicenta, que se halla en Santa Rita, mientras un hijo comparte nuestra reclusión en la sala sexta y los demás deudos ruedan por otras prisiones, incluso la mujer encerrada en Ventas.

—Dejando a un lado exageraciones y bulos —insiste Rubiera— estoy convencido de que la guerra no tardará en comenzar. Inglaterra y Francia tienen que poner coto de una vez a las ambiciones de Hitler, y eso.

—¡Bah! —replico encogiéndome de hombros—. Lo mismo pensábamos el año pasado por, estas mismas fechas y, al final… ¡Munich!

En la angustiosa monotonía de la sala sexta en la que apenas podemos movernos y una hora es igual a la anterior y un día exacto al que le sigue, la hora y media que tres veces por semana pasamos en el patio es un acontecimiento agradable. Podemos ir con cierta libertad de un lado para otro, hablar con quienes ocupan otras galerías, con los destinos que están más en contacto que nosotros con el mundo exterior e incluso con los que se encuentran en la enfermería. Entre estos últimos hay varios conocidos y amigos.

Uno es un actor joven, de salud delicada, llamado Figueras, con el que hice cierta amistad en el transcurso de la guerra por que un hermano suyo murió en los alrededores de Chapinería, el 15 de octubre de 1936, en unión de mi hermano Ángel. Otro, un abogado inteligente y brillante, Pepito Herrán, cuyo terrible delito es haber actuado con el Comité Pro-Presos antes y durante la guerra defendiendo a los detenidos de la CNT Es un hombre alegre, optimista, despreocupado, con fino desgarro madrileño, que

no da importancia a su situación y que afirma sonriente que está en la enfermería porque tiene enchufes, aunque lo cierto es que ingresó en ella porque llegaba destrozado de no sé qué comisaría. El tercero, un viejo vate, quizá el mejor sonetista castellano de nuestra época, bohemio empedernido, sablista contumaz, famoso hace largos años más que por su inspiración poética por su increíble habilidad para ablandar los corazones ajenos y hacerse con unos duros o unas pesetas.

Pedro Luis de Gálvez no ha sido nunca un modelo de pulcritud y elegancia. Ahora está hecho una verdadera ruina física. Aunque no debe tener arriba de sesenta años, cualquiera creería que ha cumplido los ochenta. Anda con dificultad, vacilante y encorvado, vestido de mala manera, con el poco pelo revuelto y una barba grisácea e hirsuta. No le han tratado muy bien antes de traerle a la cárcel y no ha podido reponerse en el tiempo que lleva aquí. Sabe que gravitan sobre él graves acusaciones y que difícilmente conseguirá salvarse. Sin embargo, por encima de sus achaques físicos, está entero espiritualmente. Coordina perfectamente y sigue escribiendo versos con fluidez y elegancia. Cada vez que ve a uno le lee cuatro o cinco sonetos que ha escrito en las últimas horas y habla con prisas, sin descanso, de una manera torrencial. Es comprensible que maree un poco a los que están a su lado.

—¡Es inaguantable! —dice Figueras—. Habla por todos los pelos de la barba a un tiempo.

Nos gusta bajar al patio, pero nos desagrada hacerlo los domingos. Porque los domingos no podemos andar de un lado para otro, hablar con los amigos, cambiar impresiones, discutir y rechazar infundios y rumores. Los domingos, después del recuento de la mañana, hemos de permanecer formados y en silencio durante largo rato en la galería y luego descender formados al patio.

No sólo lo hacemos como de costumbre tres o cuatro salas, sino la totalidad de la prisión. Como los presos pasamos ampliamente de cinco mil, la única manera de que podamos caber es estar muy apretados. Doblemente apretados, porque una parte del patio se reserva para las autoridades de la prisión, algunos invitados que presiden la ceremonia y el improvisado altar. Se trata de oír misa, y nadie, ni destinos ni enfermos, puede librarse de

asistir. Como sucedió en Albatera, muchos no han dudado en presentarse a los oficiales, al director e incluso al capellán para indicarles con absoluta corrección que, no practicando la religión católica, estimaban que debía dispensárseles de la misa. En todos los casos la respuesta fue negativa; en la mayoría no se molestaron en decírselo con palabras, sino con castigos; los más afortunados recibieron unas explicaciones muy poco convincentes.

—¿Estás bautizado?

—Creo que sí, pero.

—No hay pero que valga. Si te bautizaron eres católico.

—¿Y si no lo estuviera?

—Irías igual porque no se trata de simple devoción, sino de un acto de servicio.

El acto de servicio se prolonga siempre durante más de dos horas. Formados y a pie firme hay que aguardar a que llegue el director y sus acompañantes, que suelen tardar bastante; a que se diga la misa y a que el capellán pronuncie el correspondiente sermón. No es cómodo ni fácil aguantar así para unos hombres que apenas hacemos ningún ejercicio el resto de la semana; que casi ni podemos sostenemos por nuestra debilidad, y menos en pleno mes de agosto, cayendo el sol a plomo. No es sorprendente que algunos no puedan resistir y en cada misa haya unos cuantos desmayados. No obstante, la ceremonia prosigue inalterable hasta que, una vez terminada la misa, cantamos a coro los diferentes himnos, el director da las voces reglamentarias y volvemos, perfectamente formados, a nuestras respectivas galerías.

Los sermones que oímos en Yeserías difieren poco de los oídos en Albatera. Son en general largos, pesados, monótonos y pedestres. Se limitan a una cansina repetición de frases hechas y lugares comunes. Sería inútil buscar en ellos un rastro de espiritualidad cristiana, de generosidad y perdón. Nuestros pecados son tan enormes que sólo pueden ser perdonados por un Dios infinitamente bueno.

—Pero perdonados en el otro mundo —murmuran muchos— luego de ser fusilados en éste.

Vuelve a planteársenos aquí la misma cuestión que ya nos preocupó en los campos de concentración. ¿Nos creen tan analfabetos y brutos que no

merece la pena hablarnos de una manera más correcta, espiritual y elevada o quienes nos sermonean constituyen la exacta expresión del nivel medio cultural y cristiano de los clérigos españoles? Si lo primero es ofensivo para nosotros, lo segundo debiera serlo para una Iglesia que lleva siglos manipulando la enseñanza en España, y explicaría buena parte de las tragedias sufridas por nuestro país.

Cuando subimos de la misa es ya la hora de comer, aunque al terminar la comida tengamos más hambre que al comenzar. La tarde del domingo resulta tan larga, aburrida y pesada como la de los demás días. Circulan los mismos bulos que de costumbre y hay ingenuos que los toman o simulan tomarlos como verdades axiomáticas. Pero la triste verdad está allí mismo, sin necesidad de salir de la galería.

—¡Atención a los nombres! Aniceto Ruiz Grijalba, Pedro Arce Gutiérrez, Juan Ortiz, Manuel Pardo y Bernardo López González… ¡Listos para Consejo…!

Es lo de todas las tardes. Cinco, seis, ocho o diez hombres salen todos los atardeceres para ser juzgados a la mañana siguiente. Veinticuatro horas más tarde regresan. Una mitad por lo menos han sido condenados a muerte. Los restantes vuelven satisfechos porque sólo habrán de pasarse en presidio los años de su juventud.

Hay todavía algo más trágico: las sacas. Suele haber las tres, cuatro y hasta cinco veces por semana. Generalmente vienen en busca de los sentenciados a las doce, a la una, incluso a las dos de la madrugada.

Ocurre a veces que nos enteramos mucho antes, si bien ignorando los nombres de los que se llevarán, porque en todo tiempo pasan del medio centenar los que en la sala se encuentran condenados a la última pena.

La primera vez que esto sucede estando yo en la galería sexta es el tercer domingo de agosto. Un compañero del sindicato mercantil, que tiene destino en la oficina de Régimen y duerme a mi lado, no regresa a la sala hasta después del toque de silencio. Entra sigiloso y se tumba sin hablar palabra. Cuando en voz muy baja le pregunto por qué ha venido más tarde que otros días, contesta con un susurro:

—¡Hay saca esta noche! Tres duermen en esta sala.

Un par de horas después se llevan a los tres. Uno de ellos, un teniente socialista, ha estado jugando conmigo después de cenar una partida de ajedrez.

V

LA SANGRE DERRAMADA

—¡La guerra…! ¡Ha estallado la guerra! Alemania inició esta madrugada la invasión de Polonia.

Aunque llevamos meses enteros esperando la noticia, pese a que desde hace ocho días no hablamos de otra cosa, en un principio me resisto a creerlo. Cien veces distintas circula el mismo rumor por toda la cárcel y otras tantas queda desmentido a las pocas horas. ¿Por qué no ha de ser éste de ahora un bulo más?

—Al final —murmuran los interesados en creerlo— alguna vez llega de verdad el lobo.

Pienso con tristeza que el lobo pudo llegar no ahora, cuando lo tenemos todo perdido y difícilmente cambiará nuestra situación, sino un año justo atrás. Entonces, en septiembre de 1938, cuando Europa entera la esperaba, aún combatíamos en el Ebro y la conflagración europea o mundial pudo tener para nuestra causa los más beneficiosos efectos. Como mínimo, hubiera determinado una disminución sensible o un corte radical de los suministros alemanes e italianos a nuestros adversarios.

—¿No hubiera implicado, también, el cese de las ayudas aliadas o rusas a nosotros? —objetan algunos cuando me lo oyen decir.

—Poco habríamos perdido de perder lo que Inglaterra y Francia nos ayudaron. En cuanto a los rusos.

—¿Qué?

—Eso menos hubiésemos tenido que pagarles. O nos habríamos ahorrado pagar lo que no mandaron.

Hemos discutido mil veces este asunto con apasionamiento y vehemencia inevitables, no sólo en los meses finales de la contienda, sino en las semanas que siguen a la derrota. Era tema general e inevitable en los campos de los Almendros y Albatera. Y cuando ya el 3 de agosto llego a Yeserías encuentro planteada la polémica con sorprendente violencia. No sé si porque no tenemos nada mejor en qué pasar el tiempo, o porque todos sentimos la imperiosa necesidad de descargar nuestra propia conciencia, arrojando sobre los demás las culpas del común desastre.

—¡Otro de la paz honrosa! —me saludan agresivos e hirientes algunos comunistas cuando ingreso en la sala sexta.

Antes de que pueda contestarles yo, lo hacen por mí otros presos republicano, socialistas o libertarios. Parecen acentuadas las divisiones de los últimos días de la lucha, acaso porque la derrota es el mejor caldo de enfrentamiento entre los vencidos. Intervenga personalmente en la disputa o trate de serenar los ánimos, lo normal es que la discusión se agrie y se recurra a toda clase de argumentos. El más empleado por los comunistas es que el Consejo Nacional de Defensa, con Casado y Miaja a la cabeza, huyó dejando a los demás abandonados.

—Tres semanas antes —replican sus oponentes— se habían largado sin despedirse de nadie Negrín, la Pasionaria, Modesto y Líster.

—¡Girón, Ascanio, Ortega, Cazorla y Mesón se quedaron!

—Y nosotros, ¿qué? ¿O te figuras que estamos paseando por París o Moscú con Pepe Díaz, Uribe, Mije y Jesús Hernández?

La defensa se convierte en ataque, y tanto uno como otra adquieren tintes rabiosamente personales. Aunque en buena lógica las conductas individuales tienen escasa importancia cuando lo que debatimos es un problema de índole general en el que están implicadas millones de personas, lo más fácil y cómodo es utilizar algún nombre conocido, cargarle todos los defectos y extender después sus culpas a cuantos pensaban como él, aunque sean capaces de aguantar con altiva heroicidad su doloroso destino.

—¿Negarás que los cabrones de la Junta se largaron en un barco inglés dejándonos en manos de los fascistas?

—Admito que algunos de sus componentes no estuvieron a la altura de su deber y se fueron. Pero afirmo que otros de los integrantes del Consejo se quedaron aquí con todas sus consecuencias.

—Eso es mentira.

—Eso es verdad. ¿Quieres nombres? Besteiro pudo tomar un avión o un barco y se quedó en Madrid, y lo mismo hizo San Andrés. A Sánchez Requena le prendieron en Valencia los fascistas, y Antonio Pérez está preso en espera de que le fusilen.

La actitud de Besteiro es pública y notoria. Respecto a los otros tres —un republicano, un sindicalista y un socialista— no faltan en esta sala quienes les han visto en este o aquel campo de concentración, comisaría o cárcel. Tampoco se puede negar que los cuatro formaban parte del Consejo de Defensa.

—Bueno —admite de mala gana mi interlocutor—, pero todos los demás escaparon muertos de miedo.

—Vuelves a equivocarte —replico—, y fácil te será comprobarlo sin salir de esta misma cárcel. Aparte de los cuatro miembros de la Junta que te he nombrado, aquí se quedaron los jefes militares y los comisarios políticos de la casi totalidad de los ejércitos. ¿Nombres? Prada, que mandaba en el Centro; Moriones, que mandó en Andalucía, Escobar, que dirigía las tropas de Extremadura. Y junto a ellos, con ellos, generales como Aranguren, Monje, Bernal, Menacho, Martínez Cabrera y un largo etcétera.

—¡Como sabían que no les pasaría nada…!

—Tan lo sabían, que Aranguren ha sido fusilado, como probablemente lo serán los restantes. ¿Cabe mayor seguridad de que no les pasaría nada?

—¿Vas a defender también a Miaja y Menéndez?

—No voy a defender a nadie. En cuanto esos dos, os dejo a vosotros el trabajo de hacerlo, aunque sólo sea porque ambos mostraron en alguna ocasión —¡y bien que lo pregonasteis con ánimo proselitista!— el carnet del partido.

—Los dos fueron expulsados.

—Sí, después de que se dieron de baja. ¡Ah! No querría olvidarme de algo que sabréis mejor que yo: que otros dos jefes militares comunistas, que ocuparon los más altos cargos durante la guerra, salieron de España en compañía de Menéndez y en el mismo barco inglés.

—¿Nombres?

—Ciutat y Durán. ¿Te suenan?

—También Cipriano Mera se marchó en avión.

—Efectivamente, pero sólo veinticuatro horas después que se fueran en la misma forma Togliati y Jesús Hernández. ¿Acaso lo ignorabas?

Pero más importancia que disputar entre nosotros acerca de los que se fueron o se quedaron, reviste a mi parecer el hecho cierto y comprobado de que, aparte de varios miembros del Consejo de Defensa, de casi todos los jefes y comisarios de los ejércitos de la zona centro-sur republicana y de un nutrido grupo de militares profesionales, la inmensa mayoría de las personas que desempeñaron funciones públicas en las últimas provincias que estuvieron en manos de la República permanecieron en sus puestos hasta el último segundo a sabiendas de que se jugaban la vida y de que la perderían —como muchos la perdieron— si se descuidaban.

—Aunque la propaganda de los vencedores vocifere lo contrario, la verdad es que no huyeron, pudiendo haberlo hecho, los gobernadores civiles de casi todas las provincias, los comités nacionales, comisiones ejecutivas o directivas de las diversas organizaciones y partidos; presidentes de diputación, alcaldes y concejales; comités regionales y locales; médicos, abogados, ingenieros, periodistas, diputados nacionales o provinciales, y millares de hombres que tenían a su cargo un puesto de responsabilidad y supieron hacer honor a la confianza que los demás habían depositado en ellos y a las exigencias de su propia conciencia. Por cada uno que huyó hubo cien de todos los partidos —republicanos, socialistas, comunistas y libertarios— que no lo hicieron. Es probable que muera la mayoría, pero siempre será su conducta un timbre de orgullo y una firme esperanza para un futuro que seguramente ninguno llegaremos a vivir.

Por fortuna, si al principio predominan los argumentos de tipo personal en las discusiones, poco a poco las polémicas alcanzan mayor altura e interés. Pronto comprendemos todos que las disputas y enfrentamientos

mutuos, que harían las delicias de nuestros adversarios si pudieran oírlas, no tienen finalidad práctica alguna. Lo que fundamentalmente nos importa a unos y otros es analizar todo lo objetivamente que nos sea posible dadas las circunstancias, lo ocurrido en los años de guerra, dilucidar las causas que condujeron a la derrota y procurar extraer de ésta una lección provechosa, más que para nosotros mismos, para quienes vengan detrás.

Convenimos, pues, en dar de lado las alusiones y ataques al comportamiento de determinados individuos considerados aisladamente, para concentrar nuestra atención e interés en la trayectoria seguida por los diversos partidos, organizaciones y tendencias en el curso de la contienda. Poco tiempo después las discusiones —los debates, como los denomina un viejo político republicano— giran en torno a la compatibilidad e incompatibilidad de la revolución con la guerra y si para ganar ésta es preciso entenderla como tal desde el punto de vista estrictamente militar o debe ser considerada como lucha revolucionaria para conseguir mantener vivo y tenso el espíritu de las masas populares. Íntimamente ligado con este punto está el de las ayudas exteriores y suministros de armas, así como la táctica y estrategia a desarrollar y, fundamentalmente, si la contienda estaba definitivamente perdida luego de la batalla del Ebro y la caída de Cataluña o cabía la posibilidad de continuar resistiendo hasta que la lucha internacional entre las potencias totalitarias y las democráticas —a la que nuestra guerra civil servía de prólogo indudablemente— facilitase la victoria final del antifascismo.

De una manera maquinal, sin acuerdo previo ni propósito decidido, las discusiones, comenzadas en cualquier punto de la sala y generalmente en varios a un mismo tiempo, con intervención de tres o cuatro personas, van adquiriendo un carácter más general y unitario. Paulatinamente las seis o siete polémicas iniciales se transforman en una sola, en la que participan quienes tienen mayor facilidad de palabra, más conocimientos de la materia que se trata o los oyentes consideran —sea por su historial de luchas, por los cargos ocupados durante la guerra o por cualquier otro motivo— con superior prestigio personal. Al final, lo que dicen ocho o diez de los presos, pertenecientes y representantes de las diversas tendencias, es seguido con apasionado interés por la mayor parte de los recluidos en la galería.

Todo esto, difícil de imaginar y más difícil de admitir en el interior de una cárcel, bien vigilada por dentro y por fuera, en un período agudo de represión cuando proliferan las condenas a muerte y son diarias las ejecuciones; en que los presos no disfrutan de ninguna clase de garantías y derechos y la simple y vulgar salida «a diligencias» puede significar la desaparición física, es posible por dos razones. La primera, la formación política y la madurez ideológica de la mayoría de los reclusos, que tienen muy desarrollado los sentimientos de solidaridad y autodisciplina. La segunda —consecuencia en buena parte de la primera—, la ausencia total de soplones, chivatos y confidentes. Bastaría la simple insinuación de uno cualquiera de los trescientos y pico internados en esta sala para que todos lo pasásemos mal. Pero ninguno despega los labios y más de uno se tragaría la lengua antes de denunciar a sus compañeros.

Es notoria la influencia del ambiente general que se respira en la sala. Pasamos hambre, desde luego, porque la comida es escasa, una mitad no recibe paquete, y no son muy abundantes los que sus familiares mandan al resto; no existen diferencias sensibles, sin embargo, entre los más o los menos afortunados. Sin presiones de nadie, sin necesidad de sugerírselo siquiera, los que tienen pan, tabaco o lo que sea, lo comparten con sus amigos, correligionarios o simples vecinos de petate. Tan contagioso es el ejemplo, que si alguno come más que los demás se siente avergonzado y hasta un poco culpable. El ejemplo de decisión y entereza que nos dan a diario los que sacan por las noches es una lección que ninguno puede olvidar.

Hay una organización espontánea y natural, por medio de la cual todos nos sentimos controlados, al mismo tiempo que ejercemos un control moral sobre los demás. No se trata de una organización clandestina de carácter subversivo, que de poco nos serviría dadas las condiciones en que nos encontramos, excepto para hacer inevitable el sacrificio de muchos que todavía pueden salvarse. Pero una mayoría ha pasado los años de guerra en los frentes, e incluso en la retaguardia ha existido una rígida autodisciplina y un deseo de servir a los ideales por los que cada uno lucha. De una manera enteramente lógica y natural el que ingresa en la sala se acerca y habla preferentemente con los pertenecientes a su propio partido u

organización. Si no conoce a nadie en la sala ni hay nadie en ella que le conozca a él, cualquiera le pregunta con qué tendencia simpatiza y en cuál militó.

—Pues ahí tiene a fulano, mengano y zutano, camaradas tuyos.

Aunque la mayoría ha formado en algún partido político u organización, entran algunos que son indiferentes en política, pese a que estén allí, salvo casos excepcionales, por razones políticas. Se les respeta y se consiente que se arrimen a quienes más les apetezca o se mantengan al margen. Casi todos, influidos por la atmósfera que se respira, se comportan como si de veteranos militantes de cualquier grupo liberal u obrero se tratase.

La única pega son los delincuentes habituales. Tienen cierto respeto a los políticos, pero celebran no serlo personalmente. El chorizo, el estafador, el ratero, sabe que su estancia en la cárcel será relativamente corta, que no comparecerá ante un consejo de guerra, sino ante un tribunal ordinario, y que en ningún caso le sentenciarán a veinte o treinta años de presidio, condena con la que soñamos el noventa por ciento de los recluidos en Yeserías. Cuando a un individuo de estos le pregunta un compañero —comandante de batallón en la setenta brigada y cinco veces herido en combate— a qué partido u organización pertenece, el tipo se engalla y contesta a voces con aires de ofendida dignidad:

—¡Todavía hay clases, *chalao*! No soy un *desgraciao* como vosotros. ¡Yo soy ladrón…!

Rueda por el suelo antes de terminar de decirlo. Cuando se levanta quiere armar jaleo y es preciso convencerle para que no alborote demasiado. Viendo la expresión nada amistosa de cuantos le rodean, calla de momento, pero al día siguiente, cuando bajamos al patio, busca a un oficial para denunciar lo sucedido.

—¡Venga! —dice el funcionario que le acompaña una hora después a la sala en que nos encontramos—. ¿Quién te pegó?

—Le pegué yo —se anticipa a contestar el excomandante—. Me había sacado del bolsillo media cajetilla de tabaco y cuando le cogí con ella en las manos…

—¡Mentira! —protesta el chorizo—. Le dije que yo no era un criminal rojo y entonces.

El oficial de prisiones duda sobre quien dice la verdad, pero sus dudas se desvanecen cuando veinte presos distintos, que afirman haber presenciado lo sucedido, rechazan airados la versión del descuidero, sosteniendo la del comandante. El encargado de la sala y su ayudante ratifican lo dicho por el supuesto agresor.

—¡Cuidado con lo que haces! —advierte el oficial al maleante—. No me gustan los líos, y si otra vez crees que puedes tomarme el pelo…

Escarmentado con este oficial, dos días después se presenta a otro distinto para denunciarle que todo el mundo habla de política en la sala. Tampoco con este funcionario tiene demasiado éxito.

—¿Hablar de política? Bueno, si eso es hablar de política. La verdad es que estos dos compañeros fueron anteayer a Consejo y estábamos charlando de las acusaciones contra ellos.

Cuando el funcionario se marcha de la sala, alguien se acerca para advertir al maleante:

—Primero y último aviso, ladrón: Aquí no toleramos chivatos y si continúas yéndote de la mui tendrás que sentirlo.

Tres días después el sujeto en cuestión se presenta a otro de los oficiales para denunciar que hemos leído un periódico. Quiere su mala suerte que el periódico en cuestión —un número de *ABC*— proceda de un funcionario de jefatura que se lo ha dado a uno de los ordenanzas que duerme en la sala, y no pasa absolutamente nada.

—Bueno, chivato. Vas a pasarte cuatro días de completo ayuno.

Se los pasa. El mismo día por la noche, cuando acaba de separarse de la gaveta con el plato caldoso en la mano, alguien tropieza violentamente con él y el contenido del plato rueda por el suelo. El preso con que ha tropezado protesta a voces, afirmando que le ha tirado el plato a la cara, produciéndole quemaduras y manchándole la ropa. Varios de los presentes les separan cuando ya el descuidero ha recibido una serie de puñetazos y patadas. El funcionario, que acude al ruido del alboroto, no puede hacer nada porque cien testigos presenciales hablan de la agresión del maleante, que se queda sin cenar.

Tampoco come al día siguiente. Cuando tras esperar largo rato en la cola de la comida le llega el turno, uno de los gaveteros le recrimina ya

voces:

—¿Otra vez tú, carota? ¡Pero si hace dos minutos que te llevaste el plato lleno…!

Las protestas del maleante no le sirven de nada. Treinta personas distintas afirman que se trata de un desaprensivo que pretende ración doble a riesgo de que alguno de los presos se quede sin comer.

—Anoche ya armó otro escándalo parecido y por las mismas causas.

Cuarenta y ocho horas más tarde el individuo continúa sin comer. Sus denuncias y protestas no le han valido más que algunos golpes por parte de los presos, a quienes acusa, e incluso de los oficiales, que sobre no creerle, están cansados de las trifulcas que por su culpa se producen en la galería.

—Sería conveniente que le trasladaran a otro lado —dice el encargado de la sala hablando con uno de los oficiales—. Es un indeseable que no deja en paz a nadie. Y aunque la gente tiene mucha paciencia, el día menos pensado…

El maleante, que lleva tres días sin comer, acaba en una sala del lado opuesto de la prisión. Escarmentado por lo sucedido se guarda bien de nuevas delaciones que puedan costarle nuevos ayunos.

La noticia circula de boca en oído con la acostumbrada rapidez por toda Yeserías. Es una buena lección para los que puedan caer en el error de pretender mejorar su situación a base de confidencias contra los demás presos. Resulta tan eficaz, en lo que a la sala sexta respecta, que durante los meses que permanecemos en ella podemos hablar y discutir con la plena seguridad de que cuanto digamos en su interior no llegará de ninguna manera a oídos de quienes nos guardan y vigilan.

* * *

—Lo primero era ganar la guerra, porque sin ganarla no se podía hacer la revolución.

—¿No sería más exacto decirlo al revés?

—¿Cómo?

—Que sólo haciendo la revolución podríamos ganar la guerra.

Es una polémica que ha dividido los ánimos en el campo republicano durante la guerra, pero que muchos entendemos que no ha perdido

actualidad e importancia cuando nos encontramos en la cárcel. Juzgamos, por el contrario, que puede ser más útil que nunca analizar y debatir las causas de nuestra derrota. No faltan, sin embargo, quienes la consideran totalmente inútil porque hemos sido vencido y seguramente no tendremos jamás ocasión de aplicar las enseñanzas que pretendemos extraer de la discusión, yendo todavía más lejos, alguno la considera un estúpido bizantinismo.

—Es tan tonto como discutir el sexo de los ángeles.

—O averiguar que fue antes, si el huevo o la gallina.

Frente a quienes piensan así, una mayoría de socialistas, comunistas y libertarios coincidimos en que la cuestión, lejos de ser ociosa, continúa revistiendo importancia capital para todos. Sea lo que fuere de cada uno de nosotros en un inmediato futuro, conviene dilucidar lo que fue o debió ser más acertado, ya que constituirá una enseñanza útil para quienes nos sigan. Se trata de algo más concreto y preciso que el sexo angélico, aunque más fácil de resolver que el vulgar acertijo del huevo y la gallina.

—¿Tan sabio te consideras para haberlo solucionado? —inquiere ligeramente amoscado el que aludió a su irresoluble dificultad.

—Yo no he tenido que resolver nada porque ya estaba resuelto cuando nací.

—¿Cómo?

—De acuerdo con las leyes de la evolución, el huevo de una especie o familia precedente tuvo forzosamente que ser antes que la primera gallina. ¿Satisfecho?

No lo está mucho, pero se calla de momento. Sobran, no obstante, quienes opinen e intervengan en el debate, casi siempre repitiendo los mismos argumentos. Una mayoría tratan de apoyar sus puntos de vista en experiencias propias y en ejemplos aislados e individuales. No resulta fácil convencerles de la escasa validez de casos personales, que pueden ser contrarrestados con otros del mismo tipo y significación contraria. Consecuencia lógica en las discusiones es que se alarguen y al final hayamos tenido poco éxito en el intento de convencernos unos a otros. Por regla general todos seguimos pensando igual al concluir que al comenzar.

—Todo esto son ganas de perder el tiempo —gruñen desilusionados algunos.

—¿Qué otra cosa podemos hacer? Por lo menos mientras discutimos olvidamos el hambre y el pensar que acaso dentro de tres meses estemos muertos todos.

El tiempo pasa veloz, entretenido en una charla que a todos nos apasiona cien veces más que las partidas de ajedrez o parchís. Especialmente cuando uno enfoca de manera distinta la cuestión o aduce ejemplos que pueden servirnos de enseñanza de las luchas sostenidas por el proletariado internacional. Inevitablemente hablamos con frecuencia de la trayectoria seguida por las diferentes revoluciones y de sus éxitos o fracasos. Pero disentimos respecto a su interpretación, esencialmente cuando se trata de la revolución rusa.

—En Rusia, ni los bolcheviques ni Lenin —sostienen los comunistas— confundieron nunca la guerra y la revolución. Sólo cuando ganaron la primera se consideraron en situación de acometer la segunda.

—¿No sucedió exactamente al contrario? —replicamos.

—¿Qué razones tienen para suponerlo siquiera?

—Que la guerra, iniciada en 1917 se ganó merced al impulso revolucionario de las masas obreras y campesinas. Y que el freno a la revolución, el retroceso que significa la NEP o nueva política económica con la legalización de la pequeña propiedad, comienza en 1921, precisamente cuando la guerra ha terminado.

Los comunistas no están conformes, naturalmente, y discutimos con vehemencia el papel desempeñado en la revolución rusa, aparte de los bolcheviques, por los socialistas revolucionarios y los anarquistas. Tanto Girón, como Ascanio, Calvo, Bares y Mesón niegan en redondo su participación; incluso rechazan airados la influencia decisiva de Trostky en el asalto al poder primero y en la lucha contra los generales blancos después.

—¿Qué nos decís de la base de Kronstadt y las peticiones de los marinos en 1922? ¿Sabéis algo de Majno y la rebelión de los campesinos ucranianos?

Para nuestros interlocutores, Majno no pasa de ser un capitán de bandoleros que a sueldo del capitalismo internacional provoca un alzamiento del campesinado en Ucrania. En cuanto a las peticiones de una democracia obrera revolucionaria de los marinos de Kronstadt, se trata de una maniobra para apuñalar por la espalda a la revolución en marcha.

—¿Olvidáis que esos mismos marinos fueron los que en octubre de 1917 decidieron la lucha en Petrogrado?

Lo mismo que aquí, se discute en todas las salas de Yeserías, y probablemente en todas las galerías y celdas de las veinte o veinticinco cárceles abiertas en Madrid. Es lógico que discutamos en todas partes y que pocos nos pongamos de acuerdo. Nuestra desunión, que muchos —amigos y enemigos— consideran una de las causas determinantes de la derrota, es, en realidad, consecuencia directa de ésta. Ya el mariscal Foch, en 1918, cuando los plenipotenciarios alemanes le urgen la precisión de llegar cuanto antes al armisticio para hacer frente a la situación caótica que ya se vivía en la Alemania vencida, replica cachazudo y sonriente: «La revuelta y el desorden son siempre enfermedades de los vencidos». Tiene razón, desde luego, como veintiún años después comprobamos a nuestra costa.

—De haber ido de triunfo en triunfo —indico muchas veces— no hubiéramos chocado entre nosotros mismos. ¿No resulta extraordinariamente significativo que en los primeros meses de la guerra nos entendiéramos todos y las desavenencias aumentaran al mismo tiempo y con igual ritmo que nuestros descalabros?

Perdida definitivamente la guerra y pagando todos las consecuencias de la derrota, son inevitables los enfrentamientos verbales. Que las diferencias se solventen con palabras y salvo casos muy excepcionales, no degeneren en ninguna clase de violencia física, ya habla muy alto de la madurez política de la mayoría. Que por encima de las discusiones predomine la camaradería, la solidaridad, casi una perfecta hermandad entre cuantos nos encontramos en la misma angustiosa situación, es algo que, aunque no lo expresemos con frases más o menos rebuscadas y altisonantes, nos enorgullece por igual. Con satisfacción constatamos que pasan días, semanas, meses enteros, sin que se produzca una sola riña.

—Por grandes que sean nuestras diferencias, nos unen muchas cosas que están muy por encima.

Aun discutiéndose en todas partes, posiblemente las polémicas de la sala sexta alcanzan mayor interés, extensión e intensidad que en el resto de Yeserías. El hecho tiene la fácil explicación de estar más equilibradas que en otras galerías los dos bloques en pugna. En las discusiones y polémicas la mayoría de los presos se dividen generalmente en dos grupos. De un lado los comunistas, con algunos republicanos aislados y un pequeño número de socialistas; del otro, todos los demás. Es, en fin de cuentas, lo que ha sucedido durante los dos últimos años de la guerra, y especialmente en los meses finales. Siendo numerosos los afiliados y simpatizantes del partido presos, están en minoría con respecto a la casi totalidad de republicanos, socialistas y confederales.

No siempre la calidad está en directa proporción con la cantidad, resulta más fácil, sin embargo, encontrar diez militantes bien preparados entre doscientos presos que entre cuarenta. En la mayoría de las salas no sólo hay desproporción numérica, sino en personalidades con mayor capacidad y preparación. Sin invertirse totalmente los términos, en la sala sexta el desequilibrio no es tan acentuado. En la galería han coincidido buen número de figuras del partido, entre las que se halla quienes encabezaron en Madrid la lucha contra el Consejo de Defensa. Nada tiene de sorprendente, por tanto, que las discusiones sean más ardorosas, esencialmente cuando se refieren al final de la guerra.

—Sin la traición de Casado —afirma Ascanio— pudimos prolongar nuestra lucha los meses precisos para enlazar con la guerra que está a punto de comenzar en Europa.

No dice como hubiéramos podido resistir medio año más sin aviación, barcos, artillería, tanques, ni municionamiento suficiente, carentes de gasolina y víveres cuando Cataluña no pudo aguantar ni dos meses, pese a disponer de un material mejor y más abundante. La triste verdad es que la contienda no se perdió en marzo, porque llevaba varios meses perdida para nosotros.

—Se perdió en Munich, el 30 de septiembre de 1938, cuando Inglaterra y Francia, cediendo al ultimátum de Hitler sacrificaron a Checoslovaquia.

Después…

Nos había vuelto la espalda todo el mundo, incluida Rusia. Según Negrín había comprado material suficiente para cambiar el rumbo de la guerra, pero ese material no apareció en las semanas finales de la batalla del Ebro ni más tarde en Cataluña, que tenía a su espalda la frontera francesa. ¿Cómo podíamos recibirle nosotros, caso de que realmente existiera y nos lo mandasen, si carecíamos de buques para traerlo y la escuadra abandonó Cartagena veinticuatro horas antes de que Besteiro y Casado hablaran por radio en la noche del 5 de marzo?

—Por encima de todo, Rusia lo habría hecho llegar a nuestras manos.

Es inútil señalar que en el mes transcurrido entre la pérdida de Cataluña y las luchas intestinas en Madrid, ni la URSS ni nadie nos envió un solo fusil, no ya los aviones y material pesado imprescindible para continuar la guerra. A todo lo que se diga, los comunistas responden siempre lo mismo.

—Rusia estaba a nuestro lado y nos hubiera ayudado.

—¿Como ahora ayudará a Polonia amenazada por Hitler?

Afirman sin vacilaciones. Son los, días en que comisiones militares francesas y británicas se encuentran en Moscú ultimando los planes de una alianza tripartita que ponga freno al expansionismo nazi. Cuando Hitler reclama a voces la anexión de Dantzig, la colaboración rusa con las potencias occidentales que garantizan la integridad polaca tiene un valor decisivo.

—De no ser por el miedo a Rusia, Alemania habría conquistado ya Polonia.

Al día siguiente, cuando más tranquilos estamos en la sala, Tomás Baztán, que está en paquetes, sube excitado y nervioso a darnos una noticia tan sensacional como increíble:

—Stalin e Hitler acaban de firmar un pacto de ayuda mutua.

Los comunistas protestan con aire indignado. Aquella noticia es algo peor que un bulo. Se trata de una calumnia canallesca urdida por los enemigos mortales de la Unión Soviética.

—Entre comunistas y nazis no puede haber otro diálogo que el de una lucha a fondo y sin cuartel.

Es natural y lógico que así sea. Enfrentados violentamente en todo momento y circunstancias, fascistas y comunistas llevan años luchando en todos los países de Europa. Es una contienda en que por una y otra parte se utilizan todas las armas y procedimientos, y que no habrá de terminar, según ambos grupos anuncian a voz en grito, hasta que el bando rival sea totalmente aplastado.

No resulta sorprendente, por tanto, que los fascistas españoles, según afirma Baztán, que ha oído respirar a los funcionarios de prisiones, estén tanto o más sorprendidos que los propios comunistas. Igual que ellos, niegan con indignación y escándalo que la increíble noticia —difundida al parecer por alguna emisora de radio extranjera— pueda tener el menor fundamento.

A nosotros también nos cuesta trabajo creerla. Sin embargo, al día siguiente la noticia está en grandes titulares en la primera página de todos los periódicos, y es lo primero que dicen las mujeres al empezar a comunicar con sus familiares. A la sala sexta llega un ejemplar de *Arriba*, que pasa de mano en mano en medio de la estupefacción general. Aunque muchos continúan resistiéndose a dar crédito a lo que leen, no queda más remedio que rendirse a la evidencia.

—El pacto tiene un aire inconfundible de maniobra maquiavélica en la que unos aliados tratan de engañar a los otros. ¿Cómo podéis explicarlo y justificarlo vosotros, si es que tiene justificación posible?

Los comunistas de la sala, de toda Yeserías y posiblemente de toda España, no aciertan a responder en las primeras horas. Están tan sorprendidos y desconcertados como los demás presos antifascistas; quizá, aunque lo callen, más indignados que nadie por el acuerdo firmado por Stalin y Molotov con sus mortales enemigos. Ha de transcurrir algún tiempo para que, luego de muchos cabildeos, hallen unas frases para contener las protestas airadas de sus propios camaradas.

—Las potencias capitalistas quieren hundir a Europa en un baño de sangre. La Unión Soviética ha realizado el mayor sacrificio de la historia para salvar al proletariado y mantener la paz.

La respuesta no convence a nadie, empezando por los mismos que la dan. En cualquier caso, ocho días después, con la entrada de las columnas

acorazadas alemanas en territorio polaco, se demuestra su absoluta falsedad. Aun entonces buscan una excusa justificadora de la política soviética:

—Contra lo que maquinaba el capitalismo imperialista, llámese fascista o no, la Unión Soviética se mantiene en paz como única garantía y salvaguarda de los pueblos libres.

—¿Incluso Polonia?

—¡Naturalmente! Gracias a la neutralidad rusa, los polacos, seguros de tener bien guardadas las espaldas, podrán resistir la acometida de las hordas hitlerianas.

Durante unos días, y luego de una serie de grandes derrotas, Polonia parece haber organizado su resistencia y el avance alemán queda momentáneamente detenido a las puertas de Varsovia. Pero el 17 de septiembre las tropas soviéticas atacan por la espalda a las huestes polacas, cuya resistencia pulverizan, ocupando la mitad de Polonia.

—¿Era así como esperabais que Rusia nos ayudase a ganar la guerra a, los antifascistas españoles?

* * *

Aunque constantemente salen expediciones de penados con rumbo a los diferentes presidios y a que otros muchos se los llevan a la cárcel de Porlier —antesala de su inmediata ejecución—, el número de reclusos sigue aumentando en Yeserías. Cada día ingresan decenas de detenidos procedentes de campos de concentración, batallones de trabajo, comisarías y cuartelillos. Las salas continúan abarrotadas, más abarrotadas que nunca, y apenas cabemos materialmente en ellas. En los lavabos tienen que dormir sentados o de pie por falta de espacio. Los retretes se atascan con frecuencia, y las aguas fecales invaden parte de la sala. Cuando esto sucede de noche, no pocos tienen que permanecer en pie hasta la mañana. O resignarse a dormir revolcándose en mierda.

—Creo que ya somos muy cerca de seis mil. Como esto siga así tendrán que dejar en los patios a los que lleguen.

Pero por muy amontonados que estemos no parecen nada dispuestos a dejarnos dormir en los patios; ni siquiera en los anchos pasillos y en las escaleras que dan acceso a la planta alta o la entrada de las diferentes salas.

El director de la prisión teme que, de no estar encerrados en las galerías, muchos intenten fugarse. Aun teniéndonos en ellas son muchos los que lo intentan, y algunos lo consiguen.

A mediados de septiembre me encuentro un día en el patio con Mariano García. Es un compañero de Cuatro Caminos que, simulando estar loco, logró fugarse del Campo de los Almendros delante de un grupo de soldados. Hace tres meses que le detuvieron de nuevo en Madrid y está condenado a muerte. Según dice, lo más extraño es que le han sentenciado sin saber siquiera quién es.

—Toda mi documentación cuando me detuvieron era un salvoconducto que pude agenciarme a nombre de Pedro Angulo González. Resistí bien los interrogatorios y no consiguieron que les dijese nada. Pero como, según el salvoconducto, vivía en el Puente de Vallecas, me acusaron de haber intervenido en la matanza del tren de Jaén y me condenaron, pese a mis protestas de inocencia.

—¿Qué piensas hacer?

—Largarme cuanto antes. Aunque han condenado a Pedro Angulo, al que fusilarán sera a mí.

Desaparece una semana después y no vuelvo a verle. Una mañana, apenas amanecido, dan orden de formar en todas las salas y nos cuentan cuatro o cinco veces. No tardamos en enterarnos de que faltan seis presos. También que en uno de los muros del patio, han encontrado una soga que debieron utilizar los fugados.

—Lo de la soga es un camelo. La pusieron los propios oficiales luego de comprobar que faltaba un destino de la cocina y otro de Jefatura.

Nadie sabe por dónde se fugaron, pero lo efectivo es que han desaparecido. No es el primer caso ni será el último en Yeserías, pese a que a raíz de esta fuga disponen que no tenga destino ningún preso condenado a más de seis años de prisión. Pero tienen que abrir la mano y ampliar los años de condena porque son muy escasos los sentenciados a cumplir tan poco tiempo entre rejas.

—Es una condena de «chorizo», y aquí escasean los maleantes.

Todas las tardes se llevan a veinte o treinta hombres para comparecer ante sus jueces. Vuelven a traerlos antes de transcurridas las veinticuatro

horas. Para más de la mitad, los fiscales han pedido invariablemente la última pena. Para los otros las condenas más abundantes son las de treinta años, veinte años y un día y veinte años. Menos de una cuarta parte han sido sentenciados a doce años o doce años y un día. Aquellos afortunados para los que se han solicitado penas inferiores regresan contentos, desde luego, pero un poco avergonzados.

—No acabo de comprenderlo, pero no me han pedido más que seis años y un día.

Los que van a Consejo constituyen una de nuestras principales fuentes de información. Por ellos sabemos no sólo cómo se desarrollan los juicios y las acusaciones formuladas contra la mayoría, sino lo que sucede en otras cárceles. A veces, muchas veces, sólo gracias a ellos nos enteramos de la existencia de alguna nueva prisión de la que hasta ese momento no teníamos la menor idea.

—En el paseo del Cisne hay una cárcel especial para militares profesionales.

—En Claudio Coello han abierto una nueva prisión de mujeres.

—Santa Rita está llena a rebosar. Ahora a los presos de Carabanchel les meten en un colegio que llaman Príncipe de Asturias.

—En Alcalá, Colmenar, Aranjuez y El Escorial están más apretados que nosotros.

—Las mujeres dicen que Ventas es insoportable. Apenas comen y duermen en los patios y las terrazas.

Generalmente las noticias son verbales, por lo menos al principio. Luego, de una manera paulatina, se va intensificando el envío de notas. En la mayoría de los casos estas notas son puramente familiares. Una mujer manda un par de renglones a su marido, o viceversa. Hay numerosas familias cuyos integrantes están recluidos en distintas prisiones, y las notas intercambiadas en los calabozos de las Salesas constituyen el único medio de comunicación entre ellos. También ocurre que individuos encartados en un mismo sumario han sido conducidos a diferentes encierros y precisan ponerse de acuerdo en algo.

—¡De prisa! Dadme las notas que tengáis listas…

Cada uno que va a Consejo se lleva diez o doce notas escondidas en los sitios más inverosímiles. Cada uno que regresa de ser juzgado trae otras tantas para Yeserías. El procedimiento se perfecciona pronto. Las notas han de ser breves, porque el papel tiene que ser pequeño. Por la parte de fuera se escribe el nombre de la cárcel y las señas del destinatario. En las Salesas, durante la noche que precede a los juicios, se hacen los trueques.

En todas las salas hay dos personas encargadas de recoger las notas que van a enviarse y repartir las que se reciben. Los destinos de Jefatura y Régimen aportan su eficaz contribución. En el otoño el servicio funciona ya con normalidad, y todas las jornadas van de una prisión a otra centenares de recados escritos.

—¡Ojo esta tarde, que está de servicio el bandido de «El Gafas»!

La mayoría de los funcionarios no ponen demasiado interés en el cacheo de los reclusos que van o vuelven de Consejo. Saben que en la puerta espera un camión con varias parejas de la Guardia Civil, que cumplirán celosamente su deber impidiendo que nadie se fugue; que el vehículo descargará su contenido dentro del edificio de las Salesas; que los presos pasarán toda la noche en los calabozos y permanecerán en ellos excepto las dos o tres horas que dure el juicio de cada grupo, y que más tarde volverán al mismo camión para ser reintegrados a su cárcel de procedencia. ¿Que se verán con centenares de reclusos de otras prisiones?

—¡Bah! Lo único que pueden darse unos a otros son unos pocos de los piojos que a todos les sobran.

Algunos guardias de las Salesas hacen un poco la vista gorda. Procuran, y casi siempre lo consiguen, que ninguno pueda fugarse. Que hablen entre ellos, que se den algunos recados para familiares, amigos o conocidos, no entraña el menor peligro. ¿Qué menos van a hacer unos hombres, la mayoría de los cuales no saldrán vivos del encierro?

Generalmente son los propios presos —ordenanzas en las oficinas de Régimen y Jefatura— quienes registran a los detenidos a la entrada y salida de la prisión bajo la vigilancia de algún funcionario. Les pasan las manos por encima de la ropa de los hombros a los pies, y no suelen encontrar nada.

A veces, sea por imprudencia o exceso de confianza de los interesados o porque a cualquier oficial de prisiones le parece sospechosa la actitud de

uno de los detenidos y les cachea personalmente, hallan un puñado de notas. Al que se las cogen encima lo pasa mal. No hay quien le libre de una lluvia de bofetadas e insultos, y puede darse por satisfecho si la cosa concluye aquí. Lo habitual es que las bofetadas se conviertan en una paliza en toda regla, que le trasladen de sala y que antes le corten el pelo al cero, le tengan tres o cuatro horas de pie saludando con el brazo en alto y cantando el *Cara al Sol* y tenga durante quince o veinte días que limpiar retretes.

—No sé de quién son las notas. Debieron metérmelas en el bolsillo estando descuidado.

Los oficiales saben que no es cierto, pero también que ni haciéndoles pedazos acusarán a sus compañeros. En la misma terca y rotunda negativa se encierran los destinatarios de las notas. Ignoran por completo a los remitentes y no tienen la menor idea de en qué cárcel puedan encontrarse. De ahí no existe forma humana de sacarles, y todo queda reducido a unos castigos corporales y a unas faenas más o menos penosas y desagradables.

Pero la posibilidad de la paliza, del corte de pelo, de las horas con el brazo en alto y los días o las semanas de limpieza no asustan a nadie, o quienes lo temen se esfuerzan por superar su temor. Sea como sea, el intercambio de notas continúa, y gracias a ellas llegamos a conocer cosas que en otra forma ignoraríamos por completo.

—¿Cuántos presos habrá en Madrid?

No es fácil es cálculo, dadas las condiciones en que nos encontramos. Conocemos exactamente —hay como mínimo dos recuentos diarios— los que están en nuestra sala e incluso en todas las salas de Yeserías. Pero ignoramos los que pueda haber en las distintas prisiones, y ni siquiera estamos muy seguros de las cárceles que funcionan en Madrid y sus alrededores. Sin embargo, es algo más que una simple curiosidad, y a todos nos interesa averiguarlo, de una manera aproximada cuando menos.

Los libertarios por un lado, los comunistas por otro, los socialistas por el suyo, e incluso los republicanos —que son los menos numerosos, aun ascendiendo a varios millares— ponemos manos ala obra avanzado ya el otoño de 1939. Empezamos, naturalmente, por hacer listas con el nombre de las diferentes cárceles, y más tarde tratamos de establecer la cantidad de presos encerrados en cada una. La tarea no es fácil, porque hay más

prisiones de lo que en un principio pensábamos. Luego se entablan discusiones acerca de si tal o cual sitio hemos de considerarlo cárcel normal, campo de concentración, cuartel de batallones de trabajo o simple centro de retención en que los detenidos pasan unas horas, unos días o unas semanas.

—¿Cómo hemos de considerar, por ejemplo, el grupo escolar Miguel de Unamuno, que tenemos ante las narices?

El grupo escolar está a cuarenta metros de las tapias de Yeserías. En un principio todos creíamos que era un simple cuartel; después nos enteramos de que había unos centenares de presos. Parece, por lo que nos cuentan los familiares que hablan con los deudos de los allí recluidos en la calle o el tranvía, que son muchachos que han pertenecido al Ejército republicano y tienen que hacer de nuevo el servicio militar, pero ahora destinados a batallones de fortificaciones, de trabajo o castigo —como quiera llamárseles—, cuya situación tiene muchas semejanzas con la nuestra, con la única excepción de no estar procesados ni tener que comparecer ante un Consejo de Guerra.

—Por lo menos hasta que alguien presente una denuncia contra ellos.

Otro punto a debatir es si debemos considerar como cárceles madrileñas las habilitadas en lugares tan cercanos como Carabanchel, Colmenar Viejo y Alcalá de Henares.

—A todos ellos llevan detenidos madrileños, aunque no podemos afirmar que lo sean todos los encerrados allí.

Aunque un poco más distantes, también hay cárceles en Aranjuez, en El Escorial y en todas las cabeceras de los partidos judiciales de la provincia.

—No debíamos incluirles —arguyen algunos—, porque les juzgan allí mismo sin molestarse en traerles a Madrid.

Que los incluyamos o no hace subir o bajar en unos millares la totalidad de presos. Discutimos bastante y no llegamos a un acuerdo completo. En cualquier caso, es cuestión secundaria, porque la inmensa mayoría de los detenidos se hallan en Madrid, Carabanchel y Alcalá de Henares.

Por otro lado, el trasiego de presos es constante. Aunque cada semana hay expediciones de condenados destinados a Ocaña, Burgos, Chinchilla, El Dueso, Puerto de Santa María, Alicante, San Miguel de los Reyes y otros

muchos penales habilitados en monasterios, conventos, fábricas y grandes edificios repartidos por toda la geografía peninsular —Valdenoceda, Dueñas, Tarragona, Figueras, Palencia, Cartagena, San Marcos, Celanova, Osera, San Cristóbal, San Fernando, Carmona, etc.—, las cárceles se llenan con nuevos detenidos. Pero en cada una suele variar con frecuencia el número de reclusos.

—Habla con los que vayan de Toreno y pregúntales los presos que hay allí.

Lo mismo nos interesa de Santa Engracia, Porlier, Torrijos, Duque de Sesto, Ronda de Atocha, Barco, Cisne, Ventas, San Antón, San Lorenzo, Santa Rita, Príncipe de Asturias, Comendadoras, Claudio Coello, Manzanares y demás prisiones madrileñas, aparte de las varias de Alcalá de Henares. Las respuestas varían con frecuencia, y procuramos hallar la verdad en un término medio entre las cifras más alta y más baja de cada prisión.

Comparamos los números totales que obtenemos con los que dan sus cálculos a otros compañeros que realizan la misma tarea en otras salas de Yeserías. Más tarde cotejamos nuestras cifras con las obtenidas independientemente por republicanos, socialistas y comunistas. Existen diferencias sustanciales entre unas y otras, si bien existe unanimidad en que la realidad sobrepasa con mucho lo que todos suponíamos de antemano.

—En este momento, transcurridos ya siete meses del final de la guerra, podemos calcular que el número de detenidos, presos y condenados políticos en Madrid oscila entre sesenta y setenta mil personas. Aparte, claro está, de los fusilados y de los que han sido trasladados a los diferentes penales.

* * *

La sarna ha desaparecido, al fin, pero los piojos no. Sirve de poco que dediquemos una hora cada mañana al despiojamiento, que nos lavemos cuatro o cinco veces por día y nos cambiemos de ropa interior cada semana, porque parecen aumentar de hora en hora. En ello influye por partes iguales que seguimos tan amontonados como antes —treinta y cinco centímetros de ancho y metro y medio de largo para dormir, con las piernas encogidas,

porque no hay sitio para estirarlas, siempre de costado y teniendo que darnos la vuelta al mismo tiempo los cincuenta o sesenta de la fila—, y que una mitad no ha podido cambiarse de ropa desde que entró. Algunas de las mantas —una por cabeza, y gracias— en las que nos envolvemos para tumbarnos podrían andar solas si las dejáramos.

—Si las metiéramos con más frecuencia en la autoclave…

La autoclave es una, y los presos, alrededor de seis mil. Aun funcionando del toque de diana al de silencio, la podríamos utilizar como máximo una vez al mes, y nunca todos los de una sala al tiempo. Pero muchos que en una ocasión metieron sus ropas en la autoclave hacen lo posible y lo imposible por no repetir la experiencia. El aparato es viejo, funciona mal y quema lo que le echen. Desinfectar tres veces una manta equivale a quedarse sin ella, y la inmensa mayoría no dispone de otra. De hacerlo con las camisetas, los calzoncillos, las camisas y los pantalones tendrían que andar en pelotas, cosa poco aconsejable en cualquier tiempo, y menos ahora cuando el otoño avanza y las noches son frescas. Consecuencia inevitable es que los piojos nos coman.

Es una ventaja que tienen los piojos sobre nosotros, que nunca podemos comer hasta hartarnos. Si en agosto padecemos hambre, en octubre o noviembre tenemos mucha más. La ración de pan hay que mirarla con lupa, y en los platos de rancho son muy afortunados los que encuentran entre el caldo unas cuantas guijas o muelas o trocitos insignificantes de zanahorias y boniatos. Lejos de aumentar, los paquetes van disminuyendo progresivamente tanto en número como en tamaño. Es lógico que así sea, lo comprendemos, y no nos quejamos. Las familias hacen mucho más de lo que pueden, pero hay límites de los que no pueden pasar.

La vida en la calle es difícil. Casi todo está racionado, y los presos no tenemos cartillas de racionamiento. De estraperlo se puede conseguir lo que se quiera, pero es preciso dinero, del que nuestros familiares carecen. En muchos casos el padre y la madre están en la cárcel, en otros, todos los varones capaces de ganarlo. El trabajo de las mujeres se paga mal, y muchas veces se lo niegan a quien tiene el marido, los hermanos o los hijos presos.

—No vamos a mantener a esos criminales —suelen decirlas a modo de explicación—, encima de lo que han robado.

—¡Decididamente, somos imbéciles! —exclaman algunos, con sangrienta ironía—. Después de robar tantos cientos de millones como dicen, nuestras familias y nosotros nos morimos de hambre.

Cada vez estamos más débiles y flacos. Hay muchos enfermos que acabarán muriéndose sin el mínimo consuelo de dormir una noche con las piernas estiradas. Pero hasta el más miserable y hambriento se cortaría la lengua de un mordisco antes de decírselo a sus familiares.

—Ya están demasiado angustiados con su hambre, para que encima les atormentemos quejándonos de la que padecemos nosotros.

Mi madre viene a verme todas las semanas. Pese a sus muchos años y su creciente debilidad, lo hace andando porque no tiene los quince céntimos que cuesta el tranvía. Para ir y volver de Antón Martín a Yeserías tiene que recorrer seis kilómetros y subir una cuesta empinada; son muchos kilómetros y demasiada cuesta cuando uno se aproxima a los setenta y apenas come. Pero no falta nunca, aunque el calor sea asfixiante o el frío sobrecogedor, lo mismo si llueve que si un palmo de nieve cubre las calles. Y siempre, siempre dándome ánimos, mintiéndome, pretendiendo hacerme creer que le sobra lo que no tiene, dándome esperanzas en las que no cree, y encima, pidiendo disculpas por lo poco que hace por mí.

—No te traigo más porque la semana pasada me dijiste que te había sobrado, y andamos un poco alcanzadas. Pero uno de los huéspedes me pagará el sábado, y el lunes…

Me trae siempre más de lo que puede, como les sucede a todas las madres y a la inmensa mayoría de las mujeres, las hermanas o las hijas. Yo adivino los sacrificios y lágrimas que le habrán costado el trocito de pan, los dos huevos cocidos, las tres naranjas o el racimo de uvas que viene en el paquete, amén de los cinco o seis cigarrillos sueltos. Estoy seguro, totalmente seguro de que, por poco que coma yo, ella come todavía menos.

—Me sobra todo —miento lo mejor que sé y puedo—. Ha mejorado tanto el rancho, que ahora comemos hasta reventar.

Finge creerme, como yo simulo creerla a ella, y sigue desfigurando un poco la verdad tanto al contarme lo bien que viven ella y mi hermana, como

al hablarme de sus magníficas impresiones.

—Las cosas marchan bien. Contra ti no hay ninguna denuncia, y todos me aseguran que pronto estarás en casa.

Un día que la acompaña mi hermana me dan una noticia que consideran altamente satisfactoria. Con sólo mirarlas antes de que empiecen a hablar, ya adivino que están contentas.

—¡Claro que lo estamos, porque ahora se arreglará todo rápidamente!

El motivo de su satisfacción es que mi sumario ha pasado a manos del juez militar de Prensa. Se trata de un periodista apellidado Gargallo, que según todos es una excelente persona. Ha hablado con él un amigo de mi hermano Antonio, y le ha dado las mejores impresiones respecto a mi caso. Los únicos cargos que formulan contra mí consisten en haber escrito en *La Tierra* y *Castilla Libre*.

—Seguramente hará contigo lo mismo que ha hecho con otros periodistas. En cuanto lea tu expediente vendrá a hacerte unas cuantas preguntas para ponerte en libertad.

No quiero amargarlas, y me callo lo que pienso. Desde luego, no comparto en absoluto su optimismo. Ignoro si este Gargallo —periodista al que no recuerdo ni siquiera de nombre— habrá instruido los sumarios contra otros periodistas que ya han sido juzgados. Aparte de Federico la Morena —que, si ha sido condenado a muerte, parece que no le ejecutaron, conforme nos anunciaron el 16 de junio a Navarro Ballesteros y a mí—, la mayoría de los que comparecieron ante sus jueces escucharon de labios del fiscal una petición de última pena.

—Y que fue algo más que una amenaza lo prueban los casos de Javier Bueno y Augusto Vivero, fusilados los dos.

La severidad con los periodistas es una realidad que nadie discute ni pone en tela de juicio en las cárceles madrileñas. Una frase muy corriente en todas ellas les equipara a las profesiones más duramente castigadas por los tribunales en el verano y otoño de 1939.

—Si perteneces a una de las tres «pes» —dicen—, tienes la «Pepa» segura.

Las tres «pes» son las iniciales de policías, porteros y periodistas. «Pepa» es el nombre despectivo y chulón con que se designa a la pena de

muerte. Incluso hay un chotis, muy popular en todas las cárceles, que habla del cariño de la «Pepa» por los rojillos, de los estragos que su visita causa en Torrijos o en Porlier y que de seguir por ese camino pronto dejará vacíos Madrid, Chamartín y El Escorial.

En días sucesivos hablo con algunos periodistas presos como yo en Yeserías y, como yo, sin juzgar todavía. Dos de ellos han sido compañeros míos en la redacción de *La Libertad*; otro trabajaba en *El Sol*, y uno más pertenecía al *Heraldo*. Tampoco saben mucho de Gargallo, que procede, al parecer, de la escuela de *El Debate*, y a quien el comienzo de la guerra sorprendió en zona nacional.

—Está haciendo la depuración en la Asociación de la Prensa, y hasta ahora no sabemos que haya permitido que siga trabajando nadie que antes de la guerra trabajase en un periódico de izquierdas.

Hablamos, inevitablemente, de los diarios desaparecidos. Han dejado de publicarse desde el mismo 28 de marzo los periódicos —*Política, Claridad, El Socialista, CNT, Castilla Libre, Mundo Obrero* y *El Sindicalista*— órganos oficiales de los partidos políticos del Frente Popular y las sindicales obreras, cosa que encontramos lógica. No lo es tanto que también hayan suprimido una serie de periódicos independientes de centro e izquierda como *El Sol*, *La Voz, El Liberal, Heraldo*, *La Libertad* y *Ahora*, incautándose en muchos casos de los edificios y la maquinaria.

—*Arriba* se imprime en los talleres de *El Sol* —indica Gómez—; *Madrid*, en los de *El Liberal; Pueblo*, en los de *Claridad*, y el *Boletín Oficial*, en los *de El Socialista*. Y siguen hablando de nuestras incautaciones…

Pero todavía hay algo que nos sorprende y desconcierta más: que no se publiquen cuatro diarios que fueron portavoces de tendencias que participaron activamente en el Alzamiento. Son, concretamente, *El Debate*, órgano de la CEDA, *La Nación*, fundada por el general Primo de Rivera y defensora durante los años de la segunda República de la obra de la Dictadura, *El Siglo Futuro*, órgano del tradicionalismo, y *La Época*, inspirado por *Acción Española*. ¿Por qué han desaparecido? Ninguno de nosotros tiene ni la más remota idea.

—Por si acaso —me aconsejan—, no te hagan ilusiones de ninguna clase si Gargallo te viene a interrogar.

No me las he hecho en ningún momento, y no espero nada bueno de la visita anunciada por la familia. Pero en las semanas siguientes empiezo a pensar que no se molestará en llegarse hasta Yeserías, ya que transcurre cerca de un mes sin que me interrogue nadie. Al final, cuando menos lo espero, me avisan para declarar.

—Eduardo de Guzmán, a jueces.

Es la una de la tarde y acabo de comer cuando me llaman. Salgo al pasillo donde van reuniendo a los que quieren ver los jueces en una salita de la planta baja. Acompañados por un oficial vamos hacia donde nos esperan. No somos los primeros, desde luego, porque se nos han adelantado los del ala contraria del edificio y hay tres declarando ante sus jueces respectivos, sentados detrás de otras tantas mesas. Hacemos pacientemente cola durante unos minutos. Al final, un ordenanza viene a buscarme.

—¡Venga de prisa, que te está esperando…!

Quien me espera es un hombre joven, vestido de uniforme, que pasea con muestras de impaciencia por delante de una mesa, sobre la que ha colocado una cartera de documentos.

—¿Es usted Eduardo de Guzmán?

—Sí —respondo, mirándole con interés.

¿Se trata de Gargallo en persona, juez militar especial de Prensa? No lo sé, porque no le conozco, y no se molesta en decirme cómo se llama ni el cargo que ostenta. Puede ser el propio juez u otra persona en que haya delegado la práctica de una diligencia.

—Vamos rápidos, porque tengo prisa —dice, abriendo la cartera y sacando un legajo de papeles—. Dígame, nombres y apellidos, edad, naturaleza y profesión, así como los nombres de sus padres.

Se lo doy y va cotejando lo que digo con los datos que deben figurar en la cabecera del expediente. A medida que hablo va asintiendo con leves movimientos de cabeza.

—Perfectamente. Ahora sólo falta que firme esto.

—¿Qué es esto? —pregunto, disponiéndome a leerlo.

—Una simple formalidad —se impacienta—. Firme y se acabó.

—¿Pero de qué se trata? —insisto, sin coger la pluma que me ofrece.

—La ratificación de la declaración prestada ante la Policía. ¿O es que se niega a firmarla?

—Cuando la lea, veré si me ratifico o no.

—¿Quiere hacerme creer que no la conoce? —pregunta, mirándome con aire sorprendido.

—No quiero hacerle creer nada. Digo únicamente que cuando yo la lea, o me la lea usted, decidiré si me ratifico en ella totalmente o tengo que formular algunas objeciones.

—Pero ¿la ha leído, sí o no?

—No.

—Entonces, ¿por qué la firmó?

—Supongo que se lo figurará usted sin el menor esfuerzo —replico.

—No tengo nada que figurarme —gruñe, malhumorado—. Me limito a preguntarle por qué.

—Está bien. Me trajeron del campo de concentración de Albatera el día quince de junio pasado. Desde la madrugada siguiente he permanecido en los calabozos de Almagro y Alcalá hasta el tres de agosto último. En total, cuarenta y nueve días y algunas horas. Durante todo ese tiempo…

—Dejemos eso —me interrumpe, nervioso—. ¿Va a firmarme la ratificación?

—Depende. Si me lee lo que dice la declaración o me permite que la lea yo.

—Perderíamos demasiado tiempo, y tengo prisa. Ya llevo media hora de retraso, y no voy a perder otra.

Empieza a recoger los papeles del expediente y los mete en la cartera de mano. Mientras lo hace, indica.

—Para ganar tiempo, vaya haciendo una declaración de todo lo que hizo en la guerra y de sus antecedentes políticos y sociales. Téngala escrita y preparada, porque uno de estos días volveré a recogerla o mandaré quien la recoja. ¿Conforme?

Asiento con una inclinación de cabeza porque no puedo hacer otra cosa. El joven de uniforme coge la cartera y se dirige rápido hacia la salida. Ni me da la mano, ni me dice adiós. Probablemente no tiene tiempo de hacerlo.

En días sucesivos, sentado en la manta, lleno despacio unas cuartillas relatando con absoluta sinceridad mis actividades periodísticas y sociales desde que tenía veinte años hasta el final de la guerra. Espero inútilmente que el juez de Prensa, o quien sea el caballero con quien he hablado, venga a recogerlas para incorporarlas al sumario. Pero ni vuelve por Yeserías, ni sé una sola palabra más de él. Unos años más tarde, veinticuatro meses después de haber sido juzgado y condenado, rompo unas cuartillas que no han servido absolutamente para nada.

* * *

—Vamos a charlar algunos ratos, y espero que lleguemos a ser excelentes amigos. ¿Mi nombre? ¡Qué importan los nombres cuando se habla de corazón a corazón! No os sintáis intimidados en mi presencia, porque no soy nada ni nadie; simplemente la Señorita Cero. Un alma humilde que viene a consolaros en vuestra aflicción y anhela contribuir con sus pobres palabras a acercaros un poco más al Señor y a su infinita bondad y misericordia.

La dama que con tales aires de modestia comienza a hablarnos es alta, delgada, vestida con sencillez no exenta de elegancia. Ha tenido que ser mujer de espléndida belleza en la que el tiempo —debe rondar ya el medio siglo— ha causado los inevitables estragos. Habla con facilidad, con un ligero acento andaluz, accionando no sólo con las manos, sino con la cara y el cuerpo.

—No receléis de mí, porque no vengo a hablaros de condenas y castigos, sino de amor. El amor de Nuestro Padre Jesús, capaz de perdonar a quienes le crucificaban, que no sabían lo que hacían, el amor inagotable y maternal de la Santa Iglesia por todos sus hijos, acentuado incluso hacia aquellos que por ofuscación o ignorancia le han ofendido más. Estoy aquí porque deseo que…

Viene a cuerpo, con un vestido oscuro que le llega a los tobillos. No trae otras alhajas que unos pendientes de brillantes y un relojito de oro en la muñeca izquierda. Habla y acciona con aplomo, con una total seguridad en sí misma, y nos mira con una condescendiente benevolencia, íntimamente convencida de nuestra radical inferioridad.

Aunque no sabemos quién es ni nadie nos ha anunciado su visita, tiene que ser persona influyente para que la permitan entrar en una prisión de hombres y hablarles. Por si alguna duda pudiera cabernos, la actitud, más servil que deferente del director de Yeserías, del jefe de servicios y de los dos funcionarios que le acompañan es sobradamente demostrativa.

—No deseo causaros molestias con mi visita, ni que estéis ahí formados, inmóviles, tiesos como palos. Si el señor director lo consiente, quisiera que rompierais filas y os acercaseis todos para escucharme; pero sin formalismos, con la misma confianza y comodidad con que recibiríais en vuestras casas a una amiga sincera, a una parienta que sólo persigue vuestro bien.

El director se apresura a cumplir los deseos de la señora. Una vez rotas filas, una mayoría de los presos se agolpa en torno suyo. Todos sentimos curiosidad por lo que vaya a decirnos, pese a estar convencidos de que no será nada que mejore en lo más mínimo nuestra situación. Aun tratándose de un sermón más de los muchos oídos desde que estamos encerrados, el simple hecho de que sea una mujer quien hable hace menos desagradable la perorata.

—Tengo el convencimiento de que todos sois cristianos, porque vuestras santas madres os instruyeron de niños en las verdades de nuestra religión. Aunque arrastrados por las predicas engañosas de los falsos apóstoles os apartasteis un momento del buen camino, estoy segura de que en el fondo de vuestros corazones sigue viva la imagen de Cristo, que tanto padeció por salvarnos, y de la Santísima Virgen, merced a cuya intercesión alcanzamos un día la gloria perdurable. El negocio más importante en esta vida es librar nuestras almas del fuego eterno, y en vuestras manos tenéis…

Durante quince minutos sigue por el mismo camino, repitiendo palabras cien veces oídas, argumentos nada convincentes, frases tan altisonantes como huecas y carentes de sentido. Su disertación está a igual altura que la de cualquier predicador malo, capaz tan sólo de convencer a los que de antemano están convencidos. ¿Y para decir todo esto han autorizado a esta mujer a entrar en la cárcel?

—Basta por hoy —dice al cabo de un rato—. Por ser el primer día, no quiero cansar vuestra atención. Pero os ruego encarecidamente que meditéis

profunda y sinceramente lo que acabáis de oír que recéis a Dios Nuestro Señor y a la Santísima Virgen para que vuestros pecados os sean perdonados y podáis un día gozar de la infinita felicidad de su presencia. Otra vez —mañana, pasado como máximo— volveré a charlar con vosotros para disipar cualquier duda que podáis sentir e iluminar vuestras almas con la luz radiante de las verdades eternas.

Cuando se marcha, siempre acompañada por el director el jefe de servicios y varios funcionarios, deben ser las cuatro de la tarde. Hasta el toque de silencio apenas se hace otra cosa en la sala que hablar de la que a sí misma se denomina Señorita Cero. Pero no sobre lo que ha dicho, que a nadie convence, interesa ni preocupa en lo más mínimo, sino sobre su verdadera personalidad, los fines que persigue con esta predicación vulgar y pedestre y lo que de ella esperen conseguir las autoridades penitenciarias. Convenimos todos en que es una mujer educada, que seguramente ha sido guapa y que se cree mucho más elocuente, culta y convincente de lo que realmente es. Quizá la explicación sea menos complicada de lo que algunos suponen.

—Nos creen tan bestias y analfabetos, que consideran suficiente que una mujer hable con cierta facilidad para envolvernos y convencernos de lo que se les antoje.

La Señorita Cero vuelve cinco veces más, dejando unos días de intervalo entre una y otra visita. No sólo habla en la sala sexta, sino en casi todas las de la cárcel. Comprobamos plenamente que su aplomo no es fruto de una superior cultura, sino de la convicción de estar tratando con menores de edad mental. Nos habla como podría hacerlo con chicos de seis u ocho años; mejor aún, con personas que no han aprendido a leer y escribir ni tienen nociones de nada. Todo lo que hace es repetir un sermón aprendido de memoria, pletórico de frases hechas, de lugares comunes y de tópicos de una insufrible beatería.

—Es una aristócrata andaluza —y el ordenanza de la dirección que nos lo dice no hace más que repetir lo oído al director de la cárcel—. Creo que tiene un hermano ministro y que el propio don Máximo vino acompañándola el primer día.

(Don Máximo Cuervo, antiguo y destacado propagandista de Acción Católica, es, además de general auditor, director general de Prisiones. Idea suya ha sido hacer grabar en la entrada de todas las cárceles unas máximas salidas de su caletre que dicen. «En esta prisión debe reinar la disciplina de un cuartel, la seriedad de un Banco y la caridad de un convento»).

—Si la respalda «don Máximo el de las máximas» —comentan muchos —, tiene que ser también discípula de don Ángel Herrera.

Es probable que lo sea, aunque intelectualmente no honre demasiado a su maestro. Porque si su exposición doctrinal de la religión no supera la del más elemental catecismo, se desconcierta y embrolla cuando tiene que responder a cualquier pregunta. Se defiende los dos primeros días cuando es ella sola la que habla, sin que los oficiales que vienen en su compañía permitan que ningún recluso abra la boca. Pero en la tercera ocasión empieza a patinar cuando, tras repetidas invitaciones formularias por su parte, algunos exponemos nuestras dudas personales.

—¿Podría explicarnos, Señorita Cero, cómo es posible la existencia del mal en este mundo creado por un Dios infinitamente bueno y misericordioso?

Pretende salir del paso atribuyendo el mal a las maquinaciones de Satanás. Pero cuando se le indica que Luzbel fue creado por el propio Jehová y que, dada la omnipotencia de Este —que hace que ni una sola hoja sea agitada por el viento sin su permiso—, puede destruirle o cuando menos eliminar radicalmente el dolor de la existencia, replica con aire convencido y satisfecho:

—El dolor es preciso para purificar nuestras almas manchadas por nuestros propios pecados.

—¿Y el dolor de los niños que sufren antes de poder pecar? ¿Y el limbo donde morarán eternamente los que no llegaron a ser bautizados y que sin haber cometido pecado alguno se verán privados por una eternidad del supremo bien de la presencia de Dios?

Confusa y desconcertada, balbucea unas explicaciones nada convincentes. Ante los gestos burlones de muchos presos, el jefe de servicios interviene, amenazando con un corte general de comunicaciones y

paquetes por desacato a la Señorita Cero, y ésta puede continuar su disertación.

—Es una aristócrata sevillana —dice a voces Pedro Luis de Gálvez— a la que conocí hace más de veinte años. Su familia tenía una de las más famosas ganaderías andaluzas. Por cierto, que si no me engaño, y creo que no, andaba muy enamorada de Joselito el Gallo. ¿Que ahora le ha dado por la Religión? Lógico. Ya sabéis que el diablo, harto de carne…

Es posible que sea verdad, pero también que se trate de una fantasía más de Gálvez. En cualquier caso, que haya sido novia de Joselito o no lo haya sido, es algo que nos tiene sin cuidado. Lo que nos molesta es que el quinto día en que nos explica como a parvulillos el alcance y significación de los mandamientos, salte alegremente por encima de uno de ellos; precisamente el que tenemos más presente, porque la noche anterior se han llevado a dos reclusos de la sala.

—¡Oh, no se me ha olvidado! —replica, sonriente, cuando alguien se lo hace notar—. Ya comprenderéis, queridos amigos, la razón por la que lo he silenciado. Pero si queréis que os hable de él…

Si algunos se limitan a inclinar la cabeza en gesto de asentimiento, la mayoría responden con un sí rotundo. De visible mala gana la Señorita Cero continúa.

—Se trata, naturalmente, del quinto mandamiento, que ordena: «No matarás sin justicia». Porque…

Las palabras que pronuncia a continuación se pierden en medio de los rumores de la sala. La dama calla un momento, mirándonos con sorpresa que, de no ser sincera, está perfectamente simulada. Luego ratifica lo dicho antes:

—Repito que el quinto mandamiento de la Santa Madre Iglesia dice que no matarás sin justicia. Si os sorprende…

—Nos sorprende lo de sin justicia. Habíamos oído siempre que el mandamiento era tajante, concreto, sin condicionamiento ninguno ni añadidos desfiguradores. Sencillamente: «no matarás».

—La Iglesia —insiste— lo ha entendido siempre de la misma manera que yo. ¿Pruebas? Jamás ha prohibido la aplicación de la pena de muerte a quienes por sus crímenes se hicieran merecedores de ella. ¿Algo más?

—Sí.

—¿Qué?

—Que, si no estoy equivocado, cuando Moisés subió al Sinaí para recibir las tablas de la ley faltaban muchos siglos para el nacimiento de la Iglesia.

A los pocos minutos la Señorita Cero abandona la sala sexta y no vuelve a pisarla. Muchos pensamos que su alejamiento de Yeserías se debe a que sus visitas coinciden con el comienzo de una etapa en que la observancia del quinto mandamiento sufre un completo eclipse. Aunque días más tarde circula la especie de que el abandono de la tarea misional que voluntariamente se ha impuesto se debe a ciertas preguntas que en otra sala le formulan respecto a sus posibles aficiones taurinas, no creo que esto pase de un rumor sin ningún fundamento serio.

En cualquier caso, los sermones de la Señorita Cero constituyen una pequeña distracción en la vida de Yeserías, que en los meses finales de 1939 adquiere tintes del más angustioso dramatismo.

* * *

Hay en toda época muchos españoles convencidos de la profunda verdad del dicho popular que establece una clara diferencia entre el rigor de la justicia de enero y la benignidad generosa de la del mes siguiente. En el puerto primero, en los Almendros y Albatera después, en las cárceles madrileñas por último, he oído a centenares de personas poner sus máximas esperanzas en el paso del tiempo. Aunque discrepaban acerca de los días, las semanas o los meses de máxima intensidad del peligro, todos coincidían en que superado el apasionamiento de los primeros momentos, la depuración iría perdiendo progresivamente intensidad y dureza. Todavía precisaban más, dando por descontado que cuando pasado el verano la vida política del país volviera a centrarse en la capital de España, la suerte de millares y millares de presos mejoraría de manera sensible.

Pero llega octubre y la mejora esperada no se advierte por ningún lado. No se trata de una amnistía general en la que nadie confía ya, ni siquiera de un modesto indulto que permita volver inmediatamente a sus hogares a los que están presos simplemente por haber sido movilizada su quinta en zona

republicana o haberse afiliado a cualquier partido de izquierdas, sin adquirir en él particular relieve. Se aguarda, en cambio, que la población reclusa disminuya con relativa rapidez porque no se produzcan nuevos encarcelamientos, de un lado, y de otro, porque resulten absueltos muchos de los juzgados. Y sobre todas las cosas, que las ejecuciones dejen de ser una triste realidad durante seis días a la semana.

No tardamos en comprobar que los hechos no corresponden a las esperanzas. La justicia de octubre no es menos rigurosa que la de mayo, y las cárceles están cada día más llenas. Los tribunales intensifican su labor depuradora, y aumenta cada semana el número de los que comparecen ante sus jueces y la gravedad de las sentencias. Si de Yeserías van a las Salesas treinta reclusos por tarde, los que vuelven con la amenaza de la «Pepa» pendiente sobre sus cabezas suelen oscilar alrededor del número veinte. Son poquísimos los absueltos, y abundan tanto las penas de treinta años como escasean las de menos de seis.

—Ya sé —digo, paseando por el patio con Isidro Moreno, un amigo abogado— que existen dos delitos que sólo se castigan en grado de tentativa fracasada, el suicidio y la rebelión. El primero, porque si se consuma no hay forma de castigar al culpable; el segundo, porque de tener éxito escala el poder y administra la ley y la justicia. De todas formas, hay algo que no comprendo.

—Que nos condenen por rebelión militar ¿no? —pregunta, sonriente, Isidro, el abogado asesor del Comité Pro-Presos durante la guerra y encerrado en Yeserías conmigo, que adivina sin esfuerzo dónde quiero ir a parar.

—Exactamente. Si nosotros no somos militares ni nos rebelamos contra nadie, puesto que estuvimos al lado del poder constituido, y quienes se rebelaron contra la legalidad vigente —como demuestran al hablar constantemente del Glorioso Alzamiento— fueron nuestros adversarios, ¿cómo pueden acusarnos de rebelión militar? Admito que pudieran culparnos de cualquier otro delito, excepto éste que a ellos les consta que no hemos cometido.

—Existe para ello una razón muy sencilla —explica Moreno—, aunque a nosotros, precisamente por ser los vencidos, no nos entre en la cabeza.

Quienes se alzaron en armas entre el diecisiete y el veinte de julio de mil novecientos treinta y seis dan por hecho que triunfaron en el acto, de manera automática y completa en todos los sitios donde se levantaron. O, mejor aún, en la totalidad del territorio nacional.

—Pero si vencieron en todas partes, ¿por qué hemos estado luchando durante treinta y dos meses largos en más de la mitad de España?

—Porque fuimos nosotros los sublevados luego contra el Gobierno. En efecto, si ellos vencieron en el primer segundo, haciéndose cargo del poder cuantos no estuvimos a su lado, acatando la legalidad recién establecida, participamos en una sedición y somos reos de un delito de rebelión. ¿Que la premisa inicial es harto discutible? Desde luego. Pero ellos actúan como si fuera una verdad axiomática.

Así es, indudablemente, aunque a nosotros nos cueste trabajo admitirlo. Pero hablando uno y otro día con los que vuelven de las Salesas o han pasado por ellas con anterioridad, yo, que no soy abogado ni entiendo de leyes, me sorprendo ante dos hechos que estimo paradójicos. El primero es que ninguno con los que hablo en Yeserías ha sido acusado de rebelión militar sino únicamente de haberla auxiliado o adherido. El segundo, que sean muy superiores las penas pedidas para quienes se adhirieron —que parece una actitud pasiva—, que quienes la auxiliaron, que lógicamente debieron hacerlo de una manera voluntaria y activa.

—Aunque otra cosa pueda parecerte —replicá Isidro—, con arreglo a los códigos el delito de adhesión es más grave que el de auxilio, hasta el punto de que el párrafo segundo del artículo doscientos treinta y ocho castiga con la pena de reclusión perpetua a muerte a «los que se adhieran a la rebelión en cualquier forma que lo hagan». En cuanto al delito de rebelión militar supongo que sólo considerarán incursos en él a los jefes militares o políticos. A los demás, a todos los demás —y entre los demás nos incluirán a ti y a mí—, nos juzgan como simples adheridos; como auxiliares en el más favorable de los casos, que dudo mucho que sean el tuyo y el mío.

A finales de octubre, si por un lado aumenta la gravedad de las penas pedidas a quienes vuelven de las Salesas, se acentúa la frecuencia y amplitud en las sacas. Apenas pasa una tarde en que no vuelvan a la prisión

quince o veinte hombre para quienes se ha pedido la última pena, no son pocas tampoco las noches en que un número impresionante de presos son trasladados a Porlier para pasar en capilla las últimas horas de su existencia.

¿Se trata de una simple y casual coincidencia de fechas con lo que sucedió en Madrid cuando el Ejército de África se aproximaba a sus puertas? Es posible, desde luego. Pero examinada la cuestión desde el interior de las cárceles, con los elementos de juicio que tenemos a nuestro alcance, sacamos unas conclusiones radicalmente opuestas.

Aunque continúa prohibida oficialmente la entrada de periódicos en Yeserías, desde finales de septiembre los funcionarios de prisiones hacen un poco la vista gorda, y rara es la sala donde no entran a diario tres o cuatro distintos. Se trata, indudablemente, de una táctica hábil para hundir sin el menor esfuerzo por su parte las esperanzas de los ilusos que habían esperado que la guerra internacional influyera favorable e inmediatamente en su situación personal. Ocupada y repartida Polonia, la contienda europea ha entrado en un período de casi completa inactividad.

—Para lo único que sirve la guerra —comenta, amargado— es para que todo el mundo se olvide por completo de nosotros.

Es indudable que para los hombres que simpatizaron con nuestra causa en el Occidente europeo existen ahora preocupaciones más inmediatas y vitales que la suerte y destino de los derrotados en la guerra de España. No se trata, claro está, de que esos sectores izquierdistas de Francia e Inglaterra pudieran sacarnos de las cárceles; pero sí que se ocuparan de nosotros y presionaran moralmente para que recibiéramos un trato menos duro.

—Aunque no consiguieran nada, sería un alivio para nosotros saber que había quien conocía y se interesaba por la dolorosa odisea de los antifascistas españoles.

Con respecto a la guerra, la opinión de los diarios que leemos es unánime: los gobernantes de Inglaterra y Francia cometieron una locura imperdonable al lanzar sus pueblos a una lucha descabellada contra Alemania. La única salida de las democracias podridas y decadentes consiste en resignarse ante los hechos consumados y aceptar cuanto antes el generoso ofrecimiento del victorioso Hitler para repartirse pacíficamente el mundo en zonas de influencia, dejando las manos libres a Berlín para

asegurarse su imprescindible espacio vital en el centro y el Este de Europa. ¿Que esto podría determinar un choque con la Unión Soviética? Nada sería más lógico ni conveniente que Alemania, contando con el respaldo de Inglaterra y Francia, salvase definitivamente a la civilización occidental y cristiana de la torva amenaza de las hordas asiáticas.

También existe absoluta coincidencia en los periódicos que leemos acerca de los graves problemas planteados en nuestro país. Las enormes dificultades de abastecimiento y el hambre que amenaza para el próximo invierno tienen su causa en la vesania criminal de los dirigentes rojos, más que en los naturales estragos de toda contienda. La guerra civil debió concluir apenas iniciada, cuando los gobernantes republicanos se convencieron de la amplitud del Alzamiento y la imposibilidad de combatirlo con éxito. Su prolongación durante cerca de tres años se ha debido al afán destructivo de la anti-España, espoleada por el comunismo masónico y, de manera especialísima, los eternos enemigos de la grandeza española. Al servicio de intereses inconfesables, los rojos no sólo se empeñaron en una resistencia suicida, sostenida por una propaganda falaz y un terrorismo sin conciencia, sino que tuvieron un claro empeño en destruir todo lo que no pudieron llevarse. A más de entregar a la Unión Soviética la reservas de oro del Banco de España, asolaron regiones enteras, esquilmaron los campos, exterminaron la ganadería, destrozaron carreteras y ferrocarriles y hundieron o vendieron la casi totalidad de la marina mercante. Sobre nuestros hombros recaían, pues, de manera íntegra, las calamidades que seguía padeciendo el pueblo español, incrementadas por el estallido de la guerra internacional, que nos privaba de ayudas y socorros que sin ella nos hubieran proporcionado las potencias amigas.

Impresiona la ofensiva constante y sostenida contra los vencidos en la contienda española. No sólo en artículos editoriales o de colaboración se prodigan los ataques a cuantos fuimos o hicimos, calificándonos con los adjetivos más despectivos e infamantes, sino que la tónica se extiende a la totalidad de las secciones de los diarios. Las informaciones económicas, religiosas, municipales, agrícolas, culturales, deportivas e incluso taurinas rebosan de alusiones insultantes para los derrotados. Todo lo malo es obra exclusivamente suya. De las dificultades financieras, la escasez de las

cosechas, el mal funcionamiento de los ferrocarriles, la sequía, la sensible baja en la producción industrial, la falta de viviendas, las cartillas de racionamiento, el estraperlo, la inmoralidad en las costumbres, de los futbolistas, que no juegan con la brillantez deseable, o de que se lidien becerros en vez de toros. De todo, absolutamente de todo, tenemos la culpa nosotros, que ni con cien vidas que tuviéramos pagaríamos la enormidad de nuestros delitos.

Ni siquiera las páginas de publicidad están exentas de condenaciones e insultos. Desde «los rojos no usaban sombrero» hasta las esquelas comunicando la defunción de una señora de ochenta o noventa años, fallecida a causa de «las penalidades sufridas en la zona roja», raro es el anuncio que en una u otra forma no nos ataca y combate. Se prodigan en ellos, como en el resto de los periódicos, los epítetos más ofensivos e hirientes: asesinos, criminales, horda soez, jauría de perros rabiosos, plebe embrutecida, canallas, sicarios, verdugos, hienas, cuervos, buitres y un dilatado etcétera. Incluso cuando está a punto de agotárseles tan vasto repertorio, recurren a la resurrección de palabras caídas en desuso. Así, en el otoño de 1939 goza de extraordinaria popularidad el término «bahorrina», aplicado siempre a los rojos. Alguien que no conoce su exacto significado lo busca en un diccionario. Significa, como cabía suponer por anticipado, «conjunto de muchas cosas asquerosas mezcladas con agua sucia» y «conjunto de gente soez y ruin».

—Eso somos todos nosotros para nuestros adversarios. Para decirlo con la misma palabra que todos los días nos escupen cien veces a la cara: asesinos.

No sólo nos llaman asesinos, sino que como asesinos nos tratan. Es inútil buscar en los periódicos madrileños manifestación alguna de generosidad o peticiones de perdón de cualquier clase que sean. Buen número de escritores —alguno de los cuales permaneció en Madrid toda la guerra o salieron de la ciudad luego de asilarse en cualquier representación diplomática— se complace en el relato reiterativo e insistente de atrocidades perpetradas en los primeros meses de la contienda, pidiendo que los culpables sufran el justo castigo establecido en las leyes. No faltan entre ellos, desde luego, quienes con sus artículos pretenden excusar su estancia

sin ser perseguidos en zona roja y su total alejamiento de toda actividad que representase el menor peligro; tampoco aquellos a quienes mueve un afán nada disimulado de vengativa revancha. Todos airean el nombre de los muertos de entonces en una clara incitación a la aplicación sistemática y exhaustiva de la bíblica ley de Talión.

—Ojo por ojo y diente por diente —dice Carlos Rubiera en estos días —. Y no ya muerto por muerto, sino veinte por uno, que la vida de una persona decente vale más que la de veinte asesinos.

Se habla en todos los tonos de los muertos pasados, pero se silencian los que están muriendo. Aunque hay ejecuciones a diario, en las columnas de los periódicos no aparece ninguna referencia a las mismas. Deben y tienen que conocerlas; sin embargo, un espeso velo de secreto las envuelve, así como a los juicios que día tras día se celebran en las Salesas con un ritmo más acelerado cada semana.

Si el final de octubre es dramático en las cárceles de Madrid, los comienzos de noviembre lo son todavía más. Se intensifican de nuevo las peticiones de pena de muerte, y son tanto los condenados que en Yeserías decide el director reunirlos en una sala —la séptima— a fin de que al efectuarse las sacas no haya que ir buscando a los sentenciados por las distintas galerías. Pronto, como los ingresos superan a las salidas, hay concentrados en ella alrededor de doscientos hombres. No son, desde luego, todos los condenados. Salvo casos excepcionales o comunicaciones directas de los juzgados, en la prisión sólo se sabe de las condenas recaídas sobre los que van a Consejo lo que dicen los propios interesados de una manera voluntaria al ser interrogados a su regreso en la oficina de Régimen.

—¿Petición fiscal para ti?

—Pena de muerte.

Al principio todos dicen la verdad. Cuando los condenados a última pena son concentrados en la sala séptima las cosas varían. Nadie espera salvarse mintiendo, pero sí hacer menos molestos las semanas o los meses que vivan. En la galería séptima la vigilancia es mayor no les permiten salir solos de la galería para ir a ninguna otra parte de la prisión, bajan al patio menos que los demás; los recuentos son más frecuentes, lo mismo que las formaciones; las sacas se suceden casi a diario, y la atmósfera es más tensa

y deprimente. Queda, por último, una crueldad más, tan innecesaria como angustiosa. Algunos funcionarios se recrean deletreando los nombres de quienes van a ser ejecutados, con la consiguiente zozobra para todos los que aguardan. Fingiendo que la escasa luz les impide leer con facilidad los nombres que llevan apuntados, empiezan:

—¡Manuel…! ¡Con estas sombras no se puede leer! Sobre todo con esa condenada maquinita que tiene la cinta gastada. Veamos lo que dice aquí. Manuel. Está tan confuso el apellido que no sé, no sé. ¡Manuel…!

Entre los doscientos condenados de la sala hay cinco o seis Manueles, todos los cuales tienen la terrible corazonada de ser ellos los elegidos. Igual sucede cuando el nombre es Juan, Pedro o Luis. Para evitarse estos trances angustiosos, la mayoría desfiguran la verdad.

—¿Cuánto te han pedido?

—Treinta años.

La mentira no les libra de ir al paredón. Cualquiera que sea, según ellos, la petición fiscal, cuando se recibe la terrible orden basta consultar los ficheros para saber en que galería se encuentran.

En la sala sexta hay pronto diez o doce condenados a la última pena. La mayoría duermen tranquilamente por las noches. Algunos, sin embargo, no logran conciliar el sueño. Se les ve preocupados, más nerviosos a medida que avanza la tarde, aguzando el oído para percibir los menores ruidos procedentes de fuera. Hay uno que se pasa las horas sentado en el petate, sin hablar palabra, con los ojos obsesivamente clavados en la puerta. Apenas come y cada día está más demacrado y pálido.

—¡Animo, muchacho! Si continúas así quince días más, no necesitarán fusilarte.

Es un pobre campesino que lleva dos meses condenado y apenas tiene esperanzas de salvación. Se pasa muchos ratos contemplando un retrato de sus dos hijos de corta edad.

Se lo llevan una noche de mediados de noviembre.

En el amargo trance se comporta con mayor entereza de la esperada. Con ánimo sereno recoge su petate, y con él a cuestas avanza hacia la salida, donde le esperan dos oficiales y algunos guardias. Quienes están cerca le oyen murmurar:

—¿Qué será ahora de mis pobres hijitos?

* * *

Noviembre es el mes de los muertos. Los periódicos vienen llenos de esquelas y de evocaciones de los caídos tres años atrás en estas mismas fechas. Nosotros las vivimos plenamente desde el interior de las cárceles. Cada uno de los días señalados del mes coincide con una saca más numerosa que las anteriores. También con aumentos masivos en el número de condenados. Entre los sentenciados a la última pena está el metalúrgico de Cuatro Caminos que vi esposado a la pata de un radiador de la calefacción en la calle de Almagro, y que trajeron a Yeserías al mismo tiempo que a mí. Al ser preguntado a su vuelta del Consejo dice que no le han pedido más de veinte años y un día. No está en la sala séptima, aunque no por ello pueda hacerse ninguna clase de ilusiones.

También el poeta Pedro Luis de Gálvez ha sido condenado a la última pena. Lo ha dicho con entera claridad al regreso de las Salesas. Pese a ello, y sin duda teniendo en cuenta su edad y su deplorable salud, le han permitido continuar en la enfermería.

—Sé que van a matarme —afirma—, pero no me preocupa gran cosa. Nadie pasa de viejo, y yo lo soy hace muchos años. Todo lo que pueden hacer es ahorrarme unos meses o unas semanas de agonía y decrepitud.

En la sala séptima ha ingresado al volver de juicio el último gobernador civil de Madrid. José Gómez Osorio, figura venerable del socialismo español, se comporta, ahora como siempre, con serena dignidad y hombría. Toda su vida ha sido enemigo de la violencia, partidario de una evolución pacífica en la vida nacional, que permita al país superar sus arcaicas estructuras sin que se produzca un baño de sangre. No ha hecho mal a nadie durante su dilatada existencia, ni creo que pueda tener enemigos personales. Sin embargo, no sueña despierto ni acaricia engañosas esperanzas.

—En mí, como en tantos otros, no pretenden matar a una persona, sino a las ideas que siempre defendí, sin darse cuenta de que si los hombres son mortales, las ideas no lo son.

Los periódicos anuncian el traslado de los restos mortales de José Antonio Primo de Rivera desde el cementerio de Alicante al Monasterio del

Escorial. Sus camaradas le traen a hombros, cruzando buena parte de España. Creo en este momento, como lo creí en todos, que su fusilamiento fue un error político. Ante el pelotón tuvo el gesto digno de desear que su sangre fuese la última que se vertiera en las contiendas civiles que durante más de un siglo han desgarrado la vida española. Los diarios madrileños reproducen sus palabras en grandes titulares. Pero no parecen nada dispuestos a que se cumpla la postrera voluntad del fundador de Falange.

Pensamos mucho en él y en sus deseos de última hora mientras dura el lento traslado de los restos. Son días dramáticos cargados de trágicos presentimientos para los cientos de miles de presos políticos que llenan las cárceles de España. Cada noche los más pesimistas augurios tienen dolorosa confirmación. Las sacas se multiplican y el primordial interés al levantarnos por la mañana consiste en averiguar cuántos han perecido en las horas precedentes. Y siempre un estremecimiento nos corre a lo largo de la espina dorsal cuando conocemos las cifras aproximadas.

Termina, al fin, este para nosotros alucinante mes de noviembre. Al comenzar diciembre una pregunta obsesionante nos martillea constantemente las paredes del cerebro:

—¿Hasta cuándo seguiremos los españoles derramando sangre de hermanos?

Por desgracia, no está en nuestras manos impedir de una vez para siempre que continúe derramándose.

VI

CONDENADO A MUERTE

En diciembre el panorama no cambia en absoluto, pero cada semana es menor la impresión que produce en nuestra sensibilidad y conciencia. Si nos hemos acostumbrado al hambre y a los piojos hasta el punto de no sentirlos siquiera, algo parecido nos ocurre con las sacas y las condenas. Por trágico y trascendente que juzguemos un hecho, pierde importancia a medida que se repite. Al cabo de unos meses llegamos a considerarlo enteramente normal. Acaso sea una trampa del instinto de conservación, que nos habitúa a todo para que podamos seguir viviendo.

En cualquier caso, cuando sentencian a un amigo o emprende un viaje sin retorno posible, no nos pasamos horas hablando de él, procurando animarle si vive o lamentando su final si ha dejado de existir. Sólo en ocasiones excepcionales ocupa más que unos minutos nuestra atención. Sabemos que cualquier días nos ocurrirá personalmente lo mismo, pero un mecanismo psíquico de autodefensa nos fuerza a no pensar en ello de una manera obsesiva y a hablar y discutir de cosas que, aun importándonos, distan mucho de revestir tan decisivo y vital interés.

En diciembre, el hambre, los piojos y la incomodidad general se intensifican un poco más. La primera porque cada vez resulta más difícil hallar nada masticable en el agua sucia del rancho, y nuestras familias, aun quedándose muchos días sin comer, no pueden mandarnos lo que

necesitamos. Los segundos porque para combatir el frío llevamos algo más de ropa, y los parásitos tienen más sitios donde esconderse. Lo tercero porque la sala está materialmente helada por las noches y las madrugadas y porque al dormir todos con las chaquetas, pellizas o abrigos puestos, ocupamos bastante mayor espacio que los treinta y cinco centímetros que a cada uno corresponden.

Aunque las discusiones políticas no han cesado en ningún momento, disminuyen bastante durante los meses de octubre y noviembre. Hay dos razones para ello: que estamos obsesionados por las condenas y las sacas, y porque tras la ocupación y reparto de Polonia, la guerra parece totalmente aletargada. Pero poco a poco crecen luego en intensidad, y a mediados de mes las polémicas vuelven a adquirir si no superar, el volumen e intensidad que tuvieron en agosto y septiembre.

El ataque de Rusia a Finlandia iniciado el 30 de noviembre, pero del que no tenemos noticia hasta unos días después, torna a calentar los ánimos y a enconar las discusiones. Automáticamente volvemos a dividirnos en dos bandos, numéricamente desiguales. En uno están quienes aprueban y defienden la decisión de Moscú, sin otra razón ni motivo que su convicción de que el Kremlin no puede equivocarse. En el otro, cuantos sostenemos que la infalibilidad no es virtud humana, y que a la Unión Soviética le importa más la seguridad de sus fronteras que la defensa del proletariado universal. No llegamos a un completo acuerdo, como de costumbre; pero las encendidas controversias alivian considerablemente la tensión de la sala y contribuyen a que el tiempo pase más rápido.

Leemos con redoblado interés los periódicos, buscando en las noticias que de la nueva guerra publican argumentos en que apoyar nuestras opiniones. Hay algo, sin embargo, que a todos nos desconcierta por igual. Que durante unas semanas el pequeño Ejército finés mantenga a raya a las tropas soviéticas e incluso que haya sectores en que las obliga a retroceder. Para los comunistas se trata de una argucia de Rusia, que, pensando que un día u otro habrá de ser atacada por las potencias capitalistas, y convencida de que Finlandia no puede ser enemigo serio, reserva aviones, tanques y sus mejores unidades para cuando llegue la hora de la verdad. Para los demás, la falta de eficacia de las tropas soviéticas es consecuencia directa y

obligada de las recientes purgas en que Stalin sacrificó a los mandos más capacitados del Ejército rojo. En cualquier caso, hay un punto en que coincidimos todos: se trata de una guerra de tipo local y secundaria.

—El destino de Europa no se decidirá en Carelia, sino, como tantas veces en el transcurso de la historia, a orillas del Rin.

Pero en las orillas del Rin dos enormes Ejércitos, integrados por millones de hombres y con la capacidad destructiva mayor conocida en el mundo, permanecen mes tras mes en una completa inactividad. Muchos lo atribuyen a que ni los alemanes se atreven a asaltar la línea Maginot, ni franceses e ingleses osan intentar lo mismo con la Sigfrido hitleriana. De ser cierto —todos los indicios parecen demostrar que lo es—, la segunda gran guerra quedaría reducida a una lucha de desgaste que podría durar lustros enteros.

—Aunque nadie puede vaticinar el porvenir —por el momento—, es posible que estemos en los comienzos de una nueva guerra de los cien años.

* * *

A lo largo del mes de diciembre nos llegan muchas noticias, pero ninguna agradable. Si nuestra situación empeora, la de nuestros familiares tampoco experimenta ninguna mejoría. Cuando salimos de las comunicaciones lo hacemos generalmente con la cara larga y el gesto triste. Las pocas cartas que recibimos sirven únicamente para aumentar la inquietud del destinatario. Pese a que mi madre y mi hermana han procurado quitarle toda importancia, sé que tienen dos motivos más de honda preocupación. Mi hermano Mariano ha vuelto a ser detenido, y, por deber el alquiler de tres meses, el casero les amenaza con el desahucio.

—Pero no te preocupes tú. Espero que, como la última vez, a Mariano le suelten dentro de unos días. Y en cuanto al desahucio, basta con pagar los recibos para que se suspenda.

—¿Y el dinero para abonarlos?

Parece que Antonio —otro de mis hermanos— conseguirá reunirlo antes de que las echen a la calle. Pero Antonio tiene mujer, tres hijos y suegra, y no nada precisamente en la abundancia. Es posible que logre encontrar el dinero a tiempo, aunque tampoco cabe descartar la posibilidad

de que no lo consiga. Me inquieto doblemente porque sé que en casa no queda nada que vender o empeñar, empezando por mi propia máquina de escribir, que hubieron de pignorar ya en el mes de mayo. Están angustiadas, dolidas, con el agua al cuello, pero aún tratan de animarme.

—Lo único que importa es lo tuyo —dice mi madre—, y eso, gracias a Dios, marcha por buen camino.

Asiento por no desanimarla, pero pienso todo lo contrario. La suerte de los periodistas rojos no tiene nada de envidiable. No sé nada de mi expediente, e ignoro lo que haga o piense hacer el juez especial de Prensa. Sin embargo, todas las noticias que recibo respecto a otros que se encuentran en situación semejante a la mía dejan poco lugar a la esperanza.

—Anteayer juzgaron a Navarro Ballesteros —me dice Domingo Girón, que acaba de recibir la noticia—. El fiscal le atacó duramente.

—¿Y la sentencia?

—Ya puedes figurártela: pena de muerte.

No me sorprende la sentencia, como no le sorprenderá a él, si vive, saber cuando me juzguen que me han condenado a idéntica pena. Tanto a él como a mí nos lo anunciaron demasiadas veces en Almagro y Alcalá para que pueda asombramos. Si acaso, lo único sorprendente es que hayan tardado varios meses en juzgamos. En cualquier caso…

—Manolo salió de Alcalá dos días antes que yo. No creo, por tanto, que tarden mucho en juzgarme también.

Tres días más tarde hablo en el patio con varios de los periodistas presos en diferentes salas de Yeserías. La conversación gira, inevitablemente, acerca de los compañeros de profesión en situación todavía peor que la nuestra. Ya saben lo de Navarro Ballesteros. Como saben —cosa que yo ignoro— lo de otros periodistas juzgados, al parecer, en estos días.

—Virgilio de la Pascua está con pena de muerte en la Ronda de Atocha. Antes de ir a Consejo estaba muy esperanzado en que no le pasaría nada. Pero al final, la «Pepa».

—Lo mismo le ha pasado a Mariano Aldabe, que no sé en qué cárcel está.

—¿Esperaba también que no le pasase nada? —pregunto, extrañado.

—¡Ni pensarlo! Aldabe es demasiado inteligente para pensar tonterías de ese calibre.

Mariano Aldabe ha sido durante dos años redactor de *Castilla Libre*. Es un hombre inteligente, concentrado, un poco tímido, quizá por exceso de sensibilidad, con ideas propias, estilo brillante y pluma fácil. Estuvo con amigo en el periódico hasta la noche del 27 al 28 de marzo. Después nos vimos en Valencia, en el puerto de Alicante y en el Campo de los Almendros. Siento su condena, pero tampoco me sorprende. Menos aún conociendo la entereza de su carácter.

—Lo verdaderamente asombroso —indica Carbonell— es lo del pobre Eduardo Castro, sentenciado también a la última pena.

Me asombra oírlo, porque sé que seguía en libertad hace apenas un mes. Pero, sobre todo, porque Castrito es un hombre —pequeño de estatura, bonachón de carácter, trabajador infatigable, amigo de hacer favores a todo el mundo— que nunca se ha metido en política. Corresponsal de un montón de periódicos de provincias —de izquierdas unos y de derechas otros—, se pasa las noches enteras en Teléfonos de Alcalá 1, no sólo para atender a sus corresponsalías, sino también y con absoluto desinterés a las de los demás. Ni tiene ni puede tener enemigos. Lo natural y lógico era que nadie se metiera con él.

Y no se metieron durante siete largos meses. Se presentó voluntariamente a que le depurasen en la Asociación de la Prensa, primero, y en el Juzgado correspondiente, después. Le dejaron en completa libertad, y estaba convencido de que podría seguir trabajando como antes. Pero…

Dos semanas atrás había recibido un aviso del Juzgado Militar Especial de Prensa indicándole que tenía que comparecer en un Consejo de Guerra. Hizo las correspondientes gestiones y todos aseguraron que era un simple trámite burocrático y nada tenía que temer. Se presentó en las Salesas en la fecha indicada, y casi se desmaya al oír que el fiscal solicitaba para él la última pena.

—Y en Porlier le tienes, condenados a muerte y temiendo que le fusilen en cualquier momento.

Me imagino perfectamente la estupefacción de Castrito al escuchar la petición fiscal y darse cuenta de que hablaba completamente en serio. Si a

los hombres de mayor temple les hace impresión saber que están condenados a perder violentamente la vida en fecha más o menos próxima, el efecto tiene que ser cien veces mayor en quien no espera nada por el estilo, se encontraba en libertad hasta dos horas antes y se presenta en la sala firmemente convencido de volver libre a su casa un rato después.

También me figuro lo que serán los días y, sobre todo, las noches, para un espíritu bonachón y apocado. ¿Cuánto tiempo podrá resistir en esta angustiosa situación? Aunque la experiencia personal me ha demostrado que la resistencia humana es muy superior a lo que generalmente pensamos, cabe temer que no pueda aguantar lo suficiente para que su destino se decida en uno u otro sentido. En Yeserías hay bastantes que llevan cuatro, cinco y seis meses condenados a la última pena, sin que la prolongación de tan desagradable estado aumente sus posibilidades de supervivencia. De la zona que fue nacional sabemos de individuos que han sido indultados, o ejecutados, hasta un año después de escuchar su sentencia.

—El Código de Justicia Militar no establece plazos fijos para una cosa u otra —dice Isidro Moreno, asesor jurídico del Comité Pro-Presos, con el que hablo en el mismo patio unos minutos después—. Normalmente, la gracia del indulto o el temible «enterado» no deben distanciarse mucho de la celebración del juicio, especialmente cuando la causa se ha visto en Consejo sumarísimo.

—¿Tienen carácter sumarísimo los que se celebran contra nosotros?

—Sí, y no —responde—. Oficialmente los llaman Consejos sumarísimos de urgencia, denominación que creo no existía antes de la guerra.

No conoce las leyes o disposiciones que regulan el funcionamiento de unos consejos que tienen, sobre la urgencia de su celebración, lo sumario de la instrucción de las causas. Es posible que los procesados puedan teóricamente elegir defensor; pero en la práctica diaria los inculpados han de conformarse con uno, en cuya designación no intervienen para nada, que defiende colectivamente a cuantos comparecen en un mismo juicio.

—Hay, sin embargo, algo que a mi parecer reviste mayor gravedad —continúa el abogado preso—. Es la alteración, la vuelta al revés, mejor, de un principio jurídico básico y fundamental.

En casi todos los procedimientos judiciales vigentes en Europa, se considera inocente a una persona mientras no se demuestra su culpabilidad. Además, el que acusa tiene la obligación inexcusable de probar la certidumbre de los cargos que formula. Por desgracia, en España y en estos momentos se procede en forma diametralmente opuesta.

—La simple denuncia se considera prueba suficiente, y el acusado tiene que demostrar su inocencia, probando en forma fehaciente su absoluta inculpabilidad, lo que muchas veces ofrece dificultades insuperables.

Si a un preso le acusan, por ejemplo, de haber matado a Telesforo Fernández en Albacete el 23 de agosto de 1936, el procesado podrá demostrar su inocencia de varias maneras: probando que no ha estado jamás en Albacete; que el día señalado se encontraba en Barcelona; que el presunto asesinado continúa vivo, o que nadie le conoce en la población señalada.

—Por el contrario, si le acusan de haber perpetrado diez asesinatos sin decirle quiénes eran las víctimas ni cuándo, dónde y cómo ejecutó los crímenes, no existe posibilidad humana de probar su inocencia.

—¿Crees sinceramente que puedan darse casos de ese tipo?

—Creo que se dan, que es bastante peor. Y no por mala fe de los jueces, sino por avilantez de los denunciantes, que aprovechan unas circunstancias anómalas para librarse de un enemigo personal, de un familiar cercano cuyos bienes esperan heredar o de un hombre casado con una mujer cuya belleza excita las torpes pasiones de cualquier miserable.

* * *

Los días finales de 1939 son amargos y tristes en la prisión de Yeserías, como forzosamente lo serán en todas las cárceles y presidios de España. Si una de las mayores contrariedades de la reclusión es el alejamiento de los seres queridos, en las fechas en que la costumbre tradicional reúne a las familias el dolor de la soledad —soledad aunque nos rodeen millares de personas en nuestra misma situación— adquiere nuevas dimensiones. La separación obligada sería suficiente por sí sola para privamos de toda alegría. Pero no puede haberla en modo alguno, cuando nos morimos

lentamente de hambre y pensamos que los nuestros probablemente están pasando todavía más necesidades que nosotros.

Por otro lado, no hay en la semana anterior ningún motivo de satisfacción, sosiego y paz. Continúan los juicios y las sacas con igual intensidad que a mediados de noviembre; lo único que disminuye es la minúscula ración de pan y el valor alimenticio del rancho que ingerimos. En nuestra sala hay ya veintitantos sentenciados a la última pena, pese a que en, la séptima, contigua a la nuestra, han reunido a doscientos en igual situación. Incluso en la enfermería se encuentran varios sobre cuyas vidas pende la más dramática de las amenazas.

Aparte del poeta Pedro Luis de Gálvez, en la enfermería se halla también el abogado José Herranz. Los dos mantienen con serenidad el tipo y aparentan no conceder la menor importancia a la «Pepa» con que les han obsequiado. Según algunos, Gálvez está un tanto desequilibrado; asegura a voces que no le importa que le maten, porque es teósofo.

—¿Cómo voy a sentir —dice a cualquiera que le pregunta— desprenderme de esta decrépita envoltura cuando puedo reencarnar en un cuerpo más joven?

Pepito Herranz, por su parte, no ha cambiado de actitud ni de carácter luego de ser condenado. Dice que está seguro de que le indultarán, porque personalmente no tiene enemigos, y su padre —antiguo procurador— cuenta con muchos amigos dispuestos a echarle una mano. Las razones no son demasiado convincentes, y tiene que ser el primero en saberlo. Muchos le abordan buscando su orientación como abogado y no ignora que no pocos que esperaban el indulto han acabado una madrugada cualquiera contra un paredón. Pero no le gusta el papel de víctima ni que nadie le compadezca, y proclama unas esperanzas en las que probablemente no confía demasiado.

—Cada uno es como es —dice—, y a mí no me gusta amargar a nadie ni amargarme yo.

Las familias procuran traernos algo más de comer en estos días. Nos alegraría si no pensáramos en el sacrificio que para ellas representa. Con todo, hay dos cosas que infunden en la última decena del año unas dosis módicas de optimismo en las salas. El rumor extendido de que con ocasión

de la Navidad y Año Nuevo habría un indulto general que salvaría las vidas de los que están condenados. Y la casi seguridad de que en las dos próximas semanas habrá dos noches sin sacas.

—No creo que en Navidad y Año Nuevo fusilen a nadie.

Las dos fiestas caen en lunes. Los condenados podrán dormir con relativa tranquilidad durante dos días seguidos. No es mucho, desde luego; pero sólo habiendo estado condenado a muerte puede saber nadie lo que representa la seguridad de vivir veinticuatro horas más.

Como en tantas ocasiones anteriores, el rumor del indulto nos ha llegado de la calle. Es difícil que luego de tantas desilusiones nuestros deudos lleguen a creerlo. Sin embargo, lo repiten en todas las comunicaciones para alegrarnos, y nosotros simulamos creerlo para no amargarles a ellos.

Luego pasa lo de siempre. El indulto que en un principio señalan para Navidad, se aplaza más tarde para Año Nuevo y acaba volatilizándose en la nada. Ni en una fecha ni en otra se confirman los optimistas pronósticos. Hay algunas conmutaciones de pena, pero no más de un mes antes, aun siendo más numerosos los condenados.

—Parece increíble que todavía haya ilusos que sueñen despiertos.

Pero algunos necesitan engañarse a sí mismos para resistir la dura prueba a que estamos sometidos, y basta el más mínimo soplo para dar nuevo impulso a sus mortecinas esperanzas. Como cabía suponer dada la costumbre de no fusilar a nadie en domingo, ni en Nochebuena ni en Navidad sacan a nadie de la prisión. Como tampoco hay sacas los cuatro días siguientes, no faltan quienes insinúan la posibilidad de que lo más duro de la llamada «limpieza» haya quedado atrás, y que en adelante no fusilarán prácticamente a nadie.

—Es probable que al fin se salve la mayoría.

Por desgracia, los hechos no tardan en disipar la especie en la que sólo creen un grupo reducido de presos, aleccionados los demás por anteriores experiencias. Durante una semana entera no sacan a nadie de Yeserías. Pero apenas comenzado el nuevo año, el breve período se cierra con numerosos traslados a Porlier.

—¡Buena cara al mal tiempo, camaradas! Hay que celebrar la Nochebuena demostrando a nuestros guardianes que no estamos hundidos ni desmoralizados.

Lo procuramos con el mejor ánimo, y sólo lo conseguimos a medias. El rancho es un poco mejor que de ordinario; los paquetes recibidos han sido también algo más abundantes. Incluso han llegado a la sala algunas cantimploras y botas con vino. No el suficiente para que nadie se emborrache; sí el bastante para que todos podamos probarlo. El toque de silencio se retrasa un par de horas, y luego de cenar hay quienes procuran alegrar a sus compañeros cantando lo mejor que saben y pueden. Pero por encima de todos los esfuerzos el ambiente de la sala es triste.

—No hay forma de evitar que precisamente esta noche olvide la gente a la mujer, la madre, los hermanos y los hijos.

Entre las dos noches más señaladas del año, en la semana en que no se produce ninguna saca en Yeserías, se llevan al joven Del Águila, que junto con Alted han estado a mi lado desde que el 3 de agosto ingresamos en la prisión. Está con nombre supuesto, y ya cree que no será descubierto cuando una mañana viene un ordenanza a avisarle de que esté preparado para un traslado.

—¿A dónde?

—A Almería. Vienen unos tipos de allí a buscarte. Por cierto, que dicen que tu verdadero apellido es Del Águila.

No acierta a explicarse cómo han podido dar con él, pero indudablemente lo han hecho. Resignado, recoge las pocas cosas que tiene y se dispone a abandonar la sala. Alted y yo le acompañamos hasta la puerta.

—Suerte, compañeros. Temo mucho que no volvamos a vernos.

—Que la tengas tú, aunque temo mucho que nuestros destinos tengan poco de agradables.

Nochevieja repite con ligeras variantes lo sucedido en Nochebuena. También mejoran ligeramente el rancho; también los familiares han enviado algo más —posiblemente quitándoselo de comer ellos— y cenamos con cierta abundancia, repartiendo los que tienen con, los que no tienen, como es costumbre en la sala; también retrasan hasta después de las doce el toque

de silencio y podemos comer las uvas a la hora aproximada, aunque no oigamos campanadas de ninguna clase.

—¡Salud, camaradas! ¡Que 1940 nos traiga las alegrías que 1939 nos negó!

Es el anhelo de todos. Algunos, precisando más, concretan el alcance de sus esperanzas, dejando volar libremente la imaginación. Yo soy mucho más modesto en mis aspiraciones.

—Me daría por más que satisfecho —digo— si el 31 de diciembre de 1940 siguiéramos vivos todos.

* * *

Terminado el breve paréntesis de la Navidad, la primera quincena de enero vuelve a ser dramática en Yeserías. Si por un lado se han desvanecido las ilusiones de quienes se obstinaban en esperar un indulto de año nuevo, el rancho vuelve a empeorar y seguimos tan amontonados como siempre. El frío aprieta de firme; hiela todas las noches, nieva en dos o tres ocasiones y en el interior de la sala no hay manera de entrar en calor. Durante todo el día llevamos puesta la ropa de que disponemos y muchos no se desembarazan de la manta ni para lavarse. Quizá si pudiéramos andar de un lado para otro y hacer algo de ejercicio podríamos combatir mejor el frío. Pero no hay espacio para nada y cuando uno quiere estirar simplemente los brazos tropieza siempre con los hombros o la espalda de cualquier compañero.

—Nos quejábamos mucho en agosto, pero este frío es cien veces más insoportable que el calor de entonces.

Hay, sin embargo, algo más difícil de soportar. Son las llamadas a Consejo de un lado y las sacas del otro. Todo parece indicar que los jueces, queriendo quizá recuperar el tiempo perdido en la última semana de diciembre, trabajan con renovada intensidad. Rara es la tarde que no llaman a tres o cuatro de la sala para llevarlos a las Salesas y pocas las noches en que no sacan de Yeserías a unos cuantos presos para conducirlos a Porlier.

Todo esto unido torna sombría la atmósfera de la sala sexta. Procuramos como siempre matar el tiempo y distraernos con partidas de ajedrez, charlas, discusiones y conferencias. Aun encontrándonos en situación tan

crítica hay una mayoría, sobre todo de jóvenes, que quieren aprovechar los meses o los años que hayan de estar encerrados, formándose culturalmente y aprendiendo lo que sea. Se constituyen así numerosos grupos de estudio. Un ingeniero da lecciones de matemáticas; un perito mercantil de contabilidad, algunos profesores y maestros enseñan gramática, historia y geografía. Pronto casi todos los presos están aprendiendo algo, refrescando sus estudios y preparándose para el día más o menos remoto en que recobren su libertad.

—Es admirable el afán de cultura, incluso en aquellos que menos esperanzas tienen de sobrevivir.

Todas las tardes hablamos y discutimos algún punto de nuestra guerra, de la que rusos y fineses libran en el istmo de Carelia y de la que no libran alemanes de un lado y franceses de otro en las proximidades del Rin. Pero ahora todos hemos convenido en evitar las polémicas personales y las alusiones molestas para cualquiera de los sectores antifascistas. Incluso en la mayor parte de las ocasiones, los que se consideran mejor preparados pronuncian conferencias, seguidas por animados coloquios. Aunque a veces se agrían un tanto las controversias, las aguas vuelven pronto a cauces de serenidad y cordura porque todos tenemos el máximo interés en que así sea.

De mi familia recibo noticias menos inquietantes. Parece que han logrado impedir el desahucio en el último minuto, pagando dos de los recibos pendientes, si bien aún les quedan otros dos por abonar. A mi hermano le han soltado desde las mismas Salesas, pero tiene que presentarse todos los días a primera hora de la mañana. En cuanto a mi proceso, mi madre dice siempre lo mismo, probablemente sin creérselo ella misma.

—Todo se arreglará pronto porque nos han dado las mejores impresiones.

Si de buenas intenciones está empedrado el infierno, las buenas palabras han ayudado a bien morir a millares de rojos. A todas las familias les dan en todas partes inmemorables impresiones. Desgraciadamente, a los presos no les sirven de nada. Salir de la cárcel una vez ingresado en ella es algo que linda con lo imposible. Transcurren semanas enteras sin que nadie sea liberado en Yeserías. En cambio suman centenares los que marchan a los

presidios para cumplir sus cadenas perpetuas y los *peposos* que de noche son trasladados a Porlier en un viaje sin retorno posible.

* * *

En la cárcel de Porlier, instalada en un antiguo convento y colegio que ocupa íntegra la manzana delimitadas por las calles de Lista, Padilla, Torrijos y Porlier, funciona la jefatura e inspección de todas las prisiones madrileñas. Allí, en un cuarto pequeño y oscuro, tienen montado hace ocho meses un garrote vil en el que perecen a manos del verdugo algunos condenados. No muy lejos del garrote está una sala convertida en capilla permanente, que se llena varias noches a la semana y se vacía otras tantas al amanecer del día siguiente.

Al frente de la Inspección Provincial han puesto a un tipo pintoresco que no tarda en adquirir en todo Madrid la más amplia popularidad. Es un viejo funcionario de prisiones, con largos años de servicio y más de medio siglo de vida, de mediana estatura y poblada barba, voz campanuda y ampulosos ademanes. Visita con frecuencia las múltiples cárceles madrileñas y pasa por delante de los presos formados en los patios o las galerías con el aire de un Napoleón victorioso. Lleva un uniforme impecable, con algunas condecoraciones y se leve contento de sí mismo, satisfecho y feliz con la importancia de su cargo. Ocupa el puesto que desempeñó en plena guerra Melchor Rodríguez con el que no le disgusta compararse. Hay entre ambos, sin embargo, diferencias fundamentales. Melchor, cumpliendo al pie de la letra las instrucciones recibidas —pero jugándose la piel— impidió el asalto de una cárcel, salvando varios centenares de vidas, mientras a don Amancio no le debe la vida ni uno solo de los ochenta o noventa mil presos que durante su período de mando pasan por las prisiones de Madrid.

Juzgando por su aspecto y su manera de hablar, Amancio Tomé es un hombre vanidoso sobre toda ponderación. Presume en sus visitas y en las alocuciones que gusta de dirigir a los reclusos. Lo hace siempre en un tono paternalista, falsamente bondadoso, porque en todo momento tiene buen cuidado de marcar las diferencias existentes entre él y nosotros, simples pigmeos ante su inteligencia de superhombre. Estalla furioso cuando sabe

que muchos reclusos la llaman Valentín, comparando sus barbas, cuidadas y teñidas, con las del Campesino.

—¡Es una injuria de esos bárbaros que no estoy dispuesto a consentir!

Circulan rumores de que su conducta con los condenados a muerte, a los que alguna vez visita en capilla, tiene poco de generosa y paternal. Tanto él como el párroco de Porlier tienen verdadero empeño en que confiesen y comulguen antes de morir. Casi todos se niegan en redondo y don Amancio pierde la paciencia. Parece que con Javier Bueno, director de *Claridad*, tuvo un choque violento en las tensas horas en que el periodista esperaba su ejecución.

De Tomé se cuentan numerosas anécdotas. Cree que todos los presos son analfabetos y en ocasiones demuestra fehacientemente serlo él. Una mañana, visitando la cárcel de la Ronda de Atocha, ve en el patio a un anciano que, ajeno a su presencia, está enfrascado en la lectura de un libro. Aunque el director de la cárcel cuando se acercan al viejo le advierte que se trata de Diego San José, el nombre del escritor que tiene publicado cincuenta libros, no le dice absolutamente nada. Campechanamente se acerca y dándole una palmada en la espalda pregunta con gesto deferente:

—¡Qué, abuelito! Aprendiendo a leer, ¿eh?

En la misma Yeserías ve que uno de los presos lleva un libro de álgebra en el bolsillo. Es un joven llamado Eduardo Hermoso, que ha sido capitán de Estado Mayor en la guerra y tiene verdadera pasión por las matemáticas.

—¿Para qué lees eso, bárbaro? Yo no estudié más que las cuatro reglas, ¡y fíjate dónde he llegado!

Por la cárcel, por todas las cárceles, circulan unos divertidos versos que le ha dedicado un poeta preso que, por razones fácilmente comprensibles, no los firma con su nombre. Empiezan así:

«—¿Qué ocurre por Jefatura?
¿Por qué corro y me distancio?
—Que asoma por el rastrillo
don Amancio».

—Eduardo de Guzmán Espinosa: preparado para Consejo.

Son las cuatro de la tarde del 17 de enero de 1940. Es la primera noticia que tengo de que voy a ser juzgado al día siguiente. Aunque me lo figure, no sé exactamente de qué van a acusarme. Fuese Gargallo o no el juez que estuvo a verme hace meses —con tanta prisa que no pudo perder unos minutos leyéndome o dejándome leer la declaración firmada en Alcalá 82 —, no he vuelto a saber una sola palabra de él. Nadie se ha tomado la molestia de informarme que mi sumario estaba terminado. Tampoco de indicarme si podía o no designar defensor.

—Te lo han nombrado sin preguntarte como a todo el mundo. ¡Y podrás dar gracias si el nombrado ha tenido tiempo de ojear tu expediente!

No es mucho lo que he de preparar y estoy listo en pocos minutos. Llevo puesto lo único que tengo. Un traje arrugado y sucio del que me sobra la mitad y un abrigo viejo por cuyo empeño mi madre no consiguió que le dieran diez pesetas el verano pasado. Mientras recojo las notas de la sala para otras cárceles, quienes han pasado últimamente por las Salesas me aconsejan:

—Llévate la manta para no dormir sobre el suelo de cemento. Y el plato por si tenéis suerte y os dan algo de cenar.

De la sala sexta va también a Consejo un socialista llamado Agustín Pérez García, que tampoco sabe de qué le acusan. El ordenanza que nos avisó vuelve con prisas:

—¡Venga ya, pelmazos! ¡Qué están ya esperando los demás!

Salimos. En el ancho pasillo que da acceso a las salas se nos unen otros cinco presos. Todos juntos, acompañados por un oficial, pasamos por la Jefatura de Servicios primero y por la oficina de Régimen después. En ambos sitios nos toman la filiación y nos cachean, pero el cacheo tiene más de formulario que de efectivo.

—Que tengas mucha suerte, Eduardo —me desea Tomás Baztán a la puerta de la oficina de Régimen.

—No la espero —respondo sincero—, aunque la necesito.

Somos dieciocho en total los reclusos de Yeserías que esta tarde vamos a las Salesas. Mientras un guardia civil firma las órdenes correspondientes de la recepción de los detenidos pienso si mi familia se enterara a tiempo de que van a juzgarme. Espero que si, porque todavía están abiertas las

ventanillas de paquetes y peculio y siguen celebrándose comunicaciones. Adivinando lo que pienso, uno de los ordenanzas de Régimen me indica por lo bajo:

—Ya hemos dado el recado para que avisen a tu madre.

Antes de abandonar Régimen los guardias nos esposan de dos en dos. Salimos al patio exterior de la prisión. En el sitio en que paró el camión que me trajo a la cárcel hay ahora otro —quizá el mismo— esperando su carga. Los guardias nos meten prisa.

—Hemos perdido ya demasiado tiempo. Si en la Ronda nos hacen la misma faena llegaremos de noche.

El día está nublado y aunque no son más que las cinco menos cuarto de la tarde está empezando a oscurecer. Sopla un viento helado que parece meterse materialmente en los huesos. En los tejados quedan rastros de la nieve caída pocas horas antes. Ya en el camión, muchos optan por sentarse en el suelo. El que va esposado conmigo prefiere ir de pie lo mismo que yo. Dos guardias civiles con el fusil en la mano suben también.

Emprendemos la marcha abandonando Yeserías. En la calle hay un grupo nutrido de mujeres, esperando entregar sus paquetes o comunicar. Para combatir el frío han encendido una pequeña hoguera en la que procuran calentarse un poco. Cuando pasamos ante ellas nos miran compasivas y tristes.

En el paseo de las Delicias todos los comercios están abiertos con las luces interiores encendidas. Nos cruzamos con varios tranvías llenos de gente. Por las aceras, hombres y mujeres caminan apresurados, procurando taparse la cara con el cuello de los abrigos, los mantones y las bufandas. Algunos se vuelven para vernos pasar en silencio; otros ni siquiera se atreven a volverse.

La inmensa glorieta de Atocha parece más grande, destartalada y vacía que nunca en esta tarde invernal. Tomamos por la Ronda de Atocha para detenernos ante el colegio convertido en prisión. Dos de los civiles se apean para entrar en la cárcel; los otros nos vigilan atentos, sin perdernos de vista un solo segundo. Digo murmurar a uno de ellos malhumorado:

—Como nos hagan esperar mucho, nos helamos.

Quince minutos después, catorce presos más suben al camión. Van esposados de dos en dos como nosotros. Algunos me conocen y me saludan con un gesto. Las caras no me parecen desconocidas, pero no podría decir cómo se llaman. Un grupo de mujeres, ateridas del frío, les miran de lejos, paradas entre los árboles de la acera de enfrente.

—Pobres mujeres —murmura compasivo uno de los guardias—. No sé cómo aguantan con este frío.

Volvemos a la glorieta de Atocha, que cruzamos. En los jardines de la estación quedan grandes manchas de nieve, así como en interior del Botánico frente al que pasamos al tomar por el paseo del Prado. Delante del museo, unos chicos juegan, corriendo y tirándose bolas de nieve. Neptuno y la Cibeles tienen un aspecto desolado en este día de San Antón, uno de los más crudos del invierno.

Dejamos Recoletos para subir por Bárbara de Braganza. Frente a las Salesas hay grupos nutridos de mujeres que aguardan, no sabemos a qué. Probablemente serán familiares de presos que han juzgado esta mañana o que saben que sus deudos lo van a ser a la mañana siguiente. Fijo la mirada en dos o tres de los grupos. Mi madre no está en ellos. Me alegra porque con sus años y la helada que ya está cayendo lo pasaría mal.

—Bueno, hemos llegado.

El camión no se queda en la calle, sino que entra directamente a los sótanos por el portalón que da a Bárbara de Braganza y ante el cual vigilan varios guardias. Avanzamos por una especie de túnel veinte o treinta metros antes de que el vehículo se detenga.

—Id bajando de dos en dos.

Obedecemos. Los mismos guardias que nos pusieron las esposas nos las quitan ahora. Esperamos, formados en doble fila, hasta que el sargento de la Guardia Civil que nos ha traído nos entregue a los guardias de seguridad que vigilan en los sótanos.

—Conforme —dice uno de éstos después de contarnos—. Treinta y dos hombres.

Tres guardias nos invitan a meternos en un ancho pasillo que se abre a la derecha. A este pasillo dan las rejas de los diferentes calabozos. No somos los primeros en llegar, porque hay tres o cuatro en que se arraciman

los detenidos, que nos ven pasar desde el otro lado de los barrotes. En uno de la izquierda, que tiene la puerta abierta, hay unas cuantas mujeres. Uno de los guardias las advierte:

—Tendréis que salir al pasillo y dormir aquí, porque se van a llenar todos los calabozos.

A la mayoría de nosotros nos meten en un calabozo vacío. Es una habitación de unos seis metros de fondo por cuatro de ancho. Como no cabemos todos, se llevan a seis o siete al calabozo contiguo. En el nuestro hay un ventanillo pegado al techo, cruzado por unos barrotes y cubierto con una espesa tela metálica. Ignoro si dará a la calle o a un patio interior de las Salesas, pero entra por él un chorro de aire helado.

—Como no lo cierren nos vamos a divertir.

La parte del calabozo que da al pasillo está separada de éste por una gran reja, en cuyo centro se abre una puerta enrejada también. Los barrotes aparecen separados entre sí por unos quince centímetros aproximadamente. Por el hueco puede sacarse un brazo, pero no caben ni la cabeza ni el cuerpo. Apenas entramos cierran la puerta a nuestra espalda y corren el cerrojo; pero no se molestan en echar la llave. No lo hacen porque saben que de salir al pasillo estaríamos tan lejos de la libertad como en los calabozos. Aparte de los guardias que pasean de un extremo al otro del pasillo, si intentásemos escapar tropezaríamos siempre con el primer rastrillo, cercano al punto donde abandonamos el camión y junto al cual hay siempre varios vigilantes.

—En el pasillo estaríamos tan seguros como aquí.

Varios de los que han venido conmigo buscan el sitio que les parece más adecuado y se sientan o se tumban, deseosos sin duda de que las muchas horas que median hasta las diez de la mañana se les hagan lo más cortas posibles. No faltan, sin embargo, los que, como yo, permanecen junto a la reja, enterándose de lo que pasa en el pasillo.

Lo primero que descubro es que las doce o catorce mujeres que vimos en uno de los calabozos con la puerta abierta van saliendo con sus petates. Basta mirarlas de lejos para comprender que no se trata, como algunos pudieran pensar de lo que guardias y policías suelen denominar

«cariñosas», sino de presas políticas. Cuando las oímos hablar desparece hasta la menor sombra de dudas.

—Ahora vienen los de Porlier y Torrijos —dice una de ellas.

Un nuevo camión ha vaciado su carga junto al primer rastrillo. Formados como vinimos nosotros y acompañados de algunos guardias, pasan por delante de la reja, hacia los calabozos del fondo, unos cuarenta hombres. Descubro entre ellos a no pocos conocidos, que me saludan con un gesto al pasar.

El ruido lejano de un camión al detenerse cerca del comienzo del pasillo nos anuncia una nueva remesa de detenidos. ¿De dónde vienen? Se lo preguntamos cuando una treintena de ellos pasan por el pasillo con rumbo al calabozo que les corresponde.

—De Santa Rita. ¿Y vosotros?

—De Yeserías y la Ronda de Atocha.

Con ligeros intervalos van llegando a las Salesas los reclusos de las diferentes cárceles que serán juzgados a la mañana siguiente. Calculo que su número no bajará de los ciento cincuenta. ¿Van a juzgamos a todos en la misma sala?

—¡Ni hablar! Mañana jueves habrá por lo menos cuatro consejos de guerra distintos.

* * *

Cenamos alrededor de las ocho, aunque lo que comemos no nos hará mucho daño. Un cazo pequeño de caldo oscuro con algunas —pocas— muelas duras como piedras. Como no tenemos pan ni cucharas, bebemos el rancho utilizando los platos que hemos traído o algunos botes sucios y pringosos que traen en una cesta junto a la perola. Una sola ventaja, el rancho está caliente y nos alivia un poco el frío que padecemos. Por fortuna, nos han prestado un palo para cerrar el ventanillo y la temperatura del calabozo ha subido unos grados.

—¿A qué hora tocan silencio?

—Aquí no se toca silencio —responde uno de los guardias—. Pero si alguno escandaliza lo pasa mal. Vosotros veréis lo que os conviene.

El calabozo está iluminado por una bombilla pequeña, pegada materialmente al techo. Da una luz mortecina con la que sería imposible leer, si tuviéramos ganas y algún libro o periódico, que, desde luego, no tenemos.

—Lo mejor para matar el tiempo es dormir.

Pero no tengo sueño y a la mayoría les sucede lo mismo. Aunque nadie lo diga, estamos lógicamente preocupados por lo que sucederá dentro de unas horas. Hablando con los compañeros de calabozo compruebo que todos están en situación parecida a la mía.

—¿Te han tomado declaración alguna vez en la cárcel?

—No.

—¿Sabes quién te defiende?

—Tampoco.

Lo único que saben quienes esta noche comparten conmigo el calabozo de las Salesas es que llevan tantos meses presos, que firmaron una declaración —muchas veces sin leerla, pero contentos porque significaba un pasaporte para la prisión— y que dentro de unas horas van a ser juzgados. Todos tienen una idea más o menos aproximada de los cargos que se les formulan por habérselo dicho los interrogadores o el propio denunciante hablando con sus familiares. Aun hablando entre nosotros y a sabiendas que lo que digan en nada les puede favorecer o perjudicar, una mayoría niega toda veracidad a las acusaciones que se les hacen, pero ni uno solo confía en que le escuchen, caso de permitirle hablar, cosa en la que nadie cree.

—A nosotros solos nos toca ver, oír lo que quieran llamarnos, callar como muertos y esperar una sentencia que puede convertirnos en muertos efectivos en un plazo de días o semanas.

Durante los meses que llevan encarcelados todos han tenido ocasión de hablar con camaradas, amigos o simples conocidos que han pasado anteriormente por la prueba que nosotros vamos a afrontar mañana. Saben lo suficiente para ponerse en lo peor seguros de acertar.

—Del comité de mi pueblo soy el único vivo y me figuro que no será por mucho tiempo.

—Tres camaradas de mi radio vinieron a Consejo y los tres volvieron con la «Pepa».

—De mi Ateneo sólo han fusilado a la mitad; los demás están en Ocaña y Burgos con cadena perpetua. ¿Y tú?

—Todavía no sé que hayan absuelto a ningún periodista —respondo sincero.

Si ninguno de mis compañeros de calabozo se muestra optimista, tampoco a mí me sobran razones para estarlo. Que yo sepa, ninguno de los periodistas madrileños juzgados hasta ahora se libró de la «Pepa». En cuanto a los directores de periódicos, dos han sido fusilados ya y un tercero está condenado a serlo. ¿Puedo esperar algo mejor? Indudablemente, no. Cuando Castrito, que jamás se metió en política, y Mariano Aldabe, simple redactor de *Castilla Libre*, tienen pendientes sobre sus cabezas la más terrible de las penas, sólo en pleno desequilibrio mental podría suponer que vayan a ser más benévolos conmigo.

Pero, pensando con sensatez y lógica, ¿puede extrañarme nada de esto? ¿Tengo derecho siquiera a quejarme? ¿No he repetido centenares de veces lo que fatalmente nos ocurriría de perder la guerra, que es justamente lo que nos está sucediendo? ¿Preferiría, acaso, haberme equivocado y tener que reconocer y proclamar ahora que no teníamos razón? Por fuerte que sea el instinto de conservación —y lo es mucho—, no creo que pueda responder a ninguna de mis propias preguntas sino con una rotunda negativa.

—Lo que sea sonará y no vamos a solucionar nada por llorarlo la víspera. ¿Qué pasa con las notas para las otras cárceles?

Quien más, quien menos, todos los que estamos en el calabozo traemos algún recado escrito. Apartándonos unos pasos de la reja, nos sentamos en el suelo, las reunimos y las vamos agrupando por las prisiones a que van destinadas. Intercambiamos inmediatamente con los de la Ronda de Atocha, las notas que nos dieron para ellos y ellos nos entregan las que recibieron para Yeserías.

—Ahora hay que ver la forma de hacer llegar las demás a sus destinatarios.

La cosa resulta tan fácil como sencilla. Uno tras otro, la mitad pedimos ir a los lavabos para evacuar una necesidad perentoria. Uno de los guardias

del pasillo se cansa de abrir y cerrar la puerta del calabozo. Decide dejar abierto para que podamos salir los que queramos, tras indicarnos dónde están los retretes.

—Cuando hayáis terminado todos, llamad para que cierre.

Los retretes, más sucios, malolientes y concurridos que los de Yeserías, están en el fondo del pasillo. Los guardias se hallan lejos, charlando junto al primer rastrillo, seguros de que por este lado no podrá fugarse nadie. Hay que formar cola para todo porque son muchos los que antes de tumbarse a intentar dormir o que cierren con llave sus respectivos calabozos acuden a los lavabos impulsados por los mismos motivos que nosotros.

—¿Quién hay de Porlier aquí? ¿Y de Santa Engracia? ¿Han traído alguno de Cisne?

Las preguntas se suceden en voz baja y encuentran inmediata respuesta. Las notas cambian rápidamente de manos. Se aprovecha la ocasión, naturalmente, para interesarse por algunos compañeros. Uno de Santa Rita me habla de Aldabe y Navarro Ballesteros, que soportan con entereza sus respectivas «Pepas»; a otro de Toreno le doy recuerdos para Aselo Plaza y Germán Puerta. En Porlier y Torrijos se hallan, junto a varios millares de presos más, la mayoría de quienes permanecieron más de mes y medio en Almagro y Alcalá.

—Amor Buitrago sigue siendo un cabrón. En cambio, su pobre padre…

Estamos hablando tranquilamente cuando se acerca uno de los guardias chillando:

—¡Basta ya de conciliábulos…! ¡A los calabozos todo cristo! Me van a meter un paquete y antes de eso…

De vuelta en el calabozo nos comunicamos lo poco o mucho que hemos podido averiguar hablando con los procedentes de distintas cárceles que están encerrados en otros calabozos. Parece que en todas la atmósfera es semejante a la de Yeserías, como lo son el hambre, los piojos y las sacas. En este sentido, Porlier es más desagradable que ninguna. Y no sólo —con ser bastante— porque de vez en cuando ejecuten alguna sentencia en garrote vil dentro de la misma prisión.

—Lo peor es oír los camiones que traen presos de las otras cárceles para meterlos en capilla y volver a oírlos al amanecer cuando se los llevan a

fusilar.

Aunque algunos de los condenados permanecen en capilla silenciosos, hundidos en las más tristes meditaciones, destrozados moral e incluso físicamente, la mayoría aguantaban con estoicismo el amargo trance. Desde las galerías de la prisión podían oír, en el profundo silencio de la noche, sus gritos y canciones.

—Muchos salían cantando las «Barricadas» o la «Internacional». Pero protestaron los vecinos de la calle y ya no canta ninguno.

—¿Para no molestar a los vecinos? —pregunto entre incrédulo y asombrado.

—No. Porque después de esposarlos y antes de sacarlos de la capilla, les tapan la boca con grandes esparadrapos para que no puedan hablar.

Me estremezco al oírle. No una vez, sino muchas, he pensado durante estos largos meses cómo puede ser el final que me espera. Siempre creí que, por angustiado que estuviera, me quedarían los ánimos precisos para afrontar la muerte con un viva en los labios. He visto fusilar a bastantes y suicidarse a otros tantos. Pero todos ellos —desde los tres primeros a los dos últimos fusilados en Albatera, desde Franco y Viñuales, en el puerto, dándose la mano izquierda mientras con la derecha se llevaban la pistola la sien, hasta el doctor Recatero en la calle de Almagro—, todos fueron hacia la muerte con una afirmación de sus ideales en la boca. Ahora, a los condenados se les priva del último derecho: el de poder decir en el instante definitivo por qué han sacrificado su juventud y su vida.

—El silencio en la muerte —murmuro hablando conmigo mismo— es el complemento lógico del anonimato de la ejecución.

* * *

Van pasando lentamente las horas de la noche. En casi todos los calabozos han cesado las conversaciones. En el nuestro se han tumbado todos y yo acabo por imitarles. Pero aunque cierro los ojos con fuerza, el sueño ha huido de mis párpados. Al cabo de un rato, me levanto de nuevo y voy hacia la reja.

En el ancho pasillo están tumbadas las mujeres que serán juzgadas mañana al mismo tiempo que nosotros y que no caben en ninguno de los

calabozos. Son pocas las que duermen. Dos que están sentadas en el suelo se levantan sin duda para desentumecer las piernas dando un corto paseo. Una de ellas me ve al pasar por delante del calabozo y se acerca.

—¿No eres tú Guzmán? Te vi antes de lejos y me lo pareciste; pero como todos estamos tan cambiados.

Es una mujer todavía joven y no mal parecida. Calculo que tendrá alrededor de treinta y cinco años; tal vez menos, porque el rictus de sufrimiento que contrae su rostro, la falta de arreglo en la cara y el abrigo viejo en que se envuelve la hacen parecer mayor de lo que es. Tengo la impresión de haberla visto antes, aunque fuerzo mi memoria no consigo recordar su nombre.

—Soy Petra —aclara con la sombra de una sonrisa en los labios—, del Ateneo de Cuatro Caminos y de Mujeres Libres. ¿No recuerdas que estuve una tarde al final de la guerra hablando contigo en la redacción del periódico?

No lo recuerdo, pero tiene que ser verdad y me apresuro a decirla que sí. Me presenta a la otra mujer que se acerca con ella. Es algo más joven, se llama María y pertenece al partido socialista.

—Nos conocimos en la comisaría —explica Petra— y se portó como una jabata. ¡Y eso que tiene un paquete de órdago!

—¿Y tú? —le pregunto.

—Peor. María acaso pueda salvarse. Yo voy derecha al paredón.

—¡Siempre se exagera! —respondo por animarla—. A lo mejor mañana te largan una condena de chorizo.

Mueve la cabeza en gesto negativo. Aunque no está asustada, tiene la firme convicción de no tener salvación posible. ¿Por qué?

—Me acusan de haber estado en lo que ellos llaman cheka del Europa y haber intervenido en una serie de paseos.

No es cierto en absoluto, como afirma a renglón seguido. Pero después de lo que ha pasado empieza a lamentar que no sea verdad.

—Si de todas formas van a matarme, ¿no sería un consuelo haberme llevado a unos cuantos por delante?

No creo que fuese un consuelo y lo digo. Cuanto más injusto sea el trato que recibimos, mayor será la diferencia entre ellos y nosotros. Malo es que

nos llamen criminales, pero mucho peor sería que, efectivamente, los fuéramos.

—El verdadero consuelo al morir es hacerlo sin que nos remuerda la conciencia.

Hablamos de los juicios de la mañana siguiente. Vinieron a primera hora de la tarde, pudieron hablar con los guardias de servicio en los sótanos de las Salesas y están mejor enteradas que nosotros. Como casi todos los días, el jueves 18 de enero de 1940 se celebrarán cuatro o cinco Consejos de guerra sumarísimos de urgencia ante otros tantos tribunales y en diferentes salas del inmenso edificio.

—No juzgan de uno en uno, sino a cuarenta o cincuenta a un tiempo. Y bastante rápidos, además, porque no suelen tardar arriba de dos o tres horas.

En los juicios del día 18 compareceremos cerca de doscientas personas. Según los guardias, aparte de los que ahora llenamos los calabozos y de las diecisiete mujeres que andan por el pasillo, traerán varios más por la mañana de una cárcel —probablemente la de Cisne— y un par de individuos que se encuentran en libertad provisional.

—Claro que esto no impedirá que le condenen a veinte o treinta años y vayan desde aquí a Porlier o Yeserías.

Lo creo recordando lo sucedido a Eduardo Castro. Es asombroso, desde luego, que a una persona que el juez que instruye el sumario deja en libertad por entender escasa su responsabilidad le sentencien a cadena perpetua o pena de muerte. Pero en los ocho meses y medio que llevo preso he tenido que acostumbrarme a no asombrarme por nada ni de nada.

—Entre los que vienen de Santa Rita y Toreno hay algunos compañeros de Cuatro Caminos y Tetuán a quienes seguramente conocerás cuando los veas. ¡Ah, de Toreno han traído también a un poeta comunista: Miguel Hernández!

Conozco a Miguel Hernández, con el que he hablado algunas veces antes de la guerra y durante ésta. Tiene aproximadamente la misma edad que yo, es magnífico poeta y un luchador antifascista. Para ganarse el sustento trabajó un año con Cossío en su enciclopedia taurina y se incorporó al quinto regimiento en las primeras semanas de la contienda. Desarrolla entonces una actividad febril, dando conferencias y recitales en

los frentes y la retaguardia y participa en el Congreso de escritores reunido en Madrid en el verano del 37. Sin embargo, hasta este momento no sabía que estuviera detenido; tenía la vaga idea de que alguien —probablemente Navarro— me había dicho que consiguió embarcar en los días finales de marzo.

—Siento que no se fuera —digo— porque lo pasará tan mal como nosotros.

—¿Tampoco tú tienes esperanzas? —pregunta Petra.

—¿Crees, sinceramente, que puedo tenerlas?

La mujer mueve la cabeza en sentido negativo. Sabe lo que he escrito desde antes de la proclamación de la República y esencialmente durante los años de guerra. Aparte de mis campañas en *La Tierra* y en *La Libertad* está mi dirección de *Castilla Libre*.

—Sólo por *Madrid rojo y negro* —afirma convencida— ya tienes segura la «Pepa».

Sin embargo, cree que su situación es todavía más desesperada que la mía. No lo dice por darse importancia, sino porque está absolutamente convencida. No le agrada la extrema gravedad de la pena que le amenaza y daría cualquier cosa por librarse de ella.

—Soy joven aún y tengo tantas ansias de vivir como la primera, pero desgraciadamente sé que me quedan pocas semanas de vida.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Responde con absoluta claridad y precisión. Ha luchado con todas sus fuerzas en favor de una causa que considera justa y por la que en los primeros meses de la guerra muere su compañero peleando en la Alcarria.

—Si no hice más —afirma— es porque no pude ni supe; nunca por falta de voluntad y decisión.

No ha pegado tiros en los frentes porque no se lo han permitido. Pero trabajó en la organización de colectividades agrícolas y más tarde en las industrias de guerra. No ha negado nada de esto cuando la detuvieron. Lo confesó con facilidad, incluso con orgullo.

—Pero a quienes me denunciaron no les bastaba aquello e inventaron todo género de canalladas. Durante veinte días negué resueltamente. Al final, en un momento de hundimiento, firmé.

Recuerda perfectamente lo que ha firmado, porque antes de acceder a estampar su nombre al pie de la declaración se lo habían leído treinta veces y se lo habían gritado en todos los tonos. Es su intervención en una llamada cheka y su activa participación en no sabe cuántos crímenes.

—Y todo, absolutamente todo, era falso del principio al fin.

Vibra en sus palabras un acento de sinceridad desesperada. La creo. ¿Por qué va a mentirme a mí en estos momentos? ¿Qué podría ganar con hacerlo? De una manera un tanto maquinal formulo una pregunta estúpida.

—¿Por qué lo firmaste entonces?

No he acabado de pronunciar las palabras cuando me doy cuenta de que lo mismo podrían preguntarme a mí, que ignoro lo que he firmado y que no lo sabré en el mejor de los casos hasta dentro de unas horas. Una sonrisa amarga, más bien una mueca triste, contrae los labios de Petra.

—¿Quieres saber por qué? ¡Pues mira…!

Con gesto resuelto se ha echado hacia atrás el abrigo, desabrochándose la blusa y mostrándome los senos. Impresiona verlos. Ambos están deformes por las cicatrices de grandes quemaduras; se ve que faltan trozos no sólo de piel, sino de carne. Tiene, además, los pezones destrozados, colgantes.

—Me los quemaron —dice—. Con los cigarrillos encendidos primero; con mecheros y cerillas después. Yo chillaba, chillaba… y ellos se reían. Otro día me cosieron los pezones con grapas. Luego…

He debido cambiar de color, mientras un escalofrío me corre a lo largo de la columna vertebral. Aprieto con fuerzas los puños hasta clavarme las uñas en la palma de las manos. Tengo seca la boca, un nudo en la garganta y durante medio minuto no acierto a pronunciar una sola palabra.

—¿Comprendes ya por qué firmé? —pregunta la mujer mientras se abrocha de nuevo la blusa y se cruza el abrigo.

* * *

Cuando me vuelvo a tumbar, cansado de estar de pie, tengo menos sueño que al incorporarme. No es mucho lo que consigo dormir y me paso horas enteras dando vueltas y más vueltas en el suelo. Más que la dureza del cemento, me molestan los pensamientos que corren desbocados por mi

cerebro; si llego a conciliar el sueño un momento, me despierto al siguiente angustiado por visiones de pesadilla.

Al levantarme poco después de amanecer estoy tan molido como si me hubiesen dado una paliza. Van saliendo a los retretes y lavabos los encerrados en otros calabozos. Mientras aguardamos turno traen el desayuno: un poco de malta tan amarga como la que recibimos en Yeserías, pero cuyo calor entona un poco el estómago.

Tenemos que darnos prisa en evacuar nuestras necesidades y lavarnos un poco cuando al fin nos llega la vez. Son ya las ocho y media de la mañana, los consejos suelen empezar a las diez y aún faltan muchos por aviarse. Lo hacemos lo más rápido posible, acuciados por los gritos de los guardias. Al poco de volver al calabozo aparece un guardia gritando mi nombre.

—¡Venga! Tienes visita.

Le sigo hasta el rastrillo de la entrada. A través de los barrotes veo a mi hermana y una de mis cuñadas. Las dos parecen cansadas, con los ojos enrojecidos de haber llorado o de no haber dormido. No está mi madre, y me alegro.

—Quería venir, y no la hemos dejado. Tuvimos que ponernos todos en contra y discutir mucho con ella, pero al fin la convencimos.

Han hecho bien, desde luego. El espectáculo de un juicio, en que seguramente condenarán a muerte a su hijo, es demasiado fuerte y desagradable para una madre; sobre todo, cuando ya tiene muchos años y sin cicatrizar aún la herida de otro hijo muerto en la guerra.

—Te traemos una camisa limpia y una corbata. Así estarás un poco más presentable.

Anoche, a las ocho, les avisaron que me juzgaban hoy. Fue a darlas el recado la mujer de un preso de Yeserías que estuvo comunicando con su marido a última hora de la tarde. Desde que se enteraron se ha movilizado toda la familia. Por desgracia, no es mucho lo que pueden hacer.

—Dicen que tenéis suerte porque os ha tocado el mejor defensor. Antonio ha ido a verle con Pepe, el marido de Pura, que ya es comandante. No sé si podrán hablarle antes del juicio. En cualquier caso.

—No tienes que preocuparte —interviene mi cuñada—. Todos dicen que no te pasará nada porque tu…

Es la misma historia de siempre: «El que no haya robado ni haya matado…». ¿Es posible que lo crean aún o sólo lo fingen para animarme? No lo sé, pero me callo lo que tengo en la punta de la lengua. Basta verlas para saber que están deshechas, asustadas, casi temblando. ¿Qué derecho tengo a aumentar su zozobra cuando hacen todo lo que pueden y más?

—No me pasará nada —miento—. Pero sobre todas las cosas ¡que no venga madre!

Entreabren un momento el rastrillo para que pueda abrazarlas un segundo. Las dos se marchan llorando. Yo regreso al calabozo a esperar el comienzo del Consejo.

Me cambio de camisa y me pongo la corbata. No creo que tenga muy buen aspecto. He adelgazado tanto que me queda muy ancho el cuello; también me sobra bastante del traje, y el abrigo está viejo y raído y, llevo cuatro días sin afeitar. De cualquier forma, no creo que mi destino dependa de que aparezca más o menos presentable ante los jueces.

Todavía espero una hora más en el calabozo. Los guardias, con listas de nombres, van de un calabozo a otro leyendo los de quienes tienen que comparecer ante cada tribunal. Van saliendo los llamados para formar en el ancho y largo pasillo. Cuando completan una lista se los llevan y empiezan con otra.

Oigo más de cien nombres antes de escuchar el mío. De los veinte que estábamos en el mismo calabozo se han llevado a trece cuando me llaman a mí. Es la tercera de las listas y yo figuro en último término.

—Ponte ahí, que nos vamos.

Ahí es el final de una columna formado de dos en fondo. No somos muchos. Calculo que entre veinticinco y treinta como máximo. Advierto que no viene con nosotros ninguna de las mujeres. Delante, detrás y a los dos lados una decena de guardias con el fusil en la mano.

—¿Les atamos?

—No hace falta. ¡Andando!

Nos ponemos en marcha hacia el rastrillo, pero no llegamos hasta allá. A la derecha hay una puerta en la que no me he fijado hasta ahora,

probablemente por estar cerrada las veces que pasé por aquí. Uno de los guardias la abre de par en par, entra por ella y nosotros le seguimos. Conduce a una escalera estrecha por la que subimos. Arriba, en el descansillo, hay otra puerta, más lujosa y adornada que la de abajo. La cruzamos y salimos a una de las salas.

—Sentaros ahí. Cuando entre el tribunal, levantaos.

Ocupamos por completo dos largos banquillos colocados ante el estrado. Tras de nosotros, los guardias ocupan otro sin soltar los fusiles y vigilando nuestros menores movimientos. Mientras lo hacemos miro curioso alrededor. La sala me parece conocida; probablemente he estado en ella más de una vez, aunque nunca llegase por el camino que acabo de hacerlo. Tampoco lo hice en calidad de acusado para sentarme en el banquillo, sino para presenciar como periodista algún juicio. Oímos ruido de pasos y murmullos a nuestra espalda.

—No mirar hacia atrás —advierten los guardias—. Es el público que entra.

No nos volvemos, pero por el ruido adivinamos que la gente queda un poco distante de nosotros. Miramos al estrado, donde hay una gran mesa en el centro; otra más pequeña, delante, y otras dos medianas a derecha e izquierda. Sin forzar la imaginación adivinamos quiénes serán sus ocupantes.

—¡En pie y firmes todos!

Obedecemos. Por una puerta del fondo entran uniformados los componentes del tribunal que se sitúan detrás de la mesa grande. También hacen lo mismo el fiscal y el defensor, que dejan sobre sus mesas respectivas un legajo de papeles. Toma asiento el presidente, le imitan los vocales y hacen lo mismo el fiscal y el defensor. En voz baja los guardias nos indican que debemos sentarnos.

Reunido el Consejo de Guerra Permanente número 5 de la plaza de Madrid, va a comenzar el juicio sumarísimo de urgencia en que se decidirán nuestras vidas.

* * *

Se inicia el Consejo con la lectura del apuntamiento por parte del relator. Lee con rapidez, con el gesto de quien realiza una labor mecánica, aburrida y pesada. Ni levanta la voz ni da la debida entonación a las palabras, que difícilmente llegan a nuestros oídos. Aun estando tan cerca del estrado perdemos frases y párrafos enteros. Pienso que por mucho que el público, que guarda completo silencio, aguce el oído, no llegará a percibir más que una serie de sonidos ininteligibles y monótonos.

Lo que lee no parece interesar a los miembros del tribunal, quizá porque lo conocen, que escuchan con gesto ausente y distraído, enfrascados posiblemente en pensamientos que ninguna relación guardan con lo que en estos momentos se ventila en la sala. Tampoco el fiscal y el defensor les prestan demasiada atención. Uno y otro repasan los papeles que tienen sobre la mesa y de vez en cuando tachan o corrigen algo de lo que me figuro que serán sus respectivos informes.

La lectura se prolonga durante más de veinte minutos. Es una relación monótona de nombres, muchos de los cuales no llego a entender, seguidos siempre de acusaciones graves. Aunque con bastantes lagunas en las palabras del relator me parece entender que a uno le acusan de haber estado en una cheka comunista de Vallecas; a otro, de que denunció a una vecina de su casa —probablemente la misma que ahora le acusa a él— porque iba a misa, a tres, que dejaron arder la iglesia de su pueblo; a uno más que fue comisario, y a otro que llegó a teniente; a dos que estuvieron en el frente como voluntarios desde el primer momento. Mas confusamente aún creo entender que imputan a uno que está a mi derecha el asalto al cuartel de la Montaña y al que se encuentra a su lado haber pertenecido al Ateneo de Ventas.

Miguel Hernández y yo somos los últimos en la relación, lo que en este trance y circunstancia no constituye precisamente un honor. Miguel está sentado en el primer banquillo; yo en el segundo, pegado materialmente al que ocupan los guardias. Los cargos contra los dos guardan cierta semejanza. A Hernández le acusan de haber sido comisario comunista, de intervenir en conferencias y mítines, escribir versos injuriosos para las fuerzas nacionales, realizar una intensa propaganda contra los integrantes de la quinta columna, contribuyendo con hechos y palabras a los muchos

crímenes perpetrados en la zona roja. A mí me culpan de ser militante de la CNT, redactor jefe del periódico *La Tierra*, muchas de cuyas campañas revolucionarias realicé personalmente, y director de *Castilla Libre*, en cuyas columnas se incitó al asalto de las Embajadas, alentando la resistencia criminal cuando la guerra estaba perdida, pretendiendo convertir en victorias las derrotas rojas, criticando e insultando a las figuras más prestigiosas de la España nacional, siendo responsable moral de toda clase de tropelías y desmanes.

Cuando termina el relator, uno de los integrantes del tribunal anuncia que va a comenzar el interrogatorio de los procesados, pero advirtiendo que no podremos hacer otra cosa que contestar con la máxima brevedad posible a las preguntas que nos formulen, sin extenderse en disquisiciones de ninguna clase ni hablar de nada que no esté relacionado de una manera directa y concreta con lo que nos pregunten. Añade algo más: que lo que pudiéramos aducir como descargo ya consta en las declaraciones prestadas durante la instrucción del sumario, así como las manifestaciones de los testigos que corroboren nuestra actuación durante la guerra.

Mientras nos dan las instrucciones, Miguel Hernández y yo nos miramos y nos entendemos sin necesidad de pronunciar una sola palabra. Creo ver en sus labios la sombra de una sonrisa resignada y él puede leer en mi gesto la impresión que todo aquello me produce.

Empiezan a interrogar a los procesados, creo que en orden semejante al que figurábamos en el apuntamiento leído momentos antes por el relator. Con ninguno pierde demasiado tiempo; a ninguno le consienten hablar más que lo estrictamente indispensable. A medida que nombran a uno tiene que ponerse en pie, en posición de firme, sin accionar con las manos que deben permanecer, como los brazos, pegadas al cuerpo. En general, a nadie le preguntan más que si perteneció al partido u organización que aparece en el sumario o la denuncia y el cargo o graduación militar desempeñado o alcanzado durante la guerra.

—¿Era usted comunista?

—¿Fue capitán de milicias?

—¿Dirigía el comité de la empresa?

A algunos no les preguntan más que el nombre o el lugar de su nacimiento. En cualquier caso hay que atenerse a lo que le pregunten y responder, preferentemente con un solo monosílabo. Pronto llego a la conclusión de que es indiferente contestar sí o no, porque no influirá para nada en la suerte del procesado. Es inútil que algunos quieran explicar o matizar sus respuestas. Apenas pronunciadas dos palabras, les cortan imperativos:

—Limítese a contestar sí o no.

—Pero es que yo…

—Siéntese.

No queda más remedio que sentarse en el acto, porque en caso de duda o vacilación un guardia te obliga a hacerlo. En el mejor de los casos cortan al que quiere seguir, diciendo que todo lo que pretende alegar en su descargo ya consta en el sumario. Ni con Miguel Hernández ni conmigo son más extensos que con los demás. A mí me hacen dos preguntas tan sólo:

—¿Era usted periodista y estaba afiliado a la CNT?

—Sí.

—¿Fue redactor-jefe de *La Tierra* y director de *Castilla Libre*?

—Sí.

—Está bien. Siéntese.

Concluidos los interrogatorios, se abre un pequeño descanso. Debe tener por objeto que tanto el fiscal como el defensor consulten sus notas y preparen sus conclusiones definitivas. En cualquier caso, los miembros del tribunal se levantan de sus asientos y abandonan la sala, probablemente para cambiar impresiones y fumar algún cigarrillo. A nosotros no nos disgustaría levantamos, estirar las piernas e incluso pasear un poco o fumar. Los guardias nos advierten en tono que no admite réplica.

—Quietos, sentados y sin moverse.

Tampoco quieren que hablemos, ni siquiera entre nosotros. Lo más que nos consienten es que volvamos un poco la cabeza y sin ponernos en pie podamos mirar al público. Yo lo hago y no sin dificultad acierto a distinguir a uno de mis hermanos. Levanto una mano en gesto de saludo, y uno de los guardias que están detrás me obliga a bajarla con innecesaria violencia.

—¡Nada de señas o tendrás que sentirlo!

Uno de los presos que está a mi lado, se dirige en voz baja y forma respetuosa a un guardia para preguntarle:

—¿Cuándo comparecen los testigos?

—Ya habrán declarado ante el juez; aquí no tienen porqué venir.

La pausa se prolonga durante cerca de media hora. Al cabo regresan a sus puestos los integrantes del tribunal y se reanuda el juicio.

—Tiene la palabra el señor fiscal.

El fiscal está hablando durante veinte minutos en tono duro, agresivo, hiriente. Las palabras chusma, criminales, horda, salvajes y asesinos se repiten una y otra vez con machacona e insultante insistencia. En su informe abundan más los adjetivos que los sustantivos. Nos llama canallas, chacales, analfabetos, ladrones, cobardes, resentidos e infra hombres. Pero acaso peor que los vocablos sea el aire de superioridad moral propia y de absoluto desprecio hacia nosotros con que los pronuncia.

Su apasionada disertación, en la que falta por completo la serena objetividad de quien habla en nombre y defensa de la Justicia, consta de dos parte perfectamente diferenciadas. En la primera, que dura entre seis y siete minutos, acusa a veintitantas personas de todas las barbaridades capaces de imaginar una mente calenturienta, atribuyéndolas a la ignorancia, los malos instintos y la crasa incultura de sus autores, cuya incapacidad para distinguir el bien del mal les convierte en peligrosa amenaza para la sociedad. En la segunda, que dura justamente el doble, echa sobre los hombros de los dos restantes —Miguel Hernández y yo— todas las culpas de los demás sumadas a las nuestras propias.

Nuestra máxima responsabilidad estriba precisamente en no ser analfabetos, incultos ni ignorantes; en la capacidad de comprender donde está el bien e inclinarnos resueltamente por el mal, en haber permanecido toda la guerra en la zona roja, escribiendo y hablando en defensa de una causa maldita, excitando con nuestros argumentos y propaganda la resistencia criminal contra las armas nacionales. Y al final, cuando se derrumba el edificio que nuestras mentiras contribuyeron a levantar, intentando eludir la acción de la Justicia: yo marchando a Alicante para tomar un barco; Miguel buscando refugio en Portugal, en cuya frontera es rechazado y metiéndose más tarde en una Embajada.

Pero si implacable es la acusación contra Hernández, todavía es más desaforada la que lanza contra mí. De creerle, yo soy el culpable principal y casi único de cuanto ha pasado en España durante los últimos años. Mis campañas en *La Tierra* y *Castilla Libre* arrastran a las masas a las urnas para dar la victoria al Frente Popular, desencadenan la guerra, el asalto de los cuarteles, el incendio de la Cárcel Modelo, la inhumana y cruel resistencia de Madrid en noviembre, la prolongación de la contienda y los cientos de millares de víctimas en los frentes y la retaguardia. Es algo desatinado, delirante y furibundo que no guarda el más lejano parecido con la verdad. Nunca, ni en un ataque de megalomanía paranoica pudo soñar mi vanidad que mis artículos tuviesen la millonésima parte de la influencia decisoria que me atribuye. Sin tener en cuenta, naturalmente, que —cosa que ha olvidado por completo— ni *La Tierra* ni *Castilla Libre* publicaron uno solo de sus números en todo el año 1936. (El primero de dichos periódicos suspendió su publicación en mayo de 1935 y el segundo inició la suya en febrero de 1937).

Cuando se cansa de acumular culpas sobre mi cabeza, cambia de tono y con frialdad escalofriante empieza a calificar los hechos y solicitar condenas. Todos los procesados estamos incursos en delitos de auxilio y adhesión a la rebelión militar. Para los primeros —tres o cuatro— pide penas de doce años y un día a veinte años de presidio. Para los segundos, veinte años y un día, reclusión perpetua y muerte. No es fácil llevar la cuenta de las distintas penas solicitadas, dada nuestra situación y el estado de ánimo en que nos encontramos. Pero creo que las peticiones de última pena se elevan a diecisiete.

—Puede informar el señor defensor.

El defensor es un hombre joven, ponderado y sereno, que hace, con absoluta buena fe e indudable inteligencia, todo lo que sabe y puede en favor de los procesados. No ha hablado con ninguno de nosotros; no conocía siquiera nuestra existencia hasta hace muy pocas horas. Como más tarde dirá a los familiares de algunos, recibió los expedientes la noche anterior y no ha podido más que leerlos por encima. Sin tiempo para estudiar cada caso, teniendo que informar sobre la marcha con todas las limitaciones que imponen los consejos de guerra sumarísimos de urgencia,

su labor tropieza con ingentes dificultades. En realidad, apenas si puede hacer otra cosa que contestar al fiscal con sus propios argumentos.

Admite que, como ha dicho el acusador, una parte de los procesados sean incultos e ignorantes, incluso de enfermiza morbosidad. Pero entiende que nada de esto puede ser considerado como agravante, sino como eximente; en el peor de los casos, como una circunstancia atenuante. La incultura y el analfabetismo pocas veces son culpa de quienes los padecen, sino del ambiente familiar, de la imposibilidad de asistir a la escuela y, en último término, de la sociedad. En cuanto a los enfermos, todavía existen razones más firmes para limitar al mínimo su castigo.

Cree que Miguel Hernández es un buen poeta. De temperamento ardoroso y exaltado; pero excelente persona. En el sumario hay avales y testimonios de algunos intelectuales, encabezados por Cossío, de cuya identificación con el Movimiento no es posible dudar, en favor suyo. Contra él, no hay más que sus versos políticos, su labor en el comisariado cultural y su adscripción al comunismo marxista; pero nadie le imputa ninguna acción deshonesta o sanguinaria.

En lo que a mi respecta, el defensor sostiene que me he limitado a cumplir lo que consideraba un deber, dada la significación política que tenía con anterioridad a la guerra. Las campañas realizadas en los periódicos no pueden serme imputadas de modo exclusivo, por cuanto estaba obligado a seguir las orientaciones de mi organización y las directrices marcadas por el gobierno. De la rectitud moral con que me había comportado era buena prueba que no hubiera una sola denuncia contra mí y nadie me acusase de haberme lucrado personalmente en nada ni intervenido de cerca o de lejos en delitos de tipo común. Por grande que fuese mi responsabilidad empezaba y concluía con mi labor periodística. Tampoco había huido par burlar la acción de la Justicia; *Castilla Libre*, que dirigía, siguió publicándose hasta el mismo 28 de marzo de 1939, cuando, con las fuerzas nacionales dentro ya de Madrid, recibí orden de marchar a Valencia, siendo detenido cuatro días más tarde en el puerto de Alicante.

Respecto a sentencias, el defensor solicita que sean rebajadas en un grado las penas pedidas por el fiscal. Para mí concretamente entiende que, como incurso en un delito de adhesión a la rebelión sin circunstancias

modificativas, debo ser condenado, de acuerdo con lo señalado en el párrafo segundo del artículo 238 del Código de Justicia Militar, a la pena de cadena perpetua.

Finaliza el Consejo con las alegaciones de los inculpados. En realidad, esta última parte del juicio tiene más de nominal que de efectiva. Antes de preguntar a ninguno si tiene algo que decir en su descargo, el presidente del Consejo advierte que debemos ser breves y no repetir nada de lo que ya figura en el sumario.

—Y sobre todo, nada de discursos ni propagandas subversivas, que no estoy dispuesto a consentir ni tolerar.

Considera, sin duda, que nuestra culpabilidad está suficientemente probada y tiene prisa en terminar. Es cerca de la una y nos han dado mayores posibilidades de defensa de las que merecemos por nuestro comportamiento durante la guerra. Lo comprobamos a los pocos minutos. Cuando alguno trata de alegar algo en su defensa, no falta quien le interrumpa.

—Todo eso consta ya en el sumario.

No queda, por tanto, más que cerrar la boca y sentarse. Hay un caso desconcertante. Es el de uno de los procesados, que pregunta por qué le han condenado a muerte. Le contestan con aspereza que todavía no le han condenado a nada porque no se ha dictado sentencia. Y en cuanto a los motivos de la petición fiscal —ya que es a esto a lo que tiene que referirse — han sido expuesto con diáfana claridad.

—Si estaba usted dormido o no entiende el castellano, la culpa es suya. ¡Siéntese!

Yo pretendo decir algo; pese a la casi seguridad de que no servirá de nada, quiero señalar el error del fiscal al atribuir parte de lo sucedido en Madrid durante el verano y otoño de 1936 a mis artículos en *La Tierra* y *Castilla Libre*, señalando que en esos meses no se publicaba ninguno de los dos periódicos. Uno había desaparecido un año antes y el otro aparecería a comienzos de 1937. No me dejan decirlo. Apenas he pronunciado cuatro palabras, el presidente me advierte:

—Esto no es un mitin, sino un Consejo de Guerra.

—Todo lo que va a decir figura ya en autos.

—Sin embargo, yo creo…

—Nada importa lo que crea. ¿Queda algún otro procesado?

Vacilante, continúo un segundo en pie. Cogiéndome violentamente de un brazo un guardia que está detrás, me obliga a sentar de un fuerte tirón, mientras ordena enérgico en voz baja:

—¡Cállate!

Tengo que cerrar la boca y permanecer inmóvil en el banquillo. El Consejo concluye dos minutos después. Los componentes del tribunal dejan sus asientos para abandonar la sala. Nuestros guardianes nos obligan a levantar para encaminamos a la puerta de la escalera que conduce a los calabozos.

Puedo volver entonces la cabeza para mirar al público. La concurrencia al acto, como compruebo ahora, ha sido escasa. Probablemente no hayan asistido arriba de cincuenta personas; todas, o casi todas, familiares de los procesados. Fuera de ellos, no parece que nadie se preocupe ni interese por nuestra suerte.

—Es ya la una menos diez —oigo decir a uno de los guardias hablando con un compañero tras una mirada al reloj.

Hago un cálculo rápido y fácil. El Consejo ha durado menos de dos horas. Descontando el descanso anterior a los informes del fiscal y el defensor, noventa minutos escasos. Noventa minutos en que se ha decidido la suerte de veintinueve personas. ¡Más de la mitad de las cuales acaban de ser condenadas a muerte!

VII

TRASLADO A LA ETERNIDAD

En el ancho pasillo de los calabozos reina cierto barullo cuando descendemos. Otros dos consejos han terminado casi al mismo tiempo y estamos confundidos y revueltos más de un centenar de los que hemos comparecidos en ellos. Los dos juicios restantes probablemente concluirán dentro de unos minutos y otros muchos bajarán para aumentar la confusión reinante. Los guardias se esfuerzan por poner orden a gritos y a fuerza de empujones.

—¡Que cada uno vaya al calabozo en que dejó sus cosas! ¡No tardarán en llegar los camiones para devolverlos a la cárcel!

Mientras bajamos por la escalera me aborda el que preguntó los motivos que pudo tener el fiscal para pedirle pena de muerte. Antes de que pueda responderle, añade que estaba bien despierto durante el Consejo y que entiende perfectamente el castellano. Pero…

—Ni el relator al leer el apuntamiento ni el fiscal al acusar uno por uno a todos los procesados me nombraron siquiera. Estoy completamente seguro porque estaba muy atento. Llegué a suponer que se habían equivocado, haciéndome comparecer en un juicio distinto al que me correspondía.

—¿Y no fue así?

—Desde luego que no. Al pedir las penas de muerte el fiscal pronunció con entera precisión mi nombre y mis dos apellidos. Pero como no me había acusado de nada, ignoro por qué me quieren matar.

Aunque desearía hacerlo, no puedo aclarar sus dudas. Pese a que me lo calle, llego a pensar que debe estar confundido y que con la emoción del trance no se dio cuenta de que el relator primero y el fiscal después le acusaban de lo que fuese. (Sólo más tarde sabré que, aun siendo excepcional, no es un caso único ni mucho menos. Personalmente comprobaré andando el tiempo que en algunos testimonios de condena mientras no aparece el nombre de una persona determinada en el resultado de hechos probados que sirve de base y fundamento a la sentencia, figura con toda claridad en el fallo).

—Intentar hablar era inútil —dice Miguel Hernández—. Desde el principio estaba claro que no permitirían que abriésemos siquiera la boca.

Entre los que bajan después de comparecer ante un tribunal, veo de lejos a la mujer con la que estuve hablando la noche anterior. Petra me ve también y pregunta como me ha ido.

—La «Pepa» —respondo—. ¿Y tú?

—Lo mismo. Quise enseñar lo que me habían hecho y no me dejaron.

Vuelvo al calabozo en que pasé la noche anterior. Están ya de regreso catorce o quince de los presos de Yeserías y Ronda de Atocha. La atmósfera es sombría. Para una mayoría han pedido los fiscales pena de muerte, y casi todos piensan, como yo mismo, que tienen muy escasas probabilidades de salvarse.

—No hay que darle más vueltas —dice un hombre cuarentón, con aspecto de campesino al que vi por vez primera la tarde anterior al subir en la Ronda de Atocha—. Nos matarán a todos.

Recoge su manta para envolverse en ella porque hace frío y va a tumbarse en un rincón. Regresan en este momento los cinco que aún faltan del calabozo, que han sido juzgados en el último consejo. Uno me resume lo sucedido en pocas, pero expresivas, palabras:

—De treinta y cinco, veintidós penas de muerte.

Un coche celular viene a recoger a las mujeres y queda más despejado el pasillo. Media hora después, unos camiones se llevan a los presos de

Comendadoras, Toreno, San Antón y Santa Engracia. A continuación marchan los de Santa Rita, y tras un breve intervalo, los, procedentes de Torrijos y Porlier.

—Parece que se han olvidado de nosotros.

—¡Ojalá se olvidaran para siempre!

Son las dos de la tarde y se han llevado a las tres cuartas partes de presos juzgados esta mañana, cuando nos anuncian el rancho. No es muy variado ni suculento: un cazo de caldo negruzco con unos trocitos de zanahorias. Estoy en la cola para recogerlo, y un guardia que viene del rastrillo pronuncia a voces mi nombre.

—Lo trajo un camarero del bar de enfrente —dice entregándome un bocadillo—. Dice que es de parte de tu hermano Mariano.

No tengo ganas de comer, pero no puedo desdeñar un panecillo con un filete dentro, Renuncio como es lógico a mi ración de rancho, que otro ingiere complacido y hambriento. No soy el único del calabozo en renunciar al rancho. El tipo de aspecto campesino que duerme al fondo envuelto en una manta dice de mal talante que le dejen en paz.

Alrededor de las tres viene un guardia del rastrillo metiéndonos prisas. El camión que debía recoger a los presos de Yeserías y Ronda de Atocha llega con retraso por una avería.

—Salid rápidos, que el camión tiene que hacer varios viajes más esta misma tarde.

Recojo la manta y el plato y salgo al pasillo. Los demás no tardan en juntárseme. Pero dentro del calabozo queda uno tumbado. Es el que hace hora y media aseguraba que nos matarían a todos.

—Debe estar dormido.

Uno de los guardias entra furioso a despertarle. Tira de la manta y lanza una exclamación de sorpresa y disgusto.

—¡Lo único que nos faltaba!

Nos acercamos para ver lo que sucede. El campesino permanece tumbado e inmóvil. Tiene las ropas manchadas de sangre, que forma un charquito en el suelo.

—Se ha cortado las venas de la muñeca y se ha dejado desangrar.

Está muerto. Acuden un sargento y varios guardias más que comprueban que no alienta. El sargento reacciona violento contra nosotros. Tras hacernos formar nos increpa a voces:

—¡Sois una partida de cobardes hijos de puta…! No pensáis más que en joderme. En cuanto me descuido, suicidios… ¿Por qué no os matáis en la cárcel antes de venir aquí…? ¡Llevároslos; llevároslos antes de que pierda la cabeza y empiece a tiros! ¡Fuera de aquí…!

Los guardias nos empujan hacia el rastrillo, donde aguardan los civiles, mientras el sargento continúa vociferando a nuestra espalda. Atravesamos el rastrillo de dos en dos y van esposándonos a medida que salimos. Un cabo nos cuenta y compara nuestro número con unos papeles que tiene en la mano.

—Falta uno —decide—. ¿Dónde anda?

—Se suicidó, cortándose las venas.

El cabo se encoge de hombros indiferente. Le preocuparía si al matarse hubiera estado bajo su custodia; no, cuando se hallaba sometido a la de otros. Pero no basta que se lo digan de palabra, necesita justificar porqué devuelve a su cárcel de procedencia un individuo menos.

—Que suban al camión y esperen —indica a los guardias civiles—. Voy a arreglar el asunto en un momento.

Nos hacen subir al camión y esperamos. El cabo de la Guardia Civil atraviesa el rastrillo y habla con el sargento de Asalto. Los dos juntos desaparecen de nuestra vista discutiendo. Diez minutos más tarde el cabo regresa, guardándose unos papeles.

—¡Todo resuelto! Vámonos.

* * *

Atravesando el túnel, en dirección opuesta a la tarde anterior, salimos al portalón que da a Bárbara de Braganza. Hace mucho frío y caen pequeños copos de nieve. En la acera de enfrente, soportando la inclemencia del tiempo, unos grupos de mujeres, entre las que distingo a mi hermana y mi cuñada. Pienso que estarán sin comer; posiblemente que tampoco desayunaron esta mañana ni tendrían ganas de cenar anoche cuando se enteraron que iban a juzgarme hoy. Me duele su situación, tanto o más que

la mía. En definitiva, yo jugué, perdí y pago las consecuencias. Ellas, mi madre, sobre todo, las están pagando sin haber jugado ni perdido.

Cuando el camión desemboca en Recoletos, un aire frío del Norte, que sopla con fuerza, se nos mete en los huesos y nos hace tiritar. Nos sentamos en el suelo, apretados unos contra otros, intentando darnos calor mutuamente. No lo conseguimos, acaso porque el frío que nos invade no es sólo físico.

Cibeles parece desierta esta tarde invernal, con nubes muy bajas. En el paseo del Prado aún se ve menos gente. En la glorieta de Atocha, los que salen del metro andan de prisa, con la cabeza hundida entre los hombros y las manos en los bolsillos. Vamos a detenernos a la puerta de la cárcel de la Ronda de Atocha, donde se apean trece hombres. El cabo de la Guardia Civil y uno de los números entran con los presos en el interior de la prisión.

—Daros prisa —indica uno de los civiles que nos vigilan desde la misma caja del camión—, o cuando volváis estaremos congelados.

Tardan unos minutos, que a todos los que seguimos en el vehículo, sin poder movernos apenas, se nos antojan interminables. La fuerza del viento arrecia y cada vez parece más frío. A pesar del abrigo y de la manta echada por encima de la cabeza, advierto de pronto que estoy dando diente con diente.

—Todo son pegas y engorros —gruñe malhumorado el cabo al salir para montar en la cabina—. ¡A ver si hay un poco de suerte y acabamos de una vez!

Cinco minutos después estamos en el patio exterior de Yeserías. Pese a la inclemencia del tiempo hay grupos de mujeres esperando entrar a comunicar o entregar y recoger paquetes. Al pasar me fijo que algunas llevan una simple toquilla por todo abrigo. Sin embargo, están allí, aguantándolo todo con tal de ver unos minutos al padre, al marido, o al hermano o al hijo.

—Valen cien veces más que nosotros —murmuro admirado dirigiéndome al compañero al que voy esposado.

Bajamos del camión, nos quitan las esposas y entramos en la oficina de Régimen. Al cruzar la puerta nos da en la cara una bofetada de aire caliente. Tienen encendida la estufa, y aunque la habitación es grande, existen

catorce o quince grados de diferencia con la temperatura exterior. Podemos dejar las mantas y desabrocharnos los abrigos. Como de costumbre, en Régimen hay tres oficiales; como de costumbre, también, son los presos los que realizan todos los trabajos.

—¿Que tal ha ido eso? —pregunta uno mientras hace que me cachea.

—Mal —respondo—. Numerosas «Pepas».

—Una, claro, para ti.

Asiento con la cabeza. Sin embargo, un minuto después cuando paso ante la mesa donde tienen los expedientes y preguntan cuál ha sido la petición fiscal para mí, respondo sin vacilar:

—Treinta años.

Ni el preso que, hace la anotación ni el oficial que nos mira y escucha se lo creen. Pero el primero sabe que no quiero perder una parte de la poca libertad que tengo dentro de la cárcel haciendo que me encierren en la sala séptima y al funcionario —que lleva en el Cuerpo quince años y ha visto dos cambios de régimen— no le interesa ponerse a mal con nadie.

Al salir de Régimen vamos, acompañado cada grupo por un ordenanza, a nuestras respectivas salas. En la planta alta del ala derecha del edificio está de jefe de servicios el mismo tipo bajo, regordete, con bigotito hitleriano que se hallaba de guardia el día de mi ingreso en la prisión. Han pasado cinco meses desde entonces y ya me conoce. Le veo cuchichear algo en voz baja con el ordenanza mirándome. Tuerce el gesto porque, sin duda, esperaba meterme en la sala de condenados a muerte e incluso ser quien fuera a sacarme de ella una madrugada cualquiera. Reacciona rápido y me pregunta sonriente:

—¿Estará contento, verdad?

—¿Por qué? —pregunto simulando no entender el sentido de sus palabras.

—Por la sentencia. Si tiene en cuenta que ha sido director de periódico.

—¿Debía esperar que me matasen?

—Podía temerlo. Que sólo le hayan pedido treinta años es para alegrarse, ¿no le parece?

—Creo que tiene usted razón —replico—. La perspectiva de pasarme treinta años en presidio, si antes no me muero de hambre, es tan agradable

que aún no me explico como no estoy dando saltos de alegría.

Cuando entro en la sala sexta todos parecen estar enterados de la condena que traigo. Me sorprende un poco porque de la oficina de Régimen a aquí no he debido tardar más de diez minutos y no he visto que por el camino se me adelantase nadie.

—No hacía falta que nadie nos dijese nada —indica Alted—, porque no podías traer más que la «Pepa».

—¿Y si me hubieran pedido una pena *de chorizo*?

—Serías tu el primer avergonzado.

Tiene razón. Es tal la tensión en que vivimos, son tan graves las condenas impuestas a quienes no han sido más que voluntarios en el frente o afiliados con anterioridad a la guerra a cualquier partido izquierdista u organización sindical, que automáticamente desconfiamos de quien habiendo sido algo más, escucha una petición fiscal inferior a la cadena perpetua. En mi caso concreto, como en el de cualquier otro periodista en activo durante los años de lucha, incluso los treinta años de presidio serían condena *de chorizo*.

—Si hubieras oído al fiscal —afirmo— comprenderías que no tengo de qué avergonzarme. Aunque el no avergonzarme pueda costarme dejar de respirar.

En las dos horas que faltan para la cena tengo que referir veinte veces, no ya la condena que traigo y las acusaciones lanzadas contra mí, sino mis impresiones de las Salesas, lo que me han contado los presos de otras cárceles, la forma en que se desarrollan los consejos, la actitud del fiscal y el tribunal durante el juicio y las mayores o menores facilidades que tienen los acusados para defenderse.

—Digamos que son mínimas y que quien vaya a consejo debe ponerse en lo peor en la seguridad de acertar.

No descubro ningún mediterráneo, ni lo pretendo, al expresarme en estos términos. Es lo mismo que dicen todos al regresar de las Salesas. Variarán las palabras con que lo expresen, estarán más o menos pesimistas según les haya ido personalmente, pero en el fondo no existen discrepancias. Todos coincidimos en que la absolución es algo tan

problemático y difícil que no alcanzará, ni con mucho, al uno por ciento de los juzgados. En cambio, las peticiones de última pena…

—Si pensáis en un cincuenta por ciento tendréis un máximo de probabilidades de acercaros a la verdad.

Con el pretexto de ver a un enfermo, el doctor Rabasa viene a darme un abrazo. No necesita que le cuente nada, porque acaba de hacerlo en la enfermería un tuberculoso juzgado en el mismo consejo que yo, y al que han condenado a muchos más años de los que puede vivir. Le ha contado incluso el suicidio del calabozo, al que ni el médico ni nadie concede la menor importancia.

—Son tantos los suicidas —dice Rabasa—, que no constituye novedad que se mate cualquiera, sino que pasen unos días sin que nadie lo haga.

El toque de fajina, al que seguirá el de recuento y parte, obliga al doctor a volver rápidamente a la enfermería. Al despedirse ya me dice:

—Gálvez y Herranz te felicitan por haber ingresado con todos los honores en su cofradía de *peposos*.

El rancho de la noche es tan escaso e insustancial como de costumbre. El recuento y los cánticos que le siguen son también tan pesados y molestos como todas las noches. Un poco más, en realidad porque tardan en subir dos destinos de la cocina y tenemos que permanecer formados hasta que entran en la sala.

—Todavía nos queda tiempo para un ajedrez.

No tengo muchas ganas de jugar pero juego para que nadie piense que la pena de muerte me ha afectado más de lo que realmente lo ha hecho. Incluso lo hago con mayor acierto que otras noches, y antes del toque de silencio he ganado no una, sino dos partidas.

—Hasta mañana —me desea Sañudo, que añade con ligero tono de chanza— y que sueñes con los angelitos.

—Estoy demasiado cansado —respondo conteniendo un bostezo— para soñar con angelitos ni con demonios.

Apenas pegué los ojos la noche anterior, he aguantado largas horas de tensión nerviosa durante la jornada y me encuentro agotado. Me tumbo, vestido, con el abrigo puesto y bien envuelto en las mantas, y a los dos minutos empiezo a roncar. Durante varias horas duermo como un tronco. Lo

malo es que, consecuencia lógica de dormirse a las diez, a las cinco de la mañana estoy despabilado.

No es cosa de levantarse dos horas antes que los demás, cuando debemos estar a tres o cuatro grados bajo cero y se hiela el aliento. Fracaso en mis intentos de volver a dormir y, fatalmente, empiezo a pensar. Creo que fueron los catedráticos de Cervera quienes dirigiéndose a Fernando VII proclamaban que estaba muy lejos de ellos la funesta novedad de discurrir. Si muchas veces he repetido en son de burla sus palabras, esta madrugada del 19 de enero de 1940 empiezo a tomarlas en serio por vez primera en mi vida.

Pensar mucho es peligroso estando condenado a muerte. Fatalmente uno empieza a dar vueltas a su situación y a cada minuto se ennegrece más el panorama. En un principio uno no se hace a la idea de estar sentenciado a morir fusilado; más aún, se niega a creerlo. Eso, el tener la vida pendiente de un hilo, la posibilidad o probabilidad de terminar cualquier madrugada contra una tapia y frente a un pelotón, es algo que no puede sucederle a uno mismo. Lo ha leído en los novelas, lo ha visto en las películas, incluso ha tenido que presenciar muy en contra de su voluntad una o varias ejecuciones. Pero siempre, siempre, es cosa que les sucede a los demás.

Recordar el juicio no ayuda mucho a creer en la realidad de la condena. No es posible que en unos minutos unos señores dispongan alegremente de la vida de otros; no es posible que esos otros no puedan hablar para defenderse, ponerse de acuerdo con un letrado que ahogue por su causa, refutar las acusaciones, presentar testigos. Todo esto no puede ser real, haber ocurrido efectivamente en la forma y manera que están grabadas en nuestra memoria. Por fuerza tiene que tratarse de un mal sueño, de una pesadilla monstruosa, de una alucinación.

Y mientras piensa todo esto, sabe al mismo tiempo que todo es verdad, que todo ocurrió, que le han condenado y que van a matarle. Uno no se siente más valiente o cobarde que los demás. Tiene la seguridad absoluta de que llegado el trance final aguantará con entereza, que no se le doblarán las piernas ni le temblarán las manos. Que incluso, si le dejan hablar, encontrará en el último segundo palabras que estén a la altura de su sacrificio. Y en ese instante preciso, sin darse exacta cuenta de lo que

sucede, su pensamiento se desboca y su imaginación le hace vivir —no una, sino centenares de veces, en una sucesión enloquecedora— su propia muerte.

Más que pensar uno ve, siente, sufre sus horas postreras. Cómo entran a despertarle pasada la medianoche, cómo en la puerta de la sala están los funcionarios con los guardias que vienen por él, cómo le esposan con las manos a la espalda y le tapan con un enorme esparadrapo no sólo la boca, sino la nariz y los ojos. Luego se encuentra en la capilla de Porlier, en unión de otros cuarenta o cincuenta, negándose con la cabeza a doblegarse a la humillación de quienes no sólo desean matarle, sino que muera renegando de sus ideas, con la vergüenza de una retractación que utilizarán más tarde como instrumento de propaganda. Pero también de la capilla le sacan. ¿A dónde? Unas veces a la calle, al camión que espera con el motor en marcha y las luces encendidas para llevarle al cementerio; allí a la luz incierta de la amanecida verá tenderse hacia su pecho la boca amenazadora de veinte fusiles; tal vez las ametralladoras que giran de izquierda a derecha y de derecha a izquierda, llevándose en cada giro un puñado de vidas.

Pero hay algo todavía peor, más espeluznante. Es cuando no le sacan a la calle para subirle a un camión que espera, cuando le hacen recorrer un corto pasillo dentro de la prisión para introducirle en un cuarto pequeño con un siniestro artefacto en el centro; cuando un verdugo indiferente y brutal le obliga a sentarse en un pequeño banquillo y rodea su cuello con un dogal de acero; cuando da rápida vueltas a un torniquete y mientras la argolla oprime la garganta cortando la respiración, una pequeña media luna rompe las vértebras cervicales y una larga aguja penetra por debajo del mentón, atravesando la lengua para impedir que asome entre los labios en última, involuntaria y trágica mueca burlesca.

Uno ve y siente todo esto, mientras su cerebro trata de razonar negando la veracidad. Con un esfuerzo para liberarse del anillo de hierro que nos ahoga, nos sentamos de golpe en el suelo. Por un minuto no sabemos si hemos soñado o no. Sólo sabemos que estamos empapados en sudor frío, miramos con ojos desmesuradamente abiertos y experimentamos en la nuca un lacerante dolor.

* * *

Es una comunicación excepcional y extraordinaria. Estamos a viernes y normalmente sólo puedo ver a la familia los lunes. Hablo con ella por la tarde, en lugar de la mañana y somos quince los que entramos en el locutorio en vez de los treinta acostumbrados. Podemos entendernos sin gritar demasiado.

—Ha sido terrible —dice mi madre, cuyo rostro demacrado habla con claridad de la angustia en que vive—, pero todo se arreglará. Nadie se explica que a ti, hijo mío, quieran matarte. Tiene que ser un error, una equivocación lamentable. Afortunadamente…

Han pasado veintiocho horas de la terminación del Consejo y todo va ya camino de solucionarse. ¿Lo cree realmente, aferrándose con ansias enloquecidas a una remota esperanza, o miente para animarme? Probablemente sería difícil incluso para ella misma contestar a la pregunta, que me cuido bien de formular —para no herirla—. Asiento con la cabeza mientras sigue hablando de los esfuerzos de la familia por salvarme y de lo bien que se porta todo el mundo.

—Los vecinos y los conocidos están dispuestos a firmar una solicitud de indulto encabezada por mí. Anoche y esta mañana la casa ha estado llena de gente que iba a ofrecerse para lo que hiciera falta. Incluso el defensor, hablando con Antonio, dijo que era injusto lo que habían hecho contigo y que el auditor rebajaría la condena.

Secundada por mi hermana, habla con entusiasmo de lo que están haciendo y de lo que van a hacer queriendo convencerme a mí, y a la vez convencerse a sí mismas, de la eficacia de sus gestiones. Yo digo que sí a todo y aparento un optimismo que estoy muy lejos de sentir. No me cabe la menor duda de que hacen y harán todo lo que puedan y más. Pero también de que no conseguirán nada: mucha conmiseración, abundancia de buenas palabras y un día cuando vengan a comunicar les entregarán en silencio el petate en que he estado durmiendo durante unos meses.

—El defensor hizo lo que pudo, hablando de ti más que de los demás. ¡Qué pena que no te conociera ni pudieses hablar con él! Se lamentaba de no haber leído siquiera los expedientes. De todas formas, sus impresiones.

¿Qué otra cosa puede hacer hablando con los familiares de un condenado al terminar el Consejo, sino darles algunas esperanza? ¿De qué servirán en cualquier caso? Lo único que deduzco de lo que les dijo es que, como yo había dado por seguro, el Consejo aprobó la petición fiscal, como la aprobará el auditor, si no la ha aprobado ya. Lo demás, ¿qué importancia tiene lo demás?

—Tu duerme tranquilo, hijo —dice, suplica casi mi madre al despedirse —. Ya verás como no pasa nada.

Si salgo de la comunicación con el mismo estado de ánimo que entré, lo que sucede ocho horas después no contribuye precisamente a aumentar mi escaso optimismo. Se trata de una saca, una saca más, semejante a otras tantas que normalmente se producen en Yeserías tres o cuatro veces por semana. En los cinco meses que llevo en la sala sexta he presenciado varias, más numerosas y dramáticas. Pero acaso ésta me produce mayor impresión.

Son las doce de la noche, llevo dos horas tumbado y creo que profundamente dormido. Sin embargo, basta que abran sin ruido la puerta de la sala para que abra los ojos sobresaltado y me siente en el suelo. En la puerta abierta veo a dos oficiales y tras ellos a tres o cuatro guardias, con las pistolas en la mano. Están cuchicheando con el encargado de la sala que se incorpora y de mala gana avanza hacia el fondo de la galería.

No es difícil saber lo que significa la escena. Vienen a llevarse para fusilarle a cualquiera de los condenados a muerte. Avanza en mi dirección y un instante doy por seguro que soy el designado. Es inútil que niegue la posibilidad, hablando conmigo mismo, porque me juzgaron la víspera y es imposible que el expediente haya cumplido ya todos los trámites; una corazonada me dice que vienen en mi busca. Aguardo expectante, en medio del profundo silencio de la galería, mientras el encargado pasa de largo para detenerse ocho o nueve metros más allá junto a un individuo que se incorpora al verle acercarse. Tres minutos después, el encargado y el condenado pasan nuevamente delante de mi caminando hacia la puerta.

—Dicen que es un traslado.

—Sí, al otro barrio.

Es un capitán que estuvo luchando en el Jarama hasta el final de la guerra. ¿Vienen sólo por él? Lo dudo. Sólo me tranquilizo cuando se lo

llevan, y la puerta de la sala vuelve a cerrarse y los pasos se alejan por el pasillo. Siento entonces, algo que sentiré muchas veces en parecidos trances, durante los meses próximos: una íntima alegría, una satisfacción puramente animal de seguir respirando, que me avergüenza y abochorna.

¿Seré tan insensible y sádico como para gozarme en el sufrimiento ajeno y alegrarme de que vayan a fusilar a una persona que se halla en condiciones semejantes a las mías? Pronto caigo en la cuenta de que es algo muy distinto, aunque no por ello me abochorne menos. Se trata de una reacción instintiva al descubrir que momentáneamente se ha desvanecido la amenaza que pesa sobre mi cabeza, que no me ha llegado el turno y que podré seguir viviendo veinticuatro horas más; cuarenta y ocho, pensando que estamos en los primeros minutos del sábado y que los domingos no hay fusilamientos. (Más adelante, hablando francamente con muchos compañeros condenados a la última pena, compruebo que experimentan en los momentos que siguen a una saca igual alegría. Todos se sienten, como yo, dolidos y avergonzados; pero es algo que ninguno podemos evitar).

* * *

—¡Muchacho, bien te han hecho la puñeta!

Me lo dice unos días después Pedro Luis de Gálvez, a quien encuentro en el patio, frente a la puerta de la enfermería, un poco más hundido físicamente, pero con el mismo ánimo y más ganas de hablar que nunca.

—Estamos igual, porque antes te la hicieron a ti.

—No compares, Eduardo. Mi caso es completamente distinto.

Me sorprende oírle y se lo digo. ¿Acaso ha variado de manera de pensar y espera que le indulten?

—Tengo las mismas esperanzas que puedas tener tú —replica—: ninguna.

—¿En qué nos diferenciamos entonces?

—En que yo soy teósofo y tú no.

No puedo evitar reírme, como ríen cuantos oyen nuestra charla. Un poco amoscado, Gálvez explica el alcance de sus palabras.

—A ti van a fusilarte y te joden. Eres joven, tienes toda la vida por delante, pero en cuanto aprieten los gatillos se acabó. Te mueres, te

entierran y desapareces.

—¿Y tú, qué?

—A mi me fusilan y me hacen un gran favor. Abandono este cuerpo viejo, feo, gastado y achacoso para reencarnar inmediatamente en otro joven, fuerte, sano y bello. Seré como el ave fénix que renace de sus propias cenizas purificado por el fuego.

—¡Qué pena de camisa de fuerza! —estalla Figueras, el actor que duerme a su lado en la enfermería y que no puede aguantarse.

Son muchos los que creen que Pedro Luis de Gálvez se ha vuelto loco en la cárcel; algunos sostienen que. Lo estaba mucho antes de entrar en ella. Yo no me atrevería a afirmarlo. Es posible que su entusiasmo por la teosofía sea una puerta de escape ideada por el subconsciente en una situación desesperada. Sea como fuere, lo evidente es que demuestra ejemplar entereza durante los meses que pasa condenado a muerte. (No estoy ya en Yeserías cuando le fusilan; pero quienes le ven salir coinciden en que camina con paso firme y ánimo despreocupado).

Una semana más tarde charlo, en el patio también, con varios otros periodistas recluidos en Yeserías. Inevitablemente nuestra conversación gira en torno a la suerte corrida por los compañeros de profesión, con quienes los tribunales extreman su dureza. Cuando recibimos noticia de alguno es siempre mala. O le han fusilado ya o está condenado a muerte.

—Nos tratan peor que a los mayores asesinos de la Historia. Basta y sobra haber sido periodista para que ni Dios te libre de la «Pepa» correspondiente.

Pasamos rápida lista a las referencias que últimamente nos han llegado por los más diversos conductos. Eduardo Haro, subdirector de *La Libertad* y marino retirado, buen escritor y excelente persona que jamás hizo daño a nadie, está en la prisión militar de Cisne en espera del indulto o la ejecución. Lo mismo le sucede a Valentín Gutiérrez de Miguel, condenado a la última pena en la prisión provincial de Jaén. Y a Carlos Pérez Merino, redactor-jefe de *Claridad*, que el 17 de julio de 1936 se encontraba con Valentín y conmigo en el Congreso al llegar la primera noticia del Alzamiento. Y a Félix Paredes, Carlos Gómez «Bluf» y José Manuel

Fernández Gómez, que al comienzo de la guerra formaban parte de la redacción de *La Libertad*.

—Es impresionante —digo—, pero en este preciso momento la mitad de los redactores de *La Libertad* del 18 de julio estamos condenados a muerte.

—Y eso —agrega Carbonell— sin contar que Hermosilla y Lezama pudieron meterse en la Embajada de Chile. Que es, precisamente, la única que abrió sus puertas a los antifascistas.

Hablamos de la abismal diferencia del trato concedido por la Embajadas y Consulados extranjeros a los integrantes de uno y otro de los bandos en pugna. Mientras Francia, Brasil, Argentina, Inglaterra, Polonia, Cuba y demás representaciones diplomáticas se mostraron muy generosas con los nacionales, albergando en sus edificios y consiguiendo sacar de Madrid y de España a muchos millares de personas, no llegan a un centenar los republicanos que han hallado acogida en los mismos lugares. Hubo, claro está, quien lo intentó sin que se lo consintieran los vencedores en la guerra.

—De la Embajada de Panamá sacaron a los pocos que había. Entre ellos a Javier Bueno, al que fusilaron poco después.

En honor a la verdad, alguien se apresura a consignar que hubo otro periodista salvado por las gestiones de una representación diplomática. Valentín de Pedro, redactor de *El Sindicalista* y argentino de nacimiento, pudo abandonar España merced a los buenos oficios del embajador rioplatense.

—En cambio, otro redactor de *El Sindicalista*, un pobre muchacho apellidado Valdeón, fue ejecutado a pesar de ser cubano y sin que los representantes de La Habana hicieran nada eficaz por impedirlo.

Con cadena perpetua están en Ocaña, luego de ser indultados en el último minuto, Natividad Adalia, director de *El Sindicalista*, y Ángel María de Lera, redactor del mismo diario y compañero mío entrañable unos años atrás en la redacción de *La Tierra*. Todavía hay un redactor más de *El Sindicalista* en espera de ser juzgado en Porlier, Antonio de Hoyos y Vinent (que morirá unos meses más tarde en la cárcel).

De otros periodistas, sabemos que Nobruzan, que trabajó conmigo en *Castilla Libre*, ha empezado a cumplir una condena de treinta años. Que

Manuel Villar, director de *CNT* y de *Fragua Social* se halla condenado a muerte en Valencia. Que Aselo Plaza, redactor-jefe del mismo periódico, se encuentra en Toreno en espera de ser juzgado. Que a José Luis Gallego, de *Ahora*, le ha pedido el fiscal la última pena. Que Antonio Rodríguez, director de una revista campesina llamada *Campo Libre*, le han ejecutado en garrote vil en Porlier. Que sobre la cabeza de Francisco Mateos —tal buen periodista como pintor—, pende la trágica amenaza de una «Pepa». Que a Virgilio de la Pascua de *La Voz*, y a Moreno y Menéndez de *El Sol* les han condenado a la misma pena que a mí.

—Si tenemos en cuenta —dice Carbonell— que aún estamos sin juzgar la mitad de los periodistas presos y que la mayoría de los que trabajaban en los diarios madrileños en 1936 se fueron mucho antes de que acabase la guerra, no puede dudarse que si ninguna profesión sufrió proporcionalmente mayor número de bajas durante la guerra, en ninguna tampoco ha sido tan implacable la represión una vez estallada la paz.

Pero aunque los periodistas madrileños, dolidos por la muerte de tantos compañeros y por el riesgo gravísimo en que la mayoría tenemos la propia existencia pensemos otra cosa, nuestro caso no es excepcional ni único. Somos una de las tres «pes» trágicamente famosas en las cárceles, y policías y porteros podrían decir algo parecido a nosotros. Desde el comisario socialista Girauta, que como director general de Seguridad durante el último mes de la guerra permanece en Madrid a fin de asegurar el orden público en las horas postreras, para ser de los primeros juzgados y fusilado, hasta el más modesto agente al servicio de la República, la suerte de los policías presos tiene poco de envidiable. Como no la tiene la de los porteros, aunque sus nombres carezcan del menor relieve y no sean conocidos más que por sus familiares.

—Pero —dice Carlos Rubiera, con quien comento esta angustiosa realidad en los primeros días de febrero—, acaso sea peor que ninguna la suerte de los militares profesionales republicanos.

Hacemos un rápido balance con los datos que por un conducto u otro han llegado hasta nosotros y hemos de convenir que tiene razón sobrada. Aparte del general Aranguren y de los coroneles apresados con nosotros en Alicante —Fernández Navarro, Burillo, y Ortega, entre otros— fusilados en

las primeras semanas de paz, nos dicen que el general Escobar —coronel de la Guardia Civil el 19 de julio de 1936 en Barcelona y posteriormente jefe del Ejército de Extremadura— ha sido trasladado a la capital catalana y ejecutado. La misma suerte han corrido en Madrid el también general Martínez Cabrera, y en Granada, Menollo, último comandante del Ejército de Andalucía. Carlos Cuerda, compañero de Ramón Franco en las conspiraciones contra la dictadura y coronel-jefe de una agrupación de divisiones, ha sido fusilado en Jaén, Eduardo Medrano —preso en Montjuich el 14 de abril de 1931 y comandante de división en Guadalajara — ha perecido en la misma forma. Adolfo Prada, el coronel, que cumple el doloroso deber de rendir Madrid, se encuentra en celda de castigo en el penal de Ocaña cumpliendo una condena de cadena perpetua.

No sabemos si exactas o ligeramente deformadas al pasar de boca en oído a través de innumerables comunicaciones en las más diversas cárceles, llegan hasta nosotros gestos y frases de alguno de estos militares muertos frente a los pelotones de ejecución. Del general Escobar nos dicen que va a salir a cuerpo hacia el lugar de la ejecución, pero que al advertir el frío que hace se vuelve a recoger su capote, diciendo con una sonrisa amarga:

—No quiero que estos señores puedan pensar que tengo miedo.

De Carlos Cuerda, mucho más impetuoso y vehemente que el general Escobar —el imperturbable y sereno «coronel Ximenes», de *L'Espoir*, de Malraux— nos llega una frase exasperada que pronuncia en el último segundo, de cara al piquete de fusilamiento:

—¡Triunfó vuestro imperio: el de la muerte…!

* * *

Aferrada como a un clavo ardiendo a una última esperanza, mi madre empieza a dudar y desconfiar a mediados de febrero. Ha transcurrido casi un mes de mi condena y todas las promesas de pronta y favorable resolución del asunto van quedándose en palabras. Quisieron convencerle primero de que la sentencia rebajaría la petición fiscal y ha visto que no fue así; más tarde que el auditor disentiría por lo que habría que volver a juzgarme y ocho días justos después de celebrarse el Consejo, aprobada en todos sus términos la condena recaída, ahora aseguran que seré indultado,

que bastará para conseguirlo una petición suya al jefe del Estado, al ministro de Justicia o al del Ejército, avalada por el mayor número posible de firmas. Pero las solicitudes fueron presentadas hace dos semanas ya —tras infinitos esfuerzos para reunir las firmas, tener que discutir con los conocidos y aun los familiares lejanos, humillarse y suplicar para que se atrevan a poner su nombre al pie de un documento que puede comprometerles— y la conmutación no llega.

—Tenga la seguridad, señora, que daremos a su petición el debido curso.

Mi madre ignora los complicados trámites burocráticos por los que hayan de pasar sus peticiones; desconoce si en cubrirlos todos habrá de tardar dos semanas o tres meses; tampoco sabe si mientras dure su tramitación estará en suspenso la condena dictada. Pero si en los centros oficiales a que acude desesperada le dan buenas palabras y los conocidos tratan de tranquilizarla con toda clase de seguridades, los petates que ve devolver a la puerta de Yeserías, los comentarios de la familia de los condenados y el temor de todas por la vida de sus deudos, le hace comprender la verdad y el peligro en que me encuentro. Aunque se esfuerza por todos los medios para disimular su estado de ánimo, un día se le escapa decirme:

—Estoy toda la semana ansiosa por venir a verte, pero tiemblo cuando se acerca la hora. Al asomarme a la ventanilla para entregar el paquete o pedir la comunicación, se me doblan las piernas temiendo que me digan que vaya a recoger tu petate.

Comprendo perfectamente su estado de ánimo y me imagino su angustia pensando lo que puede ser de mí en cualquier madrugada. Me lo imagino con fuerza redoblada porque en el mes de febrero aumentan otra vez las sacas y cada vez que mi madre viene a comunicar se encuentra con el estremecedor espectáculo de alguna madre, mujer hermana o hija que viene con un paquete y se lo devuelven diciendo que su padre, hermano, marido o hijo no necesita ya nada porque dos o tres noches antes ha sido trasladado a Porlier.

—¿A Porlier? —claman algunas desesperadas—. ¡Dónde le habéis mandado ha sido al cementerio…!

Cada semana se producen, como de costumbre, varias sacas. En tres de ellas se llevan a otros tantos reclusos de la sala sexta. No sé cómo ni por qué, pero en todas las ocasiones los condenados hemos olido horas antes que esta noche vendrán por alguno de nosotros. En las tres ocasiones yo tengo el íntimo convencimiento que vienen a buscarme; en las tres veo cómo se llevan a personas conocidas y apreciadas. Y en las tres, con una zozobra íntima, con una vergüenza que no acierto a disimular, experimento una desbordante y animal alegría al cerrarse la puerta de la sala tras llevarse al que será ajusticiado dentro de breves horas.

—Ya sé que es una reacción, en cierto modo lógica, del instinto de conservación. Pero cuando tanto presumimos de habernos distanciado de la bestia, abochorna comprobar lo cerca que continuamos de la pura animalidad.

No soy supersticioso ni lo he sido nunca. Creo firmemente que todas las supersticiones no tienen otra base que el deseo humano de conjurar peligros y asegurarse bienandanzas, ante un destino tan implacable como desconocido. En cualquier caso, es evidente que cuanto más en peligro tenemos la vida y con menores medios de defenderla contamos, con mayor ansiedad procuramos hallar en todo significados ocultos que, de interpretarlos bien, pueden revelarnos el inmediato futuro. Y a veces adivinamos con anticipación lo que va a pasar, aunque siempre sea en sentido desfavorable.

Ya he señalado antes que los condenados averiguamos la noche en que van a realizarse las sacas con horas enteras de anticipación. Cabe la explicación racional, desde luego, que estemos obsesionados con las ejecuciones y sin darnos cuenta pensemos en ellas todas las tardes, olvidando el hecho cuando no se producen y recordándolo con mayor fuerza cuando tienen lugar. También puede ser que nuestros presagios se basen en los gestos, actitudes o palabras más o menos evasivas de quienes pueden estar enterados —presos destinados en régimen, en la dirección de la cárcel o la jefatura de servicios e incluso de los propios funcionarios de prisiones— que recogemos ávidamente con un sexto sentido amortiguado en diferentes circunstancias. De cualquier forma —y hablo con la experiencia de dieciséis meses largos condenado a la última pena, durante

los cuales se producen más de un centenar de sacas— es rara la vez que uno u otro de los condenados no ha sabido con antelación que a la madrugada siguiente morirá alguno de nosotros.

Algo de esto sucede en Yeserías el miércoles 21 de febrero de 1940. Desde mediodía tengo la corazonada de que habrá saca por la noche. Se lo digo a Sañudo y Alted, que simulan reírse de mis temores. Lo repito por la tarde, paseando por el patio con Rubiera y Henche, que tampoco conceden a mis presagios la menor importancia. Sin embargo…

—Es curioso —dice Henche—. Hace un rato hablé con Osorio, que se despidió de mí como si pensase que van a fusilarle esta noche.

—¡Bah! —interviene Rubiera, echándolo a broma—. Es lógico que los condenados teman que haya sacas todos los días y comprensible y humano que se crean las primeras víctimas.

Duermo como todas las noches con un sueño inquieto y ligero que me hace entreabrir los ojos al ruido más ligero. Sin embargo, la noche transcurre tranquila en la sala sexta. Cuando nos levantamos al toque de diana, Alted, que duerme a mi lado, dice sonriente:

—Ya has visto que, contra lo que presentías ayer no ha habido saca esta noche. Puedo repetirte ahora lo que dices en tantas ocasiones: «No siempre lo peor es cierto».

—Y yo soy el primero en celebrar mi equivocación.

Pero cuando una vez recogidos los petates y lavados esperamos que llegue la gaveta del desayuno, un ordenanza que ha pasado toda la noche en jefatura y sube para el recuento nos da la primera noticia:

—A Gómez Osorio le fusilaron esta madrugada.

Un momento nos negamos a dar crédito a la noticia. Generalmente nos enteramos de las sacas, aunque no afecten a la sala sexta. ¿Cómo es posible que la noche anterior no hayamos oído absolutamente nada?

—Pues hubo una saca, y grande. Aparte de Gómez Osorio se llevaron a otros varios.

La noticia no tarda en tener plena confirmación. Mientras reparten el desayuno logro escabullirme unos minutos de la sala sexta y meterme en la séptima. Me encuentro con Carlos Rubiera, que ha venido desde la quinta con el mismo propósito que yo. Quienes vieron salir camino de su ejecución

al último gobernador civil republicano de Madrid ponderan su entereza y serenidad.

—Fue alrededor de las doce —indica uno—. Don José estaba sentado en el petate y no se alteró poco ni mucho al saber que venían a buscarle. Se incorporó lentamente, estrechó las manos que se le tendían en gesto de adiós, cogió su abrigo y se puso los zapatos con calma.

—Salió con el pijama que llevaba puesto para dormir —añade otro—. Uno de los funcionarios que vinieron a buscarle, tras hablar unas palabras con el teniente de la fuerza pública que se había quedado afuera, le dijo que podía vestirse si quería porque esperarían lo que fuera necesario. Desdeñosamente respondió el interesado: «Para donde me llevan, voy bien como voy». Salió con ánimo sereno y paso firme, con la cabeza muy alta, —orgulloso sin duda de morir por una causa tan noble.

La ejecución de Gómez Osorio produce profunda impresión en Yeserías. Durante una semana apenas se habla de otra cosa en las salas, los patios y las comunicaciones. Alto, delgado, con el pelo completamente blanco, dando siempre ejemplo de mesura, resistiendo sin la menor queja toda clase de penurias y privaciones, el viejo luchador del sindicato nacional ferroviario, figura destacada en el partido socialista y en la Unión General de Trabajadores, ha sabido granjearse durante su estancia en la prisión todas las simpatías y respetos.

En las primeras comunicaciones celebradas por la mañana se habla mucho de los fusilamientos del amanecer. Pronto sabemos que en unión de Gómez Osorio han ejecutado a otras figuras conocidas del socialismo español. Una, ángel Pedrero, ha sido jefe del SIM. La otra, Ricardo Zabalza, diputado por Badajoz, presidente de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra y subsecretario de la Presidencia del Gobierno con Largo Caballero. Con Pedrero estuve en el puerto de Alicante y el Campo de los Almendros. A Ricardo Zabalza le trajeron de Levante en la misma expedición que a mí, y ambos hemos pasado por los calabozos de Almagro.

—Para que nadie se atreva a dudar del antifascismo de los que derrocaron a Negrín —comenta dolido Rubiera—, el fascismo acaba de fusilar a tres de las personas que mayor intervención tuvieron en los sucesos del 5 de marzo.

En efecto, los vencedores de la guerra se han mostrado implacables con cuantos propugnaron una paz honrosa a finales del invierno de 1939. Si Besteiro está en presidio (donde morirá abandonado muy pronto), lo mismo que el coronel Prada, figuras como Aranguren, como Escobar, como Menollo, como Javier Bueno, como Girauta, han sido fusilados anteriormente, y Gómez Osorio, Zabalza y Pedrero acaban de sufrir la misma suerte.

—Que probablemente —concluye Rubiera— es la que nos aguarda sin tardar mucho a la mayoría de nosotros.

Hay muchos que me dan ya por muerto en este 22 de febrero de 1940. Se debe a una confusión nada sorprendente dadas las circunstancias y los rumores que circulan a la puerta de todas las cárceles. Uno de los fusilados es, conforme antes señalo, Zabalza, presidente de la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra. Alguien entiende que el fusilado ha sido el director de *La Tierra*. Yo, que he sido redactor jefe de dicho periódico, llevo algo más de un mes condenado a la última pena. Varias personas, con la mejor buena fe, visitan a mi madre para darle el pésame.

—Acaba de venir tu madre —me dice Tomás Baztán a última hora de la tarde—. Puedes figurarte cómo venía, creyendo que te habían fusilado. Cuando la dije, que estabas vivo no se lo quería creer. Se marchó tan llorosa como vino. Pero ahora lloraba de alegría.

* * *

Son días de llanto, y no precisamente de alegría, para las familias de los presos políticos madrileños. En la última semana de febrero y la primera de marzo se producen diversas sacas. En una ocasión hemos de ver llevarse a un compañero de la sala sexta y en otras cinco nos enteramos que han fusilado a los recluidos en otras, especialmente en la séptima, que, pese a las ejecuciones y a los indultos, cada vez encierra más condenados.

Si en ningún momento es posible formarse una idea clara y concreta acerca del tiempo que debe transcurrir entre la condena a muerte de una persona y su indulto o ejecución, en estas semanas y por lo que respecta a Yeserías la dificultad se acentúa. Igual fusilan o indultan a los condenados hace siete u ocho meses que a quienes comparecieron ante un Consejo de

guerra sumarísimo de urgencia hace tres o cuatro semanas. Cabe señalar, como simple orientación, que el mayor número de conmutaciones y fusilamientos alcanzan a los que llevan entre tres y cinco meses condenados, pero sin que esto implique ninguna garantía para los que llevan más o menos tiempo en igual y dramática situación.

Una pequeña novedad se registra en las últimas sacas. Se ha anticipado un poco la hora y en lugar de las doce o la una suelen realizarse a las once e incluso las diez de la noche. Se prescinde de la aparatosidad habitual y suele limitarse a que un funcionario de prisiones penetre en la sala y llame en voz alta al preso que va a ser ejecutado sin decir para qué le llaman. Cuando el interesado inquiere el motivo de la llamada, el oficial replica como quien recita una lección bien aprendida:

—No se preocupe y coja su petate, que debe llevarse. No se trata más que de un traslado.

Dice la verdad, por cuanto se trata de un traslado a Porlier donde ingresará en capilla para ser ejecutado al amanecer. Pero si en la primera ocasión, cogidas por sorpresa las víctimas y deseando admitir lo que sea antes que la trágica realidad, aceptan sumisamente lo del traslado, en ocasiones sucesivas los condenados suelen reaccionar violentamente al oír la palabra traslado.

En la noche del 6 de marzo reina un ambiente extraño en toda la cárcel de Yeserías. Nadie sabe exactamente lo que pasa y circulan los más extraños rumores. La mayoría de los destinos de Jefatura, Dirección y Régimen, reciben orden de no salir de sus salas respectivas después del recuento de la tarde, mientras una parte de los funcionarios que están libres de servicio son llamados con urgencia.

—No quieren que nos enteremos de lo que pasa —explica un ordenanza de Régimen— por temor que a la media hora lo sepa toda la cárcel.

¿Qué puede ser lo que se prepara esta noche? Hay multitud de rumores. Los más extendidos y más sólidos indican que se trata de realizar un registro a fondo de todas las dependencias de la cárcel porque se supone —consecuencia quizá de las discusiones políticas— que dentro de la prisión funcionan los comités directivos de los partidos y organizaciones antifascistas en vías de reorganización en la calle. También que se va a

realizar una saca gigantesca en la que, como lección y escarmiento para el resto de los reclusos de Yeserías, seremos ejecutados la totalidad de los condenados a muerte que hay en este momento entre sus muros.

Discutimos en veinte corros distintos con el consiguiente apasionamiento lo que realmente se prepara sin que nos pongamos de acuerdo. Sólo en un punto coinciden todos los pareceres: en que sucede algo anormal y alarmante por cuanto son más de las diez de la noche y no ha sonado el toque de silencio. De pronto, el encargado de la sala eleva su voz pidiendo atención y a renglón seguido otra voz para mí desconocida pronuncia mi nombre:

—¡Eduardo de Guzmán Espinosa, que salga con todo!

Me estremezco de pies a cabeza, mientras una mano parece oprimirme el corazón dentro del pecho. En la sala se ha hecho de repente un silencio sepulcral y la misma voz de antes insiste:

—¡Eduardo de Guzmán, que salga de prisa con todo lo que tenga!

Los presos se han apartado a un lado y otro y puedo ver al que me llama. Es un funcionario de prisiones al que me parece haber visto alguna vez en el patio al lado del director. Está serio, preocupado, acariciando nervioso la culata de la pistola que lleva en el cinturón y mirando receloso en todas las direcciones.

Empiezo a recoger mis cosas, ayudado por quienes me rodean tanto o más serios y cejijuntos que yo mismo. No creo que haya dudas acerca de la significación de una llamada en esta forma y a estas horas. Azorado, Alted, que piensa lo que yo y lo que todos, dice que posiblemente no sea nada importante. Un poco desabrido, le corto:

—¡Basta de cuentos! Soy lo suficientemente hombre para aguantar lo que me espera.

Me despido del grupo que me rodea. Por mandato del funcionario de prisiones el encargado de la sala viene a meterme prisa. Le respondo a voces:

—¡Que se espere si quiere o que se vaya de una vez a hacer puñetas!

El oficial me ha oído como casi toda la sala, pero no se da por enterado y espera un par de minutos a que concluya de abrazar a los amigos. Cuando

cargando con las mantas y con el abrigo puesto me acerco a la salida donde se encuentra, trata incluso de dorarme la amarga píldora.

—¡No se preocupe ni alarme, Guzmán! No es nada de lo que teme porque…

—¡Déjese de mentiras piadosas que no necesito para nada!

—Le doy mi palabra que se trata de un traslado.

Suelto una risa nerviosa. Mirándole de hito en hito, respondo sarcástico:

—¿Traslado? ¡Claro que se trata de un traslado y del más largo posible! ¡Nada menos que a la eternidad…!

VIII

SANTA RITA

Cuando salgo lo hago convencido de que me llevan a fusilar. Lo que veo en la galería alta que da acceso a las diferentes salas de esta parte del edificio parece la confirmación de mis peores presagios. Esperando mi salida están otros dos funcionarios y una pareja de guardias. Uno de los primeros pregunta al que ha entrado a buscarme:

—¿Y los otros?

—Ahora iré por ellos. Pero llévate a éste.

Junto a la mesa que en el centro de la galería, frente por frente a la escalera de subida, tiene el jefe de servicios de este sector, hay un grupo de oficiales de prisiones y guardias. Entre ellos, cuatro presos con los petates en el suelo. Voy a sumarme a ellos. Al acercarme oigo que uno de los presos pregunta dónde nos llevan. Despectivo, el jefe de servicios —bajo rechoncho, presumido, con la mano derecha siempre cerca de la pistola y un bigotito estilo Hitler— replica:

—Es mejor que no lo sepas. Cuando llegues, lo verás.

Cuando me reconoce se vuelve de espaldas, probablemente para rehuir alguna nueva pregunta. Antes de que pueda dejar el petate en el suelo como los otros reclusos, el jefe ordena a uno de los funcionarios a sus órdenes:

—Que aguarden abajo sin alborotar. ¡Ah, y ya conoce las instrucciones: ni media palabra!

—¡Vamos, coged los petates y andando…!

Miro a los otros cuatro presos mientras recogen sus petates. Las caras me parecen conocidas, aunque no sé quiénes son exactamente. Me figuro que les habrán sacado, minutos antes que a mí, de la galería séptima. Tienen el gesto lógico en las circunstancias. Están serios, cejijuntos, hondamente preocupados. Lo único que me sorprende es que tanto a ellos como a mí no nos hayan esposado apenas salidos a la galería. Sin duda lo dejan para cuando estemos abajo con nuestros petates; en caso contrario, los oficiales tendrían que bajar nuestras cosas y prefieren no hacerlo.

Conducidos por un oficial y rodeados de guardias bajamos a la planta baja, donde se nos unen cuatro más con los petates al hombro y tan vigilados como nosotros. Salimos al patio que conduce a la oficina de Régimen, al recinto exterior y al rastrillo y lo encontramos tomados militarmente. A la vista aparecen veinte guardias como mínimo, todos con los fusiles en la mano. Junto a la puerta de Régimen un teniente de orden público charla con tres o cuatro funcionarios de prisiones. Callan cuando nos acercamos.

—¡Que esperen ahí, sin moverse ni hablar! Al primero que abra la boca… ¡duro!

Siento una rabia sorda que me esfuerzo por contener. Tengo el convencimiento de que nos van a fusilar, pero no comprendo que nos hagan permanecer en el patio, de pie y sin pronunciar palabra. ¿Qué les puede importar que hablemos entre nosotros? ¿Qué pueden temer de unos hombres totalmente desarmados, cuando ellos, que nos triplican en número, tienen fusiles y pistolas en las manos?

Hace frío, aunque no lo haya notado hasta que llevo cinco minutos en el patio. La mayoría de los guardias no nos prestan la menor atención. Salvo tres o cuatro y uno de los funcionarios, los demás miran nerviosos en todas las direcciones esperando no sé qué. En voz baja pregunto al preso que tengo más cerca.

—¿Cuándo te condenaron?

—No me han juzgado aún —responde con un hilillo de voz.

Creo haber entendido mal y voy a repetir la pregunta cuando uno de los guardias grita amenazador, mirándome fijamente:

—¡Silencio…!

—¿No os han dicho que aquí no se puede hablar? —interviene el oficial de prisiones que nos ha traído—. ¡Pues si tengo que volver a decirlo…!

Callados seguimos esperando. La permanencia cerca de la oficina de Régimen, pero sin entrar en ella, me sorprende y desconcierta. Es la primera vez que me sacan de la sala condenado a muerte, pero según todas las referencias que tengo de las sacas no suelen perder tiempo con los reos, en Yeserías al menos. Apenas se los llevan de sus salas respectivas pasan rápidos por Régimen —o no pasan— para montarlos en los camiones que esperan con el motor en marcha y salir disparados con rumbo a Porlier.

¿Y si estuviera equivocado y no fueran a fusilarme esta noche? La idea cruza insidiosa por mi cerebro; me esfuerzo en rechazarla, convencido de que una vez más el instinto de conservación, el ansia animal de vivir aunque sólo sea unas horas más, suscita engañosas esperanzas en mi ánimo. Pero allí queda, agazapada en cualquier rincón, como una débil lucecita presta a adquirir de pronto inusitado vigor. Pero no; no es posible equivocarme. Llevo cuarenta y ocho días condenado a muerte y mi expediente ha debido cubrir ya todos los trámites. Sólo falta el definitivo. Y dentro de unas horas, antes del amanecer…

—No estamos juzgados ninguno.

La voz es apenas un susurro. Basta, sin embargo, para que mi corazón lata con redoblada violencia. Si los demás no están condenados aún, yo. ¡Otra vez el tormento de la esperanza! Rechazo con un esfuerzo sobrehumano el pensamiento. Miro al preso que tengo al lado; tiene la boca cerrada y mira distraído para otro lado. Sin embargo, con todo cuidado, casi sin mover los labios, creo oírle musitar:

—Traslado.

Bien. Es lo mismo que me dijeron a mí sin que lo creyera. Era natural que no lo creyese estando condenado a muerte. Pero si estos otros no están ni siquiera juzgados. Claro que cabe una explicación: que a mí vayan a fusilarme y a ellos trasladarlos sencillamente a Porlier. Pero ¿cuándo he oído que los simples traslados se hagan a las once o las doce de la noche? ¿Cómo van a llevar juntos a los que fusilarán unas horas después y a los que quizá, con un poco de suerte, recobren algún día su libertad?

Mi cabeza es una devanadora, entremezclando las ideas más contradictorias. Durante cinco minutos, que tienen para mí la dimensión de milenios busco, agitado y nervioso, explicaciones para todo sin encontrarlas para nada. Amargamente pienso que la esperanza ha conseguido, una vez más, hundirme en un pequeño infierno. Hace diez minutos, cuando salí de la sala sexta, estaba relativamente tranquilo, resignado con mi suerte. Ahora, el simple hecho de entrever una confusa posibilidad de salvación momentánea, empieza a volverme loco. No puedo más, y procurando no levantar la voz ni mirar a los otros presos, inquiero:

—¿Van a liquidarnos?

—Es un traslado.

—Me parece que hay un cerdo hablando por ahí —gruñe un guardia—. Como descubra quién es…

Callamos y transcurren así otros cinco minutos. Figuran entre los más largos de mi vida, luchando agónicamente entre mi convicción íntima y las esperanzas que las palabras de los otros presos suscitan en mi ánimo. De pronto, el teniente, que anda de un lado para otro dando muestras de impaciencia, anuncia con un suspiro:

—¡Ahí los traen ya…!

Los que traen son una treintena de presos custodiados por guardias con los respectivos petates al hombro. ¿Condenamos a muerte que trasladan a Porlier para entrar en capilla? Posiblemente. De pronto, al pasar por un lado del patio mejor alumbrado que los demás, reconozco a dos que vienen en el grupo. Son Carlos Rubiera y Rafael Henche de la Plata.

—Ninguno de los dos está condenado —murmuro alzando la voz sin darme cuenta de que lo hago.

—¡Chitón por última vez! —me amenaza uno de los vigilantes—. Si vuelves a decir una sola palabra…

La presencia de Rubiera, Henche y otros que acierto a descubrir entre los recién llegados y que me consta que todavía no han comparecido ante ningún tribunal, intensifica mis esperanzas de que no se trata de un traslado hacia la eternidad como di por seguro hace veinte minutos. ¿Qué puede significar entonces? No lo sé, pero cualquier cosa que sea siempre será menos trágica de lo que imaginaba.

—Que esperen también junto a ésos.

Un cuarto de hora más tarde somos entre ciento treinta y ciento cincuenta los que estamos en el patio silenciosos y expectantes. Tengo la impresión de que todos están tan sorprendidos y desorientados como yo mismo, aunque quizá para la mayoría no ha sido parecido el susto. Aunque hay varios condenados a muerte como yo, la mayoría están sin juzgar. No me cabe duda porque descubro a varios de la sala sexta a los que conozco perfectamente. Entre ellos a los hermanos Sañudo y a Domingo Girón.

De pronto, y mientras seguimos aguardando en el patio y el teniente y los funcionarios de prisiones entran y salen de la oficina de Régimen y hablan y discuten entre ellos sin acabar de decidir nada, creo dar con una explicación a lo que sucede. No se trata de una saca, sino de lo que llaman una limpieza. En distintas ocasiones nos han llegado noticias de que el director, el administrador o los jefes de servicios en las distintas partes del edificio dicen que en Yeserías nos hemos juntado los rojos más peligrosos, que estamos organizados políticamente y que había que destrozar nuestras renacidas organizaciones, trasladando a los más significados a diferentes penales, estuviéramos juzgados o no. Alguno ha llegado a afirmar.

—Lo mejor sería hacer una limpieza definitiva, *cepillándolos* a todos.

Probablemente esto no pasa de ser expresión del deseo personal de un individuo determinado. Pero mirando con atención a los que esperamos y reconociendo a buena parte de ellos, advierto sin dificultad que en el grupo están los republicanos, socialistas, comunistas y libertarios más conocidos de la mayoría de las salas. Seguimos esperando buen rato, mientras los guardias vigilan atentamente, los funcionarios de prisiones corren de un lado para otro, entrando y saliendo apresurados en la oficina de Régimen y yendo y viniendo de la jefatura de servicios con unos papeles en los que nos figuramos que estarán nuestros nombres.

Por último, deben ser ya más de las doce de la noche, de Régimen sale un capitán de orden público, junto con uno de los jefes de servicios y varios funcionarios de prisiones. Uno de los oficiales lleva una lista en la mano y tras reclamar la atención de todos dice en medio del silencio del patio:

—Los que vaya nombrando que cojan su petate y vayan a ponerse en ese lado formando de dos en fondo.

El primero de la lista es Rafael Henche de la Plata, que se apresura a coger sus cosas para ir a colocarse en el lugar indicado. Siguen tres nombres más y a continuación el mío. Dos por lo menos de los que me preceden en la lista no han sido juzgados. Oír mi nombre mezclado con los demás me produce, dadas las circunstancias, cierta explicable satisfacción. Vienen después otros harto conocidos para mi: Sañudo, Ascanio, Iglesias, Mesón, Rubiera, Bares, Calvo, hasta un total de treinta.

—¡Ya podéis llevaros a éstos sin esperar a nadie más! —indica el capitán al teniente.

Rodeados de guardias, damos la vuelta al pabellón para salir al recinto exterior. Antes de subir al camión que aguarda con el motor en marcha, nos cachean rápidamente y nos esposan uno por uno. El teniente monta en un «balilla» que seguirá de cerca al camión, no sin advertimos antes seriamente:

—No quiero cánticos, ni gritos ni alborotos. ¿Entendido?

El camión abandona Yeserías. No sabemos dónde nos llevan ni para qué. Todos hemos supuesto, sin embargo, que vamos a Porlier y muchos tuercen el gesto cuando, un minuto después de salir de la prisión, cruzamos el paseo de las Delicias y en lugar de subir por él continuamos hacia la calle Embajadores. Atravesamos luego Santa María de la Cabeza hasta salir a la glorieta de Embajadores y tomar por la ronda de Toledo.

—¿Dónde diablos vamos? —oigo murmurar inquieto y preocupado a uno que va delante de mí.

El desasosiego y la alarma crecen en el camión cuando al salir a la Puerta descendemos por la calle de Toledo en dirección al puente del mismo nombre.

—Esto no me gusta nada —gruñe malhumorado Domingo Girón.

Cruzamos el puente de Toledo e iniciamos la ascensión por General Ricardos.

—¡Seguro que nos llevan a Campamento!

La posibilidad tiene poco de agradable. En todas las cárceles se ha dicho que muchas veces los fusilamientos no tienen lugar en el cementerio de Madrid, sino en el Campamento Militar de Carabanchel. Que nos lleven allí

a estas horas no puede significar más que una cosa. Y no sólo para quienes, como yo, llevamos algún tiempo condenados a muerte.

—Me parece que el final está cerca —oigo decir a Rubiera cuando pasamos sin detenernos por Mataderos.

Todos pensamos ya lo mismo. Importa poco que una mayoría no hayan sido juzgados, aun cuando es difícil que ninguno de los que vamos en el camión se libre de la última pena al comparecer ante un consejo de guerra. Doy por hecho que antes de salir de Yeserías hicieron una cuidadosa selección y sería tonto que nos hiciéramos ninguna clase de ilusiones.

Entramos en Carabanchel Bajo y continuamos adelante. De pronto el camión se detiene en una calle larga y estrecha, frente a un edificio grande a cuya puerta montan guardia algunos soldados. No conozco el lugar ni la edificación, pero me figuro que se trata de algún cuartel.

Un grupo de soldados salen de un portalón que parece dar a un patio y rodean el camión. El teniente que viene en el «balilla» llega en este momento y se apea, hablando con el sargento de guardia. Inmediatamente da sus órdenes a gritos:

—¡Que vayan bajando de uno en uno! ¡Mucho cuidado vosotros! Rodead el camión por si alguno intenta fugarse…

He sido de los primeros en subir y soy por lo tanto, de los últimos en descender. Al pisar el suelo van quitándonos las esposas. Guardias y soldados han rodeado por completo el camión, dejando un estrecho pasillo que conduce al portalón abierto en el muro del recinto. Cuando traspaso la entrada me encuentro en un patio pequeño, mal iluminado, rodeado de altos muros. En las paredes me parece distinguir unos retratos gigantescos de Franco y José Antonio y una panorámica del Alcázar de Toledo. Hemos de cruzar el patinillo para meternos por una puerta abierta en la pared de enfrente. Ignoro por completo qué es aquello. De pronto, mirando hacia la izquierda, veo en lo alto de unos escalones de piedra tres o cuatro funcionarios de prisiones.

—Pero —exclamo sorprendido— ¿no es un cuartel?

—No —aclara quien marcha a mi lado y debe conocer Carabanchel—. Es el Reformatorio de Santa Rita.

* * *

Del patio pequeño pasamos a otro mucho más grande, cruzado de lado a lado por una alta alambrada, bien iluminado por focos potentes, junto a la que vigilan atentos una serie de centinelas. Descubrimos entonces que a más del edificio grande, que da a la calle, en el patio se alzan otros dos. Uno, de tres plantas, aislado en el centro y pegado a la alambrada; otro, al fondo, adosado a un muro alto que quizá sea la parte trasera de algunas casas.

No tenemos mucho tiempo para darnos cuenta de todo, porque no nos dejan detenernos un minuto. Cargados con los petates, seguimos hasta la parte central del edificio grande que da a la calle, que seguimos por el lado interior. Subimos unos escalones de piedra, ganamos un portal ancho del que arranca una escalera y en lugar de ascender bajamos hacia una especie de semisótano. A la izquierda del final de la escalera está abierta la puerta de una sala bastante grande, no demasiado sucia y poco alumbrada, donde nos hacen penetrar.

—Dejad los petates en el suelo y romped filas.

No necesitamos que nos repitan la orden. Miramos con curiosidad la estancia en que nos encontramos. Demasiado altas para que podamos asomarnos hay unas cuantas ventanas, cerradas por gruesos barrotes y una tupida tela metálica. Oímos en este momento detenerse en la calle otros camiones y el ruido de los presos que traen en ellos. Media hora más tarde están en la misma habitación todos los que sacaron de Yeserías. Aunque la sala es amplia, difícilmente cabemos en ella porque pasamos de los ciento cincuenta. Cuando entran los últimos cierran la puerta por fuera y apagan casi todas las luces.

Hablamos ahora, como es lógico, todo lo que hemos callado en Yeserías primero y en el camino después, aunque procurando no levantar la voz. Todo el mundo parece tan sorprendido y desorientado como yo mismo. No acertamos a explicarnos de una manera satisfactoria este traslado masivo de madrugada a una cárcel situada a seis o siete kilómetros del centro de Madrid. Los más optimistas creen que se trata simplemente de desalojar un

tanto Yeserías, donde no cabíamos ya materialmente; los más pesimistas que nuestra estancia en Santa Rita no durará más que unas horas.

—Es como si estuviéramos en capilla. Al amanecer vendrán por nosotros, y en ese mismo patio…

Caben todas las suposiciones, aunque ninguno piensa que nos hayan traído a Carabanchel, a un paso de Campamento, para hacernos un favor. Especialmente tres que aseguran haber oído a los funcionarios de Yeserías que iban a hacer un escarmiento con nosotros ni otros tantos que afirman que antes de marcharse los guardias dijeron que volverían a buscarnos al amanecer.

—Bueno, no tardaremos en saber lo que haya de cierto porque son más de las dos.

Yo he extendido las mantas en el suelo y me tumbo. Estoy agotado materialmente como consecuencia de la tensión nerviosa de estas horas interminables. Tengo la impresión de que, momentáneamente al menos, he salvado la vida. ¿Qué pueden venir en mi busca dentro de tres horas?

—Lo que sea sonará. Si me despiertan, mala suerte. Si no…

Resulta que no, y duermo profundamente hasta que me despierta el toque de diana. Es día claro cuando abro los ojos, aunque a través del enrejado, y de las tupidas telas metálicas, de algunos sacos que las cubren, seguramente para impedir que entre el aire helado, y de la mucha suciedad, sea escasa la claridad que penetra en la estancia. Oímos ruido de pasos en la escalera y voces en el patio, pero la puerta permanece cerrada durante largo rato. Es indudable que la vida comienza de nuevo en la prisión. Pienso, con una alegría que me esfuerzo por dominar, que como mínimo viviré veinticuatro horas más.

Media hora más tarde, la puerta se abre para que aparezcan ante nuestros ojos dos oficiales de prisiones, tras los que vienen los gaveteros con un pequeño perol humeante. Uno de los funcionarios —luego sabremos que se trata del jefe de servicios— manda que recojamos los petates, colocándolos junto a las paredes, que desayunemos y luego salgamos por grupos al patio para lavarnos, pero volviendo allí inmediatamente para el recuento.

—Si alguno falta en ese momento. Bueno, es mejor que no falte.

El desayuno —un poco de malta negruzca, amarga y sin azúcar— no es mejor ni peor que el de Yeserías. A mí me sabe a gloria, quizá porque la noche anterior no creí vivir para tomarlo. Apenas terminado el reparto, varios presos se asoman a la puerta. Uno de ellos, conocido y amigo de muchos, es Zamanillo.

Alto, delgado, vestido con cierta elegancia, que contrasta con el desaseo de la mayoría, Luis Álvarez Zamanillo, es figura bastante popular en Madrid. Concejal republicano, ha sido compañero en el Ayuntamiento de Fulgencio Sañudo, que viene con nosotros, y de Henche de la Plata, postrer alcalde socialista de la ciudad. También ha tenido, antes y durante la guerra, diversos cargos en la federación de fútbol y en el Madrid. Viene a ver a los muchos amigos que aquí tiene y a darnos unas explicaciones que todos aguardamos con ansiedad. Está en las mejores condiciones para dárnoslas porque como preso ocupa un destino en la oficina de Régimen, aunque contra su voluntad no estuviera presente en el momento de nuestra llegada.

—Se trata de un traslado, nada más que de un traslado —afirma—. Antes de venir he visto las órdenes y revisado todos los expedientes. No hay anotaciones especiales en ninguno ni ninguna «recomendación». La mejor prueba es que podréis salir desde ahora al patio y haréis la misma vida que los demás reclusos.

Es lo que todos deseábamos oír y lo escuchamos con agrado. No obstante, en algunos quedan dudas, recelos y reservas por la forma y la hora en que se hizo el traslado y el misterio de que se le rodeó. Zamanillo procura disipar todos los temores. Se trata de descongestionar algunas cárceles, sobre todo la de Yeserías, abarrotada de presos. Los traslados se han hecho durante la noche para evitar a la población el espectáculo de camiones llenos de detenidos yendo de un lado para otro por las calles de Madrid; procuraron no darle la menor publicidad para que las familias no se enterasen y acudieran en masa a las puertas de las prisiones.

—Claro que el director de Yeserías ha aprovechado la ocasión para librarse de los presos que, por su personalidad o influencia sobre los demás, podrían proporcionarle mayores quebraderos de cabeza.

Es una explicación lógica y convincente que pone término a toda clase de especulaciones. De mí concretamente sabe que estoy condenado a

muerte, porque al volver de las Salesas se lo dijo uno de los que habían juzgado en el mismo Consejo. Pero en el expediente carcelario remitido desde Yeserías aparece, anotado con lápiz rojo, que la petición fiscal contra mí, conforme yo mismo dije al regresar de juicio, ha sido de treinta años.

—Aquí y oficialmente nadie tiene que saber otra cosa, aunque, como verás, los condenados hacen en Santa Rita la misma vida que todos.

Salimos al patio para lavarnos y no llegamos a hacerlo, saludados, abrazados y estrujados por cientos de compañeros y amigos. En Santa Rita debe haber en este momento entre dos mil quinientos y tres mil presos. Están bastante apretados en el interior de los tres edificios que integran la cárcel, pero tienen como desahogo un patio que parece inmenso comparado con los de Yeserías.

—Por lo menos, aquí se puede pasear sin tropezarse constantemente con los demás presos.

El patio es grande, pero aún podía serlo más del doble sin la alambrada que lo separa de lo que en tiempos debió ser huerta, limitada a su vez por tapias de ladrillo de cuatro metros de altura que rodean por completo el antiguo reformatorio. Santa Rita fue hasta 1936 un centro de estudios y reeducación privado, dirigido y controlado por frailes, donde los jóvenes más o menos calaveras de las familias aristocráticas o de la burguesía adinerada eran recluidos por sus padres a consecuencia de cualquier escándalo y, sometidos a una severa disciplina, habían de permanecer, en ocasiones años enteros, hasta su completa reforma o alcanzar su mayoría de edad. Mezcla de convento, colegio y cárcel, en Santa Rita había alrededor de medio centenar de muchachos, estrechamente vigilados por una treintena de religiosos, parte de los cuales les daban lecciones de las asignaturas que estudiasen, mientras otros —más forzudos por lo general— actuaban como auténticos guardianes.

Convertido en cuartel durante la guerra, en manos de los nacionales desde el mes de noviembre del 36, sufrió en la contienda una larga serie de desperfectos. Una vez reparados a toda prisa por grupos de trabajadores presos fue habilitado como prisión en la primavera de 1939. En lugar de las ochenta o noventa personas que residían allí tres años antes, metieron treinta veces más. Para conseguirlo desaparecieron camas y muebles y cada

una de las celdas individuales servía ahora de encierro a diez, doce o catorce reclusos.

Antes de volver a la sala del sótano para pasar el recuento de la mañana ya he visto a varios que estuvieron conmigo en Almagro y Alcalá, como Navarro Ballesteros, Máximo Barbudo, Antonio Paulet y Victoriano Negro, los cuatro condenados a muerte ya lo mismo que yo. Con igual pena se encuentra también Mariano Aldabe, redactor de *Castilla Libre*. En cambio, Virgilio de la Pascua, de *La Voz*, ha visto en estos días transformada su «Pepa» en una cadena perpetua. Otro sentenciado a la última pena es Francisco de Toro, diputado socialista por la provincia de Jaén.

—Los condenados a muerte debemos ser alrededor de trescientos —me dice Navarro—. Lo que quiere decir que rara es la noche que no tenemos alguna saca.

Pasado el recuento de la mañana empiezan a distribuir por toda la prisión a los que llegamos de madrugada procedentes de Yeserías. En un principio me mandan, en unión de otros cuarenta, al edificio aislado en medio del patio, en el que recibo mi ración de pan y como a mediodía. Por la tarde ya me trasladan a la celda número 14 del segundo piso del edificio central. A la misma celda van destinados también Carlos Rubiera, Rafael Henche y Juan Gómez Egido.

Además de nosotros cuatro ocupan la celda 14 el capitán de una brigada de choque, Manuel García Allende, su hermano Fermín, militante de las Juventudes Libertarias; un taxista llamado Ferreiro, afiliado al PC, un abogado republicano —Reglero—, que actuó en los tribunales populares; un viejo ordenanza del Tribunal de Cuentas; un campesino de la provincia de Cuenca, un mecánico de Vallecas que ha sido comisario de compañía y un carpintero del Puente de Toledo que llegó a teniente durante la guerra. Somos doce en total, que hemos de dormir un poco apretados, pero que desde el principio nos llevamos perfectamente. De los doce, cuatro —Fermín, Ferreiro, el campesino y yo— estamos condenados a muerte.

—Más de la mitad de los que dormimos en este piso —asegura Ferreiro— estamos igual.

Si en el primer momento creo que exagera un poco, una hora después comprendo que se ha quedado corto. De los trescientos cincuenta que

debemos ocupar las treinta celdas de la planta, cerca de doscientos «disfrutan» de otras tantas «Pepas». Los restantes no han sido juzgados aún en su inmensa mayoría y cabe temer que cuando vayan a las Salesas regresen en las mismas condiciones que nosotros. En todas las celdas hay algún condenado y en varias constituyen la casi totalidad de los ocupantes.

Pero el ambiente de la planta no es triste ni sombrío. Las celdas están abiertas de la mañana a la noche y salvo las cuatro o cinco horas que cada día se pasa en el patio uno puede ir de una a otra, charlando y discutiendo con amigos y conocidos, leyendo todo lo que haya que leer o jugando al ajedrez. Hay que estar, claro está, en sus celdas respectivas para los dos recuentos y a las diez de la noche, al sonar el toque de silencio, cierran las puertas con llave por fuera y apagan todas las luces, excepto tres o cuatro que siguen encendidas en el pasillo. No vuelven a abrir —salvo desagradables contingencias que se dan con excesiva frecuencia— hasta que tocan diana a las siete de la mañana.

Abundan los piojos, los chinches y la sama tanto como en cualquiera de las restantes prisiones madrileñas. La comida es poca y mala, pero ni peor ni más escasa que en Yeserías. Al encerrarnos por la noche en la celda 14 y luego de discutir un rato acerca de los pros y los contras de nuestra nueva prisión, Rubiera puede resumir la impresión de todos diciendo:

—Si pretendieron fastidiarnos al mandarnos aquí, les salió el tiro por la culata. Porque, o mucho me equivoco, o nos han hecho un favor mayor de lo que puedan imaginarse.

* * *

Desde las siete de la mañana que suena el toque de diana hasta las diez y media o las once, en que se realiza el primer recuento, tenemos tiempo para hacer cola para ir al retrete, volver a hacer cola para lavarnos y aguardar, formados en cola también, a que nos llegue la malta del desayuno. Como no hay más que dos váteres y otros tantos grifos a uno y otro extremo de la planta y somos alrededor de trescientos cincuenta quienes tenemos que utilizarlos, hay que armarse de paciencia y esperar con calma. En los períodos de descanso entre una y otra cola recogemos los petates, barremos

las celdas, fregamos los suelos por tumo riguroso y tenemos algún rato para charlar con los otros presos.

Pasado el primer recuento, bajamos al patio hasta el toque de fajina. Comemos, descansamos alrededor de una hora y regresamos de nuevo al patio. Tanto al ir como al volver hemos de hacerlo formados, y antes de deshacer la formación por la mañana y entrar por la tarde en los diferentes pabellones tenemos que cantar brazo en alto los himnos correspondientes. Después de la cena pasamos el segundo recuento en las distintas galerías, y ya no podemos abandonarlas hasta la hora del silencio, en que cierran con llave las celdas, apagan las luces y no queda más remedio que intentar dormir. Podemos escribir una carta y recibir un paquete por semana y comunicar con la familia cada siete días por espacio de diez minutos.

Aun siendo escasa la comida, nula la higiene y excesivo el hacinamiento en pabellones, salas y celdas, el régimen ofrece grandes ventajas sobre el de Yeserías. El simple hecho de pasar cuatro o cinco horas diarias en el patio, nada tiene de desdeñable, aunque muchas veces el frío, el viento o la lluvia lo hacen poco apetecible. Pero es tan grande que uno puede pasear hasta cansarse y ver y conversar con todos los reclusos de la cárcel, sin tener que violar para ello ninguna norma de la prisión ni burlar la vigilancia de los funcionarios.

Hay algo, sin embargo, que no varía en las múltiples prisiones madrileñas: la abundancia de bulos. Basta la insinuación de cualquier familiar excesivamente optimista, lo que uno cree haber entendido de la lectura de un periódico o la interpretación dada a las palabras de uno de los oficiales, para que las noticias más disparatadas corran de un extremo a otro de la cárcel, muchas veces enriquecidas y perfeccionadas por la inventiva de alguna mente calenturienta.

—Al que no fusilen en este mes no le fusilarán ya.

Es la fantasía que predomina en Santa Rita durante el mes de marzo de 1940. Afirman los que se consideran bien enterados que el día 1 de abril próximo se conmutarán todas las penas de muerte dictadas, como generosa y esperanzadora celebración del aniversario de la Victoria.

—En doce meses han realizado ya la limpieza que juzgaban imprescindible. Ahora pueden mostrarse magnánimos con vistas a cicatrizar

definitivamente las heridas de la guerra.

La especie no carece de lógica desde nuestro punto de vista de vencidos, y más aún de sentenciados a ser pasados por las armas. Pero una cosa es lo que nosotros desearíamos e incluso juzguemos conveniente para el futuro español y otra muy distinta puede ser la opinión de quienes tienen que decidir.

—¡Pero si a ellos les interesa tanto como a nosotros! —exclaman algunos que realmente lo creen—. Ayer, sin ir más lejos, decía un artículo de *Arriba*…

Lo que realmente ha dicho *Arriba* o cualquier otro periódico no es exactamente lo que el individuo que habla —o más probablemente alguno de sus familiares— cree haber leído. En Yeserías hemos visto estos últimos días algunos diarios; en Santa Rita leemos muchos más en las semanas siguientes, pero en ninguno de sus artículos, noticias y comentarios encontramos la menor insinuación de que vaya a promulgarse un indulto que salve millares de vidas amenazadas por la predilección de la famosa «Pepa» hacia los pobres rojillos. Lo único que hallamos es el anuncio del próximo comienzo de los trabajos en un punto determinado del Guadarrama de una gigantesca cripta donde descansarán los restos de los muertos en nuestra última contienda.

—Pero —insisten los optimistas— dicen que allí reposarán hermanadas todas las víctimas de la lucha, y no sólo las del bando nacional. Y si se propugna una reconciliación de los muertos, ¿no es más lógico que se produzca antes entre los vivos?

Me gustaría que fuese verdad y desearía creerlo, sobre todo dadas las condiciones en que me encuentro. Pero en menos de un año he visto desvanecerse buen número de parecidas esperanzas, mientras los bulos se deshacían en la nada. Ahora tengo la dolorosa certidumbre de que sucederá igual, aunque decirlo moleste a muchos de mis oyentes y me haga discutir acaloradamente con ellos.

—Y conste —subrayo— que nadie celebraría más que yo estar totalmente equivocado.

Al llegar a Santa Rita caigo en la cuenta de una curiosa coincidencia, que todos mis traslados hayan tenido lugar en jueves. En efecto, el jueves

15 de junio me sacan del campo de Albatera para traerme a Madrid, el también jueves 3 de agosto salgo de Alcalá, para ingresar en la sala sexta de Yeserías; otro jueves, el 18 de enero de 1940, comparezco por la mañana en un consejo de guerra sumarísimo de urgencia en el que soy condenado a muerte, y por la tarde regreso desde las Salesas a la misma cárcel, por último, en la madrugada del jueves 7 de marzo me sacan de Yeserías para traerme a Carabanchel. ¿A dónde será el próximo traslado, probablemente un nuevo jueves?

—Seguramente a Burgos u Ocaña —dice Reglero, el abogado-fiscal compañero de celda, para animarme—, luego del indulto del día 1 de abril.

—O a Porlier que está más cerca —respondo—, si ese indulto no pasa, como tantos otros, de ser un bulo más.

* * *

A Porlier no cesan, desgraciadamente, los traslados de madrugada. Si el jueves en que llegamos a Santa Rita la jornada transcurre con tranquilidad y calma, no ocurre lo mismo con la noche del viernes en que se llevan a cuatro condenados a muerte. Pasadas las once, yo que duermo con la profundidad del primer sueño, despierto sobresaltado al oír cuchicheos dentro de la celda.

Al abrir los ojos descubro en la semioscuridad de la estancia —iluminada únicamente por el resplandor lunar que penetra por la enrejada ventana del patio y un rayito de luz del pasillo que se filtra por una rendija del montante— que Reglero, Egido y Henche están sentados en sus respectivos petates; que Rubiera, que duerme a la entrada, se incorpora con aire preocupado, y que Ferreiro y Fermín García Allende —dos de los cuatro sentenciados de la 14— están desnudos, agitados y nerviosos, con la cabeza pegada a la puerta del pasillo. En el acto me imagino lo peor y acierto.

—Hay saca —explica Henche en voz baja.

—¿En la celda?

—Espero que no.

Las palabras de Rafael expresan simplemente un deseo. Ni él ni ninguno estamos seguros de que la celda 14 sea respetada esta noche. Como

de costumbre en casos semejantes, yo tengo la corazonada de que vienen por mí, e igual les ocurre a quienes se encuentran en idéntica y dramática situación.

Si la bombilla de la celda continúa apagada, en el pasillo han encendido todas las luces. Aguzamos el oído y escuchamos ruido de pasos y de voces, sin que acertemos a distinguir lo que dicen. Sin apartar la oreja de la puerta, Ferreiro indica con un susurro.

—Se han llevado a uno, creo de la nueve.

Recuerdo en el acto que Navarro Ballesteros está en la 8 y Mariano Aldabe en la 10. ¿No cometerá un ligero error Ferreiro y habrán sacado a cualquiera de los dos? No hay tiempo de pensar en ello, porque Fermín añade algo que aumenta la tensión de la estancia.

—Ahora parece que vienen para acá.

Contenemos el aliento para escuchar mejor. En el profundo silencio que nos envuelve creo escuchar hasta el latir violento de nuestros corazones. Los pasos se acercan por el pasillo. Me figuro que serán un par de funcionarios de la prisión y tres o cuatro guardias. Las pisadas resuenan fuertes y cada vez más próximas. De pronto se detienen muy cerca de nuestra puerta. Tengo la boca seca y el sudor me corre por la frente.

Esperamos expectantes unos segundos interminables. De pronto sentimos girar la llave en la cerradura. Con un suspiro de alivio advertimos que no se abre la puerta de nuestra celda. Rubiera, que también ha pegado su cabeza a la madera, precisa:

—Han abierto la veintiuna o la veintidós.

Son las celdas del otro lado del pasillo, las que dan a la calle. Escuchamos un confuso rumor de conversaciones agitadas, sobre el que se impone una voz enérgica:

—¡Sal ya, Julián!

Debe salir el llamado Julián, y la puerta de la celda de enfrente se cierra con violencia. ¿Van a abrir otras, la nuestra entre ellas? Parece que no, porque el ruido de pasos se aleja en dirección a la escalera. Unos, minutos después, apagan la mayor parte de las luces del pasillo.

—¡Sin novedad por hoy! —dice Ferreiro con alegría que nada hace por ocultar—. Y como mañana es sábado…

No hace falta que complete la frase para que todos sepamos a qué atenernos. Son cuarenta y ocho horas más casi seguras de vida; un verdadero regalo cuya importancia sólo pueden valorar exactamente quienes tienen la existencia pendiente de un hilo. Yo también siento una alegría semejante a la suya, que me esfuerzo por disimular avergonzado de estar contento cuando acaso se hayan llevado a fusilar a alguno de mis mejores amigos.

—Tengo tanta hambre que me comería un buey entero —afirma Fermín, que apenas separado, de la puerta, descuelga una bolsa, saca un trozo, de pan negruzco y duro y la emprende a mordiscos con él. Ferreiro y el campesino de Cuenca buscan en sus petates y uno come una naranja sin molestarse en mondarla, mientras el otro hace lo mismo con una zanahoria. Yo también experimento en este momento un hambre aguda y punzante, pero no tengo absolutamente nada con que intentar aplacarla.

—A todos nos sucede lo mismo —dice Aldabe a la mañana siguiente cuando lo comentamos—. La primera reacción instintiva es de una alegría salvaje por continuar vivos; la segunda, un hambre voraz que nos impulsa a devorar lo que tengamos a mano.

Por la mañana sabemos que se han llevado a dos de nuestro piso; a otro que dormía en la tercera planta y a un cuarto del pabellón aislado en medio del patio. No obstante, la impresión general en la cárcel es relativamente optimista. No ha habido más que dos sacas en la semana ni se han llevado más que nueve personas.

—La pasada hubo tres y se llevaron al doble de condenados. Pero lo peor no son las sacas pasadas, sino las próximas.

Me sorprende oírle, porque la víspera era de los más esperanzados en que el próximo primero de abril fueran conmutadas todas las penas de muerte. O tal vez lo dice únicamente por tranquilizar a los demás, ya que tiene la inteligencia precisa para no confiar en bulos carcelarios. Sin embargo, cuando le hago notar la aparente contradicción argumenta con perfecta lógica.

—De ser cierto que dentro de veintitantos días se proponen dar por terminada la represión en su aspecto más grave —dice— es comprensible

que en las tres semanas que faltan procuren eliminar a quienes consideran más peligrosos o culpables.

Joaquín Dicenta, que ocupa una celda minúscula junto a los retretes en compañía de otros dos republicanos, padre e hijo, ingenieros ambos y los dos con el mismo nombre y apellido —Julio Diamante—, no teme por sí, ya que está condenado a una pena de escasos años de presidio por auxilio a la rebelión, sino por los demás. Incluso por el resto de la familia, ya que sus hijos y su mujer se encuentran en diferentes cárceles. Pese a ello, se muestra en todo momento animoso y optimista. Está entusiasmado con dos, obras que escribe en la celda y que considera muy superiores a toda su anterior producción teatral.

—Todo esto es duro, muy duro —reconoce hablando de las sacas—; mucho más duro de lo que nadie pudo suponer de antemano. Pero algún día tiene que terminar el derramamiento de sangre, y yo espero y confío en que sea muy pronto por el bien de todos.

Fernando García Peña, republicano como Dicenta, de edad y estatura parecidas a las suyas, opina de manera muy diferente. Es hombre que probó su temple en las conspiraciones y cárceles durante la dictadura y que mientras muchos de sus correligionarios abandonan Madrid en los primeros meses de la contienda, permanece en su puesto hasta el último segundo. Le conozco hace varios años y le sé persona inteligente, con ideas claras que ni oculta ni disfraza.

—Siento actuar de aguafiestas para muchos —dice—, pero no quiero engañarme a mí mismo ni engañar a los demás. Ni habrá el indulto que algunos esperan para el día uno ni se promulgará ninguna amnistía mientras dure el régimen actual.

Hay otro punto en que su opinión choca con el parecer de la inmensa mayoría, que la situación política en España no cambiará durante los próximos años. Cualquier régimen que ha tenido que luchar ferozmente durante muchos meses para alcanzar el poder, lo mantiene invariablemente, según demuestra la Historia, un espacio de tiempo dos o tres veces superior como mínimo.

—Pero —objetamos— si vencen las democracias, que vencerán…

—También yo creo que vencerán —responde—, pero la guerra, que todavía no ha comenzado en serio, durará probablemente tanto como la de mil novecientos catorce. Es decir, que en el mejor de los casos no concluirá antes de mil novecientos cuarenta y tres o mil novecientos cuarenta y cuatro.

Aun admitiendo que las democracias se impongan al final y tanto Hitler como Mussolini sean barrido, es dudoso y problemático que la victoria aliada resuelva nuestro problema. Si Francia e Inglaterra no hicieron nada para evitar nuestra derrota, cuando el triunfo de nuestros adversarios significaba un éxito para los fascistas germano-italianos, menos harían cuando desaparecidos los totalitarismos de Berlín y Roma, España, sola y aislada en Europa, no representase el menor peligro para ellos. En cuanto a la Unión Soviética…

—La alianza de Stalin con Hitler demuestra que antepone sus intereses nacionales a cualquier otra consideración.

Todavía es más pesimista respecto a la posibilidad de que la situación interior pueda determinar un cambio. Hay mucha hambre, desde luego; pero la terrible sangría de la guerra constituye una lección y un escarmiento demasiado próximos para que nadie quiera meterse en aventuras. Por otro lado, los partidos y organizaciones de izquierda han desaparecido y no será posible reconstruirlos en muchos años.

—¿A qué crees que se debe todo esto? —pregunta señalando con su gesto expresivo a los centenares de presos del patio—. Aunque otra cosa pueda parecernos a nosotros, no se trata de algo improvisado, fruto de una ofuscación momentánea que desaparecerá dentro de unos días o una semanas sin dejar rastro. Esta organización de limpieza y depuración se mantendrá invariable años enteros. ¿Y sabes por qué? Porque más que castigar hechos pasados constituye una vacuna enérgica y masiva para que no puedan repetirse en el futuro.

Discutimos con cierto acaloramiento y no llegamos a un acuerdo. Aun admitiendo que haya una parte de verdad en sus palabras, su pesimismo se me antoja excesivo y deprimente. Dicenta, que ha presenciado la charla, encuentra una disculpa a los tintes sombríos con que García Peña contempla

al panorama: su situación personal más desesperada que la de cualquiera de nosotros.

—¿Más que la mía, que llevo dos meses condenado a muerte?

—Más. A ti, como periodista, pueden fusilarte; pero también te pueden indultar. Fernando, en cambio, no tiene salvación posible.

—¿De qué le acusan?

—De haber presidido uno de los tribunales de Fomento.

No tardo en saber que en Santa Rita hay una veintena de presos acusados de haber tenido relación más o menos directa con aquel llamado Tribunal de Salud Pública. Conozco personalmente a algunos y me asombran los cargos formulados contra ellos. Uno es Manuel Ramos, secretario un tiempo de la organización faísta local, joven anarquista defensor antes y durante la guerra de la no violencia, enemigo incluso de emplearla en legítimo derecho de defensa.

—La violencia engendra siempre violencia; quien la utiliza provoca reacciones en cadena que sabemos dónde comienzan, pero no dónde terminan y que puedan acabar incluso con la humanidad.

Otro es un abogado llamado Peinador, al que conocí hace años cuando era redactor del *Diario Universal*, y que jamás pasó de un republicano derechista y conservador. Uno más, Albert, un muchacho joven que ha pasado toda la guerra peleando en los frentes, alcanzando la graduación de comisario de batallón. En el mismo sumario aparece incluso Argentino Rasillo, al que conozco desde que ambos éramos chicos y con el que me encontré en el calabozo de Albatera. Cuando me ve, habla de dos que estuvieron con nosotros en el calabozo: Amós Acero, diputado socialista y alcalde de Vallecas y Ayala, un agente del SIM.

—Los dos han muerto fusilados. Como moriremos todos nosotros.

Contra el optimismo de otros, los hechos parecen dar la razón tanto a García Peña como a Argentino Rasillo. En los veinte días que faltan para que acabe marzo, hay nueve sacas más en Santa Rita. Uno de los fusilados es el campesino conquense que compartía con nosotros la celda 14. Y en las nueve noches todos los condenados morimos un poco, viviendo por anticipado nuestra propia ejecución.

* * *

—Puedes estar tranquilo, Eduardo. De momento no corres un peligro inminente. Si lo corrieses, haríamos lo posible y lo imposible por avisarte.

En las comunicaciones de Santa Rita, mi madre —una vez pasado el susto inicial del traslado— se muestra más tranquila, serena y confiada que en las de Yeserías. No se debe a su remota esperanza de que sea cierto lo que se dice de la conmutación de penas de muerte en el primer aniversario de la Victoria, ni que hagan efecto en su ánimo las consabidas buenas impresiones que unos y otros la prodigan. No confía demasiado en ambas cosas, escarmentada por lo sucedido hasta ahora. Con un criterio más realista, tampoco se deja engañar por la ilusión de que vayan a indultarme a la mañana siguiente.

—Es horrible que lleves dos meses condenado a muerte —me dice— y que seguramente habrás de continuar otros tantos en la misma situación. Pero es preciso tener mucha calma, no sea que por querer arreglar de prisa las cosas, las echemos a perder definitivamente.

Una vez más la oigo repetir su cantinela del viejo epitafio del español «que se murió estando bueno, por querer estar mejor». Hay quien le ha aconsejado que procure ganar el mayor tiempo posible en la resolución de mi problema. No me parece mal, aunque no crea que tenga la menor posibilidad de influir en la marcha de mi expediente.

—Mariano sabe ya dónde está tu sumario. Ha resultado que tiene un amigo que procurará demorar su tramitación y que le avisará en caso de salir de donde ahora se encuentra.

Lo creo, pero únicamente en parte. Mi hermano ha trabajado en las Salesas como oficial de sala, hasta el final de la guerra, en que quedó cesante de manera automática. Es posible que tenga conocidos e incluso amigos entre los depurados que siguen en activo; no admito, sin embargo, que ninguno de ellos quiera ni pueda hacer nada por mí, y se lo digo así.

—Por lo menos —insiste mi madre— Mariano espera que le avisen en cuanto tu expediente pase a otro lado.

No es mucho, pero de ser cierto es algo. En cualquier caso, sirve para que mi madre esté menos nerviosa e intranquila pensando que de momento

no corro peligro de que me fusilen. A mí no me tranquiliza poco ni mucho, porque no acabo de creerlo.

En Santa Rita, como en todas las cárceles, y especialmente entre los condenados a muerte, se habla mucho de dos posibles procedimientos para salvarse. El primero, consiste en tener el dinero preciso para lograr de estraperlo una conmutación más o menos legal, pero suficiente. El segundo, estriba en recurrir a la fuga. De vez en cuando circula el rumor de que fulano o mengano se han librado de la «Pepa», gracias a unos miles de duros que sus familiares supieron como utilizar. También de estos o aquellos condenados que desaparecieron sin dejar rastro de una u otra prisión.

En lo primero, caso de ser cierto —en lo que caben las mayores dudas, porque siempre ocurre en otros sitios y a personas que nos son desconocidas hasta de nombre— no merece la pena pensar porque ni tengo unos miles de duros, ni los tienen mi familia, ni ella ni yo conocemos a nadie que nos los pueda proporcionar. Lo segundo entraña tan enormes dificultades que linda con lo imposible. Pero en una situación desesperada, sabiendo que de todas formas le van a matar a uno, vale la pena intentarlo.

—Si unos pocos lo consiguen, ¿por qué no vamos a conseguirlo nosotros?

En estos días se han marchado de Santa Rita dos presos. Como ocurrió en Yeserías con Mariano García, aquí también ha aparecido una cuerda colocada sobre una de las tapias. La gente no cree, sin embargo, que se hayan ido por aquel lugar.

—El noventa por ciento de los presos que se fugan lo hacen por la puerta de las cárceles.

Pero a las puertas de Santa Rita sólo pueden acercarse los que tienen destino, que generalmente son los condenados a penas tan pequeñas que harían el peor de los negocios intentando fugarse. Yo, como la casi totalidad de los reclusos, no puedo llegar hasta allí. Un compañero que conoce a fondo la prisión, gracias a que se mueve por ella con cierto desembarazo, me dice:

—Sólo hay dos caminos para fugarse: uno a través del alcantarillado. Otro consiguiendo llegar, preferentemente de noche, hasta el depósito de

agua.

El depósito de agua es un pequeño estanque que en tiempos sirvió para regar la huerta abierto junto a las tapias, a sesenta o setenta metros de la alambrada que corta el inmenso patio en dos porciones desiguales en extensión. El estanque se llena con agua extraída de un pozo por medio de una bomba que también impulsa el líquido para llenar los depósitos situados en la terraza del edificio central de Santa Rita.

—Algunas noches tengo que ir arreglar el motor que se avería con frecuencia.

La fuga sería relativamente fácil de poder ir con él alguna de esas noches, pese a que siempre va acompañándole algún oficial tras advertir al teniente que manda la guardia exterior. Lo malo es que duerme en la planta baja y yo en el segundo piso, en una celda cerrada con llave desde el toque de silencio hasta el de diana.

—Acaso sea más fácil por las alcantarillas. Creo que hay una que desemboca en pleno campo, en una especie de arroyo formado por las aguas fecales de Carabanchel.

Manuel Martínez —cincuenta años, delgado, nervioso, ligeramente bizco— lleva en Santa Rita desde su inauguración, y es un poco el ungüento amarillo, que sirve para todo. Desempeña en la prisión las más diversas actividades —electricista, cerrajero, encargado del motor del pozo, fontanero, etc.—, y las desempeña con gusto, pensando que su libertad de movimiento dentro de la cárcel puede ser útil para algún compañero en apuros. No soy el único que piensa en fugarse como solución desesperada en un caso extremo, y está decidido a ayudamos.

—Todo será que tenga que fugarme también —dice—, ahora que ya no tengo la cabeza en peligro.

(Le juzgaron a comienzos del verano pasado y fue condenado a muerte, pese a que el fiscal no le acusó de nada. Indultado a las pocas semanas, hay muchos que se ríen cuando cuenta que le condenaron sin formularle cargos de ninguna clase. Para demostrar que dice la verdad ha conseguido una copia del testimonio de condena. En ella, efectivamente, no parece siquiera su nombre en el resultando de hechos probados, aunque sí en la parte dispositiva de la sentencia).

El 1 de abril de 1940 se cumple un año justo del final de la guerra. Muchos aguardan expectante lo que haya de suceder en la jornada conmemorativa de la Victoria. Todos —incluso los que hemos rechazado de plano los rumores circulantes por las cárceles— quedamos defraudados. Como vemos por los periódicos —que ese día y al siguiente penetran sin obstáculos en Santa Rita— se celebran numerosos actos, se pronuncian gran número de discursos, se habla de la Cruzada finalizada triunfalmente doce meses atrás y de la generosidad con que se han portado los vencedores con los vencidos. Pero no se escribe, se dice, ni se insinúa siquiera la posibilidad de una conmutación general de las penas de muerte. Por el contrario, en el segundo día de abril de 1940 hay una nueva saca en las prisiones madrileñas.

—Temo mucho que García Peña tenga razón —dice Mariano Aldabe— y al final acaben fusilándonos a todos.

* * *

Abril es en Santa Rita mucho más deprimente y dramático que los meses precedentes. De nuevo parecen trabajar con mayores prisas los tribunales, y cada tarde son más los procesados que salen con dirección a las Salesas; aumenta también la proporción de los que regresan condenados a muerte veinticuatro horas después. Aunque se suceden las sacas, cada semana somos más los sentenciados a la última pena.

Pese a que sigue habiendo condenados en todos los pabellones y plantas, empiezan a concentrarlos en las trece primeras y las trece últimas celdas del piso segundo del edificio central, acaso por considerar que son las que ofrecen mayores garantías de seguridad. Pronto en muchas de ellas no hay más que peposos. No es sorprendente que cuando alguna personalidad penitenciaria visita la prisión, no deje de pasarse por esta planta.

—Procurad tener en orden las celdas y no andar por el pasillo. Esta tarde tenemos visita.

Los visitantes aparecen alrededor de las cuatro. Les acompañan el director el subdirector y uno de los jefes de servicios de Santa Rita. Son don Amancio Tomé, inspector de prisiones, con sus cuidadas barbas, su

impecable uniforme y sus condecoraciones, y un hombre alto, delgado, de mirada altanera y gesto despectivo que, como sabemos más tarde, es el marqués de Portago, corredor automovilista, productor cinematográfico y no sé cuántas cosas más. Esperamos que al llegar a nuestra celda —donde hemos de permanecer en actitud de firmes ante los respectivos petates— pasen de largo, pero se detienen.

—¡Vea, vea usted los rojos que tenemos aquí!

El director de la prisión ha dicho algo en voz baja a Tomé, y éste al marqués. Por indicación suya, Portago se dirige a varios de nosotros, empezando por Henche:

—¿Qué ha sido usted en la guerra?

—Alcalde de Madrid.

—¿Y usted? —inquiere dirigiéndose a Reglero.

—Abogado fiscal en los tribunales madrileños.

Ahora el marqués de Portago me indica a mí con un gesto. Replico:

—Antes y en la guerra fui periodista. Durante la contienda, concretamente, director de *Castilla Libre*, órgano oficial de la CNT, que se publicó hasta el mismo veintiocho de marzo de mil novecientos treinta y nueve.

—¿Usted no ha sido nada? —pregunta a Rubiera.

—Soy Carlos Rubiera, diputado socialista y último presidente republicano de la Diputación provincial de Madrid. ¿Desea saber algo más?

Si todos, molestos por el gesto y la actitud de Portago hemos contestado en tono destemplado, Rubiera lo hace con aire desafiante. Portago parece a punto de seguir preguntando, pero como el director y Tomé han dado media vuelta alejándose, acaba encogiéndose de hombros para seguirles. A unos pasos de distancia, andando por el pasillo, oímos que pregunta:

—¿Cómo es posible que aún sigan vivos estos criminales?

No oímos la respuesta, pero nos la figuramos. En cualquier caso, los hechos parecen demostrar que no están dispuestos a que los criminales rojos sigan alentando mucho tiempo. Al día siguiente, Rafael Henche va a consejo y vuelve con la correspondiente pena de muerte. Aunque en la celda 14 está tan seguro como en cualquiera otra del piso, le trasladan a la

10, probablemente sin otra razón ni motivo que molestarle un poco. En su nueva celda están, también, Mariano Aldabe y Francisco de Toro.

Las condenas y las sacas prosiguen durante todo el mes con ritmo acelerado. A diferencia de los juicios que se celebran todas las mañanas, en los que comparecen centenares de personas y de los que sería inútil buscar en los periódicos la menor referencia, los diarios anuncian ahora un consejo de guerra sumarísimo de urgencia, cuya importancia subrayan unánimes, rodeándole de extraordinaria expectación: el que va a juzgar a todos los implicados en el sumario de Fomento.

De Santa Rita se llevan a veinte procesados, entre los que están García Peña, Manuel Ramos, Peinador, Julio Diamante, Argentino y Albert. Ninguno puede hacerse ilusiones y no se las hace. Ni siquiera Peinador, que actuó únicamente como abogado defensor, Manuel Ramos que abomina de la violencia ni Julio Diamante, viejo republicano, ingeniero del Canal de Lozoya, que dimitió el cargo apenas designado por su partido.

—Difícil será —dice García Peña al salir para las Salesas— que ninguno de nosotros volvamos con vida.

Vuelven vivos los veinte a Santa Rita dos días después, aunque para todos, ha pedido el fiscal la última pena. No cabe, sin embargo, que acaricien esperanzas, sobre todo después de la forma en que los periódicos informa del consejo celebrado contra ellos.

—Es seguro que nos fusilarán antes de quince días.

Es fácil el vaticinio, que se cumple casi al pie de la letra. Durante los días que median entre el juicio y la ejecución colectiva, hablo varias veces con García Peña, que tiene especial interés en puntualizar algunos extremos totalmente opuestos a lo publicado por los diarios. Sabe que no tiene salvación, y ni ha pedido el indulto ni lo pedirá. Tampoco le interesa justificar su actuación personal. Lo único que le preocupa es salvar el buen nombre de los gobernantes, que, muy en contra de su voluntad, hubieron de autorizar la actuación de aquel Comité de Salud Pública.

—Contra todo lo que ahora se dice —afirma—, Fomento salvó la vida de muchas más personas que condenó. Su finalidad única era terminar con los paseos, imponiendo una justicia, todo lo sumaria que se quiera, pero

siempre con mayores garantías y posibilidades de defensa para los que juzgaba, que las que tenían de ser detenidos por grupos irresponsables.

Hace hincapié en un hecho irrefutable: que los paseos, abundantes en los cuatro primeros meses de la guerra, fueron; severamente condenados en todo momento tanto por el Gobierno como por las figuras más destacadas de los partidos y organizaciones izquierdistas. También que cuando en el mes de diciembre se han reconstruido las bases del Estado republicano, los paseos cesan por completo y no vuelven a darse en los dos años y pico que todavía dura la guerra.

—He sostenido siempre —añade— que nuestra mayor equivocación fue asesinar a demasiadas personas y fusilar a muy pocas. El Gobierno quiso impedirlo desde el primer momento; no pudo por la sencilla razón de que carecía de la fuerza necesaria para imponer sus decisiones.

Los gobernantes republicanos eran en los primeros meses unos señores investidos teóricamente de autoridad, pero que no disponían en la práctica de los medios coercitivos indispensables para hacerla respetar. Tanto en los frentes como en la retaguardia había muchas gentes armadas, pero que sólo en determinadas ocasiones y circunstancias ponían sus armas —que habían conquistado en el asalto de los cuarteles— al servicio de las órdenes del Gobierno. Campeaban libremente por sus respetos y hacían justicia en la forma que les parecía.

—En estas condiciones eran inevitables las ejecuciones sin juicio previo, cometiéndose no pocas barbaridades, ya que gentes cegadas por la pasión o movidas por razones personales más o menos inconfesables se dedicaban, no a servir la causa antifascista, sino a saciar torpes deseos de venganza.

El Gobierno no podía impedirlo, aunque lo intentaba por todos los medios, ya que contra él y la legalidad que representaba, se habían sublevado, no sólo una parte del Ejército, sino las fuerzas de orden público, la policía, los jueces y casi toda la armazón administrativa y burocrática del Estado.

—En estricta justicia fueron los sublevados los culpables de los paseos, ya que dejaron al Estado totalmente indefenso.

Fomento es un intento desesperado por parte del Gobierno para terminar con hechos como los que se producen a raíz del asalto de la Cárcel Modelo. Como no dispone de la fuerza precisa para imponerse, trata de llegar a un acuerdo con todos los partidos y organizaciones antifascistas y lo consigue. Todos acceden a nombrar representantes que, asesorados por magistrados y abogados, integren unos tribunales populares que juzguen la posible culpabilidad de los detenidos. ¿Que se cometen injusticias y se condena a muchos que no debieron serlo?

—Es probable —reconoce García Peña—, aunque en realidad una mayoría de los condenados pudieron serlo o —y en circunstancias normales lo hubieran sido— con sujeción estricta a los artículos del Código de Justicia Militar.

En cualquier caso, hubo muchos detenidos que se salvaron y que de no funcionar Fomento no habrían podido salvarse. Si no se consigue acabar de golpe con los paseos, se logra cuando menos una sensible disminución y, lo que es todavía más importante, que quienes los perpetran puedan ser denunciados y perseguidos.

—Y no de una manera nominal, sino real y efectiva. La prueba es que juzgamos varios casos de venganza personal, de ensañamiento morboso, de atropellos y latrocinios y en todos los casos los culpables recibieron el más duro de los castigos.

Es triste y lamentable que se dieran paseos en Madrid. Aun habiéndose exagerado desmesuradamente su número por la propaganda adversaria, constituyen una mancha para la República y contribuyen a restarle ayudas y simpatías. Pero la culpa no es de los gobernantes republicanos, ni siquiera de quienes actúan en Fomento, sino de los que desencadenan la mayor de las catástrofes que puede sufrir un país civilizado: una cruenta guerra civil.

—Van a fusilarme como si fuera un monstruo —concluye amargado—, pero moriré con la conciencia tranquila de haber hecho cuanto estuvo en mis manos para poner coto a una trágica etapa de violencia y sangre.

A las pocas noches se le llevan para fusilarle en compañía de otros diecisiete reclusos de Santa Rita. De diversas cárceles sacan doble número de condenados. Al día siguiente se dice que han sido sesenta los fusilados de madrugada. Entre los ejecutados están Benigno Mancebo, Antonio

Ariño, Avelino Cabrejas y Fidel Losa, con los que estuve en Almagro y Alcalá.

De los procesados en el mismo sumario quedan dos vivos: Julio Diamante y Argentino Rasillo. Por la mañana ambos están con la terrible impresión de la muerte de los demás y el temor de correr la misma suerte en las próximas horas. (Al final resulta que Julio Diamante, que ni siquiera puso los pies en Fomento, ha sido condenado a veinte años y un día de presidio, y a Rasillo, merced a la intervención del embajador argentino en defensa de un compatriota, le conmutan la pena de muerte por la de reclusión perpetua).

* * *

Mientras, en Santa Rita vivimos pendientes de las condenas y las ejecuciones, se desarrolla un nuevo episodio de la guerra mundial con resultado desastroso para las democracias. Alemania ha invadido Dinamarca y Noruega, a las que ha servido de poco la ayuda franco-británica. Como de costumbre, desde el interior de las cárceles seguimos con avidez las incidencias de la contienda y abundan las discusiones. No llegan, sin embargo, al apasionamiento con que comentamos el pacto germano-soviético ni siquiera a los debates promovidos por la lucha en Finlandia. Aunque contrariados y dolidos por las victorias alemanas, todos coincidimos en que la guerra no se decide en el Báltico.

—La batalla definitiva se librará entre las líneas Maginot y Sigfrido, en el choque frontal del ejército germano con los de Francia e Inglaterra.

En las comunicaciones que celebro en el mes de abril, tanto mi madre como mi hermana parecen convencidas de que mi sumario no se ha movido de las Salesas y que no corro peligro de inmediata ejecución mientras continúe allí. Yo no lo creo, pero decírselo claramente sólo serviría para aumentar sus angustias y zozobras. Temo que la orden de cumplimiento de la sentencia recaída se dé en cualquier momento sin que ellas lleguen a enterarse siquiera. Me lo callo, naturalmente; pero deben adivinar lo que pienso porque en más de una ocasión me dicen:

—Ten la completa seguridad que en cuanto creamos que se han perdido las esperanzas te lo diremos, para que intentes fugarte a la desesperada.

Los preparativos de fuga siguen adelante. Participan en ellos varios compañeros de Barrios Bajos, que aún no han sido juzgados, pero que no abrigan demasiadas esperanzas de poderse librar de una pena de muerte. A través de un registro junto a los retretes de la planta baja, en un pequeño recodo del pasillo, entre la enfermería y el economato, logran bajar y salir varias veces del alcantarillado sin ser vistos. Allí tropiezan con un grave obstáculo.

—Hay una reja, tapando la salida al colector general.

Serrar uno de los barrotes para poder pasar lleva varios días de esfuerzos y trabajos. Es preciso conseguir primero las herramientas adecuadas y bajar y subir varias veces sin que nadie se de cuenta. Al final, aunque la sierra se rompe y hay que esperar a conseguir otra, se logra atravesar la reja cuando ya finaliza el mes de abril.

A finales de abril hay varias sacas en noches sucesivas. En la noche del día 28 se llevan a varios, entre otros a Máximo Barbudo. Se da la curiosa circunstancia que una semana antes, Barreiro, de Barrios Bajos, le habla de la fuga proyectada y Máximo se niega a participar en ella.

—Confío en que me indulten dentro de unos días —responde—. Un hermano mío es camisa vieja y tiene la seguridad de que me salvaré.

En la tarde del 29 en Santa Rita se respira una atmósfera sombría. Al día siguiente es primero de mayo, fecha consagrada hace medio siglo ya a la Fiesta del Trabajo. Sin ponernos de acuerdo, todos tenemos la corazonada de que la conmemoración revestirá para nosotros los más dramáticos caracteres. Cuando momentos antes de tocar silencio hablo en el pasillo con Aldabe, Navarro, Henche y otros varios condenados la impresión de todos es pesimista.

—¿Cuántos seguiremos vivos mañana a estas horas?

—Tengo la seguridad de que uno o dos de nosotros por lo menos no podremos contarlo —responde sincero Navarro Ballesteros.

A las once de la noche encienden las luces del pasillo y escuchamos ruido de pasos. Todos sabemos lo que significa y nos incorporamos en silencio. ¿Vendrán otra vez a la celda 14, donde aún estamos tres condenados a muerte? Para casos como éste hemos logrado abrir unos centímetros el montante da la puerta para ver un trozo del pasillo. Como el

montante está a más de dos metros de altura, Fermín García Allende, que es el de menor peso, se sube a los hombros de su hermano para mirar por la rendija mientras todos contenemos hasta la respiración.

—Están cerca de la escalera —indica Fermín en voz baja—. Me parece que se han parado ante la celda nueve o la diez.

Oímos el ruido de una puerta al abrirse y luego palabras, cuyo exacto significado se nos escapa. Casi al mismo tiempo llega el ruido de otra celda más lejana que se abre también.

—¿Dónde ahora?

—La cinco o la seis.

Transcurren unos minutos tensos. Al cabo Fermín, sin poder dominar su excitación, añade:

—Acabo de verle de refilón, pero me parece que es…

—¿Henche? —pregunta Rubiera.

—¿Aldabe? —inquiero yo.

—No. No podría jurarlo, pero creo que Navarro Ballesteros.

Al otro no llega a verlo. Por la mañana sabremos que si se llevaron dos de nuestro piso, sacaron otros dos de la planta tercera. Sentimos por igual la muerte de todos; pero por comprensibles razones personales yo siento con mayor fuerza la ejecución de Manuel Navarro Ballesteros.

Parece que la saca ha tenido que hacerla, en unión de los guardias de orden público, el oficial del economato que estaba anoche de jefe de servicios. Da muestra de mayor nerviosismo e intranquilidad que los propios reos. Al pasar por Jefatura, Navarro, que demuestra una gran entereza en el trance supremo, le dice despectivo al verle tembloroso y descompuesto:

—Vaya aprendiendo como mueren los hombres por si algún día le llega el turno.

La muerte de Navarro Ballesteros es seguida por la de otros muchos en la primera quincena de mayo. Al mismo tiempo, los ejércitos hitlerianos siguen triunfando en Europa. Tras ocupar Holanda, entran en Bruselas y rompen la línea Maginot, obligando a una retirada precipitada de ingleses y franceses.

Son unos días tristes en Santa Rita, en que se suceden las noticias desagradables. Por ir todo mal, hasta se tropieza con obstáculos poco menos que insuperables en la evasión proyectada. Si se ha logrado serrar un barrote de una reja, se tropieza con otra un centenar de metros más lejos, antes de la desembocadura del alcantarillado en el campo.

—No podremos hacer nada —dice Barreiro, cejijunto— hasta que dispongamos de las herramientas adecuadas.

Pero antes de conseguirlas se viene todo abajo. No sé de quién es la idea exactamente, pero a los funcionarios se les ocurre extremar las precauciones para evitar cualquier posible fuga. Entre las medidas que toman figura la de que un grupo de poceros revisen las alcantarillas. Los poceros encuentran el barrote de una reja serrado y se lo comunican al director.

—Por fortuna —nos informa Manuel Martínez al día siguiente— no saben si ha sido ahora o en los tiempos en que Santa Rita era un reformatorio de señoritos.

No castigan a nadie, afortunadamente. Pero resuelven asegurar todos los accesos a la alcantarilla en forma que no se puedan abrir. Es posible que dentro de unos meses, cuando se les haya olvidado un poco, pueda prepararse una fuga por este mismo camino.

—De momento, no hay nada que hacer.

En la tarde del 17 de mayo oigo vocear mi nombre en el patio. Me llaman los de peculio, que acaban de cerrar la ventanilla al público, para entregarme bonos por valor de cinco pesetas impuestas por mi hermano Mariano.

—Encargó con mucha insistencia que no dejáramos de darte un recado. Dice que tu sobrino Julito está gravísimo y que los médicos han perdido toda esperanza de salvarle.

Un momento se me nubla la vista y no acierto a responder. Porque la enfermedad de mi supuesto sobrino es la contraseña convenida con mis familiares para hacerme saber que voy a ser fusilado de un momento a otro.

IX

FINAL DE UNA PESADILLA Y COMIENZO DE OTRA

Durante dos horas voy de un lado para otro, entro y salgo en los distintos pabellones, corro, subo y bajo recorriendo diez veces la cárcel en todas las direcciones. Hablo con veinte personas distintas y no ando con rodeos con ninguna. Tengo que fugarme y el tiempo apremia. Si no me fusilan esta misma noche, lo harán mañana o pasado. La única salvación posible es largarme cuanto antes.

Todos comprende lo desesperado de mi situación y parecen dispuestos a ayudarme. El problema estriba en cómo intentar la fuga con alguna posibilidad de éxito por remota que sea. Aquí tropiezo con dificultades insuperables. Nuestro proyecto de utilizar las alcantarillas es irrealizable de momento. Aun pudiendo descender hasta ellas, no podría forzar la reja que resguarda la desembocadura de las atarjeas en pleno campo. Tampoco es posible huir pasando del tejado del edificio central a los de unas casas cercanas, porque han condenado con barrotes de hierro las salidas al tejado.

—Saltar la tapia por la parte del frontón es prácticamente imposible porque habría que hacerlo en pleno día y ante las narices de los centinelas.

Tras descartar por irrealizables varios caminos de posible huida, quedan como problemáticas y arriesgadas —pero no imposibles— tres opciones, y

las tres exigen traspasar la alambrada del patio sin sembrar la alarma. Las dos primeras consisten en salir por la mañana mezclado con los destinos de paquetes, comunicaciones y peculio a la parte de la antigua huerta y esperar allí o una distracción de los centinelas, para saltar la tapia y caer al jardín de un convento cercano o la misma calle, o procurar escabullirme en un descuido del funcionario de servicio en la puerta hasta mezclarme con los familiares que entran a comunicar y salir confundido entre ellos. Ambos son un tanto aleatorias y exigen la complicidad de la mayoría de los destinos.

—Yo estoy dispuesto —dice el avisador de las comunicaciones—, pero no me fío de los otros.

La tercera posibilidad de fuga consiste en resucitar algo que tenemos pensado de antiguo, pero que hemos desechado por difícil y comprometido: salir de noche con Martínez cuando vaya a arreglar el motor del pozo y salvar los muros en las cercanías del estanque. El interesado está decidido a prestarme toda su ayuda. Pero…

—Ni esta noche ni mañana tenemos nada qué hacer. Sólo pasado y si le toca a quién tú sabes.

El funcionario a que se refiere es un hombre mayor que trabaja simultáneamente en tres o cuatro empleos, tiene que madrugar por las mañanas y procura dormir todo lo posible durante el servicio nocturno. Mientras otros van con Martínez por las noches hasta el estanque y se quedan con él todo el tiempo que necesite para arreglar la avería, éste le deja ir solo, convencido de que no se fugará.

—Dentro de dos noches entrará de guardia y podremos intentarlo.

—Lo más probable —replico— es que pasado mañana me hayan fusilado ya.

No obstante, por si viviera hasta entonces y no tuviera éxito con los destinos de paquetes y comunicaciones, ultimamos todos los detalles. Tendré que pasar el recuento de la tarde en mi celda y entre el momento de terminar éste y el toque de silencio, bajar sin que me vean hasta la planta baja para meterme en el cuchitril que Martínez comparte con otros dos compañeros. Ni éstos ni los demás ocupantes de mi celda dirán una sola palabra. Nadie me echará en falta hasta el recuento de la mañana, doce

horas después. Si aun estando abajo no pudiera marcharme, podría volver al segundo piso cuando lleven la malta del desayuno. Por si acaso grabo bien en la memoria los nombres y las señas de cuatro personas distintas —una en el mismo Carabanchel y las tres restantes en Madrid—, donde podré hallar refugio al escapar de Santa Rita.

—No me queda más remedio que esperar aquí dos o tres días —digo a los compañeros de la celda 14, cuando he de subir a ella para el recuento de la tarde—. Veremos si hay suerte y me dejan vivir hasta entonces.

Cuando tres horas más tarde se produce una nueva saca, tengo la absoluta seguridad de que vienen por mí. Sigo con mayor interés y emoción que nunca el ruido de pasos en el pasillo, el encender y apagarse las luces, la apertura de puertas y las voces que llegan confusamente hasta nosotros. Fermín, que aupado nuevamente sobre los hombros de su hermano, atisba por la rendija del montante lo que ocurre, nos lo va comunicando escuetamente:

—Han abierto la veintitrés. Ahora vienen para acá.

—No, no. ¡Creo que se van!

Todo dura cinco minutos escasos, aunque yo creo envejecer en ellos cinco años. He sufrido mucho en las sacas anteriores, en todas las cuales temía que vinieran por mí. En esta ocasión sufro más porque ahora tengo la clara sensación de la rata atrapada en una trampa sin escapatoria posible.

—Bueno —dice Ferreiro— ya me parece que podemos dormir esta noche.

No experimento esta vez la salvaje alegría de otras semejantes, ni siquiera el hambre voraz que a todos nos produce el peligro inminente superado. Continúo sentado en el petate sin intervenir en la charla general.

—Enhorabuena —dice Reglero, que se da cuenta de mi estado de ánimo —. Por lo menos tienes dos días más de vida porque mañana es sábado.

En el azoramiento y premura de las horas precedentes ni siquiera he pensado en ello. En efecto, el 19 de mayo es domingo y los domingos no fusilan a nadie. En otras semanas he recibido con el mismo alborozo que los demás condenados la llegada del sábado; en ésta, no. Gano poco con que no me maten el domingo por la mañana, si han de hacerlo el lunes o el martes.

—De todas formas, me fusilarán lo mismo, si no encuentro manera de largarme.

Sábado y domingo son los días más largos de mi vida. También los de mayor desolación y desesperanza. Me muevo mucho, procuro no desaprovechar un solo minuto, hablo con cien personas distintas, inició dos tentativas distintas y no consigo nada. En la mañana del sábado logro llegar hasta la entrada del patio de comunicaciones e incluso trasponerla porque está entreabierta. Pero sólo consigo darme de bruces con el funcionario que vigila al otro lado y que me cierra el paso, preguntando receloso dónde voy.

—A comunicar con mi familia —respondo, fingiéndome totalmente despistado—. ¿No se va por aquí al locutorio?

—¿Eres nuevo aquí?

—Iba al locutorio —contesto, eludiendo responder directamente a su pregunta.

—Pues vuelve ahí —me dice, obligándome a retomar al patio grande— y espera que te llamen.

El domingo, después de la misa y de la formación en el patio, realizo otro intento, pero un oficial me sorprende junto a la alambrada y no puedo seguir adelante. Antes de subir a cenar, me pongo de acuerdo con Martínez.

—Procura bajar después del recuento.

No sin grandes dificultades y merced a la ayuda de varios compañeros consigo abandonar la segunda planta antes de que cierren las puertas al toque de silencio. He de esperar un rato en la primera para pasar sin ser visto ante la jefatura de servicios y llego al cuartucho de Martínez cuando ya suena la corneta en el patio.

—Manolo no está. Le llamaron hace quince minutos y dijo que esperases.

Le espero impaciente, tumbado en un rincón, tapada la cabeza con una manta por si alguien asomara por allí. Tarda una hora en volver y lo hace del peor humor imaginable. Trae para mi malas noticias. No es sólo que el funcionario en que tanto habíamos confiado no ha entrado de servicio por hallarse enfermo, sino que no podremos ir hasta el estanque de ninguna manera. El motor tuvo la mala ocurrencia de averiarse con una hora de anticipación y ha tenido que arreglarlo ya, vigilado por uno de los oficiales.

—Lo peor es que parece que se ha olido algo y ha dicho a los soldados que vigilen aquella parte y si ven aparecer a alguien, aunque sea yo, disparen a matar.

Como comprobará, al día siguiente no se trata de ninguna argucia o pretexto para eludir su compromiso conmigo. Las cosas suceden en la forma que me las cuenta. Incluso se da el caso anómalo que media hora más tarde el mismo funcionario corre el cerrojo del cuchitril, dejándonos encerrados.

—Si se les ocurre contar los que hay aquí o en tu celda armarán un buen escándalo.

Por fortuna no se les ocurre realizar un recuento extraordinario. Tenemos la suerte además de que esta noche no haya saca. En cualquier caso no logro conciliar el sueño un solo minuto. Pienso mucho, y en las circunstancias en que me encuentro no me hace ningún bien.

Durante el reparto del desayuno matutino consigo volver a mi piso y a mi celda. Los compañeros de la 14 me ven aparecer con encontrados sentimientos. Si por un lado confiaban en que hubiese podido escapar, por otro temían que me hubiesen matado en el intento.

—No hubo ni siquiera intento —confieso cariacontecido— y voy perdiendo incluso la esperanza de que lo haya nunca.

He perdido ya dos días y tres noches y cada vez veo el panorama con tintes más sombríos. En la mañana del lunes tampoco consigo nada práctico, excepto un nuevo acuerdo con Martínez para probar suerte a la noche siguiente. A la una de la tarde, cuando esperamos de un momento a otro el toque de fajina, me llaman para comunicar. Me sorprende la llamada porque las comunicaciones de la mañana han debido terminar ya.

—Y han terminado —dice el preso que vocea los nombres—. Se trata de una comunicación extraordinaria para los suscriptores de *Redención*.

Redención es una luminosa idea no sé si del director general de Prisiones, el general auditor don Máximo Cuervo, o de algunos de sus colaboradores. Se trata de un periódico para los presos y sus familiares, en el que pueden colaborar los propios reclusos, incluso cobrando muy módicas cantidades por hacerlo. En *Redención* se hacen grandes elogios del sistema penitenciario español, de la generosidad con que somos tratados los

detenidos y de lo bien que se vive en las cárceles, pero no se dice una sola palabra de hambres, condenas y fusilamientos. No goza, como es natural, de las simpatías de aquellos a quien va destinado y no alcanza mucha difusión, pese a ser el único periódico autorizado en las prisiones con suscripción obligatoria para los que tienen destino y ofrecer como incentivos una comunicación y una carta más cada determinado tiempo.

—Suscribirme —dirá mi madre unos minutos después— fue la única manera de que pudiese comunicar hoy contigo.

Mucho más que los medios de que se haya valido para lograr la comunicación me interesa lo que tenga que decirme. Temo bastante, como es lógico, que sea una confirmación amplia y detallada de lo que he creído entender del recado dejado tres días antes por mi hermano.

—¡Buenas noticias, hijo! —empieza por decirme antes de que pueda preguntarla nada—. Las mejores que podías esperar.

Cuando en el curso de la comunicación me explica en qué consisten veo que son excelentes, en efecto, dentro de lo que cabe. Pero distan un abismo de lo mejor que podía esperar y desear.

No se trata, claro está, de que vayan a ponerme en libertad, ni que me hayan indultado. Ni siquiera tienen esperanzas de que puedan indultarme en fecha más o menos próxima. De conseguir algún día la conmutación de la pena de muerte que pesa sobre mí habrán de transcurrir en el mejor de los casos dos o tres meses. Sin embargo, lo que mi madre me comunica despeja un tanto —al menos de momento— las negruras del horizonte.

—Tu expediente había desaparecido de donde estaba y temimos lo peor. Por eso, cumpliendo la promesa que te habíamos hecho, vino Mariano a decírtelo. Como no pudo comunicar se las ingenió para que el de la ventanilla de peculio te diese un recado que bastaría para que comprendieras que las cosas iban muy mal.

Afortunadamente, en los tres días transcurridos desde el viernes, algunos amigos de mi hermano habían conseguido localizar el sumario. Contra lo que temieron en un principio no había pasado a Ejecutorias, sino a otro departamento, para evacuar o cumplimentar no sabía qué trámites. Parecía que mientras estuviese allí no me fusilarían.

—Incluso han prometido retener el expediente hasta que se presente alguna ocasión favorable.

Dudo mucho que las cosas sean tan sencillas como mi madre me las presenta. Es probable que acentúe las seguridades para tranquilizarme, aparte de lo que mi hermano por su parte las haya mejorado para tranquilizarla a ella. Al finalizar la comunicación y tras repetir que estarán al tanto de la marcha del sumario y que en caso de torcerse las cosas me avisarán como sea, suplica:

—No hagas nada, hijo mío. Yo confío en que todo pueda arreglarse aún. Ten si quieres preparadas las cosas. Pero no intentes nada a la desesperada mientras no vengamos a decirte que está todo perdido.

* * *

Todo vuelve a estar para mí como una semana antes. Expuesto a que la noche más inesperada sea conducido a Porlier para pasar en capilla los últimos momentos de mi vida; pero sin que se hayan cerrado todas las puertas, recaído una decisión definitiva en mi asunto ni tenga la seguridad de que voy a morir inevitablemente mañana o pasado.

Mi situación el lunes no es mejor ni peor que el viernes. Tan dramática como para volver loco a quien se encuentra metido en ella, pero tan acostumbrado ya como para llevar cuatro meses en tan angustiosa zozobra y seguir razonando normalmente. Sólo advierto una diferencia sensible: que mi familia parece saber dónde se encuentra mi expediente y que no vacilará en avisarme si ve mal las cosas para que haga lo poco o mucho que pueda hacer.

—Por si acaso —decido— habrá que preparar las cosas con calma para no sufrir de nuevo la sensación de absoluta impotencia de estos días.

Reanudo mi vida normal, dentro de la terrible anormalidad del ambiente que me rodea. En la última decena de mayo y las dos primeras de junio de 1940, la atmósfera de Santa Rita alcanza un grado extremo de pesimismo y desolación. Cada día ingresan nuevos detenidos que amenazan reventar pabellones, galerías y celdas, incapaces de contener un número sin cesar creciente de presos. Cada tarde son más los conducidos a las Salesas, que retornan a las veinticuatro horas con una carga impresionante de penas de

muerte. Casi cada noche hay alguna saca y los supervivientes nos enteramos cada mañana de los nombres de amigos y conocidos perecidos de madrugada. Por otro lado, para hacer más sombrío el cuadro, cada vez la comida es más escasa y peor y, pese al sacrificio de nuestros deudos en libertad, los paquetes que recibimos son más pequeños y raquíticos.

—No saben lo que nos ha costado —oímos en las comunicaciones y leemos en las cartas— lo poco que he podido traerte.

Nos figuramos sin gran esfuerzo lo que no sabemos, y figurarnos las hambres y sacrificios de madres, esposas, hermanas o hijas no sirve precisamente para aumentar nuestro contento. Muchos dentro de las cárceles se sacrifican a su vez por aliviar un poco las dificultades de sus familiares en la calle.

En muchos discursos oficiales, en frecuentes artículos periodísticos, en todos los números de *Redención* e incluso en los sermones que durante las misas que se celebran en la totalidad de las prisiones de España nos dirigen capellanes, párrocos o misioneros, se hacen grandes elogios de «una obra genial y generosa del sabio jesuita padre Pérez del Pulgar». Se trata de la redención de pena por el trabajo, merced a la cual sobre acortar considerablemente sus condenas quienes han sido sentenciados a penas de prisión —los condenados a muerte quedan totalmente excluidos, aunque con posterioridad sean indultados—, los presos pueden contribuir al sostenimiento de sus familiares.

No son altos ni generosos los salarios que se ofrecen, que en ningún caso llegan ni a la tercera parte de lo que cobran los trabajadores libres. En general, por una jornada de trabajo en las minas, en los túneles que se abren para el ferrocarril Madrid-Burgos, en Cuelgamuros o en otros destacamentos se les ofrecen tres pesetas diarias. Claro que ni los trabajadores presos ni sus familiares recibirán las tres pesetas, que se distribuyen cuidadosamente en diferentes conceptos. Una peseta sirve oficial y nominalmente para mejorar el rancho del recluso; otra peseta será remitida a la mujer o los hijos, y la tercera, aparte de algunas pequeñas deducciones, será ingresada en una cuenta de ahorro para que el interesado, cuando recobre su libertad dentro de catorce o quince años, disponga de un

fondo de reserva para vivir mientras encuentra —si la encuentra— ocupación en la calle.

Aunque la pequeñez del salario no entusiasma a nadie, no faltan mineros, picadores, albañiles, picapedreros y simples peones que aceptan «redimirse» merced un duro laborar. Ninguno tiene muy en cuenta que por cada jornada de trabajo le rebajarán unas horas su condena de veinte o treinta años de presidio. Todos solicitan trabajar para ser trasladados a un lugar más cercano a su residencia familiar y, esencialmente, para contribuir en lo poco posible a que sus hijos no continúen pasando tanta hambre.

En el mismo Santa Rita hay ya una treintena de hombres —que pronto serán veinte veces más— que se «rediman» trabajando muchas horas diarias en la explanación de los terrenos donde ha de levantarse la futura cárcel de Madrid. También se piensa convertir Santa Rita en prisión central de trabajadores donde se concentren no sólo los que trabajen en la nueva Cárcel Modelo de Carabanchel, sino los que vayan a Cuelgamuros, Chamartín, Buitrago y todos los destacamentos de trabajo en cien kilómetros a la redonda. Se trabaja tan duro en estos sitios, en tan precarias condiciones de higiene, con una debilidad creciente de los obreros presos por la falta de alimentación, que en 1942 y 1943 veremos regresar a Santa Rita, destrozados por el bacilo de Koch y la silicosis a hombres que no son ni sombra de lo que fueran unos meses antes cuando partieron hacia los destacamentos. Un periodista madrileño —Valentín Gutiérrez de Miguel— puede comentar un día entre mordaz y angustiado:

—Vamos progresando indudablemente, recorriendo todos los colores del iris. Primero fue la trata de negros, más tarde la trata de blancas y ahora la trata de rojos. Con la enorme diferencia que mientras la trata de blancas constituía un horrendo pecado, la de rojos está patrocinada y bendecida por nuestra Santa Madre la Iglesia.

Sin «redimir pena» trabajando por cuenta propia y superando todo género de dificultades hay otros que se las ingenian para ayudar dentro de sus escasas posibilidades a la mujer o los hijos que están en libertad. Algunos descubren pronto que las tallas de madera, esencialmente cuando se trata de raíz de olivo, se pueden vender en determinadas tiendas y comercios. Son forzosamente pocos en número porque, aparte de ciertos

conocimientos profesionales y dotes artísticas, se precisan herramientas que difícilmente se toleran en la cárcel, excepción hecha de los que tienen destinos como carpinteros.

Mucho más abundantes son los que fabrican muñecos de trapo. Los materiales son baratos: retales de lona o trozos de ropas en desuso, unos kilos de serrín, unas agujas y unos palos para apretar el contenido. Con un patrón se recortan las diversas partes del muñeco que una vez cosidas se llenan de serrín muy apretado. Otros patrones sirven para confeccionar ropa para vestirlo y, por último uno, más hábil o mejor dotado que los demás, le pinta la cara.

Al principio no se fabrica más que un tipo de muñeco. Es la figura de un payaso —al que todos llamamos Thedy— único del que existe, traído no se sabe de dónde ni por quién, los patrones de la figura en sí y de las ropas: zapatones de madera, pantalones holgados, jersey, chaleco, reloj, bastón o paraguas. Más tarde surgen diez o doce muñecos más, en diferentes tamaños y posturas. Representa a Caperucita, al Lobo, a los tres cerditos, a Pinocho, al Gato con Botas e incluso a Lolín y Bobito. La mayoría de los dibujos originales y de los patrones se deben a un pintor preso —Clavo—, que de esta manera presta un valioso y eficaz servicio a sus compañeros de reclusión.

Todos probamos suerte con los muñecos. Incluso se llega a una distribución especializada del trabajo. Unos se dan mucha maña para rellenar de serrín las figuras; otros para confeccionar las ropas; algunos para hacer los zapatos o los relojes de madera, unos pocos confeccionan con facilidad pelucas y bigotes. Hay momentos en que Santa Rita parece una fábrica de muñecos y en que todos los paquetes que reciben los familiares llevan una cigarra, una Caperucita o uno de los cerditos músicos.

A nuestra celda, como a todas, llega la manía de los muñecos. No he sido nunca mañoso y lo demuestro cumplidamente en esta ocasión. Intento diez muñecos distintos, trabajo con entusiasmo en todos y sólo consigo terminar —y eso gracias a la ayuda de los demás— un Thedy que sólo a mi madre pudo parecer precioso. Soy una verdadera calamidad y pronto los demás rechazan incluso mi desinteresada ayuda porque varias veces estropeo lo que llevan bastante adelantado.

Carlos Rubiera, en cambio, es un verdadero artista. Aprende con rapidez, trabaja con entusiasmo, le cunde más que a ninguno y algunos de sus muñecos son pequeñas obras maestras de artesanía. Labora sin descanso y todas las semanas, al comunicar con la familia, puede entregarlos un par de muñecos. (Sólo más tarde, después de que Carlos haya sido fusilado, sabremos que estos muñecos constituyeron una buena ayuda para sus deudos, que se morían materialmente de hambre. Porque Rubiera —diputado socialista, subsecretario de Gobernación, presidente de la Diputación y otros varios cargos elevados— no tenía un solo céntimo al terminar la guerra).

Si la fabricación carcelaria de muñecos alivia un poco el hambre de los familiares de algunos presos, la tarea de confeccionarlos nos sirve a todos —incluso a los que, como yo, no hacen nada a derechas— de entretenimiento para no pensar más de la cuenta en lo desesperado de nuestra situación.

Otros —muy pocos— periodistas, dibujantes y escritores o aspirantes a serlo, consiguen a veces unas pesetas o «redimen» sus penas con un trabajo que el resto de la población reclusa mira con malos ojos. Son los colaboradores del periódico *Redención*, destinado especialmente a los presos y sus familiares. A los colaboradores asiduos, a aquellos cuyos nombres aparecen cuatro o cinco veces en las columnas del semanario, la gente les trata con prevención e incluso les niega el saludo. Ignoro si a cualquiera de ellos los artículos que publica le benefician en algo, aparte de las cuatro o cinco pesetas que le pagan. En cambio, en las cárceles primero y en la calle después se habla mucho de uno en cuyo triste final influye al parecer decisivamente un dibujo aparecido con su firma en las páginas de *Redención*.

Se trata de un buen dibujante y excelente persona, Carlos Gómez, «Bluff», cuyas caricaturas en *La Libertad* le granjean una amplia popularidad en los años que preceden al estallido de la guerra. Preso al terminar ésta y movido por la necesidad, tiene la malaventurada idea de enviar a *Redención* una historieta publicada algún tiempo atrás en un semanario humorístico. En cuatro viñetas repite el conocido cuento de los pescadores con caña que pescan un pez, cuya posesión se disputan a golpes

porque se han enredado los correspondientes sedales. Cuando la historieta se publica hay quien le atribuye una intención política actual que no tiene. Quieren ver en ella una clara alusión a la rivalidad entre falangistas y requetés disputándose nada menos que el poder.

Aunque la interpretación es tan absurda como disparatada, máxime habiéndose publicado por primera vez mucho antes del Movimiento, lo efectivo es que el autor es juzgado a los pocos días en un consejo de guerra sumarísimo de urgencia. La primera noticia que nos llega del resultado es el fusilamiento del pobre Carlos Gómez, «Bluff».

* * *

La guerra mundial en la que tantas esperanzas habían puesto algunos discurre en forma catastrófica. Todo sucede en forma diametralmente opuesta a lo que esperábamos y deseábamos. A la rendición del ejército holandés sigue la del belga con el rey Leopoldo a la cabeza. Derrotados británicos y franceses, los primeros tienen que reembarcar en Dunkerque y los segundos sustituir a Gamelín por Weygand y a Reynaud por Pétain. El viejo mariscal, embajador francés en Madrid hasta el comienzo de la ofensiva hitleriana, firma la rendición de su patria. Italia interviene entonces en una guerra que considera ganada y, España cambia su neutralidad por la «no beligerancia».

Los periódicos españoles celebran como si fueran propias las victorias hitlerianas y el hundimiento que parece definitivo de las democracias decadentes y masónicas. Las fuerzas españolas ocupan Tánger y grandes manifestaciones recorren las calles de Madrid y otras ciudades al grito de «¡Gibraltar español, Tánger ya lo es!». Los alemanes llegan a la frontera pirenaica luego de ocupar la mayor parte de Francia. Los regímenes totalitarios se imponen en Europa. Hitler pregona a los cuatro vientos su seguridad en el triunfo final de su Reich Milenario.

Cada noticia que nos llega es un nuevo mazazo. Estábamos firmemente convencidos de que la democracia aplastada en España triunfaría sobre el nazismo alemán y el fascismo italiano en los campos de Europa, y sucede todo lo contrario. Si Inglaterra, tambaleante, se derrumba también como los periódicos dan como seguro en un plazo de días o semanas, ¿qué esperanzas

puede haber para las organizaciones obreras y los partidos izquierdistas? Los comunistas siguen hablando de la Unión Soviética. Pero ¿podrá resistir mucho cuando la máquina militar hitleriana, liquidada la guerra en el oeste del continente, se vuelva hacia el Este, rompiendo la sorprendente alianza firmada por Molotov y Ribbentrop?

—Temo mucho que estemos en los comienzos de una nueva Edad Media; de una época de oscuridad y terror que durará mucho más que nuestras pobres vidas.

Estamos hundidos, desmoralizados, sin ganas siquiera de hablar y discutir. Lo vemos todo negro sin que asome por parte alguna la esperanza de una aurora. Cuando esperábamos que la noche quedase atrás encontramos que está comenzando. Empiezo a pensar que García Peña tenía en su acendrado pesimismo más razón de la que suponíamos.

Porque si las noticias de la guerra son desalentadoras, no resultan más optimistas las que nos llegan de la calle. La dureza de la vida, especialmente para nuestros familiares, se acentúa de día en día. Cada vez son más los artículos racionados y más amplio el abismo existente entre los salarios y los precios. No es el rancho lo único que disminuye y empeora, sino las raciones de pan o legumbres. Nuestros deudos se mantienen a base de zanahorias, boniatos, guijas y el famoso «Puré de San Antonio». De estraperlo se puede comprar de todo; pero falta el dinero para pagarlo. Aun estando a siete kilómetros de la Puerta del Sol, mi madre, con cerca de setenta años a cuestas, viene andando la mayoría de las veces porque no tiene para el tranvía.

Dentro de la prisión continuamos igual, aunque con más hambre, sobresaltos y piojos. Dormimos amontonados, comemos poco y mal, salimos menos al patio y permanecemos más horas encerrados. Siguen los consejos y las condenas. También las sacas. Casi todas las noches oímos pasos en el pasillo y esperamos con el corazón galopando desesperadamente que se abra la puerta de nuestra celda. Morimos un poco cada noche de este para nosotros interminable mes de junio. Y mientras esperamos, angustiados, empapados en sudor que quienes andan por el pasillo no se detengan ante nuestra puerta, por la ventana abierta nos llega

la música de la verbena instalada en la plaza del pueblo. No falta quien con los puños apretados comenta.

—Hubiera sido preferible morir todos el mismo 28 de marzo.

* * *

En julio de 1940 la prisión de Santa Rita experimenta considerables cambios. Cuando comienza el mes somos más de tres mil los presos recluidos en ella que difícilmente cabemos en los tres edificios que la integran. No hay sitio para nada y el espacio ocupado por la enfermería, el economato, las diversas oficinas, las duchas e incluso la cocina han sido reducidos al mínimo. Aunque las sacas continúan con el mismo ritmo y de vez en cuando salen algunos en libertad, son siempre más los que ingresan.

—Van a trasladar a muchos —nos dicen los destinados en Régimen y Jefatura— para dejar sitio a los trabajadores de la cárcel y los que vengan en tránsito destinados a otros destacamentos.

Durante varios días especulamos con los posibles traslados. No nos sorprende que nos lleven de un lado para otro porque hace meses que está en pleno auge lo que sarcásticamente llamamos «Turismo penitenciario», consistente en cambiarnos de cárcel cuando no estamos condenados y de penal cuando lo estamos. Por regla general, a los andaluces les mandan a Galicia; a los vascos, a Andalucía; a los asturianos, a Valencia o Alicante; a los valencianos, al Dueso, y a los catalanes, a Cartagena o al Puerto de Santa María. Casi todos los viajes se realizan por ferrocarril con la terrible lentitud de los trenes de la posguerra. Se tardan cinco o seis días en recorrer cuatrocientos kilómetros con largas paradas en los sitios más inverosímiles y representan una terrible paliza para los presos.

—Tres traslados —se dice en las cárceles— equivalen a una pena de muerte; cuatro a una ejecución sin derramamiento de sangre.

Por mal que se encuentre en cualquier prisión, nadie desea que le trasladen a otra. No sólo porque puede ser peor, sino por miedo al viajecito entre ambas. Los cambios anunciados en Santa Rita provocan la inquietud de los afectados, que podemos ser todos.

—Quieren concentrar todos los reclusos en el edificio principal, dejando vacíos los otros dos.

Un ligero cálculo nos indica que tendrán que cambiar de forzada residencia alrededor de un millar de presos. ¿Quiénes serán y hacia dónde? Damos por descontado que entre ellos figurarán todos los que están condenados a penas superiores a seis años y un día. Como su número no debe pasar de trescientos o cuatrocientos, el resto deben ser los que no han sido juzgados aún.

—Lo que no comprendo es dónde diablos los pueden meter cuando en todas las cárceles de Madrid sigue sobrando gente.

Esta última duda no tarda en ser aclarada. Alrededor de medio millar de procesados serán conducidos al Príncipe de Asturias, en el mismo Carabanchel, donde han habilitado un nuevo pabellón o edificio. Incluso circulan noticias halagüeñas sobre las condiciones que prevalecen en ella.

—Tiene un patio mayor que Santa Rita y una espléndida huerta. Además, el régimen interno es menos severo que aquí.

Pero antes que se ultimen los preparativos para Príncipe de Asturias salen dos expediciones de condenados con más de veinte años de sentencia. La primera, que parte en la primera decena de julio, va destinada al penal de Burgos. La segunda —en la que va Mariano Aldabe, indultado unos días antes—, Valdenoceda. No sabemos dónde está ni qué es Valdenoceda, preguntamos bastante hasta que nos dicen que se trata de un punto del norte de la provincia de Burgos que no tiene ferrocarril, y más concretamente de una vieja fábrica de harinas a orillas del Ebro transformada en penal.

Estas expediciones no alteran poco ni mucho la vida de la prisión. Continúan acudiendo a las Salesas para ser juzgados un puñado de presos cada día y con frecuencia tienen lugar las consabidas sacas. Una, más numerosa que las precedentes, se efectúa en la noche del 18 de julio. La fecha queda grabada con fuerza en mi memoria por dos razones. La primera, porque guardias y funcionarios permanecen un par de minutos parados ante la celda en que me encuentro, con el consiguiente susto para los tres condenados que nos hallamos en ella. La otra, porque este día se cumplen los seis meses justos de mi condena.

—Sería mucha casualidad que me matasen al cumplirse el medio año de la sentencia.

Los rumores que circulan sobre Príncipe de Asturias animan a muchos a desear ser incluidos en el traslado. Por un lado está muy cerca, en el mismo Carabanchel, y andando no se tardará más de media hora en llegar. Por otro aseguran que allí se está muy bien. Hay todavía algo más, de lo que no suele hablarse en voz alta, pero que para no pocos constituye una razón de peso.

—Príncipe de Asturias era un colegio normal, no un correccional como Santa Rita. Las tapias no tienen cuatro metros como aquí, sino la mitad escasa. Si además están mal vigiladas.

Al final hay más voluntarios para ser trasladados al Príncipe de los que tenían pensado que fueran. Se los llevan en la última decena del mes en dos largas columnas, custodiadas por guardias, que salen una por la mañana y otra por la tarde. Entre los varios centenares de trasladados se encuentra una mayoría de compañeros, amigos y conocidos. Con ellos van muchos de los que conmigo vinieron de Yeserías el 7 de marzo: Girón, Ascanio, Bares, Calvo y Mesón.

Los traslados no acaban con los realizados a Príncipe de Asturias. A los pocos días parte una nueva expedición de condenados para El Dueso. Más tarde, otra destinada a Palencia. En esta última van, con cadena perpetua, los socialistas Toro y Henche. Todas las expediciones producen una sensación general de tristeza. En todas van personas que han compartido con nosotros horas dramáticas, con las que hemos entablado fuertes lazos de amistad y a las que abrazamos con la triste corazonada de que lo hacemos por última vez. La vida en los penales tiene poco de saludable para ninguno de los condenados. Aunque todavía lo resulte menos aún tener pendiente sobre la cabeza una sentencia de muerte.

—Será difícil que ellos o yo vivamos lo necesario para volver a vernos.

Aunque todo este trasiego de procesados o condenados hace disminuir considerablemente el número de presos en Santa Rita, apenas se nota en el piso segundo del edificio principal. Las celdas continúan tan llenas como antes; siguen ingresando en ellas los que regresan de Consejo, con la más grave petición fiscal y continúan las sacas con el ritmo habitual. Todas las tardes circula el rumor de que unas horas después habrá acontecimientos

lamentables, y los temores se confirman en el setenta y cinco por ciento de las ocasiones.

De pronto, ya en los primeros días de agosto, sin anuncio previo de ninguna clase, se produce el más inesperado —y al mismo tiempo el más amenazador— de los traslados. Se trata del envío masivo a Porlier de todos los que tienen anotado en su expediente una petición fiscal de última pena. Los propios jefes de servicios, así como los jefes de la fuerza pública encargados de custodiar el traslado, hacen una declaración tranquilizadora para los condenados: no se trata de una saca.

—Por órdenes de la superioridad van a ser concentrados en la Prisión Provincial aquellas personas para las que el ministerio fiscal ha solicitado determinada pena. Se hace por conveniencia del servicio y razones de seguridad. Pero sin que eso excluya que la mayoría pueda ser indultados. Incluso que la sentencia de muchos sea inferior a la pedida o que, por decisión legal del auditor, haya sido anulado el primer juicio y tenga que verse por segunda vez.

Tenemos la seguridad de que es verdad lo que dicen. Con todo, ser enviado a Porlier tiene mucho de penoso y amenazante. Si en una, dos o tres galerías de la Prisión Provincial se reúnen todos los condenados a muerte que existen en las veintitantas cárceles madrileñas, lo normal, incluso lo obligado, es que haya sacas casi todos los días de la semana, con el consiguiente sobresalto para la totalidad de los sentenciados al abrirse las puertas y asistir a la lectura de las listas de los que van a ser ejecutados.

A ninguno le agrada el traslado y todos tuercen el gesto al ser nombrados y tener que echarse al hombro los petates que ya tienen preparados. Los bajan por grupos, no sin esposarles antes, hasta la puerta de la calle donde esperan los correspondientes coches celulares. Cuando uno se llena emprende la marcha, mientras otro se va llenando. La operación se prolonga durante casi toda la mañana.

En las listas de traslado no aparecemos los que, como Fermín o yo, no hemos declarado al volver de Consejo que regresábamos condenados a muerte, sino con una petición fiscal de cadena perpetua. Oficialmente, en la cárcel no saben más que lo manifestado por nosotros y no lo sabrán hasta tanto que desde Auditoría, Ejecutorias o cualquier juzgado remitan el

correspondientes testimonio de condena o dispongan el traslado para la ejecución del reo, caso de haberse denegado el indulto.

No sorprende, por lo tanto, que ni siquiera nos nombren. Pero sí extraña que cuando la fuerza pública se marcha a la hora de la comida y se sirve el rancho en toda la prisión queden en Santa Rita una decena de hombres, que no han ocultado la petición fiscal de que fueron objeto al ser juzgados y que como condenados a muerte figuraban en la cárcel. Se les ha reunido en una celda del segundo piso —la 13 concretamente—, y allí continúan por la tarde. Son todos bastante conocidos, entre otras razones por llevar mucho tiempo sentenciados. Aparte de Ferreiro, el taxista, aparecen entre ellos un buen dibujante y escenógrafo llamado Tomás Gayo; Pablo del Valle, militante socialista; un tal Segundo, portero de un Ministerio y un sastre apellidado Cuadrado, que ha enseñado a la mitad de la cárcel a confeccionar las ropas para los muñecos.

Cuando llega la noche y continúan en la misma celda —inmediata a la que ocupo yo en unión de Rubiera, Egido, Reglero y varios más— por Santa Rita circulan distintas explicaciones del hecho, sin que los interesados sepan cuál puede ser la verdadera. Sostienen unos que no se les ha trasladado a Porlier porque en la Prisión Provincial no caben ya materialmente los que hoy han llevado de las diferentes cárceles. Afirman otros que los han dejado allí porque todos ellos fueron juzgados antes de que finalizara 1939 y, dado los meses transcurridos desde entonces, cabe la posibilidad de que sus juicios hayan sido anulados. Los más se inclinan por una posibilidad diferente: que se haya hecho tarde para trasladarlos hoy y que se los llevarán a la mañana siguiente.

Esta última hipótesis queda desvanecida cuando pasan tres días y continúan allí. También parece desvanecerse la de que, dado el tiempo transcurrido desde que los juzgaron, no estén realmente condenados a muerte, porque, a diferencia de lo que ha sucedido hasta ahora, los reclusos de la celda 13 son objeto de una vigilancia especial; cerrada con llave la puerta, sólo salen al patio una hora al día, precisamente cuando los demás presos estamos dentro de los edificios, vigilados por dos funcionarios y reforzando los centinelas de la huerta y las alambradas.

—Parece que los diez están condenados a muerte de verdad, pese a lo que se haya rumoreado en Santa Rita —digo convencido—. Pero acaso esté en mucha peor situación que ninguno al que haga el número once en la celda número trece.

* * *

Ocho días más tarde, soy yo quien hace ese número. Una mañana de mediados de agosto comunico con mi madre con absoluta normalidad. Recibo, como de costumbre, las buenas impresiones de mis familiares, que parecen totalmente convencidos de que mi expediente continúa en el mismo departamento donde ingresó hace ya tres meses y que, de momento al menos, puede estar relativamente tranquilo. Apenas salgo de la comunicación vocean mi nombre en el patio y un oficial me conduce a Jefatura. El jefe de servicios, un hombre cincuentón, alto, delgado, de gesto adusto y cara de pocos amigos, me dice en tono autoritario que recoja mis cosas en la celda 14, porque van a encerrarme inmediatamente en la 13.

—¿Por qué?

—Aunque lo sabe mejor que yo —responde—, le diré que está condenado a muerte y no a treinta años. En Dirección se ha recibido una comunicación de Auditoría, haciéndolo constar así.

Diez minutos después he recogido mi petate en la celda que he ocupado hasta ahora para trasladarlo a la inmediata bajo la atenta mirada de un oficial que vigila mis menores movimientos. Aunque tanto Reglero como Rubiera tratan de quitar importancia a la comunicación de Auditoría, tengo la impresión de que piensan lo mismo que yo.

—Seguro que me fusilan esta noche.

Los ocupantes de la celda 13, que me reciben con los brazos abiertos, tratan inútilmente de despejar los sombríos pensamientos suscitados por el cambio de encierro. Incluso mediada la tarde sube uno de los destinos de la oficina de Régimen para negar importancia a la notificación de mi pena de muerte. De creerlo, no se trata de una comunicación espontánea por parte de Auditoría, sino que han dicho por teléfono que estaba condenado, respondiendo a una pregunta hecha por el jefe de servicios.

—Alguien le dijo que tú, como director de un periódico, debías estar con la «Pepa» y quiso salir de dudas telefoneando.

Desearía creerle, pero no puedo. La explicación me parece demasiado rebuscada. Es mucho más lógico que se trate de un aviso para que esté localizado cuando vengan a buscarme, una vez que se ha puesto el enterado a la sentencia. Aunque todos se esfuerzan por convencerme de que estoy equivocado, lo hacen con mayor entusiasmo que convicción. En el fondo piensan exactamente igual que yo.

Paso buena parte de la tarde escribiendo unas cartas de despedida. Cuando tocan silencio y apagan la luz de la celda, me tumbo a descansar como los demás, pero no consigo dormir en toda la noche. Con los ojos cerrados escucho con atención los menores ruidos. En tres ocasiones distintas creo oír detenerse un camión en la puerta de la cárcel; en varias más me sobresaltan los pasos que suben por la escalera. Por suerte, la noche transcurre íntegra sin que se produzca la menor novedad.

Por la mañana estoy cansado, muerto de sueño, pero contento. Empiezo a pensar que se trata de una falsa alarma como cuando recibí el recado a través del encargado de peculio o cuando me sacaron de Yeserías a las doce de la noche. En días sucesivos, en los que tampoco sucede nada, va aumentando esa impresión, que se amplía y ratifica una semana más tarde al hablar con mi madre y hermana, ya a la hora y en la comunicación reservada a los condenados a muerte.

—Nos asustamos anteayer cuando supimos que te habían cambiado de celda, pero después hemos comprobado que el expediente continúa en el mismo sitio y que tu situación no ha experimentado el menor cambio.

No estamos mal en la celda número 13. Permanecemos encerrados todo el día, excepción hecha de una hora que bajamos al patio, otra que invertimos en recoger el rancho y lavar los platos y una más por las mañanas para asearnos y evacuar nuestras necesidades, mientras los demás reclusos del piso pasean por el patio. El oficial de servicio en la planta tiene la llave de la celda y cuando autoriza que se abra la puerta está siempre presente, vigilando lo que hacemos o decimos. Pero esta vigilancia y las órdenes rigurosas van poco a poco debilitándose. Diez días más tarde, ya la llave de la celda está en manos de un ordenanza preso y a mediados de

septiembre la puerta sólo permanece cerrada de verdad durante la noche o cuando el director o alguno de los jefes de servicios se da una vuelta por la planta.

En adelante persiste la orden que nos prohíbe salir del piso segundo, salvo los minutos que vigilados descendemos al patio, pero gozamos de cierta tolerancia para ir de una celda a otra o para que entren en la nuestra con bastante libertad compañeros y amigos. Aunque en las cuatro plantas del edifico central de Santa Rita aún quedan siete u ochocientos hombres sin juzgar, la asistencia diaria a las Salesas ha quedado reducida a menos de la mitad, dándose la sorprendente circunstancia de que a los condenados a muerte les lleven desde el lugar del Consejo a Porlier, sin volver a pasar por Santa Rita. Como consecuencia transcurre un mes entero sin que se produzca ninguna nueva saca.

El edificio aislado en medio del patio ha quedado reservado para los trabajadores. Son varios centenares los que en estas semanas ingresan procedentes de otras cárceles. Vienen a trabajar en las obras de la nueva prisión, aunque el número de los que salen a trabajar va aumentando con lentitud y la mayoría de los traídos tienen que conformarse con pasear por el patio. El restante edificio de Santa Rita tiene unos inquilinos mucho menos recomendables, con los cuales nuestro contacto es prácticamente nulo. Son alrededor de quinientos presos comunes, juzgados unos pocos —aunque por tribunales totalmente distintos a los que nos juzgan a nosotros, disfrutando de mayores facilidades para la defensa y recibiendo condenas ridículas comparadas con las que sufrimos los demás— y procesados o simplemente gubernativos los restantes. Su llegada perjudica a todos, porque salen al patio una hora por la mañana y otra por la tarde y son dos horas más que tienen que permanecer en sus pabellones, galerías y celdas los presos políticos.

Los once recluidos en la celda número 13 —mal número si fuéramos supersticiosos para unos condenados a muerte— empezamos a disfrutar de una ventaja cuya importancia sólo más tarde calibraremos en sus verdaderas dimensiones: un pequeño aumento en nuestras raciones de rancho. Comienza todo una noche en que uno de los gaveteros anuncia:

—Los que quieran pueden repetir. Hay reenganche para todos.

—¿Y eso por qué?

—Es un regalo de los cocineros.

El reenganche consiste en recibir medio cazo adicional del caldo con algún trocito más de zanahoria o boniato y alguna raspa de corvina. Parece cosa baladí; no lo es, cuando todos pasamos hambre. En adelante se repite el hecho dos veces por día. Con reenganche o sin él, siempre nos sirven un poco más de comida. Lo agradecemos profundamente porque lo necesitamos, pero a los pocos días comprendemos que tenemos que rechazarlo con harto dolor de nuestro corazón. Es injusto que nosotros, porque estemos condenados a muerte, comamos algo más, quitándoselo a la ración de los demás. Se lo decimos a los gaveteros primero, a los cocineros después, a la mayoría de los presos del piso y no conseguimos acortar las raciones.

—Ya que estáis encerrados todo el día y hechos la puñeta con las «Pepas», por lo menos que no os muráis de hambre.

Parece un acuerdo tácito de todos los presos del piso y aun del edificio. Constituye una muestra admirable de solidaridad hacia nosotros. Es difícil renunciar voluntariamente a un poco de caldo, un puñadito de almortas o una raspa cuando uno se muere de hambre. Hay, sin embargo, quien lo hace en la prisión. Quitando al hecho, además, toda importancia.

—Repartido entre mil, no tocaríamos a nada. A vosotros once puede serviros de algo.

A fines de septiembre hay un nuevo ingreso en la celda. Un oficial de prisiones, que ha prestado servicios en Madrid durante toda la guerra, llega destinado a Santa Rita y reconoce en el patio a Fermín García Allende. Sabe que es un militante de las Juventudes Libertarias que hizo guardias en la Modelo, y se resiste a creer que le hayan pedido sólo treinta años. Hace averiguaciones y no le cuesta trabajo enterarse de su verdadera condena.

—No pararé hasta que te fusilen —dice a Fermín cuando le trasladan a nuestra celda—. ¡Y espero que sea muy pronto!

Cuatro días más tarde aparece por la celda 13, aunque no está de servicio en el piso. Rebosante de satisfacción anuncia desde la puerta entreabierta, mientras con la mano derecha oprime la culata de su pistola:

—¡Ya puedes ir rezando lo que sepas! Esta misma tarde te llevarán a Porlier y mañana al amanecer… ¡RIP!

Cinco horas más tarde un oficial de prisiones, tristemente famoso en las cárceles madrileñas por la índole especial de su cometido, se presenta en Santa Rita con una furgoneta y cuatro guardias como protección y escolta. Irrumpen en la celda a media tarde y, por sorpresa, se lanzan sobre Fermín y le esposan las manos a la espalda, mientras nos contienen a los demás con la amenaza de las armas que empuñan. No quieren ni siquiera que el reo se lleve sus ropas. Rechazan con aire desdeñoso el ofrecimiento de varios para bajar hasta el rastrillo el petate del condenado.

—No dormirá mucho esta noche y mañana no le hará ya ninguna falta.

La intervención del funcionario de Santa Rita, que presencia la escena, consigue, no sin ciertas dificultades, que el propio hermano de Fermín recoja sus cosas y las lleve hasta cerca de la furgoneta. Cuando sube de nuevo, García Allende, que ha pasado toda la guerra en los frentes, no quiere hablar con nadie. Sentado en su petate, abismado en su meditaciones, permanece en silencio, con los puños crispados y un brillo de rabia impotente en las pupilas.

* * *

Encerrados veintitrés horas diarias en una celda angosta, viendo y haciendo siempre las mismas cosas, diciendo y escuchando parecidas palabras, el tiempo adquiere una elasticidad tan curiosa como desconcertante. Mientras los segundos se alargan desmesuradamente y los días no parecen acabarse nunca, los meses transcurren con asombrosa rapidez. Es un fenómeno difícil de comprender porque el tiempo que se estira en los minutos se acorta en las semanas. Tratamos de explicarnos lo que nos sucede y no lo conseguimos por entero. Quizá sea, sencillamente, que al ser los días tan iguales que no acertamos a diferenciar hoy de ayer o de mañana, cuando volvemos la vista atrás no hallamos en el recuerdo puntos concretos que nos sirvan de referencia para medir el camino recorrido. Sea como fuere, me doy cuenta de pronto que estamos ya en octubre; que llevo dos meses en la celda número 13 y hace nueve que me condenaron a muerte.

Examinando con toda la posible objetividad un problema que tan apasionadamente me interesa, me asombra continuar vivo y no encuentro razones válidas que justifiquen la prolongación indefinida de esta situación agónica. Muchos de los que juzgaron cuando a mí están fusilados; otros tantos fueron indultados hace ya medio año; Miguel Hernández, por ejemplo, condenado en el mismo consejo que yo, lleva varios meses indultado en Palencia. Todos, en una u otra forma, han resuelto su trágico dilema. ¿Por qué yo no? ¿Qué explicación puede tener esta excepción conmigo?

—¿Olvidas que nosotros estamos en la misma situación? —pregunta Tomás Gayo.

Tiene razón, desde luego, porque a él, como a Ferreiro, a Cuadrado, Valle o Segundo les condenaron antes que a mí. Cabe, sin embargo, que nuestra situación no sea la misma; que su sentencia haya sido anulada y tengan que volver de nuevo a juicio, mientras yo continúo todo esto tiempo sentenciado a morir fusilado. Procuro animarles y animarme con un razonamiento tan elemental como falso:

—Si todo lo que vive está condenado fatalmente a morir, ¿qué puede importamos una segunda condena que no modifica ni agrava la primera?

Algunos replican que esta segunda condena puede anticipar el cumplimiento de la primera y que cualquier niño tiene unas perspectivas de vida cien veces superiores a las nuestras; trato de negarlo con un viejo sofisma.

—Desde el día en que nacemos —afirmo— somos ya lo bastante viejos como para morimos. La muerte puede llegar en el momento más inesperado. Que es ni más ni menos que lo que nos sucede ahora a todos nosotros.

Pero por encima de los juegos de palabras, cada uno conoce perfectamente la realidad. Podrá tranquilizarnos el hecho de que pasen semanas enteras sin que se produzca una nueva saca. Sin embargo, y como demuestra el caso de Fermín, la amenaza pende constantemente sobre nuestras cabezas.

En estos días un nuevo condenado ocupa el puesto que Fermín ocupaba durante tan pocos días en la celda 13. Es un hombre que ronda el medio

siglo, republicano conservador, industrial o comerciante del mismo Carabanchel, concejal elegido el 12 de abril de 1931 y primer teniente alcalde del suburbio madrileño. A Gálvez le juzgaron hace varios meses, pero no quiso que le separasen de su hijo, preso en la misma cárcel, y calló la gravedad de la petición fiscal. Parece que alguien se extraña de que no esté condenado a muerte y descubre que realmente lo está. Igual que yo, ingresa en la celda convencido de que van a fusilarle a las pocas horas. Una semana después tiene que admitir que está equivocado.

—Mi familia asegura que me indultarán en las próximas semanas.

El ambiente de la cárcel va evolucionando durante el otoño de 1940. Si aumentan los presos comunes, que entran y salen en libertad con sorprendente facilidad, aumentan también los condenados políticos destinados a redimir sus penas trabajando en las obras de la nueva prisión de Madrid o en los destacamentos de la Sierra. Aunque una mayoría son madrileños, no faltan los procedentes de Levante y Andalucía e incluso los que vienen de penales como Ocaña, Burgos y Chinchilla. Por ellos sabemos de muchos amigos y conocidos; también de la dureza que impera en los presidios y el hambre espantosa que se padece en ellos.

Entre los que llegan a Santa Rita en esta época está Valentín Gutiérrez de Miguel. Procede de Jaén, donde le sorprende el final de la guerra al mando de una división de carabineros. Condenado a muerte e indultado tras varios meses de inquietudes y zozobras, viene reclamado por el Juzgado de Prensa. Celebra que le hayan traído a Madrid, donde tiene a la familia y nada le preocupa la reclamación pendiente porque ha sido condenado ya según aparece en el correspondiente testimonio de sentencia, aparte de por el mando militar ejercido, por su labor periodística en *El Sol, La Voz* y *El Socialista*.

—Por terrible que sea todo esto —dice sincero—, no tiene comparación posible con lo que sucede en Andalucía.

En apoyo de sus palabras refiere multitud de hechos con nombre, apellidos, lugares y fechas que no dejan lugar a la menor duda. Aunque otra cosa podamos pensar quienes estamos en ellas, las cárceles madrileñas son probablemente las mejores de España en estos momentos.

A partir del mes de septiembre cada día son más frecuentes los grupos de extranjeros que pasan por Santa Rita. Por regla general proceden de Andalucía o Extremadura y permanecen aquí siete u ocho días antes de ser conducidos a su punto de destino. En su casi totalidad son franceses huidos de la ocupación alemana o jóvenes que tratan de ganar el norte de África o llegar a Gibraltar para enrolarse entre los llamados franceses libres, que responden al llamamiento del general De Gaulle. No están muy seguros de a dónde les llevan y nosotros no podemos informarles. Por Madrid, y no sólo por las prisiones, circulan dos versiones distintas. Una afirma que serán entregados a las autoridades de Vichy que preside el mariscal Pétain. Otra que les mandan a un gran campo de concentración que funciona en la provincia de Álava. Concretamente en un pueblo llamado Nanclares de la Oca. En cualquier caso, todos van en contra de su voluntad y su estancia en Santa Rita no suele prolongarse arriba de una semana.

Hay un extranjero, sin embargo, que permanece varios meses en el mismo piso en que nos encontramos nosotros y con el que llegamos a tener cierta relación. Es un hombre alto, fuerte, de cabeza cuadrada, que se expresa difícilmente en español y que tiene una afición desmedida por el ajedrez. Aunque por su aspecto podría tomársele por un alemán puro, es un conde húngaro enemigo del nazismo. Afirma ser monárquico, partidario del imperio austrohúngaro como lo fueron sus antepasados y haber huido de su país ante el creciente dominio ejercido por Hitler sobre el almirante Horthy. Tiene un apellido enrevesado que suena algo así como *Von* Neurtweizgen. Va constantemente con un tablero de ajedrez debajo del brazo y se pasa horas y horas jugando con todo el que quiere. Juega desde luego mejor que la mayoría de nosotros; sin embargo, pierde con frecuencia, especialmente cuando desde el comienzo de la partida se le obliga al intercambio de piezas. Cuando esto sucede, se levanta muy serio, recoge el tablero y las piezas con aire malhumorado, se cuadra con un taconazo, hace una reverencia con la cabeza y estalla:

—*Usteg* no sabe jugar al ajedrez.

—No, pero le gano.

* * *

A comienzos de diciembre vinieron a buscarle unos individuos que hablaban en alemán y no volvimos a saber del conde *Von* Neurtweizgen una sola palabra.

Pronto sabemos que si es posible que algunos de los extranjeros que pasan por Santa Rita sean llevados a Francia, Italia o Alemania y entregados a las autoridades de dichos países, la Francia de Vichy y la Alemania de Hitler están entregando a buen número de españoles exiliados al final de nuestra guerra más allá de los Pirineos. Es algo que en las cárceles damos por descontado desde que se produce el colapso francés y las huestes hitlerianas llegan hasta la frontera española. A mediados de octubre sabemos concretamente que un grupo de políticos izquierdistas, detenidos en Francia, han ingresado en la cárcel de Porlier. Incluso conocemos sus nombres. Se trata del presidente de la Generalidad de Cataluña, Luis Companys, de los exministros Juan Peiró y Julián Zugazagoitia, del diputado socialista Teodomiro Menéndez, del escritor Cipriano Rivas Cherif y del periodista Cruz Salido.

—Es una primera expedición a la que no tardarán en seguir otras. Esperan tener pronto aquí a Azaña, Largo Caballero, Martínez Barrio y Negrín.

No sabemos si conseguirán traerlos o no; en el primer caso, no ofrece grandes dudas la suerte que correrían. Que es la misma que tememos que corran los políticos entregados por Hitler a Pétain. Un día, al subir de comunicar Gutiérrez de Miguel me da la noticia:

—Han fusilado a Julián Zugazagoitia y a Cruz Salido.

Le afecta mucho la ejecución de ambos, compañeros suyos en la redacción de *El Socialista* y buenos amigos siempre. Yo pienso que son dos periodistas más, cuyos nombre se han de sumar a tantos otros muertos después de la guerra frente a los piquetes de ejecución. ¿Qué ha sido de los que trajeron con ellos?

—A Companys le han llevado a Barcelona y a Peiró a Valencia. Teodomiro y Rivas Cherif siguen en Porlier, condenados a muerte.

(Antes de finalizar el año sabremos que Luis Companys ha muerto fusilado en los fosos de Montjuich. En cuanto a Juan Peiró vivirá largo tiempo condenado a la última pena para ser ejecutado en 1942).

En el segundo semestre del año la faz de la guerra ha cambiado bastante. Si en julio parecía totalmente decidida a favor de Alemania, en diciembre la seguridad es mucho menor. Hitler continúa dominando el occidente europeo, pero no ha conseguido desembarcar en Inglaterra y cada semana es más problemático que lo consiga nunca. En África, los británicos han conquistado Etiopía e infringido serios reveses a las columnas italianas que pretendían llegar al delta del Nilo. Por otro lado, los ataques contra Grecia de las fuerzas de Mussolini no han abierto al Duce el camino de Atenas; lejos de ello, son los griegos quienes avanzan por las tierras quebradas de Albania. Y por encima de todas las cosas Norteamérica, que ha proporcionado gran cantidad de aviones y tanques a Londres, parece dispuesta a impedir a cualquier precio el hundimiento inglés.

Seguimos con interés el desarrollo de la guerra, celebrando como propia la resistencia británica o la griega. El pesimismo imperante a fines de junio ha desaparecido para dejar paso a la esperanza de que las democracias podrán alzarse en definitiva con la victoria, especialmente si Alemania y Rusia acaban chocando, bien porque Hitler ataque a la Unión al no poder invadir Inglaterra o porque Moscú quiere poner freno al intento italo-germano de adueñarse de los Balcanes. Aunque metidos casi siempre en la celda 13 estamos todo lo informados que se puede estar en la cárcel. Todos los días nos pasan algún periódico y no pocas tardes leemos *O Século*, diario portugués cuyas informaciones son más amplias y menos parciales que las que publica la prensa española.

Cuando se acerca la Navidad estamos relativamente contentos, entre otras razones porque sabemos que Fermín continúa condenado a muerte, pero vivo, cuando le creíamos muerto hacía mes y medio. Comunicamos los miércoles a primera hora de la tarde; lo hacemos durante veinte minutos largos y como somos menos que en las comunicaciones ordinarias, nos entendemos mejor. La última comunicación antes de las fiestas de fin de año la sostenemos el día 18 de diciembre y a todos nos dan las mejores impresiones, especialmente a Gálvez, que al terminar la comunicación parece feliz y contento.

—Dice que ya está firmado mi indulto y que me lo comunicarán oficialmente uno de estos días para que la familia y yo podamos celebrar

con toda alegría la Navidad de 1940.

El lunes día 23 de diciembre vienen a buscar a Gálvez porque se ha presentado un juez que quiere hacerle una notificación importante. Todos, convencidos de lo que se trata, felicitamos efusivamente al interesado. Aunque hasta ahora no sepamos de ningún juez que se haya molestado en venir hasta Carabanchel para comunicar su indulto a uno solo de los condenados, encontramos lógico y natural que en este caso concreto venga la víspera de Nochebuena a dar a nuestro compañero de celda la mejor de las noticias.

Cuando regresa diez minutos después acompañado del mismo oficial que vino a buscarle, nos basta ver su gesto para comprender que las cosas no han ido tan bien como todos, empezando por él, pensábamos.

—¿Qué pasa con el indulto?

—Que no me indultan.

—¿Pero la visita del juez?

—Vino a leerme la sentencia y anunciar que seré fusilado al amanecer.

Pese a la seriedad con que habla nos resistimos a creerlo. Tiene que tratarse de una broma de mal gusto, y se lo decimos así. Gálvez niega, contraídos sus labios en una sonrisa triste. Con un gesto nos indica al funcionario de prisiones que se ha quedado a la puerta de la celda.

—Preguntadle a él y saldréis de dudas. Estaba presente cuando el juez me comunicó que me quedan menos de veinte horas de vida.

Media hora después, luego de una escena dramática al acudir el hijo a verle, enterado de lo que sucede, Gálvez ingresa en capilla en la misma prisión de Santa Rita. La capilla es una celda de la misma planta, desalojada a toda prisa donde han metido una mesa de madera y colocado un crucifijo sobre un paño negro en una de las paredes. Allí llevan al condenado para que pase unas horas, nadie sabe si las últimas porque posiblemente antes de conducirle al cementerio le hagan pasar por Porlier.

Pedimos pasar con él sus horas postreras, y se nos concede a tres de nosotros y a su hijo. Cuando entramos en la celda habilitada como capilla, a cuya puerta vigila un centinela, para que nadie se acerque, le encontramos tranquilo y sereno. Acaba de comer y acepta con entereza la proximidad de

su fin. Parece que desde la cárcel han avisado al párroco del pueblo, pero que el reo, que le conoce de antiguo, no ha querido verle.

—Si aparece por aquí —afirma— no se si podría contenerme. Es preferible que no venga. En cualquier caso, no le necesito para morir como un hombre.

Pasamos toda la tarde y parte de la noche en su compañía. Gálvez parece el menos afectado de todos. Fumamos bastante porque son muchos los presos que, enterados de lo que sucede, nos mandan tabaco. Hablamos bastante y jugamos varias partidas de dominó. Ninguno de nosotros puede evitar ponerse más nervioso a medida que avanzan las horas y va oscureciendo. Solo Gálvez mantiene su absoluta tranquilidad.

Se lo llevan avanzada la noche, esposado con las manos a la espalda y entre varios guardias. Al despedirse de nosotros, dice con firmeza pero con un gesto de profunda tristeza.

—¡Qué tengáis mejor suerte que yo, compañeros!

Le fusilan en la Nochebuena de 1940. Su muerte causa y profunda impresión en Santa Rita, tanto por la fecha de su ejecución como por el hecho de haber permanecido en capilla en la misma prisión durante todo un día. ¿Porqué viene el juez a Carabanchel la mañana de la víspera en lugar de esperar a la noche como de costumbre? No acertamos a comprenderlo, hasta que alguien, que habló con él en Régimen, nos da la explicación.

—Quería marcharse a su pueblo a celebrar la Nochebuena con su familia y prefirió hacer el viaje de día.

Su cristianísimo deseo hizo que Gálvez pasase doce horas más en capilla. Y que la Nochebuena de 1940 no tuviese la menor alegría para los miles de hombres recluidos en la prisión de Santa Rita.

* * *

El invierno 1940-1941 es difícil y duro en España. Aunque hace veintitantos meses que terminó nuestra guerra, la situación es más angustiosa que nunca. En la calle todo está racionado, y sólo de estraperlo se puede conseguir lo imprescindible para no morirse de hambre. El racionamiento es inferior al del último año de contienda en la zona republicana, y el pan ha desaparecido, sustituido por unas bolas

amarillentas fabricadas, según parece, con mondas de patata y cáscaras de naranja.

En las cárceles la simple supervivencia es un problema que cada día presenta mayores dificultades. Abundan las enfermedades carenciales, y son muchos los que permanecen sentados o tumbados constantemente, tratando de economizar unas energías que a todos nos faltan. Muchos mueren estos meses en Santa Rita. Los fallecimientos se deben a las más diversas enfermedades.

—En el fondo —dice el doctor San Miguel, que al frente de la enfermería hace lo imposible por salvar vidas de compañeros presos— todos padecen una misma e incurable enfermedad: hambre.

Aun siendo los más afortunados —porque seguimos recibiendo medio cacillo más de rancho—, los condenados a muerte no conseguimos nunca saciar el apetito. Nuestras familias hacen lo que pueden, pero pueden muy poco; la mayoría pasan todavía mayores necesidades que nosotros. Como en los días dolorosos de Albatera, el hambre sigue siendo la obsesión de millares y millares de presos. Con una diferencia sensible: que entonces, recién terminada la guerra, teníamos reservas fisiológicas, que han desaparecido en los muchos meses transcurridos. Y otra, acaso más importante: que la falta de comida, en el campo de concentración duró seis o siete semanas, y aquí se prolonga meses y años sin esperanzas de mejoría.

Junto al hambre está el frío. Pasamos semanas enteras sin conseguir entrar en calor. Sobre no ajustar puertas ni ventanas, faltan todos los cristales. Tratamos de sustituirlos con papeles y cartones, que unas veces se rompen a la menor racha de viento y otras nos obligan a quitar los funcionarios porque así lo ordena el director en previsión de cualquier visita. Cuando bajamos al patio procuramos entrar en calor corriendo como desesperados. Por desgracia, nos cansamos antes de librarnos del frío, y hemos de permanecer en la celda durante veintitrés horas al día. Como nos faltan las calorías de una alimentación suficiente, aunque estamos arropados con las mantas damos muchas veces diente con diente.

Aunque en las últimas semanas no se haya producido la menor saca, no podemos dormir con entera tranquilidad. No pasamos por los sustos y sobresaltos de unos meses atrás, por la sencilla y poderosa razón de que

somos once en lugar de doscientos los condenados a muerte. Pero, como demuestra con terrible elocuencia el caso de Gálvez, seguimos en el mismo peligro, y en cualquier momento pueden venir a buscarnos para que terminemos en el paredón. Cierto es que todos llevamos largo tiempo en la misma situación. Yo mismo cumplo el 18 de enero de 1941 mi primer año de sentenciado a la última pena. Desgraciadamente, esto no constituye la menor garantía de que no vayan a fusilarnos.

—Me indultaron en Burgos cuando llevaba veintitrés meses y unos días condenado a muerte. El mismo día fusilaron a otros cuatro que habían sido sentenciados en el mismo Consejo que yo.

Nos lo dice Benito Areso Albizu, arquitecto vasco que viene a Santa Rita a trabajar en las obras de la nueva prisión de Madrid. Es católico fervoroso y militante; ayuda a misa todos los domingos y comulga todas las semanas.

—Lo hago en los años que llevo preso, igual que lo hacía antes en la calle. Incluso no dejé de comulgar en los frentes los trece meses que pasé en ellos combatiendo al fascismo.

Nacionalista vasco, comandante de ingenieros en Vizcaya, intervino en la construcción del llamado Cinturón de Hierro. Se retira luego combatiendo con su batallón hacia Santander, y depone sus armas en Santoña, luego de un acuerdo con el mando italiano, que asegura la evacuación de todos.

—Nos engañaron, faltando descaradamente a la palabra empeñada, en cuanto estuvimos desarmados. Hacen todavía algo más indigno. Mandar a todos los oficiales al penal de Burgos, encadenados de pies y manos, junto con un telegrama que asegura que somos «doscientos peligrosos criminales del Norte».

Como criminales son tratados en el penal. Reciben un trato más duro que los asesinos que antes de la guerra cumplían condena en el mismo presidio. Muchos de ellos acaban fusilados. Pero antes conocen la dureza del llamado «período»; pasan meses enteros aislados, a veces en celdas individuales, sometidos a un régimen de pan y agua, sin contacto alguno con el resto de los detenidos, privados de paquetes, comunicaciones y cartas.

—Podría mentiros, diciendo que, dado el tiempo que lleváis condenados, no tenéis nada que temer. Pero no quiero, ni debo, ni puedo engañaros. He visto fusilar a varios que llevaban dos años sentenciados y a quienes la espantosa angustia de setecientas noches de agonía no libró de acabar frente al piquete de ejecución.

Areso habla con ruda franqueza, dolido por el final de tantos compañeros de armas e ideas, tan incapaz de mentir como de disimular sus sentimientos. Dice escuetamente la verdad, y lo sabemos todos. Por las noticias que nos llegan de otras prisiones comprobamos que no ha disminuido el ritmo de las sacas. Tampoco la severidad en las sentencias impuestas. Ahora va menos gente de Santa Rita a las Salesas, porque los trabajadores de la cárcel y los destacamentos, los delincuentes comunes y los extranjeros en tránsito constituyen ya más de la mitad de la población reclusa, pero proporcionalmente el número de peticiones de última pena no ha experimentado la menor variación.

—Puedes estar tranquilo, porque tu expediente continúa en el mismo sitio, y todo el mundo nos da la seguridad de que no te pasará nada.

En todas las comunicaciones semanales mi madre repite lo mismo. Como de costumbre, me gustaría creerla; pero, aunque nada le diga por no aumentar sus angustias, saco la clara impresión de que no tienen ya ni la más remota idea de por dónde puede andar mi sumario. Me consuelo en parte pensando que peor sería aún que me asegurase que van a indultarme mañana o pasado, porque podría ocurrirme lo que a Gálvez y a tantos otros. Antonio Paulet, por ejemplo, a quien un buen «amigo» anuncia a mediodía que ha sido indultado y al que fusilan quince horas más tarde.

—Voy creyendo que lo más peligroso es que le digan a uno que ya está indultado.

En Santa Rita tenemos pronto una nueva prueba de esto. Luisito es un muchacho de Barrios Bajos que comparte la celda de Barreiro. Tiene cara de niño y un humor excelente. No ha cumplido los veinte años, y como las acusaciones contra él se refieren a los meses iniciales de la guerra, no tenía entonces arriba de quince años. Oficialmente está en la cárcel con una petición de treinta años, aunque en realidad ha sido condenado a muerte. Un

buen día de comienzos de primavera sale dando brincos de contento de la comunicación.

—Parece que al fin me he librado de la «Pepa».

Cinco horas después hace acto de presencia en Santa Rita, con la misma furgoneta e idéntico acompañamiento, el funcionario que se llevó a Fermín García Allende. Como el muchacho protesta, le sacan a viva fuerza, esposado de pies y manos.

—¡Ojalá tenga la misma suerte que Fermín! —comento, hablando con Barreiro.

No la tiene, porque dos días después nos llega la noticia de que ha sido fusilado.

* * *

La guerra, un poco aletargada en el invierno, durante el cual los ingleses prosiguen su avance en África y los griegos su ofensiva contra Albania, vuelve a adquirir intensidad al aproximarse la primavera. Los alemanes bombardean numerosas ciudades británicas, y los ingleses responden con incursiones aéreas sobre Hamburgo, Bremen, Hannover y Berlín. El máximo interés se concentra en los Balcanes, donde Churchill anuncia que se desarrollarán las próximas operaciones. Yugoslavia vacila entre sus viejas alianzas y la presión que sobre ella ejercen Hitler y Mussolini. Rusia, por su parte, ha ocupado los países bálticos y la Besarabia rumana, mientras grandes contingentes germanos, tras cruzar Rumanía y Bulgaria, toman posiciones en la frontera griega.

En las cárceles seguimos con la máxima atención el desarrollo de los acontecimientos, firmemente convencidos de que si triunfa el fascismo serán pocos los que logren salir en libertad, y que si, por el contrario, la victoria sonríe a las democracias, volveremos a ser —los que vivan lo suficiente para verlo— hombres libres de nuevo. En la celda número 13, cerrada de nuevo con llave durante la mayor parte del tiempo, recibimos, por un conducto u otro, diversos periódicos. No sólo leemos por las mañanas *Ya* o *ABC*, sino que al anochecer nos llegan *O Século* y, lo que es mucho más arriesgado, el boletín de información de la Embajada inglesa. Quienes los traen hasta la cárcel, los que los meten dentro, los hacen

circular o simplemente los leen, corren evidentes peligros. (En mi familia tengo ahora precisamente la mejor prueba de esto. Mi hermano Mariano, detenido una vez más, lleva ya unos meses en el campo de concentración de Nanclares de la Oca sin otra acusación contra él que la de encontrarle encima un boletín británico).

En cualquier caso, estamos mejor informados que nunca, aunque las autoridades carcelarias intensifiquen las medidas para impedirlo. Son más de trescientos los trabajadores presos que salen a diario para laborar en las obras de la nueva prisión. Algunos de ellos ven a sus familiares a mediodía o comen con ellos fuera de los muros de la prisión, y cuando al anochecer vuelven a Santa Rita traen noticias y periódicos que a la media hora circulan por todas las galerías y celdas. Por otro lado, los que llegan a redimir pena aquí o en otros destacamentos vienen con notas, cartas y noticias de los penales o cárceles donde han estado recluidos. Y tampoco dejan de proporcionarnos curiosas e interesantes informaciones los centenares de franceses que constantemente hacen escala en Carabanchel antes de ser devueltos a las autoridades de Vichy o encerrados en algún campo de concentración.

Merced a todo ello, no sólo conocemos la marcha de los acontecimientos bélicos, sino lo que sucede en la mayoría de los presidios. El invierno ha sido espantoso en todas partes, pero muy esencialmente en Chinchilla, Burgos, Palencia y Valdenoceda, que cuentan entre los lugares más fríos de toda la geografía española. En Valdenoceda y Palencia, para donde salieron hace meses dos expediciones con muchos de los que hasta su condena o indulto estuvieron en Santa Rita, han perecido bastantes víctimas del frío y de la escasa alimentación. Las impresiones de quienes han logrado salir con vida de estos verdaderos infiernos no pueden ser más pesimistas:

—Otro invierno como éste y no lo contará ninguno de los que continúan allí.

En Santa Rita mismo la situación se agrava de manera ininterrumpida. Cada vez comemos menos y es mayor el número de enfermos. El frío hace que la gente se eche encima todo lo que tenga y no se lo quite ni para lavarse. Como consecuencia, los piojos vuelven a multiplicarse con

increíble rapidez, y las ratas hambrientas abandonan sus refugios de las alcantarillas, corretean por el patio, suben por las paredes y los retretes y nos despertamos muchas veces sintiéndolas andar por encima de nosotros.

—Lo increíble —dice Medina, un médico joven, condenado a veinte años de presidio, que sale a las obras con los trabajadores de la nueva cárcel — es que no haya estallado aún ninguna epidemia.

Pero la epidemia comienza con furia en los comienzos de la primavera de 1941. Es primero un hombre que empieza a tiritar acometido por la fiebre y se queja de intensos dolores; al día siguiente son diez los enfermos, que pasan de cien al terminar la semana. El diagnóstico de los médicos presos —San Miguel, Medina y Merino—, primero, y del doctor oficial de la prisión, después, no puede ser más alarmante.

—Indudablemente es tifus exantemático.

Se trata de una enfermedad muy grave, de problemática curación, ocasionada por un virus transmitido por los piojos. Extraordinariamente contagiosa, produce verdaderos estragos en lugares en que la gente vive hacinada, está mal alimentada o en deficientes condiciones de higiene. Todas las condiciones que se dan en Santa Rita y la casi totalidad de las cárceles y presidios españoles.

—Puede ocasionar aquí una auténtica hecatombe.

Aunque en un principio creemos que la epidemia se ha iniciado allí mismo, no tardamos en saber que se ha señalado ya en cien puntos distintos del país. Pese a que los periódicos guardan durante bastantes días un silencio absoluto sobre la grave amenaza, hace un par de semanas que comienza a ocasionar víctimas en colegios, cuarteles y en todos los sitios en que se aglomeran o reúnen centenares de personas. Pero, como es lógico, en ningún lugar es más peligrosa y difícil de atajar que en las prisiones.

—Sólo con medidas muy enérgicas se puede evitar una catástrofe.

Las medidas que las autoridades carcelarias toman en Santa Rita, siguiendo instrucciones de las sanitarias, son, más que enérgicas, brutales. Traen una autoclave grande que colocan en el centro del patio al que han de salir los presos de los distintos edificios, galerías y celdas llevando todas sus ropas. Tienen que permanecer totalmente desnudos al aire libre, mientras se lavan las paredes y los techos y se inundan los suelos de sus

lugares de reclusión con líquidos desinfectantes. Luego, en tanto que la autoclave desinfecta todas sus pertenencias, tienen que guardar cola durante minutos interminables para enjabonarse primero y ducharse después. A renglón seguido tienen que desfilar por delante de unos sanitarios uniformados provistos de grandes hisopos bien empapados en zotal que les restriegan con ellos una y otra vez de la cabeza a los pies por el frente, por los costados y por la espalda. El líquido escuece al meterse por los poros de la piel, y ocasiona insoportables dolores en heridas, raspaduras o simples rasguños. Los gritos de muchos, en ocasiones verdaderos alaridos, retumban en toda la cárcel. Desde las ventanas de nuestras celdas les vemos correr desesperados por el patio; algunos no encuentran mejor medio para librarse del lacerante escozor que tirarse al suelo, desnudos como están, y revolcarse en la tierra.

La desinfección de cada planta dura varias horas, durante las cuales sus ocupantes tienen que permanecer desnudos, sin que les permitan volver a vestirse ni buscar refugio en parte alguna. La autoclave se estropea con frecuencia y quema las ropas o no quedan suficientemente desinfectadas, y hay que volverlas a meter. Como consecuencia, hay gentes que tienen que pasarse cuatro o cinco horas en el patio. Para colmo de males, hace un frío impropio de finales de marzo y comienzos de abril; el segundo día empieza a llover con fuerza, y se pasa una semana lloviendo.

—La mitad de la cárcel está acatarrada o con gripe, hay doscientas bronquitis y un centenar de pulmonías.

A los enfermos de pulmonía se los llevan al hospital o al cementerio si se dan demasiada prisa en morir; los bronquíticos y catarrosos se desgañitan tosiendo. Pero se consigue cortar la epidemia en Santa Rita. Uno de los médicos presos podrá hacer al cabo de unas semanas un balance escueto e impresionante:

—De tifus han muerto seis, y de pulmonía, veinte.

—Vamos —comento yo—, que ha sido peor el remedio que la enfermedad.

Cuando la epidemia de tifus estalla en Santa Rita llevan tres días en ella una veintena de franceses que proceden de Andalucía y van a ser entregados oficialmente a las autoridades de Vichy, que les han reclamado,

aunque los interesados creen tener buenas razones para suponer que irán a parar a manos de la Gestapo, omnipotente en la Francia ocupada. Son hombres de profesiones liberales —médicos, abogados, ingenieros y profesores universitarios— y en desahogada posición económica. Vienen bien vestidos, con elegancia que contrasta con nuestros trajes viejos, raídos y deformados. Entre ellos está un abogado y diputado socialista apellidado Blumer que al parecer estuvo en dos ocasiones en Madrid durante la guerra como miembro de un comité de ayuda a los niños españoles.

Hablo con él un par de veces antes de que la epidemia incomunique totalmente el edificio del centro del patio en donde están recluidos, con la planta en que nos hallamos la decena de condenados a muerte. Los franceses pasan por la misma y dolorosa experiencia del resto de la población reclusa, pero acaso con menos suerte que la mayoría. Les toca la vez cuando está diluviando, y lo pasan muy mal desnudos bajo la lluvia. Después tienen la desgracia de que su ropa y sus maletas sean parte de las que prácticamente desaparecen al pasar por la autoclave. Como no les queda nada que ponerse al llegar la noche, la dirección de la cárcel, tras largas dilaciones y mucho buscar, les entrega unos monos viejos y unas alpargatas rotas.

A la mañana siguiente viene un camión con fuerza pública en su busca. Tienen que salir inmediatamente para la frontera, porque la orden no admite demoras de ninguna clase. Pese a sus encendidas protestas, se los llevan, desnudos bajo los monos, tiritando de frío y avergonzado del aspecto que presentan.

* * *

El turismo penitenciario no se interrumpe con el paso del tiempo. A los dos años de concluida la guerra continúa con parecida intensidad el trasiego de presos de los campos de concentración o los batallones de trabajo a las cárceles; de éstas, a los penales, y de éstos, a otros presidios diferentes o a los destacamentos de trabajo. A los trece meses de nuestra llegada a Santa Rita son contados los que continúan aquí de los ciento cincuenta que llegamos una madrugada procedentes de Yeserías. Los que no fueron fusilados están en Burgos, Palencia o Valdenoceda o en cualquier otro

encierro madrileño en espera de ser juzgados. Girón y Ascanio salieron para Príncipe de Asturias, de donde son llevados posteriormente a Porlier. Los hermanos Sañudo se hallan en Torrijos, luego de pasar por San Antón. Rubiera y otros varios han sido trasladados a Porlier. En cambio, son numerosos los que trasladan aquí procedentes de diversos puntos. A más de Gutiérrez de Miguel, llegado de Jaén, está Melchor Baztán, que ha venido de Toreno, y Gerardo Lacalle, que procede de San Lorenzo.

Gerardo Lacalle es un magnífico abogado, cuya carrera ascendente interrumpe la guerra. Hombre inteligente y cordial, de palabra fácil y criterio acertado, no ha hecho daño a nadie y ha favorecido a muchos antes y durante la guerra. Republicano liberal, ponderado y sensato, enemigo de la violencia y alejado de todo extremismo, ha cumplido con su deber sirviendo dentro de su profesión al Gobierno constituido. No obstante, en el apasionamiento de las primeras semanas que siguen al final de la contienda es condenado a muerte y está a punto de morir fusilado. En Santa Rita se halla destinado en la oficina de Régimen, donde hace lo que puede dentro de sus posibilidades en beneficio de los demás reclusos.

—Tienen el proyecto —dice un día, hablando con nosotros— de convertir Santa Rita en prisión central de trabajadores. Quieren que aquí no queden más que los que salen a las obras de la nueva cárcel o los que vayan destinados a los destacamentos, aparte de los que desempeñen destinos en el interior de la cárcel.

Piensan llevarse de Santa Rita a los que continúan en calidad de procesados o simples detenidos. También a los presos comunes, muchos de ellos vulgares quincenarios —«chorizos», descuideros, maleantes y homosexuales— que pelean con frecuencia entre sí, organizando constantes escándalos.

—¿Qué harán con nosotros?

No parece que preocupemos mucho al director de la cárcel; de un lado, por lo exiguo de nuestro número; de otro, porque al cabo de los meses nos conocen personalmente todos los funcionarios, y la creencia más extendida entre ellos es que nuestras sentencias han debido ser anuladas hace tiempo, aunque por motivos ignorados no se nos haya comunicado así.

—De todas formas, es posible que cualquier día os trasladen a Porlier.

Pero esto es sólo una posibilidad, en ningún caso de inmediata realización. De momento lo único que a la dirección preocupa es librarse cuanto antes de los comunes, cosa nada fácil, porque en ningún sitio los quieren, o de los políticos que continúan sin juzgar que por su número —son todavía alrededor de setecientos cincuenta— es difícil que quepan en las restantes prisiones madrileñas, demasiado abarrotadas ya.

—Si en algo puedo influir yo —termina Gerardo—, haré lo que pueda para que sigáis aquí.

Estamos acostumbrados a Santa Rita, y no nos gustaría cambiar de prisión. Menos que a cualquier otro sitio nos gustaría un traslado a Porlier con el sobresalto y la angustia de las constantes sacas. Pero nuestra opinión no cuenta para nada, desgraciadamente, y tendremos que ir donde quieran llevarnos.

—¡Y ojalá el traslado a Porlier no sea como los de Gálvez y Luisito…!

Mientras damos vueltas y más vueltas al posible cambio de prisión, la guerra vuelve a tomar un cariz casi decisivo en favor de las potencias del Eje. En el mes de abril de 1941 las tropas alemanas invaden Yugoslavia, terminando en pocos días con la resistencia ordenada de su Ejército. Paralelamente avanzan por territorio griego, conquistando Salónica primero y Atenas después. En África un cuerpo de ejército alemán fuerza a los ingleses al abandono de sus conquistas en Libia y les obliga a retroceder hasta las fronteras de Egipto. Por último, ya en el mes de mayo, las tropas germanas, pese a la potencia de la flota británica en el Mediterráneo, van ocupando una tras otra las islas griegas y se disponen al asalto de Creta.

* * *

El miércoles 21 de mayo tenemos nuestra comunicación semanal. No bajo a ella ni optimista ni esperanzado. En la comunicación del día 14 mi madre, a la que encuentro materialmente agotada y consumida por los sufrimientos, tiene que reconocer, ante una serie de insistentes preguntas mías, que las dificultades económicas de la familia aumentan en lugar de disminuir. Lo están pasando francamente mal, aunque continúa esperando que todo pueda solucionarse. No saben cuándo pondrán en libertad a Mariano, que continúa en Nanclares de la Oca. Tampoco saben mucho de

mi expediente, si bien confían en que continúe en el mismo sitio. Hoy no espero que me diga nada mejor que hace ocho días.

Entro en el locutorio y voy a situarme, como de costumbre, en un extremo del mismo. Cuando todos hemos ocupado nuestros sitios habituales, dejan entrar en el patio pequeño a nuestros familiares, que, como siempre, se precipitan hacia el lugar en que esperamos y se detienen ante los barrotes y las telas metálicas que les separan de nosotros. Me sorprende descubrir que mi madre no viene sola, sino con dos de sus hijos. Mi hermana se adelanta corriendo a todos los demás, y apenas dentro del locutorio me grita, excitada y nerviosa:

—¡El indulto, Eduardo! ¡Te han indultado…!

Me alegra oírlo, pero, acaso por esperarlo durante tanto tiempo, en un principio me resisto a creerlo. Incluso siento una terrible desconfianza, recordando lo sucedido a tantos que fueron fusilados a las pocas horas de anunciarles sus familiares que habían sido indultados.

—¡Es verdad, Eduardo! —insiste, excitada, mi hermana—. ¡Te juro que es verdad!

—¿Cómo lo sabéis?

—¡Una carta! Mamá recibió una carta cuando salía para acá. ¡Del ministro del Ejército…!

Miro a mi madre, que no ha podido seguir la carrera de su hija y que se acerca agitando una carta en la mano. Explica con voz trémula de emoción.

—¡Te indultaron hace días, hijo…! La carta del ministro tiene fecha del diecisiete, pero no la recibí hasta hace una hora.

Intenta leerme lo que la carta dice, pero no acabo de entender sus palabras, en parte por el nerviosismo que quiebra su voz, en parte también por el alboroto que se arma en el locutorio. Todos los compañeros de celda y condena abandonan un momento la comunicación con sus familiares para venir a abrazarme. Algo parecido hacen sus deudos con los míos.

—Déjame verla —pido a mi madre.

El propio oficial que vigila la comunicación sale al patio pequeño para recoger la carta y traérmela. Su contenido es breve y expresivo. El ministro del Ejército, don José Varela, comunica a mi madre, como contestación a la

solicitud de indulto en favor de su hijo Eduardo de Guzmán Espinosa, que «ha sido resuelta favorablemente por S. E. el Generalísimo».

Antes de que termine la comunicación, la noticia ha circulado por toda la cárcel. Al patio pequeño salen varios oficiales con los destinos de Dirección y Régimen, con Gerardo Lacalle a la cabeza. Es Gerardo quien habla con el jefe de servicios para que me permita salir un momento al patinillo para abrazar a mi madre.

Salgo, y mi madre, que hace más de dos años que no puede abrazarme, que ha temido mucho no volver a hacerlo más, me echa los brazos al cuello, llorando de alegría. Cuesta trabajo separarme de ella. Mi hermana también llora, e incluso a mi hermano Antonio están a punto de saltársele las lágrimas. Al despedirme de ellos quiero devolverles la carta de Varela.

—Es conveniente que te la quedes tú. Por lo menos unos cuantos días —indica Gerardo Lacalle.

Comprendo lo que quiere decir y le agradezco la indicación. Me guardo la carta, que pudiera serme de vital utilidad en caso de cualquier posible equivocación. Salgo al patio grande al mismo tiempo que mi madre y mis dos hermanos ganan la calle.

Al otro lado de la alambrada se han reunido más de doscientos compañeros, que esperan con impaciencia para felicitarme con sincero alborozo. Estrujado por los abrazos me llevan casi en volandas hasta el segundo piso. En la celda número 13, que permanece abierta durante toda la tarde, no cesan un minuto los grupos que vienen a darme la enhorabuena. El comentario de todos es unánime:

—¡Ya era hora de que cesara tu interminable pesadilla…!

Estoy conmovido, emocionado y contento. Por el indulto en sí, fundamentalmente; pero también por la demostración de solidaridad y cariño de centenares de compañeros socialistas, republicanos y libertarios. Impresiona comprobar la sincera alegría con que todos, sin distinción de matices ideológicos, acogen mi indulto.

Más tarde, cuando después del toque de silencio me tumbo a descansar, tardo mucho en conciliar el sueño. Por mi cerebro cruzan los más encontrados pensamientos, y no todos son igualmente agradables. Acaba de terminar para mí una pesadilla dantesca que ha durado cuatrocientas

ochenta y nueve noches, durante la cual he creído morir cien veces y he visto cómo salían para ser fusilados centenares de compañeros de reclusión. Estoy contento porque haya terminado y por seguir vivo.

Pero en el horizonte empieza a dibujarse otra amenaza menos acuciante y trágica, pero igualmente dolorosa. Tengo treinta y un años, y me quedan veintiocho de condena. Si los cumplo tendré muy cerca de los sesenta cuando recobre la libertad. ¿Podré aguantar hasta entonces? Lo dudo mucho. Dentro de quince días, de un mes o dos, como máximo, saldré para cualquier presidio. Allí, lejos de Madrid, sin la más mínima ayuda familiar, sometido a un régimen durísimo, es difícil que pueda sobrevivir al aislamiento, al hambre y a los sufrimientos.

He sufrido mucho en diecisiete meses y tres días condenado a muerte; en los veintiséis meses transcurridos desde que fui detenido a la salida del puerto de Alicante. ¿Hasta cuándo y dónde podré resistir? ¿Volveré algún día a ser de nuevo un hombre libre?

Document Outline